

# *Empezar de nuevo*

Amanecer I



Alexia Seris

Empezar de nuevo

Alexia Seris

## **Derechos Reservados**

© 2024Alexia Seris. Todos los derechos reservados.

Esta obra es propiedad de Alexia Seris. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, distribuida, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso previo por escrito del autor, salvo en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

El uso no autorizado de este material está estrictamente prohibido y puede ser perseguido con todo el rigor de la ley.

Para obtener permisos y más información, por favor, contacte con Alexia Seris.

## **Dedicatoria**

A mi marido y a mis hijos,  
por ser, por estar.

"La pregunta no es quién me va a dejar; es quién me va a detener."  
— **Ayn Rand**

## **INDICE**

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

## Capítulo 1

Me miro al espejo y suspiro. ¿Cuándo me he hecho tan mayor? No es que sea una anciana decrepita, pero ya tengo la friolera de cuarenta y dos años y aunque mi genética es buena, ya empiezo a tener alguna que otra pequeña arruga. También he tenido que empezar a teñirme el pelo hace cosa de dos o tres años.

No puedo decir que haya tenido una mala vida porque mentiría descaradamente, pero me casé y fui madre demasiado joven y no he tenido la oportunidad de vivir la vida de forma más despreocupada, tampoco sé lo que es salir con amigas o tener una noche de chicas. Cuando me quedé embarazada acababa de empezar la universidad y con la boda, el traslado a la casa que nos regaló mi padre y demás, no retomé los estudios hasta que los niños empezaron a ir al colegio.

Pero mientras mis compañeras iban a fiestas de otras facultades, tenían novios, aventuras y viajes de fin de carrera, yo salía de clase y me iba a casa a cuidar de mis hijos. No me arrepiento de nada porque ellos son el motor de mi vida, pero ahora que ya son mayores y que apenas les veo por sus compromisos, siento que quizá no me dediqué el tiempo suficiente a mí misma.

—Ya está bien de auto compadecerse —me regaño mirándome fijamente—. Eres guapa, atractiva y aunque te sobran unos kilos, no estás nada mal.

Termino de maquillarme y sonrío a mi imagen.

Últimamente he estado algo deprimida porque si bien es cierto que Madrid es una ciudad magnífica y tiene mucho que ofrecer, también puede ser terriblemente solitaria para una mujer en mis circunstancias. Aunque si algo tiene de bueno que ya tenga mi vida hecha y que mis hijos sean mayores, es que podré pasar más tiempo con mi marido.

Hace años que no estamos bien y ahora que ninguno de los dos tiene más familia, ni siquiera nos obligamos a pasar las fiestas juntos. Él tiene demasiados compromisos ahora que es dueño del bufete de mi familia y yo... bueno, poco a poco me he ido aislando del resto del mundo, quizá porque las otras mujeres de nuestro círculo social o son más jóvenes o tienen más experiencia en la vida que yo y a su lado me siento insignificante y poco preparada. Tampoco comprendo muy bien esa dinámica que todos parecen asumir de forma natural.

No obstante, hoy es el día de nuestro aniversario de bodas y aunque Juan volvió a pasar la noche fuera, quiero darle una sorpresa, quizá convencerle de que pasemos un rato a solas a ver si podemos reavivar la llama de nuestro matrimonio. Aunque nunca ha sido especialmente apasionado.

Me miro de nuevo en el espejo.

No estoy nada mal. Llevo un vestido de color camel de efecto satinado con escote de pico y sin mangas, tiene un cinto de abalorios en tonos dorados y negros y lo voy a combinar con unos zapatos preciosos que me compré el otro día en un arrebato. Son de animal print, con tacón alto, ¡me encantan! Me pongo mis pulseras, unos pendientes a juego y meto mis cosas en el bolso.

Me he maquillado de forma sutil, solo un poco de sombra en los ojos y un toque de eye liner y de rímel. Un poco de brillo en los labios y estoy lista.

Respiro profundamente. Sé que Juan se va a sorprender porque hace años que no compartimos cama y que no tenemos relaciones íntimas, pero creo que ha llegado el momento de dedicarnos un poco más a nuestro matrimonio, mi vida empieza a ser demasiado solitaria y él acumula demasiado estrés.

—María —llamo a nuestra asistenta—, hoy no vamos a venir a comer—. Ella me mira sin expresión alguna en el rostro— así que puedes irte cuando quieras.

—Sí, señora. El taxi acaba de llegar.

—Gracias, María.

Cojo una chaqueta de color negro por si refresca un poco y salgo con una sonrisa en la cara. Hoy es el primer día de nuestra nueva vida.

Ya me veo con Juan disfrutando de nuevo de nuestro matrimonio, de nuestra más que acomodada vida. Quizá hasta podríamos ir de viaje a algún sitio, bien sabe Dios que hace al menos una década que no vamos juntos a ninguna parte.

Me subo en el taxi y le doy la dirección del bufete mientras en mi cabeza fantaseo con reavivar la llama, volver a sentirme conectada con mi marido al que echo de menos aunque estoy más que acostumbrada a sus ausencias. Pero no creo que eso esté bien, no quiero que seamos uno de esos matrimonios que al final de su vida ya ni siquiera se reconocen.

Sí. Estoy decidida a reconquistar a mi marido y el primer paso es sorprenderle en el trabajo, aún faltan un par de horas para ir a comer y sé que no está con ningún caso importante esta semana, así que en teoría, no habrá nada que le retenga en el despacho. Además, seguro que le gusta que vaya a verle de improviso, quizá sea parte del problema de nuestra relación, que yo me he vuelto demasiado previsible.

Cuando era joven era alocada, divertida y siempre tenía una sonrisa en la boca. Pero el embarazo me cambió la vida y no solo por las razones obvias, tuve que guardar reposo durante los últimos dos meses por lo que no nos pudimos ir de luna de miel, después nacieron los niños y lo fuimos postergando, después fue el colegio, el que mi padre nombrara a Juan socio del bufete, las horas extras, los niños... y han pasado veinticinco años y no he cumplido ninguno de mis sueños.

Así que sí, convenceré a mi marido de que debemos tomarnos un tiempo para nosotros, para reconectar, para reavivar la pasión y para hacer ese viaje que nunca hicimos. Ahora estamos los dos solos de nuevo, nuestros hijos ya son mayores y no nos necesitan, acaban de empezar a dar sus primeros pasos como adultos.

Es nuestro momento y así se lo haré ver a Juan.

Me coloco las gafas de sol porque hace un día espléndido. El cielo está totalmente despejado, el sol brilla con fuerza y según veo en el termómetro del coche, estamos a unos agradables veinte grados.

Me siento animada y contenta. Hacía mucho tiempo que no me sentía así. Desde que volví a la universidad, para más señas. Pero desde que la terminé no he hecho nada relevante ni importante en mi vida y ya es hora de cambiar eso.

Decir que me aburro soberanamente en casa es quedarse corta. Quiero salir, ver mundo,

viajar, hacer las cosas normales que hace la gente. Salir a cenar, al cine, a bailar... ¿aún habrá sitios donde se pueda ir a bailar? No hablo de la música actual, sino de esa música en la que necesariamente tienes que agarrarte a tu pareja.

Sonrí de mis ocurrencias. Ni cuando éramos jóvenes hemos hecho algo así. Y quizá ya es momento de empezar a hacerlo.

Miro por la ventanilla el centro de la ciudad. ¿Hace cuánto tiempo que no venía al centro? Ya no puedo recordarlo siquiera.

Mis días son anodinos, rutinarios y sencillos a más no poder. Me encargo de los jardines de nuestra propiedad que para algo soy paisajista aunque jamás he ejercido como tal, también tengo algunas visitas sociales de mujeres de la alta sociedad pero no puedo decir que ninguna de ellas sean amigas, ni siquiera conocidas, solo son mujeres de mi círculo social, desde luego no le confiaría a ninguna de ellas ni la custodia de una horquilla.

Más bien se trata de pasearse por el club privado, que te vean y ver, cotillear sobre alguna tontería que no nos influye mientras nos tomamos algún cóctel y algún que otro canapé. Y después, vuelta a casa.

Y hace por los menos un mes que ya no voy al club, creo que la hipocresía de la gente, las sonrisas falsas y las miradas de compasión me han superado. De un tiempo a esta parte, aunque no podría especificar cuándo comenzó, siento que algunas mujeres me miran de forma diferente, como si ellas supiesen algo que yo desconozco y claro, como no hay confianza alguna, pues me siento inferior a ellas.

La única amistad que mantengo desde hace tiempo es con una chica que vino de intercambio cuando estábamos en el instituto. Pasó en mi casa dos meses y nos hicimos amigas. Yo fui a la suya también, como parte del programa. Vivía en un precioso rancho en Texas y sus padres eran maravillosos. Con el tiempo, la vida y demás, el trato se distanció, como es normal, pero con las nuevas tecnologías nos seguimos en las redes sociales —aunque yo no las sepa usar—, y nos llamamos al menos una vez al mes y nos pasamos más de una hora al teléfono, bueno, en los dos últimos años son videollamadas.

Susan es de esas personas que son buenas, dulces y cariñosas que siempre te sacan una sonrisa y hacen mejor tu día.

El taxi se detiene y pago al buen hombre, cuando salgo del coche, me recoloco un poco la falda, sujeto el bolso con determinación y empiezo a caminar hacia el edificio donde mi familia tiene el bufete más importante de la capital.

\*\*\*

La primera pista que tengo de que el día igual no es como me lo he imaginado, la tengo cuando al intentar pasar los tornos de seguridad, un vigilante me detiene.

—Señora, si tiene cita, debe comunicarlo en recepción primero.

Miro al hombre e intento no enfadarme.

—Ni tengo cita ni la necesito —él me mira con una ceja arqueada—. Soy Julieta Vallejo —le informo.

—Por mí como si es usted la reina —me responde con altanería—. Si no pasa por recepción, no entra.

—Pero...

Bueno, debo decir que tengo un carácter explosivo cuando me provocan y ahora mismo me siento muy provocada.

—Vamos a ver, ¿tú sabes con quién estás hablando? —le pregunto alzando un poco la voz.

—Con una mujer —me responde tan tranquilo.

¡Será cabrón! Aprieto los dientes y entrecierro los ojos.

—Me parece que no lo estás entendiendo, este bufete es de mi familia, Vallejo, ¿ves el letrero? ¡lo fundó mi abuelo!

Pero lejos de impresionarse, me mira con desdén.

—Señora, por mí como si su familia inventó el derecho, le he dicho que sin notificar su llegada a recepción, no pasa y no alce la voz si no quiere que la echemos de aquí.

—Voy a hablar con mi marido —le informo—. No me gusta hacer estas cosas, pero te lo has ganado a pulso, chico—. El muy cretino sonríe con superioridad—. Ya veremos qué opina mi marido, Juan Bidasoa, del trato que he recibido.

—Es libre señora de informarle, él es quién me dio la orden de que nadie entra si no se anuncia en recepción.

Alzo ambas manos con desesperación y saco el móvil del bolso.

Espero que no sea una de esas veces en la que llamo a Juan y no me responde hasta varias horas después. Empiezan a sonar los tonos de llamada mientras me alejo de ese energúmeno.

Tras varios tonos, cuelgo. Está claro que no va a responder. Así que bufando y algo humillada, todo hay que decirlo, me dirijo a recepción.

Una chica joven y muy guapa me dedica una sonrisa llena de compasión.

—Ya he oído su conversación con el vigilante —me entrega una tarjeta con un cordel—. Señora Vallejo, aquí no la conocemos, por eso no la ha dejado pasar, pero acabo de buscar su foto en internet —me sonríe—. Su marido tiene el despacho en la planta veinte.

Frunzo el ceño y la miro con interés.

—¿Planta veinte? —pregunto sin comprender nada—. Las oficinas del bufete son la catorce y la quince.

—Hace años de eso, señora Vallejo, cuando yo empecé aquí hará unos seis años, se había ampliado el bufete y se habían trasladado a unos pisos más arriba, ahora son las cuatro últimas plantas, la diecisiete, dieciocho, diecinueve y la veinte, que es donde los señores Bidasoa, tienen sus despachos.

—Perdona —parpadeo sin comprender—. ¿Señores Bidasoa? ¿Cuántos hay?

La joven me mira y hace un gesto con los labios que resulta de lo más encantador y me haría sonreír si no empezase a tener una sensación horrible en la boca del estómago.

—Pues... tres —me dice—: el señor Juan Bidasoa y sus hijos, Enzo y Hugo Bidasoa, ¿no lo sabía?

—No —aprieto los dientes con fuerza—. ¿Y mis hijos están en el bufete?

—Sí, señora.

Asiento con la cabeza mientras el corazón me golpea fuerte contra las costillas. ¿Cómo es posible? Nadie se ha molestado en informarme de que mis hijos han empezado a trabajar con su

padre y no es que yo no pregunte, porque lo hago. Llamo a mis hijos al menos tres veces por semana aunque no consigo de ellos más que monosílabos. Desde que se independizaron con dieciocho años parece que soy más una molestia que su madre y me rompe el corazón que no tengan nunca tiempo para mí, ni siquiera para tomarse la molestia de informarme de que han empezado a trabajar con su padre.

Es algo que me esperaba, porque desde que cumplieron los doce años, Juan empezó a formar parte de su día a día, iba a los partidos —aunque era yo quien les llevaba a los entrenamientos y a los partidos—, les llevaba a ver a los equipos de primera división y a hacer cosas de hombres a las que nunca me invitaban, ellos daban por hecho que no me interesaban esas cosas y yo les veía tan felices a los tres que no quería molestarles.

Y ahora que tienen veinticinco años son unos completos extraños para mí.

Me trago las lágrimas e intento que toda la decepción que siento no se me vea reflejada en el rostro. Pero duele, duele mucho.

No me enfadé cuando por mi cumpleaños solo me enviaron un mensaje y un ramo de flores sin una triste nota, tampoco cuando el día de la madre estaban tan ocupados que no pudieron venir a comer conmigo. No me lo tomé a mal cuando quise organizarles un cumpleaños el año pasado y se negaron en redondo dejándome en evidencia ante nuestros conocidos porque no se presentaron. Claro, que Juan tampoco.

Intento por todos los medios que la mirada de compasión y lástima que veo en la joven no se me clave en el corazón como un cuchillo. Lo intento, pero no lo estoy consiguiendo.

Y las cosas van a peor cuando al acercarme de nuevo a los tornos, el hombre de seguridad me abre paso con una sonrisa burlona.

—¿Lo ve? Ahora sí.

Me giro a mirarle con todo el odio que siento aunque a él le da exactamente igual, porque en cuanto cruzo las barras de metal, se gira ignorándome por completo.

¡Será cabrón!

No voy a montar un espectáculo en el recibidor de la empresa de mi familia, pero vamos, desde luego que le voy a contar a Juan cómo me ha tratado este impresentable.

Camino al ascensor y cuando este se llena, porque aquí no paran de entrar y salir personas, todos vamos marcando el piso al que vamos, obviamente, soy la última en salir ya que mi marido tiene su despacho en la última planta.

Algo de lo que no tenía ni idea.

Me parece que hay muchas cosas que desconozco y aunque es cierto que no tengo acciones del bufete ni soy socia, sí que tengo derecho a una parte de los beneficios y creo que eso me da derecho a saber ciertas cosas sobre la empresa, como que han ampliado las instalaciones o que mis hijos han empezado a trabajar aquí.

Cuando llego a la última planta me quedo con la boca abierta.

Esto no tiene nada que ver con el bufete que fundó mi abuelo, hasta se ha cambiado la tipografía del nombre y ahora ya no es Bufete Vallejo, sino que se llama Bidasoa y Vallejo asociados.

Algo dentro de mí empieza a arder. ¿Cómo que Bidasoa y Vallejo asociados? ¡si yo soy la

última Vallejo! ¿no debería alguien haberme consultado? ¿y cuándo Juan ha empezado a ser socio propietario? ¡Dios mío! Pero qué...

Miro a mi alrededor y boqueo como un pez fuera del agua. ¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué nadie me ha contado nada de esto? Empiezo a tener un mal presentimiento, trago con dificultad y me encamino hacia un mostrador de madera clara tras el que se encuentra una mujer de unos treinta años, muy guapa y muy maquillada.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla?

—Hola —miro desconcertada a mi alrededor porque aún no puedo creerme cuántos cambios ha habido sin que yo supiese nada—. Vengo a ver al señor Bidasoa.

La mujer, nerviosa, empieza a mirar una agenda enorme.

—¿Tenía usted cita? ¿con quién?

—Juan, Juan Bidasoa. Soy su mujer, Julieta Vallejo, la otra asociada del bufete.

Se pone más nerviosa aún y le empiezan a temblar las manos, cierra la agenda y su comportamiento me alerta de que algo no va bien.

—Esto, señora Vallejo, claro, por supuesto —me sonrío y se pone en pie—. Esto... verás, su marido ahora mismo está reunido, sí, eso, está reunido con alguien importante y claro... no puedo... yo... ¿quiere usted un café o algo? Quizá podría esperar a su marido en la sala de personal.

Parpadeo y la miro.

—¿Que espere en la sala de personal? —ella traga con fuerza y respira de forma agitada—. ¿Te crees que soy la sirvienta? —Mira de forma nerviosa hacia el pasillo y mi corazón se agita.

No sé qué demonios pasa aquí, pero está claro que mi presencia en el bufete está provocando reacciones de lo más extrañas.

Y toda la chulería de los Vallejo se apodera de mí.

—Mira, bonita, no voy a ir a ninguna sala, me vas a llevar al despacho de mi marido y lo vas a hacer ahora mismo.

—Sí, claro —coge el teléfono— será mejor que le avise.

Cuelgo la llamada y la miro.

—No vas a avisar a nadie, vas a sacar el culo de ahí y me vas a llevar ahora mismo al despacho de mi marido, ¿me he explicado con claridad?

—Señora Vallejo, por favor.

—He dicho que ahora mismo.

La mujer cierra los ojos un instante y después me mira.

—Como quiera.

## Capítulo 2

Mientras sigo a la mujer por el amplio pasillo, mi corazón palpita con fuerza y ahora estoy más que segura de que confiar a ciegas en Juan y en mis hijos ha sido una soberana estupidez. Se han apoderado del legado de mi abuelo y de mi padre y me han dejado totalmente al margen pero lo que me duele es que lo han hecho mintiéndome a la cara, porque yo siempre he estado preocupada por ellos, les he preguntado y me he esforzado por hacerles comprender que me interesaba su día a día.

Decir que me siento traicionada y humillada es quedarse corta. Me duele hasta el alma. Y con cada paso que doy siento que el dolor aumenta porque sé que lo que sea que se esconda tras la puerta del despacho de Juan me va a doler más aún.

Finalmente llegamos a una enorme puerta de madera y cuando la mujer va a llamar con los nudillos, le sujeto la muñeca.

—Eso es todo, gracias.

—Señora Vallejo, por favor —me mira suplicante—. Vuelva conmigo.

—Sea lo que sea que no quieres que vea, ya es tarde.

En ese momento cojo el pomo y abro la puerta.

Y juro que puedo sentir cómo se me parte el corazón en mil pedazos.

Mi marido está sentado en un sofá de piel, con los pantalones por las rodillas mientras una mujer desnuda le está practicando una felación.

—¡Julieta!

Aparta la cabeza de la mujer que cae al suelo, se intenta colocar los pantalones a toda prisa y se pone en pie.

—¿Qué demonios haces aquí?!

Le miro y parpadeo durante un segundo.

—Pues venía a invitarte a comer dado que es nuestro aniversario de boda —le explico con serenidad—, pero veo que tú ya lo estás celebrando.

La mujer se pone un vestido a toda prisa y se aparta el pelo de la cara. Es muy guapa y tiene un cuerpazo de escándalo, eso no se lo puedo negar.

—Cariño —le dice a la mujer—, ¿puedes dejarnos a solas?

Y ella, lejos de avergonzarse, pasa por mi lado mirándome de forma altanera. ¡Madre mía! Esto es... no tengo palabras para describirlo.

—¿Desde cuándo te acuestas con ella?

—Pasa, no es necesario que todo el despacho se entere de esto.

—Claro —abro más la puerta y me quedo donde estoy—, porque follarte a una ramera en tu despacho es de lo más profesional.

—Julieta, por favor —me mira con desdén—, no es una ramera, es mi pareja desde hace cinco años.

Parpadeo sin dar crédito a lo que oigo.

—¿Cinco años? ¿llevas cinco años poniéndome los cuernos? —alzo la voz y oigo que algunas puertas se abren—. ¿Te das cuenta que este bufete es de mi familia? ¿que mi padre te dejó entrar porque te casaste conmigo después de dejarme embarazada?

—De eso hace mucho tiempo, Julieta —me mira y se termina de vestir con tranquilidad—. Mira, sé que esto ha sido incómodo y si no te he pedido el divorcio es porque no quiero dejarte sola, pero sabes que hace tiempo que no compartimos ni cama ni vida si a eso vamos, los chicos, Alicia y yo tenemos una vida y tú tienes... —hace un gesto con la mano— lo que sea que hagas cada día.

Es curioso. Debería estar llorando por la traición o al menos, debería estar sintiendo algo, lo que fuese. Pero no, no siento nada. Mi corazón late tranquilamente, no siento náuseas, ni tengo ganas de llorar, mi respiración es normal. Y no tengo ganas de arrancarle el corazón a mi marido, aunque tengo la sensación de que eso debería ser lo debería hacer.

Pero no.

Me siento de lo más tranquila.

Ambos nos miramos durante unos instantes, sinceramente no sé cuánto tiempo, solo sé que ya no le reconozco, sí, físicamente es como mi marido, el hombre con el que he compartido veinticinco años de mi vida, pero su voz no es la de ese hombre que me besaba cada mañana y me decía cuánto me quería, su forma de mirarme es la de un completo extraño.

—Quiero el divorcio.

Las palabras salen de mi boca sin que las haya pensado siquiera.

—Julieta —se peina con los dedos y me mira de forma condescendiente—, divorciarnos es una complicación, lo tenemos todo a medias, el bufete, las propiedades, los coches...

Debería sonreír al menos, ¿no?, pues no. Me quedo seria.

—He dicho que quiero el divorcio —le miro a los ojos—. ¿En quién te has convertido? Hoy cumplimos veinticinco años de casados —le informo— y te he encontrado con la polla en la boca de una ramera. Y ahora me dices que el divorcio sería complicado, ¿quién eres?

—No vuelvas a llamarla ramera, se llama Alicia y la quiero —el corazón da un doloroso latido—. ¿Quieres que vayamos a comer a algún sitio tranquilo y hablemos de todo esto?

—No —sigo tan tranquila en el marco de la puerta—, quiero el divorcio.

Él me mira y finalmente asiente.

—Está bien, redactaré los documentos hoy mismo —apoya las manos en las caderas—. ¿Podemos hacerlo de forma amistosa? No quiero empezar una guerra contigo.

—Claro —asiente y se sienta en su sillón de piel tras la enorme mesa de madera de color claro—. No quiero que vuelvas a casa hasta que el divorcio esté resuelto, ahora que sé dónde

estás pasando las noches ya no tienes que seguir mintiéndome sobre la cantidad desorbitada de trabajo que tienes.

—De acuerdo.

Y sigo sin sentir nada. Hasta que me doy media vuelta y me encuentro a mis dos hijos mirándome.

Mis ojos se llenan de lágrimas que apenas puedo retener y entonces un profundo y lacerante dolor me atraviesa por completo.

—Lo sabíais —les acuso y Enzo me mira con frialdad, Hugo parece algo avergonzado—. ¿Qué os he hecho para merecer este trato?

—No te hagas la inocente mamá, no haces caso a papá desde hace años, a saber por qué —me recrimina Enzo—. Tu mundo es totalmente diferente al nuestro, ¿esperas ahora que nos echemos en tus brazos? Somos un poco mayores para eso. Desde que cumplimos doce años dejaste de ser nuestra madre.

—Eso no es cierto.

—¿Ah no? —se mete las manos en los bolsillos—. Era papá quien venía a los partidos, quien nos animaba a estudiar lo que quisiéramos, quien nos ayudó a elegir universidad y quien nos ha llevado a todas partes.

No doy crédito. De verdad que no puedo comprender nada de lo que está pasando.

—¿Qué vuestro padre iba a los partidos? ¿y quién demonios os llevaba a ellos?! ¿y a los entrenamientos? ¿quién demonios se pasó toda la vida hablando con vuestros profesores? ¿quién os llevaba a los cumpleaños y quién os organizaba los vuestros? ¿quién creéis que le informaba de cuándo y dónde eran los partidos? ¿qué él os ayudó con la universidad? ¡fui yo la que se reunió con un montón de gente para saber cómo funcionaban todas! He sido yo la que siempre ha estado un par de pasos por detrás de vosotros.

—Eso era cuando éramos unos críos, cuando empezamos a crecer perdiste interés en nosotros —las palabras de Hugo me atraviesan como una lanza.

—Eso no es cierto, solo queríais estar con vuestro padre para hacer cosas de hombres, ir a pescar, al fútbol... y no queríais que fuese con vosotros a navegar, ¿de qué demonios estáis hablando?

—Déjalo mamá, está claro que tus recuerdos no son los mismos que los nuestros.

Me giro para mirar a Juan.

—¿No vas a decir nada al respecto? Sabes que no es cierto lo que dicen, eras tú el que me decía que necesitaban pasar tiempo contigo —algunas lágrimas me caen sin control.

—Julieta —se levanta y me mira con frialdad—. Hemos compartido veinticinco años de matrimonio y tenemos dos hijos, te he explicado antes que nosotros hace tiempo que tenemos una vida aparte con Alicia, ¿de verdad quieres remover el pasado?

Ahora sí siento. Lo siento todo.

Pero el orgullo de los Vallejo acude en mi ayuda y evita que me ponga en ridículo, más aún.

—Comprendo.

Me seco las lágrimas y miro de nuevo a mis hijos.

—Como habéis oído le he pedido el divorcio a vuestro padre, es evidente del lado del que estáis, así que dado que llevo casi un mes sin veros y que al parecer tenéis tanto que reprocharme, prefiero que dejemos de mentirnos desde ahora —ambos asienten con la cabeza—. Adiós, os deseo una vida larga y feliz.

Ni siquiera me responden.

Me muerdo los labios, asiento con la cabeza haciéndoles saber que me doy por enterada y tras una mirada fría a Juan, comienzo a caminar por el pasillo.

—Espera, mamá —Hugo me sujeta por el brazo —que te divorcies de papá no significa que dejes de ser nuestra madre.

—No, al parecer dejé de serlo hace años —me suelto de su agarre—. No tiene sentido que sigas fingiendo, ahora entiendo las negativas a comer conmigo, a venir a verme, a cogerme el teléfono... —sonrío con tristeza—. He estado ciega, pero me habéis arrancado la venda de los ojos.

—Mamá, escucha.

—No, lo siento Hugo, no quiero escuchar nada de lo que tengas que decirme, durante años me he tragado el trato distante, frío y seco que he recibido por vuestra parte, pero eso se acabó —me alejo un par de pasos de él—. No merezco que me tratéis así, he sido una buena madre y una buena esposa y me habéis echado de vuestras vidas sin la menor consideración y de no haber pillado a tu padre con los pantalones bajados habría seguido en la ignorancia toda la vida, así que como he dicho antes: adiós.

Me giro y todo lo serenamente que puedo, camino de nuevo por el pasillo.

Cuando llego a la altura del mostrador, la mujer de antes me mira con lástima en los ojos.

—Lo siento muchísimo, señora Vallejo.

Aprieto los labios con fuerza.

—Es curioso, tú eres la que menos culpa tiene de todo esto y la única que se ha disculpado, gracias y te pido perdón por mis malas formas de antes.

—No se preocupe, ¿quiere que la acompañe abajo?

—No es necesario, que tengas un buen día.

\*\*\*

Puede parecer que soy estúpida y bueno, después de lo visto, está claro que muy lista no soy, pero me siento liberada, como si hubiese estado llevando un enorme peso sobre la espalda y ahora ese peso ya no está.

Camino por la calle y aunque me duele todo el cuerpo y tengo que corazón roto, decido que no voy a ir a casa a lamerme las heridas, así que observo a mi alrededor y veo una cafetería de lo más cuca en la acera de enfrente, me siento en la terraza y le pido a la camarera un zumo de naranja.

Mientras me lo tomo al sol, busco restaurantes japoneses que sean buenos, es mi comida favorita y no la he disfrutado todo lo que debería porque a Juan el pescado crudo le daba asco. Pero bueno, ahora que nos vamos a divorciar y que yo al fin he abierto los ojos respecto a la relación que teníamos, supongo que puedo comer todo el pescado crudo que quiera sin tener que pensar en lo que le gusta a él o no.

Al cabo de media hora me dirijo dando un paseo hacia el restaurante, no está lejos de donde estoy y ya es la hora de comer casi.

El restaurante es un lugar tranquilo con decoración minimalista en tonos blancos, negros y combinado con madera natural. La verdad es que es un sitio elegante y acogedor.

Una chica vestida de negro con una bonita sonrisa viene a atenderme.

—Mesa para uno, por favor.

—Por supuesto, ¿le gustaría comer en nuestra terraza interior? El sol no da directamente ya que está ligeramente cubierta y el ambiente es agradable.

Sonrío agradecida y la sigo.

La terraza en cuestión es un espacio estilo chill-out de lo más acogedor. La camarera me dirige hacia una de las mesas más pequeñas y cuando paso al lado de un par de mujeres, una de ellas me sujeta la muñeca.

La miro y al instante sonrío con educación.

—¡Julieta! —Margarita se pone en pie y me da un abrazo y un beso—. ¡Cómo me alegro de verte!

—Lo mismo digo —sonrío de verdad porque esta mujer es de las que mejor me caen del club, aunque no seamos amigas—. Que disfrutéis de la comida.

—¿Has quedado con alguien? —niego con la cabeza y antes de que pueda decir algo más, ella da una palmada—. ¡Perfecto! Cristina cariño —se dirige a la camarera—. ¿Te importa que mi amiga se una a nosotras?

—No quiero molestar —interrumpo mirando a la otra mujer que me sonríe.

—No es una molestia —asegura Margarita.

—Por supuesto que no es molestia —indica la joven—. Ahora mismo le traemos un sofá —luego frunce el ceño—. Margarita, ¿queréis cambiaros a la mesa del fondo? Es más amplia y más cómoda.

—¡Gracias, preciosa!

Un par de camareros acuden casi a las carreras y comienzan a llevar las cosas a la mesa que nos ha indicado la joven, una vez que las tres estamos sentadas, viene con un aparato electrónico para tomar nota de lo que quiero.

—Nunca he venido aquí —le sonrío —¿qué me aconsejas? —le pregunto a Margarita.

—Tranquila, ya pido yo por ti —me sonríe —toma nota, cielo.

Y tras hacer un pedido en japonés, ambas me miran y me siento un poco culpable por haberles estropeado la comida.

—Gracias por invitarme a vuestra mesa, aunque...

—No digas tonterías —me corta Margarita—. Ya era hora de que te dejases ver, por cierto, te presento a mi hermana Carolina —sonrío a la otra mujer—. Estás fantástica y me encantan tus zapatos —entonces frunce el ceño—. Hace mucho que no te veo en el club.

—Sí —suspiro y me recuesto en el cómodo sillón—. Está siendo una época llena de cambios en mi vida. Acabo de pedirle el divorcio a Juan.

La miro a los ojos y entonces me doy cuenta de que ella lo sabe.

—Lo sabes —aparta la mirada—. Tú sabías que Juan estaba con otra, ¿verdad? ¿quién más lo sabe? ¿por qué nadie me ha dicho nada? ¿es que no merecía saberlo o... —la voz se me corta aunque por fortuna puedo controlar las lágrimas.

—No, cariño, bueno sí, sí que lo sabía, de hecho, todas en el club lo sabemos desde hace años, pero... —encoge un hombro—. Creíamos que lo sabías y que lo aceptabas, Juan les contó a los hombres que tenéis un matrimonio abierto, que tú tenías tus cosas y él las tuyas, a ti te veíamos bien y pensamos que era cierto.

—Parece que llevo toda la vida viviendo una vida paralela a la que ha vivido el resto del mundo —me encojo de hombros—. Yo no lo sabía, hoy fui a buscarle para comer juntos porque es nuestro aniversario de boda, veinticinco años ya —sonríe con tristeza— y me lo he encontrado en su despacho con los pantalones bajados.

—Lo siento mucho —ambas me aprietan las manos—. Juan nunca me gustó —añade Margarita—. Pero no pensé que te faltaría al respeto de esa manera, la verdad. Aunque a todos nos resultaba extraño que no vieneses a las fiestas, él decía que tenías otras amigas de la universidad y que preferías un ambiente más laxo —abro los ojos de par en par—. Era todo mentira, ¿no es cierto?

—Como toda mi existencia, al parecer —una lágrima se escapa a mi control y la limpio con rapidez.

—¿Y tus hijos? —me pregunta su hermana—. Les conocí en tu fiesta de Navidad —le dice a Margarita—. ¿Qué dicen ellos al respecto?

—Pues más o menos me han insinuado que me lo merezco porque les abandoné y a juzgar por su tranquilidad con la situación, están más que de acuerdo en que su padre tenga una amante y en que desaparezca de sus vidas.

—Le dije a Carlos que lo de la fiesta de cumpleaños de los gemelos el año pasado había sido vergonzoso —comenta Margarita y mira a su hermana—. Julieta les preparó una fiesta a sus hijos, fue muy divertido, la hizo en su casa que tiene unos jardines espectaculares, había de todo y se notaba que se había preparado con cariño, pero ni su marido ni los hijos aparecieron.

—Ya —asiento con pesar—. Debería haberme dado cuenta de que algo no iba bien —me limpio otra lágrima—. Pero ni siquiera lo pensé, me dijeron que estaban ocupados con el trabajo y que no podían ir y les creí, como me he creído todas las mentiras de Juan en el último cuarto de siglo, que se dice pronto, ¿eh?

—Sabes, lo que necesitas es un poco de aire fresco —indica Carolina—. Ya sé lo que vamos a hacer, irnos de spa toda la tarde, después podemos cenar en el restaurante ese que te gusta tanto —mira a su hermana—. Y después unas copas en alguna discoteca, nos ligamos a unos chavales a ¡fiesta!

Hasta me hace sonreír.

—Oye, te recuerdo que de momento, las tres estamos casadas —Margarita mira muy seria a su hermana.

—¿Y acaso he dicho yo que nos acostemos con ellos? Lo que digo es que podemos disfrutar de la compañía de otros hombres sin tener que quitarnos la ropa, vamos, digo yo.

—Muchas gracias —me excuso—. Pero no puedo, tengo que buscar un abogado y empezar a prepararme para el divorcio, hasta esta mañana estaba segurísima de que Juan jamás me haría

daño, pero después de lo que nos hemos dicho hoy ya no estoy tan segura.

Ambas me miran y asienten.

—Yo conozco a uno muy bueno —Carolina me mira y sonríe—. Y además, resulta que se odian mutuamente tu marido y él —amplía su sonrisa.

—No pretendo convertir esto en una guerra o en un acto de venganza.

—Pues no lo hagas —se encoge de hombros—. Pero, ¿qué tiene de malo que te asegures de que tu abogado va a mirar por ti?

## Capítulo 3

Al final, tras una comida repleta de risas, Carolina llamó al abogado que conocía y nos hizo un hueco a última hora de la tarde, por lo que decidimos hacer tiempo yendo de compras y tomando cócteles. Algo que yo no había hecho en la vida.

Y debo confesar que me había perdido una maravillosa experiencia.

Cuando llegó la hora, nos dirigimos hacia otro rascacielos y tras identificarnos en recepción, subimos hasta la planta veinticinco. No pude evitar reírme en el ascensor.

—Ya me gusta este abogado —Margarita y Carolina me miraron sin comprender —el despacho de Juan está en la planta veinte —informo y las tres estallamos en carcajadas.

Y así nos sorprendió el abogado cuando se abrieron las puertas.

—Vaya, debo admitir que no me esperaba verlas tan contentas.

Sonríó y doy un paso al frente tendiéndole la mano.

—Buenas tardes, soy Julieta Vallejo.

—Un placer, Julieta, soy Mario Carvajal —me estrecha la mano y después saluda a las hermanas —Carolina, ¿os quedáis o...

—No, nosotras nos vamos —indica Margarita—. Llámame cuando salgas y si no quieres irte a casa, puedes venir a la mía, o nos vamos las tres a un hotel —se parten de risa y me hacen sonreír—. No estás sola, ¿vale?

Me abraza con fuerza y me da dos sonoros besos que agradezco con toda mi alma.

—Muchas gracias por todo.

—Llámame.

Las observamos meterse en el ascensor entre risas y yo me quedo a solas con aquel hombre tan imponente.

—Vamos a mi despacho, me parece que tenemos mucho de qué hablar.

Le sigo en silencio y observo que la decoración es muy similar a la del bufete de mi familia. Frunzo el ceño ante ese pensamiento, ¿sigue siendo de mi familia si Juan se ha apoderado de él?

Una vez que tomamos asiento, Mario me observa con detenimiento.

—Carolina me dijo que una amiga necesitaba ayuda, no me dijo que esa amiga era la mujer de Juan Bidasoa.

—Así que conoces a mi marido.

—Nos hemos encontrado en los tribunales a veces, sí —se acomoda en su amplio sillón —muy bien, tú dirás en qué necesitas mi ayuda.

Respiro profundamente y le miro a los ojos.

—Hoy es nuestro aniversario de boda —le explico y él me escucha en silencio—. Veinticinco años, fui a visitarle para que comiésemos juntos y me lo encontré con los pantalones por las rodillas y una ramera haciéndole una felación, así que le pedí el divorcio.

—Vaya —carraspea un poco y se incorpora—. ¿Necesitas un minuto? ¿Algo de beber?

Sonrío y niego con la cabeza.

—No, llevo bebiendo cócteles toda la tarde con Margarita y Carolina —encojo un hombro—. Estoy bien —él entrecierra los ojos y sonrío con tristeza—. No, no estoy bien, ¿sabes? Yo creía que nuestra vida era perfecta, sí que es verdad que apenas hacíamos cosas juntos y que hace años que no compartimos la cama ni tenemos sexo, pero... vivimos juntos, cenamos juntos casi todas las noches, no discutimos nunca, no... —se me corta la voz y él me tiende una caja con pañuelos—. Gracias, pero lo peor no ha sido verle a él así, ha sido... no sé si lo sabes, pero tuvimos dos hijos, son gemelos y ambos son abogados, han empezado a trabajar con él y yo no lo sabía —me limpio las lágrimas—. Sé que no quieren estar conmigo, hasta hoy no supe por qué, les llamo, les preparo fiestas de cumpleaños a las que luego no van... lo dejé todo de lado por ellos y ahora... se han puesto de parte de su padre.

—Comprendo —se levanta y saca un par de botellas pequeñas de agua fría de una nevera, me tiende una que cojo con manos temblorosas—. Siento muchísimo por lo que estás pasando.

No soy capaz de responder, solo me echo a llorar como una niña pequeña. Al cabo de un minuto, siento un reconfortante brazo por encima de mis hombros.

—Te ayudaré en todo lo que necesites, ¿habéis acordado algo sobre la casa?

—Le dije que no quería que volviese por allí hasta que se resolviese el divorcio y le dio igual, tiene la cama de la ramera para pasar la noche.

—Ya —me atrae a su pecho y me abraza con más firmeza —llora todo lo que necesites, cuando estés lista, podemos empezar.

—Gracias.

Y durante mucho tiempo, en ese despacho solo se escuchó a una mujer de más de cuarenta años que lloraba desconsolada, no por la vida que había perdido, sino porque me siento absolutamente estúpida por no haberme dado cuenta de que lo que yo pensaba que era una vida perfecta, no era más que un sueño.

Y que en realidad, llevo mucho tiempo estando sola.

Cuando se me terminan las lágrimas, Mario me tiende un nuevo pañuelo y tras limpiarme la cara, me enfrento a la situación en la que ahora me encuentro. No puedo evitar hacer una lista mental de todos los errores que he cometido:

- \* Dejé mis estudios por criar a mis hijos.
- \* Cuando terminé la universidad no empecé a trabajar.
- \* Me aislé de mis amistades por estar en diferentes puntos de la vida.

Y ahora, con cuarenta y dos años estoy a punto de divorciarme, mis hijos me reprochan una existencia que no soy consciente de haber vivido y me siento abrumada porque realmente no sé en qué estado están las cuentas, ni si, económicamente hablando, soy solvente.

—Mario, tengo que decirte una cosa —él me mira—. Bidasoa y Vallejo asociados —menciono el bufete de mi marido —era de mi familia, lo fundó mi abuelo, cuando nos casamos Juan y yo, mi padre le contrató y con el paso de los años le hizo socio —me esfuerzo por respirar—. El bufete se llamaba antes Bufete Vallejo, no sé en qué momento ni de qué manera Juan se ha puesto al frente de todo ni cómo ha podido cambiarle el nombre al bufete, yo... —me froto las sienes—. Creo que mi padre me dejó una parte, creo que no eran acciones, solo una renta vitalicia —le miro con expresión culpable—. Lo siento, mi madre acababa de morir y yo confiaba en mi padre a ciegas, no le presté mucha atención, la verdad.

—No te preocupes por nada, puedo encargarme de todo —asegura convencido—. ¿Crees que Juan te va a poner problemas?

—No lo sé —me encojo de hombros—. Hasta hace unas horas hubiese puesto la mano en el fuego por él y claramente me habría quemado, así que no sé qué puedes esperar de él, cuando me enfrenté a él en su despacho me dijo que el divorcio sería complicado porque tenemos muchas cosas a medias como el bufete, la casa, los coches...

—Como te acabo de decir, no te preocupes por nada —se frota la mandíbula—. Imagino que pondrá algo de resistencia cuando sepa que soy tu abogado, pero podremos con ello —me mira a los ojos—. ¿De verdad te parece buena idea estar sola esta noche?

—Llevo sola varios años —me pongo en pie—. Dormíamos en habitaciones separadas porque decía que no quería despertarme cuando venía tarde a la cama —aprieto los labios con fuerza—. Soy una estúpida, yo pensando que tenía el marido más considerado de todos y resulta que no era más que un adorno para su carrera, porque su vida la tenía con otra persona —me coloco la falda del vestido—. Así que no creo que nada cambie más allá del hecho de que ahora soy consciente de cómo son las cosas.

Mario me mira con compasión y un atisbo de preocupación.

—No eres una estúpida, Julieta —dice con firmeza—. Eres una mujer que ha confiado en la persona equivocada. Pero ahora estás tomando el control de tu vida, y eso es lo que importa. —Me mira con determinación—. Vamos a luchar por lo que es tuyo y te aseguro que no estarás sola en esto.

\*\*\*

Una semana más tarde, Juan me envió un mensaje para que nos reuniésemos y así firmar la petición de divorcio amistoso, confirmé la cita y se lo notifiqué a Mario, el cual me dijo que pasaría a recogerme para que fuésemos juntos.

Volver al edificio del bufete de Juan me revuelve las tripas, pero Mario me ha hecho ver que se sentiría más a gusto en su territorio y que quizá así todo fuese más tranquilo. Y la verdad, disolver veinticinco años de matrimonio de una forma tan aséptica es triste, tan triste que solo quiero terminar cuanto antes con todo.

En cuanto entramos en el edificio, miro con inquina al guardia de seguridad.

—¿Qué pasa con ese? —me pregunta Mario.

Le cuento el trato que me dio hace una semana y le veo apretar la mandíbula con fuerza.

—Al final no dije ni hice nada, como puedes ver —sonríe con tristeza—. Otra gran hazaña de Julieta Vallejo.

—Vamos.

Me coge de la mano con confianza y nos dirigimos a los tornos, el cretino del guarda me mira con una sonrisa de superioridad.

—Usted no aprende, ¿eh? Tienen que anunciarse en recepción, les dan una tarjeta y entonces les dejo pasar.

—Mira, campeón —Mario se enfrenta a él sin miedo alguno—. La señora Vallejo es socia principal del bufete Bidasoa y Vallejo asociados y si no te quitas de inmediato de en medio, te voy a meter tantas demandas por el culo que vas a saborear la tinta.

Joder.

Parpadeo con la boca abierta mientras Mario ni siquiera ha alzado la voz y el guarda de seguridad ha palidecido y la verdad, no me extraña lo más mínimo. Este tío da miedo.

Sonrío sin poder evitarlo. De repente me siento extraña, es como si... sonrío de nuevo, es la primera vez en años que alguien da la cara por mí.

El palurdo de seguridad nos abre el torno y yo paso a su lado con una sonrisita de suficiencia.

—¿Lo ves? Ahora sí —le recuerdo las palabras que él me echó a la cara hace una semana y me fulmina con la mirada.

En cuanto entro en el ascensor con Mario, le miro ligeramente turbada.

—Gracias.

—De nada —me sonrío —te dije que te ayudaría en todo —coloca una de sus manos en mi brazo—. Esto va a ser duro, Julieta, tienes que estar preparada y tienes que confiar en que haré lo mejor para ti, ¿confías en mí?

Asiento con un gesto y subimos en silencio.

Cuando finalmente las puertas del ascensor se abren, la misma mujer a la que obligué a llevarme al despacho de Juan, nos espera con una expresión de profunda pena.

—Bienvenidos, señora Vallejo y... —mira a mi abogado —no tenía constancia de que vendría acompañada.

—Mario Carvajal —la mujer palidece y asiente —¿nos llevas con Juan Bidasoa? Tenemos cita para comer y no quiero llegar tarde.

—Sí, por supuesto.

Es más que evidente que Mario está en plan abogado super duro y la verdad, me parece bien. Tengo una extraña sensación y prefiero que alguien que sabe lo que se hace esté de mi parte, después de tener tiempo para pensar en todo lo que me ha ocurrido, no puedo confiar en que mi futuro ex marido y mis hijos miren por mí.

—Pensé que tampoco querías una guerra —es el saludo de mi aún marido en cuanto entramos en su despacho.

—Y no la quiero, Juan —le miro a los ojos—. Pero llevas engañándome varios años, así que es evidente que necesito que alguien a quien no puedas engañar, vele por mis intereses.

—¿Y qué te crees que he estado haciendo yo? —me grita por primera vez en la vida—. ¡Podría haberte ridiculizado durante años! ¡contarle a todo el mundo que tenía a una frígida por esposa! Podría haber disuelto el matrimonio poniéndote en el candelero y hacerte a ti la culpable de todo, pero no lo hice, porque eres la madre de mis hijos y confío en ti.

Sus palabras han sido como puñaladas. Y no creo que jamás pueda ser capaz de mirarle a la cara sin sentir que toda mi vida es un fraude, un fracaso y una mentira, que me casé con un lobo con piel de cordero que me utilizó para llegar al bufete de mi padre y que se quedó conmigo porque le convenía, ¿dónde más iba a encontrar a alguien tan estúpida como yo?

Siento la mano de Mario en la mía y hago lo imposible por respirar con lentitud.

—Me has ridiculizado durante años, Juan. Todo el mundo en el club sabe de tus aventuras porque les dijiste a todos que teníamos un matrimonio abierto —sus ojos se abren por la sorpresa—. ¿Ahora te importa que sea la madre de tus hijos? ¡llevas mintiéndoles toda su vida! Hasta que has conseguido ponerles en mi contra, dime, ¿les has dicho que era yo la que hablaba con sus profesores, quien hacía lo imposible para notificarte sus partidos, dime, ¿les has llevado alguna vez al médico? ¿sabes el nombre de alguno de sus profesores? ¿o de sus amigos, ya puestos? No, porque no empezaste a preocuparte por ellos hasta que empezaron a ser independientes y después me has mantenido en la sombra hasta que has logrado echarme de nuestra familia, así que sí, Juan, necesito que alguien vele por mis intereses, alguien que no quiera destruirme la vida como has hecho tú.

—Esto no nos lleva a ninguna parte —Mario interviene y mira fijamente a Juan —vamos a sentarnos, a hablar con tranquilidad y a terminar con esto cuando antes.

—Eso no te conviene, le puedes sacar más dinero si tardamos en resolver esto —me mira con auténtico asco y me hace sentir sucia.

—Juan —la voz de mi abogado suena como una amenaza y finalmente mi marido asiente con un gesto seco.

Todos nos sentamos y Juan nos tiende una copia del acuerdo de divorcio que ha redactado, está claro que Mario lee más rápido que yo porque cuando estoy llegando al tercer párrafo, me arranca las hojas de las manos y las lanza sobre el escritorio.

—No seas cabrón, ¿quieres robarle a tu esposa? ¿después de veinticinco años y dos hijos? ¿después de ponerle los cuernos con media ciudad?

Miro a mi abogado con los ojos como platos, pero él pasa de mí, está inmerso en un duelo de miradas con Juan, el cual parece que está a punto de estallar. Creo que nunca le había visto así.

—Este bufete es en parte de ella y llevas años robándole parte de lo que le corresponde de los beneficios, además, la casa es de ella, tú no tienes derecho a exigir nada, fue un regalo de su padre por la boda, sí, pero la compra-venta se realizó antes del matrimonio y está solo a nombre de Julieta —Mario saca de su maletín un fajo de hojas—. Sigamos, los coches están a nombre de Julieta pero al ser comprados dentro del matrimonio se consideran bienes gananciales como bien sabes, ahora bien, resulta que tú tienes una cuenta en la que estás solo, de la que Julieta no sabía nada y en la que has estado ingresando la parte de los beneficios que le robabas a tu mujer —le entrega las hojas—. Por si te lo preguntas, solo es una copia y mi ayudante tiene orden de enviar otra a todos los medios de comunicación si no cerramos este asunto lo antes posible.

—Eres un hijo de puta.

Juan lanza las hojas por los aires y mira a Mario a los ojos.

—Podría denunciarte por chantaje.

—Cierto, podrías, y entonces yo te denunciaría por apropiación indebida, por coacción, por fraude y unos diez delitos más —le dedica una sonrisa lobuna—. Esto es lo que queremos: la

casa está fuera de toda discusión porque es de Julieta ya que además, ha sido ella la que ha pagado todos los gastos asociados a la propiedad, bien, en cuanto al bufete, su padre estipuló que su única hija poseía el cincuenta por ciento de la sociedad, he encontrado el documento en el que ella te vende el diez por ciento para hacerte socio, como Julieta no sabía nada, intuyo que su confianza era tan ciega que ni siquiera leyó lo que le dabas a firmar y no pusiste un margen mayor porque ella se enteraría y podría impedirlo, así que mi clienta se queda con el cuarenta por ciento de la sociedad, también se queda con el total de la cantidad de efectivo que tenéis en la cuenta conjunta como pago por ese diez por ciento, en cuanto a los coches, tenéis seis, todos de alta gama, conociendo a Julieta imagino que querrá quedarse con el Mercedes, el Audi y el BMW.

—¡Son los más caros!

—Sí, y son los que quiere Julieta —Mario se encoge de hombros—. Como mi clienta no quiere pelearse contigo en el tribunal, algo que le he desaconsejado encarecidamente, no te vamos a pedir nada de lo que tienes en esa cuenta privada, pero se va a hacer una auditoría del bufete y a partir de este instante, Julieta empezará a recibir el dinero que legalmente le corresponde —saca unas copias grapadas, le entrega una a Juan y otra a mí— Bien, si lo tienes todo claro, firma, mañana tengo una reunión con el juez Ramírez y él firmará la sentencia firme del divorcio.

—Eres un hijo de puta.

—Eso ya lo has dicho —Mario se inclina hacia delante y con un rápido movimiento coge las hojas que nos había dado Juan al principio—. Y tú eres imbécil y muy lento —le sonrío—. Ahora tengo pruebas de al menos cuatro delitos, ¿quieres negociar?

—No. Que esa frígida se lo quede todo, me da igual —entonces me mira—. Me he tirado a todas tus amigas —me dice como si eso me importara—. Puede que tengas mi dinero, pero vas a morir sola.

—Con los millones que acabo de ganar puedo comprarme varios amigos —le respondo y con rabia firmo el acuerdo de divorcio que Mario ha puesto en mis manos.

Juan hace lo mismo y se lo entrega todo a Mario que coge las hojas con una sonrisa en los labios.

—¿Puedo invitarte a comer? —me pregunta Mario en cuanto volvemos a la calle.

—Pues te lo agradezco —le sonrío —pero creo que prefiero comer sola, tengo mucho que asimilar, muchas de las cosas que has dicho no las sabía.

—Lo sé, yo me enteré ayer a última hora —me sonrío —pero lo has conseguido, eres libre. De los flecos que quedan puedo encargarme yo, no tienes que volver a verle.

Le abrazo en un gesto involuntario.

—Gracias, mil gracias.

## Capítulo 4

En cuanto me despido de Mario rechazando su oferta de llevarme a casa, llamo a Margarita y a Carolina y quedamos en vernos en el mismo restaurante japonés donde nos habíamos encontrado la otra vez. Al parecer, ellas ya están allí.

Voy dando un paseo, disfrutando de un precioso día de mayo en Madrid, con la primavera en pleno apogeo. Las flores en los balcones y jardines añaden un toque de color a las calles del que antes no me había percatado, imagino que porque apenas he venido al centro de Madrid en los últimos años.

Mi mente aún está revuelta por la reunión, pero la calidez del sol y la suave brisa me consuelan sin pretenderlo. O quizá es que he empezado a darme cuenta de que necesito algo de calor que evapore el frío de mis huesos. Desde que me enfrenté a mis hijos hace más de una semana, no he vuelto a saber de ellos.

Me duele tanto que me hayan dado la espalda que al pensar en ellos siento dolorosas punzadas en el pecho. ¿Qué he hecho para que no me quieran en absoluto? Sé que todo ha tenido que ser cosa de su padre, porque siempre he estado pendiente de ellos, hasta que Juan les regaló un apartamento con dieciocho años, se independizaron y desde entonces la distancia entre nosotros empezó a ser cada vez mayor. No conseguía llegar a ellos de ninguna forma, las llamadas —que siempre hacía yo—, duraban apenas un par de minutos y siempre tenían incómodos silencios.

Cierro los ojos un instante y me obligo a contener las lágrimas. No voy a llorar más ni por la traición de Juan ni por el desprecio de Enzo y Hugo. Si es la decisión que han tomado, no me interpondré, no lo he hecho desde que nacieron y no veo motivos para cambiar ahora.

Llego al restaurante y al entrar me hacen pasar enseguida a la terraza, sonrío cuando veo a Margarita y a Carolina sentadas en nuestra mesa de la otra vez. Al verme, unas preciosas sonrisas iluminan sus caras y no dudan en levantar las manos para saludarme.

—¡Julieta! —exclama Margarita poniéndose de pie para darme un abrazo.

En esta semana se han convertido en unas inesperadas amigas y me han apoyado cuando las he necesitado. Es curioso, a Margarita la conozco desde hace años, y aunque antes me caía bien, no podía decir que fuese una amiga, pero ahora... creo que ella y su hermana me han librado de automedicarme con alcohol y sedantes para superar toda esta situación.

—¿Cómo te ha ido? —pregunta Carolina después de abrazarme también. Tiene una mezcla de curiosidad y preocupación en sus ojos.

—Ha sido... intenso —me siento entre las dos—, pero al menos ya está hecho. Juan ha accedido a todas las exigencias de mi abogado —las miro avergonzada—. No tenía ni idea de

cómo estaban las cosas de nuestro patrimonio, confiaba tan ciegamente en él que podría haberme dejado en la más absoluta ruina.

—¿Y por qué no lo hizo? Porque claramente no es una buena persona —Carolina me mira y sujeta mi mano. Me encojo de hombros.

—No lo sé, quizá porque nunca pensó que le sorprendería o que me llegaría a enterar de sus teje manejes, y la verdad, de no haber decidido sorprenderle por nuestro aniversario, seguiría viviendo en la ignorancia. Aunque al final la sorprendida fui yo.

—Lo importante es que ahora lo tienes todo claro y que eres libre para empezar de nuevo —me dice Margarita con una sincera sonrisa.

—Exacto. Ahora es el momento de que pienses en ti, en tu futuro —añade Carolina con firmeza—. Eres guapísima, rica y no tienes obligaciones familiares, ¡el mundo es tuyo! —como siempre, me hace sonreír—. Además, te vamos a ayudar a celebrar este nuevo comienzo.

Tras dejar que Margarita pida por todas —y como la otra vez parece una cantidad ingente de comida—, pedimos unas mimosas y yo me siento más relajada. La conversación fluye con facilidad, saltamos de un tema a otro y sin darnos cuenta empezamos a enumerar los sueños y anhelos que tenemos.

Me siento agradecida por tener a Margarita y a su hermana en mi vida. La nueva amistad que estamos forjando es uno de los pilares de mi vida en estos momentos, aunque ellas no sean conscientes de ello.

—¿Has pensado qué vas a hacer ahora? —pregunta Margarita mientras coge un trozo de sashimi.

—La verdad, no tengo la más mínima idea —respondo con un suspiro—. Todo ha pasado tan rápido que apenas he tenido tiempo de procesarlo, solo sé que no puedo seguir viviendo como antes, que necesito un cambio radical en mi vida, algo que me devuelva la ilusión por despertar cada mañana.

—Te entiendo —Carolina toca suavemente mi mano—. Lo importante es que hagas todo lo que esté en tu mano para ser realmente feliz, para que encuentres eso que te apasiona.

—Muchas gracias —sonrío—. A las dos, la verdad es que salvo mi amiga Susan, pensé que no tenía amigas, que estaba sola.

Margarita me mira fijamente.

—Pues no lo estás —encoge un hombro—. Es verdad que no éramos las mejores amigas, pero siempre me has caído bien y ahora sí somos amigas —alza su copa de sake y Carolina y yo la imitamos—. ¡Por las amigas!

—¡Por las amigas! —brindamos nosotras.

La tarde pasa entre risas y confidencias y cuando finalmente nos despedimos, siento algo parecido al alivio. Me noto la mente más clara y la vida ya no me parece tan difícil como lo era antes de comer.

Al llegar a casa me siento en el sofá y miro a mi alrededor. La casa está en silencio, no es nada que no haya ocurrido más veces, pero esta noche es diferente, yo lo siento diferente, es como si la quietud de esta noche fuese de otro tipo. Y en cierta forma lo es, esta mañana vinieron a por las cosas de Juan. María supervisó personalmente que no se llevasen nada que no debiesen, en cuanto a su despacho, yo misma me encargué de comprobar hasta el último papel.

Es una sensación terrible comprender que el hombre con el que has compartido tu vida durante tanto tiempo te ha mentido descaradamente y no tiene reparos en aprovecharse de ti. Me siento insegura, triste, humillada y traicionada y sí, Margarita y Carolina alivian parte de todas esas emociones negativas, pero en cuanto me quedo a solas, todo vuelve de nuevo.

Mi móvil se ilumina y sonrío al ver la divertida foto de mi amiga Susan.

—Hola, buenas tardes para ti —le digo con una sonrisa.

—Hola guapísima, ¿cómo estás? ¿cómo ha ido todo? No estaba segura de a qué hora te reunías con él y he preferido esperar.

—Fue antes de comer, fue bien, más o menos —cojo el soporte para el móvil y me acomodo en el sofá —fue muy tenso todo y no sabes cómo me alegro de que Mario me representase, quería robarme, bueno, lo ha hecho durante años.

—¿Cómo dices? Pero... joder, perdona, solo me sale preguntarte cómo lo llevas, lo que es una soberana estupidez.

Sonrío a mi amiga. La echo de menos, hace más de veinte años que no nos vemos, pero la echo de menos.

—No te preocupes, es que todo esto es tan surrealista que ni yo misma tengo palabras para expresar todo lo que siento —me sujeto unos mechones sueltos con una pinza que tengo en la mesa del café—. No sé qué hacer con mi vida, tengo dinero, tengo esta casa y tengo unos estudios universitarios aunque jamás he ejercido como tal —me froto las sienes—. Pero no sé qué hacer con mi vida, ¿para qué quiero yo una casa tan grande como esta? —miro a mi alrededor—. Se suponía que iba a ser nuestra casa familiar, que mis hijos la llenarían con sus propios hijos... y sin embargo, estoy aquí sola.

—Cariño, acabo de tener una idea loca —la miro con una sonrisa—. ¿Por qué no vienes a Texas? —parpadeo asombrada—. ¡Sería fantástico! Tú y yo juntas de nuevo, el rancho es enorme, te entretendrías con los jardines de la propiedad que sinceramente, dan pena, aquí tienes espacio más que de sobra, caballos para galopar como una salvaje, ¿hace cuánto que no te subes a un caballo?

—Eres maravillosa —sonrío —y reconozco que me tienta muchísimo la idea, pero no sé si es lo que me conviene, o ya puestos, si te conviene a ti tener a una persona tan inútil como yo cerca.

—No me gusta nada oírte hablar así —frunce el ceño—. Creo que tu exmarido y tus hijos te han convencido de que no sirves para nada y eso no es cierto, son ellos los que deberían estar llorando por los rincones por portarse como unos hijos de... —se queda callada y yo sonrío—. Perdona, es que me cabrea mucho todo.

—Repito, eres maravillosa, Susan.

—Venga, Juls, vente, ¿qué tienes que perder? Anímate, suéltate el pelo por una vez en tu vida, ven a verme, pasaremos un tiempo juntas y te olvidarás de todo.

—Dudo que me olvide de que tengo que empezar de nuevo, Susan —suspiro con resignación—. Estoy agotada, ¿te importa si hablamos mañana?

—Claro que no, cariño —su mirada se dulcifica—, pero prométeme que al menos lo pensarás.

—De acuerdo, lo pensaré.

\*\*\*

Unos días después voy a desayunar con las chicas al club y la noticia de mi divorcio ya se ha extendido como la mala hierba. Algunas de las mujeres me miran con desaprobación, otras con envidia y otras con superioridad como si ellas supiesen algo que yo ignoro. Claro que visto lo visto, seguramente sea así.

Pero me da igual. Que hagan lo que quieran y que piensen lo que quieran. Yo bastante tengo con superar mi día a día.

Hace un día precioso que no voy a desperdiciar, por lo que me siento en una de las mesas de la terraza en la elegante cafetería mientras trato de ignorar las miradas curiosas y los susurros llenos de especulaciones que llenan el aire a mi alrededor. Margarita y Carolina llegan un poco después, ambas con sus preciosas sonrisas.

—¡Hace un día espléndido! —Margarita se acerca y me besa en la mejilla—. Pareces cansada, ¿todo bien? —pregunta mientras se sienta a mi lado.

—Sí, supongo, no sé. Todo es más confuso, me siento a la deriva y es una tontería porque en realidad mi vida no ha cambiado tanto, por triste que suene, sigo pasando las horas sola en casa sin hacer nada más que darle vueltas a las cosas, la única diferencia es que ahora sé que Juan no va a venir a comer o cenar conmigo, por lo demás, todo sigue exactamente igual. Aunque lo percibo todo de forma diferente.

—Imagino que tiene que ser muy duro —Carolina me sonríe con compasión—. ¿Hay algo en lo que podamos ayudarte?

—En realidad no —sonríó ligeramente—, pero quería contaros algo.

Justo en ese momento se nos acerca una joven para tomarnos nota y las tres pedimos el desayuno de la casa.

—No dejo de pensar, de darle mil vueltas a todo, a ratos me culpo a mí misma, a ratos le culpo a él y a ratos... no sé, el caso es que hablé con mi amiga Susan hace unos días y se le ocurrió la loca idea de que me vaya unos días con ella.

Ambas se inclinan ligeramente hacia delante con el interés brillando en sus ojos.

—¿Susan? ¿tu amiga americana? —pregunta Margarita.

—La misma —asiento con un gesto—. Quiere que pase algún tiempo con ella en su rancho de Texas. Al principio no estaba segura, porque el cambio va a ser brutal, pero a medida que pasan las horas, más me atrae la idea.

—Y tanto que va a ser brutal el cambio, vas a pasar de vivir en una confortable casa de Madrid a vivir en un rancho al otro lado del mundo, que no te digo yo que no suene a aventura, pero quizá es demasiado extremo, ¿estás segura de que es lo que necesitas?

—Pues no —admito—, pero tampoco creo que hacer lo mismo día tras día esperando que algo cambie sea sano para mí —me encojo de hombros—. De lo que sí estoy segura es de que necesito algo que me saque de esta rutina asfixiante, algo que me permita encontrarme a mí misma —suspiro—. Aquí todo me recuerda a Juan y a mis hijos, a todo lo que ha salido mal. Necesito escapar, aunque sea por un tiempo, para aclarar mi mente y descubrir qué quiero de verdad, qué le pido a la vida.

—Bueno, no puedo decir que no te comprenda, si yo pasase por lo que has pasado tú, habría perdido la cabeza —dice Carolina apretando mi mano con suavidad—. Si crees que ir a Texas te

ayudará, ¿por qué no intentarlo? Y aunque no sea así, al menos estarás con tu amiga de toda la vida y eso siempre es algo bueno, aunque te echaremos de menos, por supuesto.

Sus palabras hacen que me sienta mejor conmigo misma, son como un bálsamo calmante para mi confusa mente y el alivio me recorre por entero porque Carolina tiene razón, quizá estar en Texas no sea la panacea que espero, pero estar con Susan será algo bueno, hace muchos años que no nos vemos.

Esa noche apenas puedo pegar ojo. Las palabras de Susan, de Carolina y de Margarita se mezclan en mi cabeza y hacen que la idea de ir a Texas sea cada vez más atractiva. Me levanto al amanecer, incapaz de soportar permanecer en la cama ni un minuto más. He tomado una decisión, no quiero seguir pensando en si será una buena idea o no, en qué puede salir mal o... en realidad, lo que no le he contado a nadie, es que lo que me preocupa de irme al otro lado del mundo es que no estoy segura de lo que pensarán mis hijos y Juan de ese viaje y por eso mismo he tomado la decisión de ir, porque he comprendido, mientras la noche daba paso al día, que mis hijos son adultos que toman sus propias decisiones y que fueron ellos los que tomaron la decisión de no quererme en sus vidas y ya no hablemos de lo que opina mi ex marido.

Así que haré eso, me iré a Texas sin tener en cuenta a nadie más que a mí misma y por primera vez desde que tenía dieciocho años, pensaré en mí y solo en mí. Ellos han rehecho su vida sin contar conmigo, sin pararse a pensar en cómo me sentiría yo y al parecer siguen sin hacerlo, porque después del tiempo que ha pasado desde que descubrí la infidelidad de mi marido y le pedí el divorcio —dieciocho días exactamente—, ninguno de los dos se ha molestado en llamarme o enviarme un triste mensaje. Pensar en ello me duele como si alguien me apuñalase directamente en el corazón, pero estoy descubriendo a la fuerza que no puedes obligar a alguien a que te quiera, ni siquiera a tus propios hijos.

Cuando llego a la cocina, me encuentro a María preparando el café.

—María —la mujer se gira y me sonrío. Desde el divorcio es más agradable tenerla en casa.

—Buenos días, señora.

—Buenos días, ven, siéntate conmigo un momento, quiero hablarte de algo.

No muy convencida, hace lo que le pido y me mira nerviosa.

—No voy a despedirte, tranquila —la veo relajarse—, pero me voy a ir una temporada a Texas, en Estados Unidos, para visitar a una buena amiga y alejarme un poco de todo esto —la miro con una sonrisa—. ¿Podría pedirte un favor?

—Lo que necesite, señora.

—Tu marido y tú, ¿podríais trasladaros aquí? No sé cuánto tiempo estaré fuera y preferiría que la casa no se quedase vacía —me encojo de hombros—. Sabes que hay habitaciones de invitados de sobra.

—Pero señora, eso no...

—Si es mucho pedir, lo entiendo.

—No, señora —se atreve a cogerme la mano con cariño—. Iba a decir que eso es muy generoso por su parte, pero si de esa manera, usted se queda más tranquila, nos trasladaremos cuando nos diga.

—Muchas gracias, María.

Después de desayunar en el jardín, con el portátil que compré hace unos días, reviso los horarios y los precios de los billetes y decido comprar uno —para dentro de diez días—, para ir a ver a mi amiga Susan, estoy por llamarla y darle la noticia, pero al mirar el reloj, decido posponerlo, en Texas aún no ha amanecido siquiera.

Por lo que veo, las opciones de vuelo directo son muy pocas, aunque esté mirando vuelos en primera clase. Así que finalmente me resigno y compro un billete en un vuelo que hace escala en Londres, y la espera entre vuelos es de solo una hora y media. En total son catorce horas de viaje, pero me vendrá bien cambiar de aires, cada vez estoy más segura de ello.

Después me dedico a buscar información sobre lo que necesito para poder ir a Texas y por un momento me siento decepcionada al leer lo complicado que es visitar Estados Unidos, pero no me voy a dejar vencer por la burocracia, así que cierro el portátil y llamo a Mario —mi abogado—, porque a él sí que debo avisarle de mi viaje y de que estaré fuera un tiempo, aún hay cosas del divorcio que no están solucionadas, como que Juan aún está como cotitular en mi cuenta bancaria, aunque de momento está congelada hasta que esto se solucione. Según Mario así evitamos la tentación.

—Buenos días, Julieta, ¿en qué puedo ayudarte?

—Pues quería invitarte a comer si te parece bien, tengo algunas cosas que comentar contigo y prefería hacerlo con calma.

—Por supuesto, ¿estás bien?

Sonrío aunque él no puede verme. Su preocupación es sincera y me parece un detalle muy tierno, la verdad.

—Sí, o bueno, al menos no he ido a peor —sonrío— lo que considero que es un avance —respiro profundamente— cerca de tu bufete hay...

—¿El japonés que le encanta a Carolina?

—El mismo.

—Muy bien, reservaré mesa para hoy y le diré a mi secretaria que te envíe un mensaje, ¿quieres que pase a buscarte?

—No será necesario, gracias, nos vemos en unas horas.

—Hasta después.

Cuando cuelgo, tengo la sensación de que estoy haciendo lo correcto, de que el camino de curación y de encontrarme a mí misma que necesito, empieza por hacer cosas por y para mí, por aprender a decir que no, por dejar de hacer cosas para complacer a los demás.

Exactamente diez días después, es Mario quien me acompaña al aeropuerto y quien lleva mi maleta hasta el puesto de facturación. Gracias a sus consejos he dejado todo listo para que mi viaje sea placentero y no tenga que preocuparme por nada. Mi cuenta bancaria es solo mía, la casa estará perfectamente cuidada con María y su marido allí y Mario se encargará de cualquier imprevisto que surja.

Siento una mezcla de nervios y emoción que por un instante, me recuerda a la joven que solía ser antes de casarme, llena de sueños y aspiraciones.

Mario se ha convertido en un amigo de confianza y la verdad es que me hace sentir bien tenerle a mi lado. Ha querido ser él es que me acompañase hasta la hora de embarcar, así que hace un par de días que me despedí de Carolina y de Margarita.

—Cuídate, Julieta —me abraza cálidamente—. Si necesitas cualquier cosa no dudes en llamarme, o al menos, mándame un mensaje de vez en cuando para que sepa que estás bien —su sonrisa es tranquilizadora.

—Muchísimas gracias por todo —le respondo con una sonrisa llena de agradecimiento—. Prometo mantenerme en contacto.

El vuelo es tranquilo y cuando llegamos a Londres, una azafata preciosa y muy amable, me indica dónde puedo esperar. Al viajar en primera no tengo que deambular por el aeropuerto y tampoco tengo que estar pendiente de mi equipaje, el personal se encarga de todo.

Cuando el avión comienza a descender sobre Texas, el paisaje cambia drásticamente si lo comparo con la gran urbe que es Madrid. Los rascacielos son reemplazados por vastas extensiones de tierra y ranchos que se extienden hasta donde alcanza la vista.

Al aterrizar, recojo mis maletas y me dirijo hacia la salida, pero nada más atravesar las puertas veo a Susan esperándome con una sonrisa radiante y una cartulina llena de purpurina con mi nombre escrito en varios colores. Cuando vine de intercambio siendo una adolescente, hizo exactamente lo mismo.

—¡Bienvenida a Texas, Juls! —me abraza con todas sus fuerzas y le devuelvo el abrazo con el mismo ímpetu—. No sabes lo feliz que me hace tenerte aquí —se aparta un poco para mirarme a los ojos—. Te prometo que vas a disfrutar cada minuto.

## Capítulo 5

El camino hasta el rancho es una mezcla de risas y recuerdos compartidos. Susan me pone al día sobre su vida y sobre el rancho, por mi parte yo le cuento cómo han sido los últimos días en Madrid.

—Así que, ¿qué tal las cosas con tus hijos? —pregunta Susan mientras tomamos la salida del aeropuerto —Enzo y Hugo, ¿verdad?

—Sí —confirmo—, todo sigue igual, no se han puesto en contacto conmigo para nada, ni siquiera un triste mensaje —me encojo de hombros—, y siguiendo el consejo de mis amigas Margarita y Carolina, yo tampoco les he escrito a ellos —me recuesto en el asiento—. ¿Sabes? Es una sensación muy extraña esta de que te echen de tu propia familia y que nadie se moleste en decirte nada, ellos han rehecho su vida con la novia de su padre y a mí me dejaron de lado, en aquella enorme casa, como si fuese una pelota olvidada en un parque.

—Eso es muy duro —me mira de reojo—. No puedo ni imaginar lo que estás pasando, pero ahora estás aquí y eso ya es un paso enorme. Además, te prometo que en el rancho encontrarás el espacio y la paz que necesitas.

Asiento sintiéndome un poco mejor y más reconfortada por sus palabras. Nos sumimos en un silencio cómodo mientras salimos de la ciudad y yo observo por la ventanilla todo lo que nos rodea.

Que mi amiga me comprenda aun habiendo estado a miles de kilómetros hace que me sienta agradecida.

—Cuéntame, ¿qué tal todo por el rancho? Con todo mi drama familiar, apenas me has contado nada.

Susan sonríe ampliamente.

—El rancho está mejor que nunca. Liam y yo nos esforzamos todos los días para mantenerlo en buen estado, la semana pasada compramos algunos caballos que estoy segura de que te encantarán, pero lo que sin duda necesita un poco de tu magia son los jardines, te juro que yo lo intento, pero el trabajo se acumula y pasan a ser mi última prioridad.

Me echo a reír divertida con sus palabras. Susan jamás ha tenido mano para las plantas y aunque ponga de excusa el trabajo, estoy segura de que el jardín no le preocupa lo más mínimo. Aunque su oferta de que yo me haga cargo de él es sincera y la verdad, me vendrá bien mantenerme ocupada.

Finalmente, llegamos al rancho y me quedo sin aliento ante la belleza del lugar. La casa principal, de estilo rústico pero elegante, se alza majestuosa en medio de amplios terrenos verdes.

La fachada está revestida de madera envejecida, y un porche envolvente con mecedoras invita a relajarse y disfrutar del paisaje. Ventanas grandes y luminosas permiten la entrada de abundante luz natural, mientras que el techo a dos aguas y la chimenea de piedra le dan un toque acogedor.

Los caballos pastan tranquilamente en los campos cercanos, su presencia añadiendo vida y movimiento al paisaje. El aire fresco y limpio me envuelve, llenándome de una sensación de libertad que no había experimentado en mucho tiempo.

La entrada principal de la casa conduce a un amplio vestíbulo con suelos de madera pulida y paredes decoradas con fotografías antiguas del rancho y cuadros de paisajes. El salón es acogedor, con cómodos sofás de cuero, una gran chimenea de piedra y estanterías llenas de libros y objetos curiosos, algunos parecen bastante antiguos. Unas puertas correderas de cristal dan acceso a una terraza con vistas impresionantes de las colinas circundantes.

La cocina es una mezcla de modernidad y encanto rústico. Electrodomésticos de última generación se combinan con encimeras de madera y una gran isla central. Un fregadero de estilo granja y armarios abiertos que muestran vajilla de cerámica completan el cuadro. Justo al lado, el comedor, con una mesa larga de madera y sillas desparejadas, se abre a un ventanal con vistas al jardín.

Los jardines que rodean la casa, aunque alguna vez debieron ser espléndidos, ahora muestran signos de abandono. Macizos de flores silvestres se mezclan con plantas autóctonas de bajo mantenimiento, pero muchas de ellas están desbordadas y necesitan una mano experta. Caminos de grava serpentean entre los jardines, ahora invadidos por malas hierbas, el aspecto es de lo más deprimente.

Más allá del jardín, se encuentran las edificaciones anexas del rancho. Un granero rojo de madera, con sus puertas abiertas de par en par, revela el bullicio de la vida agrícola: pacas de heno apiladas, herramientas bien ordenadas y el suave balido de algunas ovejas. Al lado, el establo alberga a los caballos del rancho, cada uno con su propio cubículo espacioso. Los caballos, algunos con pelajes brillantes y otros moteados, asoman la cabeza para curiosear.

También hay una casa de huéspedes, más pequeña pero igualmente encantadora, con un porche propio y vistas al estanque que hay cerca. Esta casita se usa para alojar a visitantes o trabajadores temporales y está equipada con todas las comodidades necesarias.

El rancho también cuenta con un corral amplio y bien mantenido, donde los caballos y otros animales tienen espacio para ejercitarse. Un lago reluciente en la distancia completa el cuadro idílico, ofreciendo un lugar perfecto para pescar o simplemente relajarse junto al agua.

La combinación de la arquitectura rústica con la funcionalidad moderna, junto con los paisajes abiertos y los animales, crea una atmósfera de paz y serenidad que me resulta casi surrealista. Aquí, parece que el tiempo se detiene y la vida adopta un ritmo más lento y natural. Me siento inundada por una mezcla de alivio y emoción ante la perspectiva de empezar esta nueva etapa en un lugar tan maravilloso.

—Bienvenida a tu nuevo hogar —dice Susan abriendo la puerta de la casa y dejándome entrar primero.

El interior es acogedor y cálido, con una mezcla de muebles antiguos y toques modernos que crean un ambiente hogareño. Susan me muestra mi habitación, una espaciosa estancia con una gran ventana que da al jardín.

—Espero que te guste —dice, observando mi reacción—queríamos que te sintieras como en

casa.

—Es perfecto, Susan —le digo, abrazándola de nuevo—no sé cómo agradecerte todo esto.

—No necesitas agradecerme nada —responde ella—ahora, deshaz la maleta tranquilamente y descansa un poco. Luego te presentaré a Liam y te mostraremos el rancho en profundidad.

Después de acomodar mis cosas, me tumbo en la cama por un momento, dejando que la paz del lugar me envuelva. Es un nuevo comienzo, pienso para mí misma, y estoy decidida a aprovecharlo al máximo.

No obstante, hago caso a mi amiga y me tomo las cosas con calma, la verdad es que después de catorce horas de viaje entre vuelos y parada, estoy agotada. Deshago la maleta colocando la ropa en el amplio armario empotrado y coloco mis enseres en el baño privado que tiene la habitación. La verdad es que es como estar en un hotel de lujo.

La cama parece tan mullida y tan cómoda que no puedo evitar tumbarme dejando que la paz del lugar me envuelva y antes de darme cuenta, me quedo completamente dormida.

\*\*\*

Cuando me despierto, me siento desorientada y tardo unos instantes en comprender que ya ha pasado la noche y que el día comienza de nuevo. No recuerdo nada después de tumbarme en la cama de cualquier manera, aunque ahora estoy colocada perfectamente y me pongo nerviosa, ¿quién lo habrá hecho? Hasta que miro la mesilla y veo una nota con mi nombre.

*“No te asustes, no bajabas a cenar y subí a buscarte, parecías tan cansada que no me atreví a despertarte. Cuando te sientas preparada, ven a buscarme.*

*Tu mejor amiga,*

*Susan.”*

Sonríó ante las palabras de Susan, ella siempre ha necesitado menos horas que yo para dormir y, después de toda la tensión que he vivido en España con el divorcio, la situación con mis hijos y a mayores el viaje, imagino que me quedé fuera de combate.

Me estiro y me siento descansada, no sé qué hora es y seguro que he dormido demasiado, pero creo que lo necesitaba.

Me levanto y me dirijo al baño. Después de una revitalizante ducha rápida, elijo ropa cómoda: unos vaqueros cortos y una camiseta ligera. El verano en Texas es abrasador. Me pongo unas zapatillas deportivas cómodas y salgo de la habitación, bajo las escaleras y olor a café recién hecho y comida me indica el camino a la cocina, estoy famélica.

Una mujer de mediana edad, de cabello canoso y figura robusta, está batiendo unos huevos frente a los fogones. Un hombre, más joven con vaqueros y una camiseta con el logo del rancho, está colocando una bandeja con tocino y salchichas sobre la mesa, en la que ya hay un par de jarras de zumo de naranja, una fuente con tostadas y varios servicios colocados.

La cocina está decorada en un estilo rústico, con muebles de madera y utensilios colgados en las paredes.

—¡Buenos días! —saluda la mujer con una cálida sonrisa—. Debes ser Julieta, Susan me ha hablado de ti. Yo soy Martha, la cocinera. Ven, siéntate y desayuna con nosotros, los demás no tardarán en llegar.

—Y yo soy Matt —dice el hombre saludándome con un gesto de la cabeza—. Trabajo en el

mantenimiento del rancho y hago de todo, así que si necesitas cualquier arreglo, soy tu hombre.

—Encantada de conoceros —me siento a la mesa—. Qué bien huele todo.

En cuanto pronuncio esas palabras, aparecen cinco hombres más, algunos aún con los sombreros puestos, lo que provoca que la cocinera frunza el ceño y ellos de inmediato se descubren.

—Perdón, Martha —se disculpa uno de ellos que enseguida se percató de mi presencia—. Vaya, debes ser Jul...

—Julieta —le sonrío —la amiga de Susan. Podéis llamarme Juls, todos lo hacen —encho un hombro un poco avergonzada.

Todos los hombres, de edades comprendidas entre los veinte y los sesenta, son atractivos y tienen un físico envidiable.

—Yo soy Marcus —me tiende la mano que estrecho—, y estos son Arthur, Jim, Tom y Parker —todos han ido inclinando la cabeza a medida que decían su nombre.

—Un placer, espero no resultar un estorbo.

Se miran entre ellos y sueltan una carcajada que no comprendo, pero como Martha pone los ojos en blanco y Matt no dice nada, lo dejo pasar y empezamos a desayunar cuando Martha coloca delante de mí un plato con huevos revueltos, tocino y una rebanada de pan tostado.

Mientras desayunamos, Martha y Matt me ponen al día sobre la rutina del rancho, las tareas diarias y las peculiaridades de los animales, con pequeñas aportaciones de los otros hombres. Me siento agradecida por su amabilidad y creo que este sí que puede ser un buen lugar para mí.

Después de un rato, decido ir en busca de Susan. Me dirijo al establo, recordando que mencionó que estaría ocupada con las tareas de la mañana. El sol ya está alto y el aire es cálido y un poco pesado, típico de mediados de julio en Texas. Me siento renovada mientras camino por el sendero de grava que lleva a las edificaciones del rancho.

Al llegar al establo, veo a Susan de pie junto a un hombre alto y fornido, ambos concentrados en una conversación. Susan tiene una mano apoyada en la cadera y la otra gesticulando enérgicamente, algo típico en ella cuando está explicando algo apasionadamente. Al parecer, ese rasgo de su personalidad no ha cambiado con el paso del tiempo y me resulta muy tierno que conserve ese gesto que tanto me llamó la atención cuando la conocí siendo adolescente.

—¡Susan! —llamo, y ella gira la cabeza, sonriendo al verme.

—¡Juls! —exclama, corriendo hacia mí para darme un abrazo —¿Cómo has dormido? ¿Te sientes mejor?

—Mucho mejor, gracias. Me asusté un poco al ver que alguien me había metido en la cama, pero estoy muy agradecida. ¿Cómo estás tú?

—Bien, ocupada como siempre —me sonrío —Julieta, este es mi hermano Liam. Liam, ella es Julieta, mi mejor amiga de España, ¿recuerdas que te he hablado de ella? Cuando vino hace años, tú estabas en la universidad y no llegaste a conocerla —le explica.

Liam se vuelve hacia mí, y por un instante, me siento un poco intimidada por su presencia. Es alto, seguramente supera el metro ochenta, y su complexión musculosa habla de años de trabajo físico en el rancho. Lleva una camiseta ajustada de algodón que realza sus hombros anchos y su torso firme. Sus vaqueros, ligeramente desgastados, encajan a la perfección ajustándose a sus

musculosas piernas.

Su rostro es atractivo, con una mandíbula fuerte cubierta por una barba bien recortada, lo que le da un aire rústico pero cuidado. Sus ojos, de un azul profundo muy parecidos a los de Susan, parecen captar cada detalle a su alrededor con una mirada intensa pero amable. Su piel bronceada contrasta con el destello blanco de su sonrisa, que aparece mientras se acerca a mí. El cabello, ligeramente despeinado, es de un tono castaño claro que brilla bajo el sol que se filtra por el techo del establo.

—Me alegra conocerte al fin, mi hermana lleva dos semanas hablando de ti sin parar —me comenta divertido mientras Susan le saca la lengua en un gesto infantil, lo que me hace sonreír.

Extiende su mano y yo se la estrecho con una sonrisa cálida.

—Espero que solo te haya contado las cosas buenas —él entrecierra los ojos y me mira con más intensidad.

—A veces, las cosas malas son más interesantes.

Mi corazón retumba en mi pecho con el sonido de su voz, es grave, sexy, un poco ronca, de esas voces masculinas creadas para que las mujeres perdamos la razón.

Siento un cosquilleo en mi estómago cuando nuestras manos se encuentran. Su apretón es firme pero gentil, y hay algo en su manera de mirarme que me hace sentir segura y vista, como si ya supiera algo de mí sin haber intercambiado palabra alguna. O mejor dicho, como si viera a la mujer que hay dentro de mí, esa a la que nadie ve desde hace años. Es extraño y atrayente al mismo tiempo.

—Gracias por dejar que me quede aquí —carraspeo un poco nerviosa.

—Siempre eres bienvenida, las amigas de Su, son amigas mías.

La química entre nosotros es palpable, pero ambos mantenemos la compostura y nos mostramos simplemente amables. Susan, siempre perceptiva, interviene para romper el hielo.

—Vamos, Juls, quiero mostrarte los jardines. Necesitan desesperadamente un poco de tu magia —dice, guiñándome un ojo.

—Claro, me encantaría verlos.

Liam nos observa mientras nos alejamos, y siento su mirada en mi espalda. El paseo por los jardines es un recorrido de recuerdos y de posibilidades. Susan me explica que el veterinario que la ayudaba se ha ido a Houston para ayudar a su madre que se ha puesto enferma, por lo que ella tiene que hacerlo todo sola y se la ve bastante saturada, la verdad.

—¿No vais a buscar a alguien que te ayude?

—Estamos en ello —me mira a los ojos—, pero este rancho es enorme y el que venga tiene que estar dispuesto a hacer un poco de todo —se encoge de hombros—. De momento no hemos tenido suerte, es Liam el que me ayuda en los partos o las cuestiones más complicadas.

—Vaya, tenéis que estar agotados.

Susan asiente con la cabeza y siento un nuevo respeto tanto por ella como por su hermano. Tanto trabajo para solo dos personas tiene que ser una auténtica locura. Ahora que sé todo esto, aprecio aún más que me quiera aquí con ella, porque pese a lo ocupada que está, ha tenido tiempo para mí.

Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que alguien me eligió a mí en vez de hacer cualquier

otra cosa. Sacudo la cabeza en un gesto prácticamente imperceptible, no, no voy a pensar en nada malo. Estoy en Texas, en un enorme y precioso rancho con un montón de posibilidades para mantenerme ocupada y poder pensar tranquilamente lo que le pido a la vida, porque si bien es cierto que no soy una vieja decrépita, tampoco soy una jovencita.

—Los jardines han estado un poco abandonados desde que mamá falleció —dice Susan con tristeza—. Ella era la que se encargaba de todo esto, y desde entonces, no hemos tenido tiempo ni el conocimiento para mantenerlos como se debe —me mira con expresión culpable—. Ni ganas, principalmente ganas.

Sonrío porque ya sabía yo que los jardines, aunque le encante verlos cuidados, no son una prioridad para mi amiga.

—Me encantaría ayudarte con ellos —respondo, sintiendo una nueva chispa de entusiasmo—. Siempre he amado la jardinería como bien sabes, y podría ser una buena manera de despejar mi mente y centrarme en algo positivo.

—Eso sería maravilloso, Juls. Y te lo agradecería mucho. Creo que tienes razón cuando dices que te vendrá bien y todos te lo agradeceremos mucho. Si tienes que comprar cualquier cosa que no tengamos, lo cual es muy probable, Liam, yo misma o cualquiera de los chicos te llevarán al pueblo, ¿vale?

—Perfecto.

—Y ahora, ¿me considerarías una amiga terrible si te dejo pasear a tu aire y yo me dedico a mis animales? Aún tengo un millón de cosas que hacer.

—Por supuesto que no —la abrazo con cariño —atiende a tus cosas, yo voy a pasear, a empaparme de la esencia del lugar y a pensar cómo mejorar tus jardines.

—¡Eres la mejor!

Se aleja de mí con una preciosa sonrisa.

## Capítulo 6

Después de pasearme por los jardines y de tomar varias notas mentales, decido volver al rancho a por un cuaderno y un lápiz, hay tantos detalles que tener en cuenta que no me veo capaz de recordarlo todo, más que nada porque el clima y la tierra de Texas poco o nada tiene que ver con el clima o la tierra de Madrid.

Es curioso el efecto que estar aquí me produce, no llevo mucho tiempo, es cierto, pero no siento que eche nada de menos de mi antigua vida. Me duele pensar en mis hijos y en que no les importa qué sea de mí, porque no han mostrado ni un mínimo de preocupación, pero la verdad y si soy sincera conmigo misma, hace tiempo que la relación con ellos era forzada y solo les veía cuando yo insistía mucho en ello.

A mitad de camino del rancho, veo a Liam trabajando con algunos de los caballos. Se mueve con una confianza y una gracia que me llama la atención. Él me ve y se acerca con una preciosa sonrisa.

—¿Cuál es tu veredicto de los jardines? —me pregunta mientras se baja de la montura.

—Pues no me gustaría ofenderte nada más conocerte —él se ríe y yo sonrío—, pero son un auténtico desastre —confieso porque es la verdad—. Aunque ya me imaginaba algo así, conozco a Susan desde hace tiempo, no obstante, estoy segura de que con un poco de trabajo y mucho cariño, serán impresionantes. Una pequeña inversión tampoco vendría mal.

Caminamos de camino a los establos, Liam lleva a la yegua sujeta de las cinchas y le sigue dócilmente.

—Su me ha dicho que eres paisajista —asiento—, entonces estamos en buenas manos.

Me sonrojo como una estúpida y suspiro pesadamente.

—La verdad es que nunca he ejercido como tal —le miro de reojo—. Solo me he ocupado del jardín de mi casa y de alguno de los vecinos, pero poca cosa, nada que sea digno de mención.

—Entonces, ¿trabajabas en otra cosa?

—No —cojo aire y le miro de reojo—. Me acabo de divorciar, mi ex marido es un abogado de altos vuelos al que no le gustaba que yo trabajase, prefería que estuviese en casa y de alguna forma, sin saber muy bien cómo o por qué, terminé haciendo lo que me pedía porque me hacía feliz verles a todos felices —me acaloro y me sonrojo aún más—. Disculpa, acabo de conocerte y ya te cuento mi vida.

—No, tranquila, eres libre de contar lo que quieras —abre las grandes puertas de los establos y la yegua prácticamente va sola hasta su casilla—. Yo también estoy divorciado, me casé muy joven porque mi novia del instituto se quedó embarazada —me apoyo en la pared de enfrente mientras él empieza a cepillar a la yegua—. Tenemos dos hijos, pero somos más amigos que pareja, así que hace años que nos divorciamos —me mira bajo el ala de su sombrero Stetson—. ¿Ha sido fácil?

Me encojo de hombros y suspiro. Pensar en Juan, en el divorcio y en mis propios hijos hace que todo sea más gris, pero el momento íntimo que estamos viviendo merece la pena, o al menos yo lo siento así. Quizá porque hace tanto que tengo un instante de esos que sientes en lo más profundo de tu ser que importan que me estoy dejando llevar por una ilusión.

—No sabría decirte, en principio sí, es decir, no ha habido discusiones ni grandes peleas, gritos o cosas así, el día de nuestro veinticinco aniversario de boda yo me sentía muy sola en casa y decidí ir al despacho para darle una sorpresa y la sorpresa me la llevé yo, resulta que llevaba años teniendo una relación con otra mujer y me los encontré en plena faena, allí, sobre el sofá.

—Menudo cabrón —le miro sorprendida —no voy a disculparme —se encoje de hombros—. Un hombre que no respeta a su familia no merece tenerla.

—Ya, bueno, mis hijos no estarían de acuerdo contigo —le sonrío llena de pesar—. Yo también les tuve muy joven, con dieciocho, son gemelos —una lágrima cae de mis ojos y la limpio con rapidez—. No sé en qué momento les perdí o cómo sucedió, solo sé que llevo años siendo una molestia para ellos pero no quería darme cuenta hasta que sorprendí a su padre engañándome y ellos se pusieron de su parte.

Liam deja el cepillo sobre la puerta y se acerca de inmediato. Al instante, me voy rodeada por unos fuertes brazos que me aprietan contra un duro pecho en el que el corazón retumba con fuerza.

—Lo siento muchísimo, Julieta —su voz vibra dentro de mi pecho y sin darme cuenta, me echo a llorar.

—Oh, por Dios —me separo de él muerta de vergüenza—, te he manchado la camiseta y yo... debes pensar que soy una estúpida o mala madre, o las dos cosas a la vez.

Me alza el rostro poniendo un dedo bajo mi barbilla.

—No pienso eso, cuando mi ex mujer y yo nos divorciamos, nos esforzamos muchísimo en que nuestros hijos comprendiesen que aunque ya no estábamos juntos, los dos les queríamos con todo nuestro corazón, nos separamos de forma amistosa, pero eso no quiere decir que siempre fuese fácil y a veces era tentador caer en la trampa de hablar mal de la otra parte, mis hijos se quedaron conmigo porque así lo decidimos, pero sé que Sandra sufrió muchísimo con la separación, si yo hubiese malmetido entre ellos... —me mira con intensidad —lo entiendo y tienes derecho a llorar lo que necesites.

—Ya, es solo que pensé que ya había llorado todo lo que podía en Madrid.

Me limpio la cara avergonzada. Acabo de conocerle y ya le he contado que soy un desastre y que mi vida se ha desmoronado. Está claro que lo de socializar con hombres atractivos no es lo mío.

—Y por eso estás aquí —le miro y con mucho esfuerzo consigo respirar algo más tranquila, asiento con la cabeza—. Bueno, no es un mal lugar para encontrarse a uno mismo y si necesitas trabajar para despejar la mente, ya ves que aquí el trabajo nos sobra —me sonrío—. Puede que si eres buena, hasta te pague un sueldo.

Suelto una carcajada aún impresa en lágrimas.

—Gracias —asiento con la cabeza—. Y perdona por todo este drama, por... —suspiro, —creo que sí que necesito trabajar.

—Pues con la cantidad de tierra que tenemos por aquí, estarás ocupada mucho tiempo —sonríó agradecida—. ¿Sabes montar a caballo?

—Tu padre me enseñó cuando estuve aquí como hace mil años —sonríó avergonzada—, pero no he vuelto a hacerlo, así que imagino que la respuesta a tu pregunta es que no.

—Yo estaba en la universidad cuando tú estabas aquí y de eso no hace mil años —me mira con el ceño fruncido—, unos pocos nada más.

Y con su comentario desenfadado y su gesto, vuelvo a sonreír de verdad.

Nos despedimos cordialmente cuando uno de sus trabajadores le viene a buscar para hacerle una consulta y mientras me dirijo al edificio principal del rancho, pienso en que sí que es un buen lugar para encontrarse a mí misma y en que Liam tiene razón, con el trabajo podré pensar en algo más que en lo vacía, falsa y triste que ha sido mi vida durante veinticinco años.

Me encuentro a Susan en el porche con un vaso de té helado en la mano.

—Siéntate conmigo —y le hago caso.

Estamos sentadas en un banco balancín tan típico de las películas americanas que me hace sonreír.

—Estoy tan feliz de que estés aquí, Juls, no te haces una idea —me dice Susan rompiendo el silencio—. Sé que ahora lo ves todo muy negro porque lo que has vivido es algo muy complicado, pero me alegra que estés aquí.

—Gracias —la miro de reojo—, por todo —ella niega con la cabeza y yo apoyo la mía en su hombro—. Este es un lugar magnífico.

—Sí que lo es.

—¿Alguna vez me vas a contar por qué nunca has querido casarte ni tener hijos?

Noto su sonrisa.

—Nunca me lo habías preguntado hasta ahora —la miro un instante pero vuelvo a apoyarme en su hombro—. No me he casado nunca porque nunca me he enamorado, sí me he encaprichado de algún hombre y de alguna mujer —la miro sorprendida—. ¿No lo sabías? Soy bisexual.

—Pues no, no lo sabía, ¿cómo es posible que no lo sepa? ¡somos amigas desde hace siglos!

—No te pases —me sonrío—. El caso es que no he encontrado a la persona perfecta para mí y no me iba a lanzar a un matrimonio sin tenerlo todo, además, me gusta vivir sola, a mi aire, sin darle explicaciones a nadie.

—Lamento ser yo quien te abra los ojos, querida, pero ni vives sola ni estás exenta de dar explicaciones, te recuerdo que vives en un rancho con tu hermano y varios empleados.

—Lo sé —responde divertida—, pero Liam y yo tenemos un pacto desde que éramos pequeños, siempre estaremos el uno para el otro, pero cada uno ha de vivir su vida a su manera, así que no, no le doy explicaciones —bebe un trago de su té—. Y en cuanto a los hijos, pues llámame loca, pero jamás me ha atraído la idea de ser madre, ayudé a mi hermano y a mi ex cuñada con Dylan y Jayden y eso sació esa pequeña chispa de curiosidad —me mira a los ojos—. Soy feliz aquí, con mis caballos, mis vacas, mis ovejas, mis tierras...

Sonríó y tras besarla en la mejilla, me vuelvo a apoyar en su hombro.

—Me alegro muchísimo ti y te comprendo, este lugar es... es un hogar, habéis hecho de todo

esto un verdadero hogar.

\*\*\*

Justo en ese momento empieza a sonar un ruido metálico y me levanto sobresaltada.

—Tranquila, es el aviso para comer —me explica Susan —a Martha le hace muchísima gracia usar los medios de hace dos siglos.

—Te he oído —dice la buena mujer con una sonrisa en la cara —venga, chicas, que la comida ya está en la mesa.

Sonriendo, ambas nos levantamos y tras lavarnos las manos, nos sentamos en la mesa. Lo que hay ahora en la cocina no tiene nada que ver con lo de por la mañana. La mesa ahora es más grande y está puesta para al menos doce personas. Menos mal que el espacio es enorme.

Susan me indica que me siente a su lado y en cuanto lo hacemos, empiezan a entrar los hombres. Vaqueros de varias edades con cuerpos bien trabajados y sonrisas en sus atractivos rostros. La verdad es que si me encontrase emocionalmente disponible, estar aquí sería toda una tentación. Al menos hasta que Liam entra. Y al verle a él mis mejillas se colorean con fuerza y bajo la mirada cuando me guiña un ojo.

El ambiente rápidamente se llena con conversaciones de unos y otros y me resulta todo tan llamativo y tan natural que en vez de prestar atención a la comida, no pierdo ni un detalle de lo que ocurre a mi alrededor. Todos hablan con todos, hay risas, bromas, sonrisas llenas de picardía y camaradería. Jamás he sido testigo de algo similar.

—Julieta —uno de los hombres llama mi atención—. Liam dice que vas a encargarte de los jardines para que esto no siga pareciendo una selva tropical —algunas migas de pan le caen encima y sonrío divertida.

—Al menos lo intentaré —admito con modestia—. Las posibilidades son enormes, aunque después de comer me gustaría —miro a mi amiga—, ¿alguien podría dejarme un cuaderno y algo para tomar notas? Hace mucho que no hago una remodelación así y son demasiados detalles como para memorizarlos todos.

—Claro —me dice Susan—, pero si te pones con ello ahora, te vas a asar —me mira apreciativamente—. Querida, aquí la protección solar y los sombreros son necesarios desde primera hora del día, te has quemado —me toca el hombro y doy un respingo.

—No me había dado cuenta —murmuro—. Vaya, pues no he traído ninguna gorra o... —me quedo callada cuando oigo algunos carraspeos, miro confusa a los hombres mientras Susan se ríe.

—Ignórales —les saca la lengua—. Esto es Texas, cariño, aquí somos más de sombreros Stetson.

—Ah, ya —sonrío—, pues tampoco tengo de esos.

La conversación deriva de un tema a otro y la verdad es que me siento muy integrada con todas estas personas, a algunos aún no me los han presentado, pero me parece que lo que Liam y Susan tienen aquí, es más que un negocio o un hogar, han creado una familia.

—¿Cuándo estará lista la casa de huéspedes? —pregunta Liam a Susan y esta se encoge de hombros.

—Ni idea, el interiorista es amigo tuyo, no mío —se encoge de hombros—, y ya sabes que

soy una negada para la decoración —todos sonríen—, así que... —entonces me mira y frunce el ceño—, pero puede que tenga una solución.

—Das el mismo miedo que cuando éramos adolescentes cuando me miras así, ¿lo sabías? — todos se ríen y mi amiga también.

—A ti se te da bien la decoración.

—No tanto.

—Sí, he visto tus casas —pone una sonrisa de lo más satisfecha—. ¡Tengo una idea estupenda!

—Ahora el que tiene miedo soy yo —Liam nos arranca una carcajada a todos con su comentario.

—Si me echáis una mano, me puedo llevar a Juls de compras esta tarde y así mañana, ya podría empezar a trabajar —mira a su hermano con ambas cejas alzadas—. ¿Qué me dices? Te prometo que lo va a hacer mejor y más rápido que ese amigo tuyo.

—Si no le hubieses asustado... —Liam murmura las palabras pero todos le oímos.

—¡Venga ya! No es culpa mía que sea tan cobarde —me mira y suspira—. Estuvo por aquí un par de semanas, yo pensé que había química, nos liamos y una noche se marchó sin decir nada y ahora no responde a las llamadas.

Me echo a reír y los demás hacen lo mismo. Susan pone los ojos en blanco pero tiene una sonrisa en los labios.

—De acuerdo —sentencia Liam—, siempre que no sea demasiado para ti —me mira fijamente y con intensidad—. Has venido por un motivo, no para que mi hermana te esclavice.

—¡Oye! —protesta Susan pero baja la mirada un instante antes de mirarme a mí de nuevo—. Pero tiene razón, tiendo a avasallar a las personas, lo siento, no quiero que te pases el día trabajando, no es ese el motivo por el que te invité a visitarme —mueve una mano—. Será mejor que lo olvidemos, tú ahora necesitas paz, tranquilidad y que no te obliguen a hacer nada.

Sonríó con cariño y le cojo una mano que le aprieto con ternura.

—No me importa, de verdad —miro a Liam—. Si así puedo ayudar, lo haré encantada, no me gusta estar mano sobre mano y creo que sois muy generosos al dejar que me quede de forma indefinida, me vendrá bien tener la cabeza ocupada.

—¿Estás segura? —la pregunta de Liam me sorprende por su intensidad, algo de lo que todos se han dado cuenta porque los murmullos de otras conversaciones se han detenido.

—Sí —sonríó para quitarle importancia—. Ir de compras es una de mis actividades favoritas —él no parece contento con mi respuesta—. Estaré bien, lo prometo.

La tensión que hay entre los dos es palpable, pero Martha desvía la conversación por otros derroteros y al cabo de un minuto todos nos comportamos como si la última conversación no hubiese tenido lugar. Pero la ha tenido y me hace sentir extraña la preocupación de Liam por mí.

No obstante, como al parecer me voy a pasar la tarde de compras con Susan, lo podré hablar con ella.

Al terminar de comer, los hombres se dispersan y Susan y yo nos quedamos para ayudar a Martha a recogerlo todo, pero cuando terminamos, mi amiga me sugiere que visitemos la casa de invitados para que me haga una idea de cómo son las estancias y qué es lo que quieren hacer con

ella. Ahora sí que me acuerdo de pedir el cuaderno y el lápiz.

—Al principio, esto se usaba como alojamiento para los trabajadores temporales —me explica Susan—, pero Liam decidió que era mejor subirles un poco el sueldo y que viviesen por su cuenta, muchos tenían familia y mientras trabajaban aquí no les podían ver. Cuando el turismo empezó a ser fuerte en Texas, muchos ranchos con problemas financieros empezaron a usar sus propias casas como hoteles, ten cuidado —me avisa cuando abre la puerta—, hay que decorarla de arriba abajo, terminaron hace unas semanas con la instalación eléctrica y las cañerías.

Al cruzar el umbral, la luz del sol entra a raudales por las ventanas sin cortinas, iluminando un amplio espacio diáfano. Las paredes están enlucidas, aún en bruto, mostrando un tono grisáceo claro. El techo, con vigas de madera expuestas, añade un toque rústico al ambiente. El suelo es de cemento pulido, limpio pero sin ningún tipo de acabado.

La estancia principal es grande, perfecta para un salón-comedor de concepto abierto. En una esquina se encuentra un espacio destinado a la cocina, delimitado por las tuberías y conexiones eléctricas que asoman, listas para ser instaladas. Las ventanas son grandes y dejan entrar una cantidad generosa de luz natural, ofreciendo una vista impresionante de los prados y colinas que rodean el rancho.

—Por aquí está el pasillo que lleva a los dormitorios —dice Susan, guiándome hacia el fondo de la casa.

El pasillo es amplio y también enlucido, con el techo algo más bajo pero igualmente adornado con vigas de madera. A ambos lados, se abren seis puertas, tres a cada lado.

—Tenemos seis dormitorios aquí —Susan abre la primera puerta y entramos en una habitación espaciosa con una gran ventana —todas las habitaciones son más o menos del mismo tamaño.

Cada dormitorio es luminoso, con un ventanal que ofrece una vista encantadora del campo. El espacio es suficiente para una cama grande, un par de mesillas de noche y un armario amplio. Las paredes están igualmente enlucidas y el suelo de cemento espera ser cubierto con un cálido suelo de madera o una alfombra acogedora.

—Cada habitación tiene su propio baño —añade Susan, abriendo una puerta dentro de la primera habitación.

El baño es un rectángulo alargado con una gran ventana translúcida que deja entrar mucha luz sin comprometer la privacidad. Las conexiones para una bañera, un lavabo y un inodoro están en su lugar, esperando a que se elijan y se instalen los accesorios y azulejos adecuados.

—Esta distribución se repite en las otras habitaciones —dice Susan mientras caminamos por el pasillo, mostrándome cada una de las puertas —así, cada huésped tendrá su propio espacio privado y cómodo.

Entramos a una de las habitaciones del otro lado del pasillo, y la vista es similar: un espacio acogedor, inundado de luz natural, con las mismas características de diseño.

—El lugar tiene mucho potencial —digo, imaginando ya las posibilidades de decoración y diseño que se me presentan—. Con un poco de trabajo, se puede convertir en una casa de huéspedes encantadora y acogedora.

Susan sonríe y asiente con entusiasmo.

—Sabía que te gustaría. No quiero presionarte aunque lo parezca —sonrío divertida—, y mi

hermano tiene razón, no has venido para trabajar gratis y estar explotada.

—Estoy deseando empezar —respondo con una sonrisa—. Y por favor, no me hables de dinero, sabes que no lo necesito y a ti sería la última persona a la que se lo pediría.

## Capítulo 7

Mientras Susana me mostraba la casa, he tomado notas sobre las ideas que se me iban ocurriendo y la impresión que me daban las estancias. La verdad es que es una sensación maravillosa sentirse útil y ver en los ojos de los demás una pizca de reconocimiento, no sabía cuánto lo había echado de menos hasta que ha sucedido.

Suspiro mientras espero a mi amiga que ha ido a darse una ducha rápida y cambiarse de ropa. Es curioso, a veces nos acostumbremos tanto a una situación, por injusta, cruel o triste que esta sea, que no nos damos cuenta de lo que en realidad estamos viviendo hasta que algo nos saca de esa rutina y nos muestra lo que podríamos y deberíamos tener.

Venir aquí está resultando ser toda una experiencia a nivel personal y tengo claro que una vez que me vaya, no seré la misma persona que llegó aquí hace dos días.

—¿Estás lista? —me pregunta Susan sacándome de mis cavilaciones.

Asiento con un gesto y sonrío cuando me coloca un sombrero de vaquero en la cabeza. Es rosa, como mi camiseta.

—¿De verdad lleváis esto por la calle? —pregunto muerta de risa.

—Cariño, aquí llevamos sombrero hasta en la ducha.

Aún riendo nos dirigimos al garaje y nos subimos al todoterreno de mi amiga, el mismo con el que me vino a buscar al aeropuerto. El motor ruge con fuerza y pronto estamos recorriendo el camino de grava que serpentea entre los vastos campos más o menos verdes del rancho.

—Vamos a ir a un centro de bricolaje y decoración, para que te hagas una idea de cómo son los materiales y... bueno, de cómo son las cosas por aquí, imagino que será diferente de Madrid.

—Sí, es una buena idea, además quiero ver qué hay disponible y tengo que estudiar las tendencias, así que salvo algunas muestras, dudo que hoy nos gastemos mucho dinero —bromeo —tengo que hacer bocetos y demás para ver qué quedará mejor y por supuesto, tenéis que darme vuestras opiniones al respecto.

—Por mí, lo que elijas será perfecto.

Me río ante la respuesta de mi amiga. Con la decoración le pasa como con la jardinería, es más una tortura que algo con lo que disfrutar.

—¿Podríamos ir después a algún sitio donde pueda comprar un cuaderno de dibujo y unas pinturas? Me vendrán bien para los bocetos —le pido a Susan que asiente con un gesto.

Llegamos al enorme centro de bricolaje, un almacén que parece tener de todo, desde herramientas hasta muebles. Me siento un poco abrumada por la cantidad de opciones, pero también emocionada por la oportunidad de dar rienda suelta a mi creatividad.

—¿Te parece bien que empecemos por la sección de pintura? —me sugiere mi amiga y acepto —yo no sé nada de decoración, pero la lógica me dice que sería lo primero a elegir, ¿no?

—Así es —le doy la razón.

Nos detenemos frente a una pared llena de muestras de colores sólidos y colores texturizados con varias fuentes de luz. Ante la curiosidad de Susan, le explico que los colores no se ven igual con luz fría que con luz natural o con luz cálida y ella me mira como si fuese su profesora, lo que me hace reír divertida.

—Todo esto te encanta, ¿verdad?

—Sí —confirmo —me hace sentir útil y hace que lidiar con toda la situación con mis hijos sea más fácil, ¿sabes? De Juan apenas me acuerdo y aunque me dolió su traición creo que fue más una cuestión de orgullo herido que otra cosa, realmente ya no estaba enamorada de él, pero con Hugo y Enzo todo es diferente.

—Normal, son tus hijos —me sujeta del brazo con suavidad —sabes que puedes hablar conmigo siempre que quieras, ¿verdad? Que por muy ocupada que esté, encontraré tiempo para ti.

No puedo evitar abrazarla con cariño. Es una amiga maravillosa.

Mientras seguimos explorando aquel enorme centro, recogiendo algunas muestras de telas, papeles pintados y otros materiales, decido que es un buen momento para hablar con Susan. No quiero ocultarle nada.

—Susan, hay algo que quiero contarte —digo, tomando un respiro profundo.

—¿Qué pasa? —pregunta, mirándome con preocupación.

—Esta mañana, antes de encontrarme contigo en el porche, tuve un momento muy íntimo con Liam —confieso—. Me encontré primero con él, le acompañé a los establos y de una forma natural empezamos a hablar y le conté que me acabo de divorciar, que Juan me fue infiel y que mis hijos se pusieron de parte de él y para colmo de males, me eché a llorar como una niña pequeña. Y sin embargo, fue amable conmigo. Me sentí tan comprendida... Fue como si alguien realmente me viera por primera vez en mucho tiempo.

—Liam es un buen hombre, Julieta. También ha tenido sus cosas, pero entiende lo que es sentirse solo y abandonado.

—Sí, me contó que él también está divorciado y que sus hijos se criaron con él, pero que la relación con la madre es muy buena.

—Sí, yo creo que ese siempre fue parte del problema, eran muy jóvenes y confundieron amistad con amor, lo intentaron, pero el rancho no era para Sandra y se separaron de forma amistosa, y aunque no fue fácil para ninguno de los dos, jamás se enfrentaron por Dylan y Jayden.

—Ya —suspiro pesadamente—. Yo me siento culpable por el hecho de que mis hijos, a los que me he dedicado en cuerpo y alma, se hayan puesto de parte de su padre y también estoy furiosa con ellos y tremendamente decepcionada, ¿sabes que no sé nada de ellos desde que les vi el día que pillé a Juan con su novia? Me hicieron sentir como si todo fuese culpa mía, la infidelidad de su padre, que no tengamos una relación estrecha cuando han sido ellos los que se han alejado de mí. Es... —aprieto los puños con fuerza para no echarme a llorar.

Susan se detiene y me toma de la mano, mirándome con seriedad.

—No puedes seguir culpándote por las decisiones que toman los demás. Tus hijos son adultos y deberían ser capaces de comprender cómo son las cosas en realidad, pero si quieren seguir viviendo en su mundo de fantasía, es problema de ellos, no tuyo —coge aire—. No me puedo imaginar cómo debes sentirte al respecto, porque solo de pensar que Dylan y Jayden me trataran con semejante frialdad, se me vuelca el corazón, cuanto más tú que eres su madre, pero Enzo y Hugo ya tienen edad más que suficiente para tomar sus decisiones y por mucho que duela, no puedes obligar a nadie a quererte.

—Ya —me limpio las lágrimas —eso es parte del problema, ¿verdad? ¿qué tengo de malo? ¿qué fue lo que hice tan mal para que ni mis propios hijos me quieran?

—Cariño —me abraza sin importarle que nos estén mirando —no tienes nada de malo y lo sabes, o al menos, deberías saberlo —me limpia las lágrimas—. Son ellos los que se van a arrepentir el día de mañana de haber desperdiciado tanto tiempo con una madre tan maravillosa como tú —me sonrío—. No tienes nada por lo que sentirte culpable y en cuanto a mi hermano, ya me he dado cuenta de que hay una conexión entre vosotros —me sonrojo y aparto la mirada—. Ambos sois adultos, Julieta, a mí no tienes que darme explicaciones y si lo que necesitas es un revolcón ardiente con un vaquero para olvidarte de una vez por todas de todo el sufrimiento, yo misma te enviaré a los más atractivos del rancho.

Con una carcajada, toda la tensión y la tristeza se evaporan, aún me quedan leves resquicios en el corazón, pero estar aquí con Susan, ser capaz de reír y poco a poco, darme cuenta de que seguir adelante tampoco es algo malo, me hace sentir más viva de lo que me he sentido en la última década de mi vida.

Lo cual es tremendamente triste.

Pasamos las siguientes horas eligiendo materiales y discutiendo ideas para la casa de huéspedes. Poco a poco, la visión de lo que podría ser empieza a tomar forma en mi mente. Cuando finalmente salimos del centro de bricolaje, el coche está más lleno de lo que contaba de muestras y materiales, y ambas estamos cansadas pero satisfechas. Susan me lleva a una tienda enorme de manualidades donde compro todo lo que necesito para empezar a plasmar cómo serán los espacios de la casa y los jardines.

De regreso al rancho, el sol está comenzando a ponerse, y el cielo se tiñe de hermosos colores. Llegamos justo a tiempo para la cena.

\*\*\*

Al día siguiente, en cuanto me despierto, una gran sonrisa se apodera de mi boca. Estoy feliz, por primera vez en mucho tiempo, me siento bien conmigo misma. Estoy deseando ponerme a dibujar los bocetos de las habitaciones y de los jardines.

Anoche, después de cenar, Liam me prestó su portátil y se sentó conmigo durante un par de horas mientras yo aprendía lo que podía sobre el tipo de tierra de Texas, los ciclos de siembra, la climatología y la flora más conveniente para un rancho. Teniendo en cuenta que es mi amiga Susan la encargada de mirar por los jardines, todo tiene que ser de bajo mantenimiento, porque dudo mucho que una vez que me vaya, se tome la molestia de hacer algo en ellos.

Tras una ducha fresca, me visto con unos vaqueros cortos y una camiseta blanca, me recojo el pelo en una coleta alta —que hacía años que no me hacía—, y al mirarme en el espejo, descubro un brillo nuevo en mis ojos, lo que me hace sonreír. Este lugar está sacando lo mejor de mí.

Desayuno rápidamente y me preparo para poner a prueba toda mi creatividad, sé que la casa

de huéspedes es más urgente, pero en mi cabeza no paran de formarse imágenes sobre los jardines, así que con mi taza de café en la mano y mis útiles de dibujar bajo el brazo, me dirijo hacia los jardines delanteros.

Salgo de la casa y respiro el aire fresco de la mañana. El sol brilla en el cielo azul mientras los pájaros cantan alegremente. Me siento renovada y lista para enfrentar el día, emocionada por poder hacer algo que realmente me apasiona.

Me siento en los escalones del edificio principal del rancho y observo la escena un instante, poco después abro el cuaderno de dibujo y extendiendo las pinturas y los lápices a mi lado, antes de que sea consciente, empiezo a dibujar, dejando que las ideas fluyan libremente. Me pierdo en el proceso, disfrutando de cada momento de creatividad. Hacía muchísimo tiempo que no me sentía tan yo misma.

—Buenos días —Liam aparece de repente en mi campo de visión y me dedica una cálida sonrisa que me pone nerviosa pero en el buen sentido.

—Buenos días —le sonrío también —estoy empezando a trabajar en los bocetos para los jardines, sé que la casa corre más prisa pero...

—Un momento —me mira con esa intensidad suya que hace que se me erice la piel—. ¿Puedo sentarme contigo? —asiento y se sienta a mi lado—. Primero, dado que haces esto porque quieres y como favor personal a los Anderson, no seré yo quien te imponga un ritmo de trabajo —mira el reloj—. Apenas son las ocho de la mañana y ya estás aquí dibujando, algo me dice que tú serás más dura contigo misma que nosotros.

—Quiero hacerlo bien, ¿sabes? Ya le dije a Susan que hace años que no hago nada así, pero... —suspiro—, me había olvidado de cuánto me gusta esto, de cuánto me emociona remodelar el paisaje, bocetar, dibujar las imágenes que veo en mi cabeza, meter las manos en la tierra, cuidar de cada detalle —le miro de reojo—. Debes pensar que soy una estúpida, en el mundo hay problemas reales y yo me quejo de que no he practicado lo que me apasiona y no es que Juan o los chicos me lo prohibiesen explícitamente, pero tampoco les gustaba y yo quería hacerles felices.

—¿Y qué tiene eso de malo? —le miro a los ojos —esforzarse en hacer feliz a la familia no está mal, lo que está mal es perderse a uno mismo por el camino porque eso significa que ellos no cuidaron de ti y en una familia sana, todos los miembros deben cuidar de todos —coge el cuaderno—. Muchas personas creen que trabajar la tierra con las manos es algo inferior —se encoge de hombros—, pero la satisfacción que se recibe al recoger sus frutos es algo que jamás vivirán, en cuanto a los problemas del mundo, sí, los hay y muy graves, pero ni tú ni yo podemos hacer nada por solucionarlos, lo único que podemos controlar es nuestro propio mundo.

Sonríó ante sus palabras. La conexión que tenemos es absolutamente atrayente. Sentir el calor que desprende su cuerpo gracias a la cercanía con la que estamos sentados, me hace ser consciente de mi cuerpo como mujer, algo que también hacía mucho tiempo que no sentía. Hay una energía palpable entre nosotros que me resulta casi imposible de ignorar. Mientras él observa mis dibujos me doy cuenta de que su opinión es realmente importante para mí.

—Tus ideas son realmente increíbles —dice, admirando mis bocetos—. Tienes un talento increíble —mira al frente y frunce el ceño —¿de verdad crees que podrás llevarlo a cabo?

Suspiro emocionada y le miro con una sonrisa.

—Sí, si cuento con algo de ayuda, claro —él sonrío y me empuja levemente con el hombro

—. ¿Sabes? Este lugar es espectacular y con lo que tengo en mente quedará digno de ser portada de una revista, aunque por supuesto, me puedes dar tu opinión al respecto y si algo no te gusta o lo que sea, no dudes en decírmelo.

—No tengo queja alguna, me parece un proyecto muy ambicioso pero hablo desde el desconocimiento, para mí todo esto del paisajismo es un terreno completamente nuevo —me sonrío—. Pero cuando yo me hice cargo del rancho también tuve un montón de ideas ambiciosas y las llevé todas a cabo, algunas salieron bien y otras no tanto —se pone en pie—. Pero me gusta lo que veo.

Y por un instante dudo de que se refiera a mis bocetos o al paisaje. Su mirada está fija en mí. Creo que jamás me ha mirado nadie como lo está haciendo él en estos momentos. Y yo le estoy mirando a él, la verdad es que me estoy recreando en sus formidables músculos, la camiseta se le ciñe al cuerpo resaltando su poderoso torso, con el sol a su espalda parece una especie de dios pagano.

De repente, el corazón comienza a latirme con fuerza golpeando mis costillas y siento una corriente eléctrica que me recorre por completo.

—Gracias —me entrega el cuaderno y yo me pongo completamente colorada.

—Hay un vivero a unos kilómetros de aquí, Kyle fue compañera de instituto y sabe un montón sobre jardinería y todas esas cosas, si quieres, puedo llevarte a verla, se llevará la alegría de su vida cuando vea que vamos a hacer algo por fin con todo esto —señala al jardín.

—Eso sería fantástico, aunque no quiero distraerte de tus tareas.

—Creo que necesito que me distraigas un poco —me dedica una sonrisa y me tiende la mano —ven, quiero enseñarte algo.

Una vez que estoy en pie, Liam me lleva a la parte trasera de la propiedad y caminamos hasta internarnos en una zona con una vegetación más espesa, al cabo de unos metros, se abre ante nosotros un lugar que rezuma calma, serenidad y belleza.

Nos detenemos junto a un pequeño estanque y la vista es simplemente impresionante. El agua brilla bajo el sol, y las plantas y flores salvajes crean un paisaje pintoresco.

—Aquí es donde vengo a pensar, a calmar la mente —me explica Liam —es un lugar especial para mí.

—Es precioso —le miro de reojo —gracias por enseñármelo.

—¿Podrías crear algo para esta zona también? —asiento y él se mete los dedos en las trabillas de los vaqueros—. Mis hijos se pasaban horas aquí todos los veranos, a veces venían sus amigos del colegio y esto se convertía en una fiesta, Susan colgaba las típicas luces de Navidad por todas partes.

—Qué recuerdo más bonito —los ojos se me llenan de lágrimas y me las limpio antes de que él las vea—, gracias por compartirlo.

—También vine aquí después de mi divorcio —me coge de la mano y me lleva hasta la otra parte del estanque en la que hay una sombra, nos sentamos en una enorme roca—. No fue traumático como el tuyo, pero sí que me sentí abandonado y solo, sobre todo recuerdo la sensación de soledad.

—Pero tenías a tus hijos y a Susan —le miro confusa.

—Sí, pero no tenía a mi pareja en la vida —se recuesta hacia atrás y se queda tumbado—. Quiero a mis hijos por encima de todo lo demás y ellos lo saben, también a mi hermana, claro, pero ellos no me consolaban por las noches ni podían compartir mis preocupaciones, ya sabes, ¿fútbol o baloncesto? ¿idiomas o música? Cuando venían malas notas o cuando empezaron a tener mal de amores.

Me tumbo a su lado pero me quedo en silencio. Yo no viví nada de eso con mis hijos porque su futuro siempre estuvo trazado desde el mismo momento en el que di a luz. Estudiaron en los mejores colegios y las extraescolares se decidieron antes de que pudiesen andar, inglés, francés, tenis y natación. Debí darme cuenta hace años, cuando eran unos adolescentes que ya no venían a casa a contarme las cosas típicas del colegio o del instituto, cuando eran niños se pasaban horas contándome hasta el último detalle, pero después, todo eso cambió a partir de los doce años, cuando Juan empezó a prestarles atención y poco a poco yo me quedé sola.

—Imagino que para ti fue diferente, ¿no? Tenías a tu marido.

—Sí, fue diferente —giro la cara y le encuentro mirándome—. Bueno, hasta los doce años fue igual, yo me ocupaba de todo, les llevaba a los entrenamientos y a los partidos, era yo la que iba a las funciones escolares, quien les iba a buscar cuando se ponían enfermos, les llevaba a las fiestas de cumpleaños y quien organizaba las suyas.

—¿Y qué pasó a los doce años? —me pregunta y nuestras manos se rozan, Liam entrelaza sus dedos con los míos y me siento estremecer.

—Que su padre recordó que tenía hijos —sonríó con pesar—. Al menos esa es la opinión de Susan y de mis amigas, ese día yo les había organizado una fiesta genial, había alquilado una de las piscinas más grandes del parque acuático para ellos y para sus amigos, también había lo típico de los cumpleaños, claro —los ojos se me llenan de lágrimas—. Casi me muero de vergüenza, ellos no lo sabían porque era una sorpresa, así que en vez de ir a buscarles yo a sus clases de tenis, envié al chófer y este volvió solo y me dijo que Juan se los había llevado antes y que no sabía a dónde.

—Vaya, imagino la cara de los otros padres y de los otros críos cuando tuviste que cancelar la fiesta.

—No tuve valor para hacerlo —encojo un hombro—. Los niños tenían tal expresión de felicidad que no fui capaz de negarme y tampoco me iban a devolver el dinero del cumpleaños, así que la fiesta siguió adelante sin los cumpleaños.

—¿Y dónde les llevó su padre?

—A pasar el fin de semana a Mallorca.

—¿Se los llevó sin decirte nada? —parpadea varias veces.

—Solía hacerlo —suspiro—. ¿Ves cómo soy tonta? Jamás desconfié de nada, un fin de semana era ir a ver un partido a Alemania, otro era ir a ver la Copa América a Valencia, otro era sacarse el título de patrón de barco y así hasta que de pronto mis hijos crecieron y se fueron a la universidad y entonces venir a verme era imposible por los estudios, después por el trabajo y... trabajan con su padre en un bufete que fundó mi bisabuelo.

—Joder.

—Ya.

## Capítulo 8

Al día siguiente después de desayunar, les pido a Susan y a Liam que me concedan unos minutos y ambos acceden sin problema. Les muestro los bocetos del jardín delantero y también los de las seis habitaciones de la casa de huéspedes así como los de los dos baños.

—Bueno, aquí están los primeros bocetos —les informo y nos sentamos en el cómodo sofá del salón.

Les explico que he diseñado el jardín con un enfoque sostenible y estéticamente agradable sin resultar demasiado ostentoso. En el centro he dibujado una fuente que utiliza un sistema de recirculación de agua para minimizar el desperdicio. Tiene un diseño moderno con líneas limpias y un acabado en piedra natural, pero todo dependerá de si puedo conseguir algo así. Alrededor de la fuente, hay parterres elevados que se llenarán con una mezcla de plantas autóctonas y flores perennes de bajo mantenimiento. Estas plantas no solo son resistentes al clima de Texas, sino que también atraen polinizadores como abejas y mariposas, lo que contribuirá a la biodiversidad local.

—Me encanta la idea de la fuente —comenta Susan entusiasmada—. ¡Y qué decir de las plantas! Cuanto más resistentes mejor —me dedica una sonrisa llena de dientes que me hace reír.

Sin embargo, no sé muy bien qué piensa Liam de todo, está absorto mirando los bocetos, es como si los estuviese estudiando con detalle.

—Si no te convence, o si prefieres otra cosa, yo...

—No, es perfecto —sus impresionantes ojos azules se clavan en los míos y se me corta la respiración un segundo—. No puedo imaginar que nuestro jardín tenga este aspecto tan natural y a la vez tan elegante. Me encanta, imagino que tendrás una lista de materiales que habrá que ir a comprar.

—Sí —les tiendo unas hojas—. He hecho estos presupuestos aunque como la información la saqué de internet, puede que consiga bajarlos un poco, a veces el comercio local es mejor para estas cosas.

—Sí, Kyle puede ayudarte con esto seguro —Liam estudia los dos presupuestos—. Aunque no me parecen descabellados, me esperaba que saliese todo más caro, la verdad.

—¿No te dije que mi amiga es la mejor? —Susana le saca la lengua en ese gesto infantil tan suyo y me sonrío—. Eres un genio, cariño.

Agradecida y avergonzada por los halagos, les muestro entonces los bocetos de la casa. Una vez que comprendí lo que Susana y Liam esperan, me resultó tremendamente fácil diseñarlos.

—Las habitaciones son similares, me gustan los diseños coherentes en todas, les añadiremos personalidad con los detalles, de forma que cada una sea única —les explico.

Tienen un diseño moderno-rústico combinando elementos tradicionales como vigas de madera expuestas y suelos también de madera con toques contemporáneos como paredes de acento en colores neutros y muebles minimalistas. Cada habitación está equipada con una gran cómoda cama, un pequeño escritorio y una zona de lectura acogedora. He elegido una paleta de colores suaves: tonos de beige, blanco y verde, con algunos toques de color en la decoración y los textiles para añadirle carisma.

—El objetivo es que cada habitación sea un refugio cómodo y acogedor para los huéspedes —les explico—. He creado espacios tranquilos y relajantes.

—Son preciosos —Susana me mira con una sonrisa—. ¡Me gustan hasta para mí! —le sonrío con cariño —después tendrás que hacerme algo especial en mi habitación.

—¿No crees que ya le has dado bastante trabajo? —le pregunta Liam—. Apenas acaba de empezar con dos proyectos enormes y ya quieres que te diseñe algo más.

—Es mi amiga —ambos se retan como si fuesen dos niños pequeños. Me encanta verles así.

—He incluido algunos detalles prácticos —añado para cortar su discusión y que no llegue a más—. Cada habitación tendrá un pequeño escritorio y una zona de lectura, para que los huéspedes puedan relajarse o trabajar si lo necesitan.

—Has pensado en todo —Liam asiente satisfecho—. La verdad es que son unos diseños increíbles —me mira lleno de admiración, lo que hace que me sonroje.

Para terminar, les enseño los bocetos de los dos baños que he diseñado, aunque cada habitación dispone de baño propio y los diseños serán muy parecidos, no me ha dado tiempo a hacer más bocetos, pero espero que cojan el concepto. He optado por un diseño que combina funcionalidad y estilo. Los baños tendrán duchas sin marco, azulejos de cerámica en tonos neutros y lavabos modernos. He incluido detalles como estanterías abiertas para almacenamiento adicional y grandes espejos para dar sensación de amplitud.

—Los baños también siguen el estilo moderno-rústico —explico—. Solo he podido diseñar estos dos, pero como veis se combinan con las habitaciones y también tendrán ese toque que los distingue unos de otros.

—¡Me encanta, me encanta y me encanta! —me mira llena de emoción —¿y todo esto lo has sacado de la pequeña excursión al centro de bricolaje? —asiento divertida—. Chica, vales tu peso en oro.

—Gracias —sonrío ligeramente avergonzada —entonces, ¿os gusta?

—Opino como mi hermana —dice Liam mirándome a los ojos—. Me encanta todo y da la sensación de ser un lugar en el que venir a descansar, o a trabajar en un ambiente tranquilo.

—Esa es la idea —convengo con él—. Además, cuando termine con los jardines traseros, las vistas serán magníficas.

—En ese caso solo me queda decir que adelante con todo —Liam me mira con tal intensidad que me sonrojo—. ¿De todo esto también tienes presupuestos? —le tiendo unos papeles y se ríe—. Ay, Julieta, a lo mejor, cuando todo esto termine, soy yo el que no te deja ir.

Yo le miro confusa pero Susana se parte de risa.

—Eso lo dice porque yo soy un desastre —nos indica muerta de risa. En ese momento mira el reloj y se pone de pie de un salto—. ¡Mierda! ¡Llego tarde!

Y sale disparada del comedor ante mi atónita mirada. Liam se ríe y se pone en pie.

—Has hecho un trabajo increíble.

—Gracias.

Vamos caminando hacia la puerta y cuando estamos a punto de salir al pasillo, Liam se acerca a mí y baja su rostro hasta quedar a pocos centímetros de mi boca.

—Por cierto, lo de no dejarte marchar no ha sido solo por tu eficiencia.

Y acto seguido se va dejándome con el corazón acelerado, problemas para respirar y una agitación en todo mi cuerpo que ya casi ni recordaba cómo era.

Mientras me quedo unos momentos sola, reflexiono sobre cómo me siento aquí en Texas. La autenticidad y calidez de este lugar contrasta mucho, demasiado, con la frialdad que siempre sentí en Madrid aunque no era consciente de ello. A pesar de que mi familia en Madrid no era mala, siempre había una formalidad y distancia que no lograba traspasar. Aquí, todo es diferente. Las risas son más sinceras, las conversaciones más profundas y las relaciones más auténticas.

Recuerdo las reuniones familiares en Madrid, donde todo parecía ser un desfile de apariencias y expectativas. Nadie se atrevía a ser completamente honesto, todo se mantenía en una superficie pulida pero fría. Comparado con eso, la vida en Texas es un soplo de aire fresco. La calidez de Liam y Susan, su disposición para ayudarme y su aprecio genuino por lo que hago me hacen sentir valorada de una manera que nunca experimenté en Madrid.

Hace un momento, mientras trabajaba en mis diseños y compartía mis ideas, me di cuenta de lo feliz que soy aquí. Me siento apreciada por lo que soy y lo que puedo ofrecer, no por una imagen que debo mantener. En Madrid, siempre sentí que debía estar a la altura de ciertas expectativas aunque jamás las alcanzase, pero aquí, puedo ser simplemente yo. Y eso, es una sensación maravillosa.

\*\*\*

El resto del día lo paso en los jardines, tras mucho preguntar sin obtener respuestas que me sirviesen de algo, decidí investigar yo misma y encontré, en un rincón de uno de los graneros, algunos útiles que podrían servirme, no obstante, tendré que hablar con Susan y Liam y decirles que necesito material para trabajar, una cosa es que me guste mancharme las manos con tierra y otra muy distinta es que tenga que cavar con las manos desnudas.

El rastrillo está hecho polvo y deja casi tanto como recoge, pero menos da una piedra, además, como no encontré unos guantes de jardinería he cogido unos que había por ahí tirados pero están tan rígidos que me está costando un mundo mover las hojas del suelo.

No encontré una carretilla, así que amontonaré todo en una zona apartada y después pediré ayuda a Susan, Liam o a cualquiera de los trabajadores del rancho. Todos se han ofrecido a ayudarme en cuanto se corrió la voz de que yo iba a encargarme del diseño de los jardines y de la decoración interior de la casa de huéspedes.

—¿Pero qué demonios te crees que estás haciendo? —el grito de Liam hace que se me caiga el rastrillo y logro evitarlo por poco, él se acerca a grandes zancadas—. Creo recordar que mi hermana te dijo que la crema solar y un buen sombrero eran indispensables.

—Sí, cierto, pero...

—Pero nada, ¡te has quemado! —parpadeo y cuando dirijo mi mirada a mis brazos me doy cuenta de que tiene razón—. Madre mía, ¡qué desastre! Ven conmigo, tenemos que ponerte algo

en esa piel antes de que empiece a caerse a tiras.

Me coge de la mano y tira de mí, pero en un momento de lucidez —y de rebeldía, que todo hay que decirlo—, me suelto de un tirón y me planto con firmeza en el suelo.

—No soy una niña pequeña, Liam, no necesito que me arrastres como si no supiese andar y desde luego, no necesito que me grites y que me acuses de ser una irresponsable.

—Pues lo pareces —me mira con vehemencia y me sonrojo, claro que como la cara la tengo también quemada, no se nota, aunque ahora sí que noto que me escuece.

—Me he despistado —encojo un hombro—. Me puse a trabajar, a pensar en qué plantas y colores irían bien y se me fue el santo al cielo, pero eso no te da derecho a tratarme como si fuese una niña pequeña que no sabe lo que hace, llevo veinticinco años sintiéndome la mayor inútil del mundo y cuando firmé el divorcio me prometí que jamás permitiría que nadie me volviese a tratar así.

—Me parece perfecto —se cruza de brazos y me mira a los ojos —y te puedo asegurar que soy muy consciente que no eres una niña —su mirada me recorre de arriba abajo—. pero hoy tenemos treinta y siete grados, un sol abrasador y llevas horas aquí sin ninguna protección y eso, Julieta, es una irresponsabilidad por tu parte, llevas toda tu vida cuidando de los demás, perfecto, pero, ¿cuándo vas a empezar a cuidar de ti misma?

—Yo... no... —la verdad es que no sé qué decir a eso.

—Ven conmigo, anda, vamos a ver si podemos usar una mezcla de remedios caseros para evitar que se te caiga la piel y espero que no hayas cogido una insolación.

Liam me toma de la mano, esta vez con más suavidad, y me guía hacia la casa. Su preocupación es palpable y aunque me siento un poco avergonzada, también agradezco su atención. Mientras caminamos, no puedo evitar sentir una mezcla de emociones: su firmeza me molesta, pero su cuidado me conmueve.

—Lamento haberte gritado —dice de repente, rompiendo el silencio—. Es solo que no quiero que te pase nada. Este calor puede ser muy peligroso si no tomas las precauciones adecuadas.

—Lo entiendo —respondo con un suspiro—. No me di cuenta del tiempo. Estaba tan concentrada en el trabajo que me olvidé de todo lo demás.

Llegamos a la cocina y Liam me indica que me siente en uno de los taburetes mientras busca algo en un armario. Saca una botella de leche, un poco de miel y una jarra de agua fría.

—Voy a hacer una mezcla para calmar la quemadura —explica—. Es un remedio casero que usamos aquí cuando nos quemamos con el sol.

Mientras prepara la mezcla, me quedo observándolo en silencio. Sus movimientos son seguros y eficientes, y no puedo evitar admirar la manera en que se preocupa por los demás. Cuanto más tiempo paso aquí, más me percató de cómo era realmente mi vida en Madrid. Aquí todo es más sincero, más auténtico.

—Listo, esto debería ayudar —Liam se acerca con un paño empapado en la mezcla y comienza a aplicarlo suavemente sobre mis brazos y rostro —dime si te duele.

—Está bien, solo un poco de escozor —murmuro, sorprendida por la ternura de su toque. A pesar de su dureza inicial, hay una delicadeza en sus movimientos que me hace sentir segura y cuidada.

—Sabes, a veces nos olvidamos de cuidarnos a nosotros mismos cuando estamos tan ocupados cuidando a los demás —dice, concentrado en su tarea—. Pero es importante recordar que también merecemos atención y cuidado.

Sus palabras resuenan en mi mente. Tiene razón. En Madrid, mi vida giraba en torno a cumplir con las expectativas de los demás, siempre tratando de complacer y de no defraudar. Aquí, en Texas, estoy descubriendo un nuevo lado de mí misma, uno que había olvidado en medio de la rutina y la soledad.

—Gracias, Liam —le digo sinceramente—. Gracias por recordármelo.

Él me mira y asiente, sus ojos azules llenos de comprensión.

—No tienes que agradecerme nada, Julieta. Estamos aquí para apoyarnos. Además, no quiero perder a la mejor diseñadora de jardines y decoradora de interiores que he conocido.

Nos reímos y el ambiente se relaja. La tensión se disipa y siento que hay una conexión más profunda entre nosotros. Quizás este lugar, con su calor abrasador y su gente auténtica, es justo lo que necesito para encontrarme a mí misma de nuevo.

Mientras me aplica más mezcla sobre la piel me doy cuenta de que pese a ser todo un rudo vaquero, su toque es tierno y delicado y eso lo hace más valioso aún, además, está aquí cuidando de mí cuando seguramente tenga cientos de cosas que hacer más importantes.

Mi corazón se salta un latido cuando fija sus preciosos ojos en mí.

—Sabes, este jardín va a ser un reflejo de ti —dice en un momento dado, su sonrisa es mi perdición—. Va a ser hermoso, fuerte y lleno de vida.

Sus palabras me emocionan y me doy cuenta de cuánto he cambiado en tan poco tiempo. En Madrid, siempre me sentí como una sombra, intentando cumplir con las expectativas de mi familia. Aquí, me siento viva y valorada por lo que soy.

Pero lo que más me sorprende del día de hoy es que Liam deja el suave paño sobre la mesa y de rodillas en el suelo, me mira intensamente.

Se acerca lentamente, su mirada fija en la mía con una intensidad que me deja sin aliento. La cercanía de su cuerpo, el calor de su piel, todo se vuelve una mezcla de sensaciones que me envuelven. Mi corazón late con fuerza, y siento un nudo en el estómago mientras sus palabras resuenan en mi mente.

—¿Sabes? No puedo soportarlo más, llevo soñando con ello desde que te conocí y si crees que me estoy pasando de la raya, no dudes en decírmelo, pero voy a besarte.

Antes de que pueda reaccionar, sus labios se encuentran con los míos en un beso suave y delicado al principio, como si temiera romperme. Pero la ternura inicial pronto se transforma en pasión. El mundo a nuestro alrededor se desvanece, y solo existimos él y yo, unidos en ese momento perfecto.

El toque de sus labios es cálido, su sabor una mezcla de dulzura y deseo. Siento sus manos en mi rostro, sus dedos adentrándose en mi melena con una suavidad que contrasta con su apariencia de vaquero rudo. Es un beso que habla de todo lo que hemos pasado, de la conexión que ha crecido entre nosotros y de las promesas no dichas que flotan en el aire.

Cierro los ojos y me dejo llevar, correspondiendo con igual fervor. Mis manos encuentran su cuello, y lo acerco más a mí, queriendo grabar este momento en mi memoria para siempre. Cada movimiento, cada roce, es una danza de emociones que nos envuelve y nos hace olvidar el

tiempo y el lugar.

Cuando finalmente nos separamos, ambos estamos sin aliento. Me quedo mirándolo, sus ojos azules llenos de una mezcla de deseo y de algo más que no reconozco. No hay necesidad de palabras; todo lo que sentimos está claro en nuestras miradas.

—Liam... —susurro, mi voz temblando por la emoción—. También he imaginado cómo sería besarte.

Él sonríe, esa sonrisa que siempre logra desarmarme, y acaricia suavemente mi mejilla.

—Te prometo que no voy a dejar que te sientas sola nunca más —dice con determinación—. Aquí, en Texas, eres libre de ser tú misma, y yo estaré aquí para apoyarte en cada paso del camino.

Nos quedamos así, mirándonos, disfrutando del momento y de la promesa de un futuro más que prometedor. Siento que por primera vez el hombre que me dedica sus atenciones me ve a mí realmente, a la mujer a la que he tenido escondida durante toda mi vida y es una sensación tan placentera y satisfactoria que es como si ahora mismo estuviésemos en una burbuja de irrealidad de la que no quiero irme jamás.

## Capítulo 9

Al día siguiente me siento como si fuese una momia. Apenas puedo moverme, ¡lo que hay que ver! Es la primera vez que me quemo en cuarenta y dos años.

Después del momento mágico que viví con Liam en la cocina subí a mi habitación y seguí sus consejos al pie de la letra, seguí aplicándome los paños empapados en la solución que él preparó y me quedé al resguardo del sol hasta la hora de la cena, en la que haciendo un esfuerzo enorme conseguí unirme. Hubo expresiones de dolor, de compasión y por parte de mi amiga Susan, risas.

Después de la cena, Susan me preparó una crema con base de aloe vera y tras una ducha para quitarme los restos de leche y miel de la piel, me ayudó a aplicarla por todo el cuerpo.

—Mañana estarás mejor —me había dicho—. Rígida como un palo, pero te dolerá mucho menos y te aconsejo que durante al menos dos o tres días no salgas de casa, ahora mismo la piel la tienes demasiado sensible, las duchas con el agua tibia tirando a fresca —se tumbó a mi lado en la cama—, me alegra muchísimo que estés experimentando Texas en todo su esplendor —se burló.

Ambas estallamos en carcajadas.

Cuando me dejó sola comprendí que estar aquí en Texas me hacía sentirme bien, había reído y sonreído más en estos pocos días que en los últimos dos años en Madrid y eso que allí acababa de hacerme amiga de Margarita y Carolina. Les envié un mensaje con varias fotos al grupo que tenemos las tres y no tardaron nada en contestarme muertas de risa. Incluso ellas habían comentado que me veían más feliz y con un aspecto más sano. Y yo empezaba a verlo también.

Tras la ducha fresca que me ha sentado de maravilla, me pongo unos pantalones cortos de tela pero me rozan las piernas en la parte quemada y no me queda más remedio que cambiarlos por los que llevaba ayer, la camiseta también tiene que ser una más holgada y de tirantes, porque la zona que peor tengo es la espalda.

El olor a café, tostadas y bacon hace que me ruja el estómago y entro en la cocina con una sonrisa.

—Tienes mejor aspecto —me dice Martha tendiéndome una taza de café—. siéntate anda, que menudo disgusto nos has dado a todos.

—No es para tanto —obedezco y pone delante de mí un plato con huevos revueltos, bacon y dos tostadas, al lado, un cuenco con fruta fresca —¿sabes que es la primera vez que me he quemado en la vida?

—¿Lo dices en serio? —se sienta a mi lado con otra taza de café, lo que me indica que soy la última en desayunar—, ¿nunca has ido a la playa en España? Tengo entendido que allí el sol es igual de fuerte que aquí.

—Sí, iba —encho un hombro—, pero hace muchos años que no iba a tomar el sol o bañarme en el mar, y en mi casa los jardines los cuida cada día, así que nunca paso mucho tiempo al sol, en el club al que iba a despejarme aunque había piscinas eran más para los jóvenes, las madres respetables nos quedábamos a la sombra.

—¿Y no te aburrías? —me pregunta con los ojos como platos—. A ver, llevas poco tiempo aquí, pero no paras, vas de un lado a otro y parece que tienes energía más que de sobra —encho los hombros —me cuesta imaginarte en una vida tan... en calma.

Sonríó y me meto en la boca una succulenta fresa.

—Tienes razón, me aburría como una ostra —suspiro—. Toda mi vida estaba vacía pero yo no me daba cuenta, ¿tiene sentido lo que digo?

—Ya lo creo que lo tiene —me mira y me aprieta la mano con cariño—. Yo me casé a los dieciséis años, era el chico más guapo de Indiana —sonríó ante la historia —durante dos años vivimos un amor de película, íbamos de un lado a otro, viajando, haciendo el amor en cualquier parte —me guiña un ojo —era absolutamente perfecto.

—Suenan maravilloso.

—Sí, pero no lo era, yo era demasiado joven, él tenía veinte años y una lista de antecedentes más larga que mi brazo, algo que yo desconocía por completo, por supuesto, el caso es que cuando yo estaba a punto de cumplir los diecinueve años me usó como distracción para robar una sucursal bancaria, yo no entendía nada y salimos de allí de puro milagro, él estaba eufórico y su pasión era arrolladora, pero yo estaba muerta de miedo, me negué a volver a hacer algo parecido y ahí me dio la primera paliza.

Se levanta la manga de la blusa y me enseña una fea cicatriz en el brazo izquierdo.

—Me lanzó un jarrón de cristal —me explica—. Y eso solo fue el comienzo.

—Lo siento muchísimo, Martha.

—Yo no, te cuento esto porque poco a poco y sin darme cuenta empecé a pensar que las relaciones eran así, violentas, yo creía que hacíamos el amor pero no era cierto, yo no era más que el alivio sexual de un hombre depravado que me usaba a su antojo, pero el amor nos hace ver lo que no es y todo se complicó desde aquel día, las palizas empezaron a ser más habituales, el desprecio y el desdén que luego combinaba con episodios de auténtica ternura, hacían que yo estuviese cada vez más y más enganchada a él.

—¿Y cómo terminó todo?

—El destino —sonríe—, y la policía estatal nos trajeron hasta aquí, huíamos de un golpe en Amarillo, una ciudad al norte del estado, conseguimos darles esquinazo pero en la refriega perdimos el botín y de alguna manera, Michael me culpó a mí, terminamos en una estación de servicio a las afueras de Houston y cuando yo estaba a punto de quedarme inconsciente, apareció Howard Anderson.

—El padre de Liam y Susan, le conocí hace muchos años cuando estuve aquí de intercambio.

—Le pegó una paliza a Michael que le faltó poco para matarlo, después llamó a la policía y a una ambulancia, se hizo cargo de los gastos médicos y me dio este trabajo.

—Recuerdo que era un hombre maravilloso —sonríó ante el recuerdo —adoraba a sus hijos y a este rancho.

—Así es —me sonrío —el caso es que pese a todo, yo tardé un tiempo en comprender que todo lo que había vivido con mi marido había sido algo terrible y que yo era una víctima en muchos aspectos, pero yo era feliz con Michael porque estaba convencida de que los que se equivocaban eran los demás, que mi vida con él era perfecta, sí, había aspectos que no me gustaban, pero para mí, merecía la pena. Hasta que llegué a este rancho y comprendí que había vivido un sueño.

Suspiro profundamente.

—Creo que me está pasando lo mismo, mi ex marido jamás me puso una mano encima, jamás me gritaba y jamás tuvimos una discusión —me mira arqueando ambas cejas—. Tampoco había pasión, ni detalles que te toquen el corazón, pero creo que me ocurría lo mismo que a ti, para mí, la vida era perfecta, yo tenía mi casa, mi club, mis días rutinarios y aburridos y de alguna manera me convencí de que eso era lo que yo quería, por el camino perdí el amor de mis hijos y tampoco fui consciente de ello.

Hablar con Martha me ha hecho comprender muchas cosas y ha hecho que me dé cuenta de algunas otras. Quizá Juan no me pegase nunca, pero su forma de tratarme, de ignorarme y de alejar a mis hijos de mí también es una forma de maltrato y creo que es la primera vez desde que nos casamos que soy capaz de verle como un hombre con una vena perversa y no como el ser dorado que creía que era cuando me enamoré de él.

\*\*\*

Un par de días después de hablar con Martha, mis quemaduras ya no me duelen y aunque aún tengo la piel algo sensible, la ropa ya no me hace daño, además, aprovechando que el día está un poco nublado, decido que es un momento estupendo para trabajar en los jardines y despejar la mente, desde que hablé con Martha, siento una mezcla de alivio y comprensión que si bien me está ayudando a superar mi pasado, también está haciendo que las heridas que no sabía que tenía estén curando, aunque para ello duelan.

Aunque como he aprendido la lección, antes de poner un pie en el exterior me embadurno de crema de alta protección que Susan se encargó de traerme, también me pongo el sombrero que mi amiga me dejó hace unos días.

Salgo al jardín y empiezo a moverme con cuidado, evitando los lugares donde el sol todavía es demasiado fuerte. Encuentro a Liam cerca del granero, cargando algunas herramientas.

—Hola, ¿cómo te sientes? —me pregunta con una sonrisa genuina, sus ojos reflejan una preocupación sincera.

—Mejor, gracias a tus cuidados y a la crema de Susan —le devuelvo la sonrisa —pensé que sería buena idea avanzar un poco en el jardín antes de que el calor se vuelva insoportable otra vez.

Liam asiente, dejándome ver un destello de aprobación en su mirada.

—Genial, estaba pensando que es un día estupendo para ir al vivero a ver qué tiene Kyle y si puedes adaptar lo que encuentres a tus diseños, ¿te apetece venir conmigo?

—Claro, me encantaría —la idea de pasar tiempo con Liam fuera del rancho es tentadora y sé que aunque he tenido tiempo para descansar, no me vendrá mal tomármelo con calma.

Nos subimos a su camioneta y emprendemos el camino hacia el vivero local. Durante el trayecto, la conversación fluye de manera ligera y natural. Hablamos de nuestras experiencias en

la universidad, de nuestras plantas favoritas y de cómo el clima en Texas puede ser un desafío para ciertos tipos de flora.

Al llegar al vivero, lo primero que hace es presentarme a su amiga del instituto Kyle. Es una mujer preciosa, morena de ojos oscuros y sonrisa sincera que me cae bien de inmediato y es evidente el cariño que le tiene a Liam a juzgar por el abrazo que se han dado, aunque no percibo que entre ellos haya habido nada romántico, claro que no es que yo sea una experta en el tema.

Tras comentarle a Kyle que estoy diseñando los jardines y que necesito material de todo tipo, Kyle me da las gracias y entre risas nos explica cómo está organizado el vivero, está a punto de ofrecerse para ser nuestra guía, lo intuyo por la curiosidad con la que me mira pero una de sus empleadas le pide ayuda urgente.

—Bueno, tendrás que conformarte con Liam para no perderte —se despide con una sonrisa —pero por favor, te lo ruego, vuelve a verme, tomaremos un café y me contarás qué hechizo has usado para convencer a los hermanos Anderson de que lo que han hecho con el jardín bien podría considerarse un crimen contra la naturaleza y que deben arreglarlo.

—Si me lo pides así, no puedo negarme —respondo divertida.

—Mmmmm, no sé si me gusta que os hagáis amigas —replica Liam con el ceño fruncido.

—¿Oh, de veras? —Kyle le mira de arriba abajo y hace lo mismo conmigo —en ese caso, tendremos que quedar un día para comer y me lo contarás todo —le sonrío de forma burlona y yo me echo a reír.

—Me cae bien —comento y Liam suspira fingiendo resignación.

—Kyle es mi mejor amiga —me explica—. Su mujer y ella han sido muy buenas conmigo desde el divorcio, tenía a Susan claro, pero no era lo mismo porque Susan y Sandra son amigas también.

—¿No se supone que los hombres os consoláis entre vosotros?

—Sí, lo hacemos con una cerveza mientras nos inventamos historias que no se cree nadie —suelto una carcajada—. Recuerda que tuve a mi primer hijo con veinte años, a esa edad no había mucha camaradería masculina y después, bueno... siempre he estado desfasado con mis amigos, los tengo, por supuesto, y me han apoyado mucho, pero cuando los niños eran pequeños necesitaba una visión femenina de determinados temas.

—Vaya —me mira con la pregunta en los ojos —creo que jamás he oído a un hombre confesar que no sabe hacer algo.

—Ah, no, bueno —me mira con intensidad —yo siempre sabía qué hacer, por supuesto, ¿por quién me tomas? Pero reconozco que a veces tener otro punto de vista puede ayudar a medio-largo plazo.

Me echo a reír con ganas y él se une a mis risas.

Con muy buen humor, nos sumergimos en la búsqueda de las plantas perfectas. Caminamos entre filas de flores coloridas, arbustos y árboles pequeños, riendo y bromeando mientras hacemos una lista de lo que necesitamos. La atmósfera es relajada y agradable, una burbuja de tranquilidad que me hace olvidar por un momento todas las preocupaciones.

—Me lo estoy pasando como una niña la mañana de Navidad —le dijo mientras admiro un precioso ciprés de Arizona—. Me parece que me quedé corta con mis bocetos, no tenía ni idea de que las plantas autóctonas de Texas fueran tan variadas y tan coloridas, ¡me gustan todas!

Liam se ríe con esa risa ronca y sensual que me hace estremecer de anticipación. No puedo evitar pensar en si me besará de nuevo porque yo lo deseo con toda mi alma, no obstante, ninguno de los dos ha sacado el tema y prefiero no ser yo quien lo haga, la conexión que hay entre nosotros me tiene en un estado de felicidad desconocido y no quiero que se termine.

—¿Te gustan las rosas? —le pregunto y él se encoge de hombros—. A mí me encantan, no sabría decirte cuál es mi flor preferida porque me gustan todas, pero las rosas tienen algo especial, ¿no crees?

—Creo que en ese caso, deberías incluirlas en el jardín —sonrío y por instinto bajo la mirada, pero Liam me hace alzarla poniendo un dedo bajo mi barbilla —me preguntaba cuánto más tengo que esperar para volver a besarte.

—Yo... —balbuceo cuando se acerca a mí y coloca su mano en mi cuello acariciando mi mejilla con el pulgar —yo también me lo preguntaba.

—Perfecto.

Y entonces me besa y el mundo deja de existir a nuestro alrededor porque Liam lo ocupa todo, sus manos me acarician con ternura mientras su boca explora la mía con una mezcla de vehemencia, de pasión controlada y ternura que hace que todo mi cuerpo se aproxime a él pidiendo más. Le devuelvo el beso y me atrevo a meter las manos bajo su camiseta.

—Será mejor que lo dejemos aquí antes de que nos detengan por escándalo público —me dice con su boca rozando la mía.

—Sí, sí, por supuesto —mi respiración está tan alterada que si me suelta ahora, tengo la sensación de que me caeré de bruces.

¡Por Dios bendito! ¡Cómo besa este hombre!

—Será mejor que vayamos a por las herramientas que necesitas —me coge de la mano y tira de mí con una sonrisa traviesa en los labios —si vuelves a mirarme con ese brillo en los ojos, no respondo.

Me río y le sigo encantada.

Apenas unos minutos después, tenemos en el carro todo lo que necesito para ocuparme de la limpieza y preparación del jardín. Liam ha cogido todo lo que le he mencionado: un rastrillo nuevo, una carretilla, varias palas y azadones, un par de tijeras de podar, varios pares de guantes de jardinería y una manguera con boquilla de rociado.

—Tendrán que llevarnos todo esto al rancho —comenta Liam viendo que llevamos ya dos carros con material—. Le pediré a Kyle que me alquile una de sus desbrozadoras.

—Me parece una buena solución —asiento con un gesto —además, los precios están mejor de lo que yo había visto en internet, aunque como de algunas cosas has cogido más de uno, no sé cómo quedará el balance final.

—No importa, Kyle siempre me hace un descuento —me guiña un ojo —y si no puedo pagar todas tus ideas, siempre te puedo vender como esclava para mi amiga —se acerca y me rodea la cintura con sus enormes manos —no, si alguien te esclaviza voy a ser yo.

Me echo a reír y por puro instinto le doy un beso casto en los labios, los dos nos quedamos un poco sorprendidos y cuando estoy a punto de disculparme y separarme de él, me aprieta más contra su cuerpo.

—Bésame siempre que quieras —sus labios rozan los míos —siempre, Juls.

Trago con fuerza y durante unos instantes nuestros alientos se mezclan y creo que estoy viviendo otro de esos momentos perfectos.

—Vamos a tomar algo frío antes de que se me olvide que no está bien desnudar a una mujer en público —murmura en mi oído haciendo que me sonroje.

En la parte trasera del vivero hay una zona para tomar un refrigerio y la verdad es que se agradece, porque aunque el día está ligeramente nublado, hace un calor de mil demonios y una humedad que convierte el aire en sofocante.

## Capítulo 10

Unos días después de nuestro paseo hasta el vivero, mientras estoy trabajando con dos de los chicos del rancho, un todoterreno plateado entra en el camino de grava.

—¿Sabéis quién es? —le pregunto a Marcus.

Este se ajusta el sombrero y entrecierra los ojos, de inmediato, una enorme sonrisa se extiende en sus labios, justo en el mismo instante en el que el todoterreno frena y la puerta se abre.

—¡Pero si son los cachorros! —grita Parker saliendo a su encuentro, lo mismo que han hecho todos los demás.

Por el comentario intuyo que se trata de los hijos de Liam —Dylan y Jayden—, y de inmediato me pongo nerviosa, lo cual es una soberana estupidez porque solo nos hemos besado y aunque yo siento que me une algo muy poderoso a Liam, la verdad es que las cosas no han avanzado más allá de un ligero troteo.

Los hombres abrazan a los jóvenes con fuerza, les palmean las espaldas y les hacen una broma detrás de otra que ellos aceptan con entereza.

—Vaya, vaya, ¿a quién tenemos aquí? —uno de ellos, el que más se parece a Liam se acerca y tras cogerme la mano, me quita el guante de jardinería y me besa el dorso —todo un placer, señorita...

—Mira que eres idiota —se burla el otro que se acerca con una brillante sonrisa y me besa en las mejillas —yo soy Jayden y este es mi hermano Dylan, teníamos muchísimas ganas de conocerte, Julieta, ¿podemos tutearte?

Sonrío encantada y asiento.

—Un placer conocerlos, chicos, y sí, podéis tutearme, de hecho, os lo ruego, no sois mucho mayores que mis hijos y se haría muy raro tratarlos de usted.

—Pues todo arreglado entonces —da una sonora palmada y mira a su alrededor —mi padre nos ha dicho que eres paisajista.

—Así es —convengo—. Pero antes de poner en orden el jardín hay que limpiarlo y preparar la tierra, por eso el aspecto que tiene ahora es un poco... bueno, desastroso.

—A veces para mejorar hay que romper el molde —Dylan, que es el mayor, me mira fijamente —sé que eres muy trabajadora y todo eso, pero acabo de bajarme de un vuelo de diez horas, apiádate y de mí y vente con nosotros a la cocina, por favor.

Sonriendo me quito los guantes de jardinería y les indico a los chicos que me estaban ayudando que se vayan a hacer otras cosas si quieren, todos aceptan porque creo que se han dado

cuenta de que soy un poco maniática y me gusta hacer las cosas a mi manera, al menos en lo que al jardín se refiere.

Caminamos los tres juntos hasta el edificio principal y justo cuando vamos a subir el primer escalón, Martha sale secándose las manos con un trapo.

—¿Tanto os costaba avisar de que ibais a venir? ¿y si no hay comida suficiente?

—¡Pues te comeremos a ti! —los dos se lanzan a por ella y la llenan de besos y abrazos que ella recibe alborozada y muy feliz.

—Sois unos tunantes —les acaricia los rostros y suspira—. Os he echado muchísimo de menos.

—Y nosotros a ti —la abrazan de forma más calmada pero más intensa—. Te queremos Mati —susurran ambos.

¡Qué escena tan bonita! Se me ha puesto la piel de gallina y se me han humedecido los ojos. Y claro, las comparaciones son inevitables, cuando mis hijos —Enzo y Hugo—, han venido a casa, han tratado a la pobre María como si fuese su sirvienta y estuviésemos en el siglo quince.

Algo se retuerce en mi interior al pensar en ello. María jamás se ha quejado, ni una sola vez, y eso que les ha cuidado desde que nacieron y les ha visto crecer y jamás han tenido una palabra amable para ella. Dios mío... ¿qué clase de hijos he criado? ¿tanto se han podido torcer en unos años? Porque cuando eran pequeños eran dulces y encantadores. Y sobre todo, me querían. Y ahora no les reconozco.

—Te hemos traído una cosa —le dice Jayden y la mujer se limpia los ojos.

—¿No os digo siempre que no os gastéis dinero en esta vieja? ¿Cuándo vais a sentar la cabeza?

—Ni eres vieja ni pienso sentar la cabeza, ¡de momento! —Jayden la abraza y le entrega un paquete pequeño que se ha sacado del bolsillo.

—Oh —Martha llora cuando saca una delicada cadena con un precioso pájaro —oh... yo...

—Shhh —ahora es Dylan quien la abraza —no llores, ¿creías que nos habíamos olvidado?

Pero Martha no contesta, solo les abraza mientras llora desconsolada y no puedo evitar llorar yo también. Creo que es lo más bonito que he visto jamás. Me limpio las lágrimas con discreción y sin hacer ruido, por nada del mundo quiero romper este momento tan emotivo.

Al cabo de unos segundos, cuando Martha ya está más tranquila, los dos la sueltan y entonces ella se da cuenta de que lo he visto todo.

—Oh, por el amor de Dios, ven aquí muchacha —me hace un gesto con la mano—. Yo aquí haciendo el tonto y tú ahí al sol, como vuelvas a quemarte, Liam nos despellejará a todos.

—Estoy bien y... —suspiro y me limpio otra lágrima —ha sido tan bonito veros.

Entramos en la cocina y Martha nos sirve unos vasos de limonada mientras Jayden, tras lavarse las manos, prepara algo de picar.

—Hoy es el aniversario del primer día que vine a trabajar aquí —explica Martha—. Hace tantos años que ya ni me acuerdo —mira a los jóvenes con cariño —eran tan pequeños y ahora míralos, unos hombres hechos y derechos.

—Tienen un gusto exquisito —comento admirando el colgante, después les miro a ellos—.

Es un detalle muy bonito.

Ambos se sientan y tras mirarse a los ojos, me miran a mí.

—Papá nos ha contado que te acabas de divorciar y que tienes dos hijos.

—Así es —comento un tanto avergonzada y preocupada, ¿qué les habrá contado Liam?—. Tienen veinticinco años, son gemelos.

Están a punto de decir algo más cuando Liam entra en la cocina con una enorme sonrisa en los labios y los chicos se olvidan del resto, se levantan de golpe y se abrazan con su padre con fuertes palmadas en la espalda.

—Os he echado muchísimo de menos —les dice Liam—. Habéis crecido, ¿no se supone que ya no ibais a crecer más? —les mira con atención y se me encoge el corazón al ver cómo se fija en cada detalle—. ¿Qué tal está mamá?

—Fabulosa, ya la conoces —comenta Jayden—. Henry te manda saludos.

—¿Cómo le va con el nuevo barco? —pregunta Liam.

—¡Es una maravilla! —Dylan le mira con los ojos brillantes —ahora que ya soy patrón de barco —alza las cejas repetidamente, tiene una sonrisa llena de picardía en los labios—, me deja llevarlo siempre que quiera.

—Ya sé que te has sacado el título —comenta Liam—. Tu madre me llamó y me envió vídeos y fotos del día que te examinaste.

Los tres se echan a reír y durante esos instantes, es como si se olvidasen de todo lo que hay a su alrededor. Hasta que Liam me mira de reojo.

—¿Ya habéis conocido a Julieta?

—¡Dylan ha intentado ligar con ella! —se burla Jayden haciéndome sonrojar.

—No es para ti, hijo —dice Liam con una sonrisa y me guiña un ojo, lo que hace que me sonroje aún más.

—La estábamos interrogando justo cuando has entrado —indica Dylan con una sonrisa burlona—. No nos dijiste que era una preciosidad.

—Se sobreentendía —Liam se encogió de hombros—, chicos, ahora tengo que volver al trabajo, al final, ¿cuánto tiempo os vais a quedar?

—Pues...

Liam se tensa ante la respuesta del mayor de sus hijos.

—No, Dylan, me prometiste que lo intentarías.

—Y lo he hecho, papá, pero echo de menos la tierra, al rancho, a ti, a Susan, a los chicos... llevo cuatro años en Washington y antes estuve tres en Nueva York, quiero volver a casa.

Liam se frota las sienes y mira a su hijo pequeño.

—¿Y tú?

—Yo ya tengo un trabajo aquí —se cruza de brazos—, sé que querías que viésemos mundo, te hicimos caso, hemos visto muchísimo mundo y queremos volver a casa.

Finalmente Liam suspira, se apoya las manos en las caderas y les mira a los ojos.

—No quiero que os arrepintáis de nada, no quiero que el rancho os ate, esto es

responsabilidad mía, no vuestra.

—Papá —Dylan le mira seriamente —hemos recorrido el mundo, hemos estudiado lo que hemos querido y los dos queremos volver a casa, el rancho no nos ata, pero queremos estar aquí, esto es lo que nos hace felices, cabalgar al amanecer, trabajar la tierra de forraje, ayudarte con la cría y la doma.

—Además —añade Jayden—. Henry y mamá ya han intentado sobornarnos con todo lo que se les ha ocurrido y aquí estamos.

Mi vaquero sonrío y les abraza con fuerza.

—Bienvenidos a casa, hijos míos.

La escena es preciosa, intensa, emotiva y tan sincera que de nuevo tengo la piel de gallina, en ese momento me doy cuenta del pensamiento que he tenido hace unos instantes, un momento, *¿mi vaquero? ¿Cuándo se ha convertido Liam en mi vaquero?*

\*\*\*

Esa misma noche, para celebrar el regreso de Dylan y Jayden, se acaba montando una cena al aire libre en la parte trasera del rancho donde hay una zona de barbacoa fantástica.

Susan se volvió loca al ver a sus sobrinos, les abrazó, les besó y les hizo sonrojarse todo lo que pudo y más, pero en cada gesto y en cada sonrisa se notaba a la legua cuánto se quieren todos.

Desde que los chicos han aparecido en el rancho tengo el corazón encogido dentro del pecho. No hago más que comparar la relación que tienen Dylan y Jayden con su familia con la que tienen mis hijos con la suya y es en este preciso instante, mientras Liam bromea con Jayden, que comprendo que no sé qué relación tienen Enzo y Hugo con su familia porque aunque son mis hijos, está claro que no me consideran de su familia. Esa es la mujer con la que se acuesta mi ex marido, me lo dijo en varias ocasiones pero creo que no he comprendido el verdadero significado de sus palabras hasta este mismo instante.

*“Los chicos, Alicia y yo tenemos una vida y tú tienes... lo que sea que hagas cada día.”*

Noto un doloroso pinchazo en el corazón que hace que me doble en dos, afortunadamente todo el mundo está distraído, lo que me da la oportunidad de escabullirme y entrar en casa. Me cuesta respirar.

Cada paso que doy hacia el interior de la casa se vuelve más difícil. Siento el peso del mundo en mis hombros, y cada inhalación parece insuficiente. Mis pulmones se niegan a llenarse del todo, como si el aire fuera escaso. Un zumbido empieza a resonar en mis oídos, haciéndose más fuerte a cada segundo.

Me apoyo en la pared del pasillo, mis dedos temblorosos resbalan sobre la superficie en busca de un soporte. El pánico se apodera de mí, como si una mano invisible me estrujara el pecho, robándome el aliento. Mi visión se estrecha, el mundo a mi alrededor se desdibuja, y solo queda una sensación abrumadora de desesperación.

Trato de concentrarme, de recordar las técnicas de respiración que una vez aprendí, pero mi mente está nublada, incapaz de enfocarse. Las palabras de mi ex marido resuenan en mi cabeza, repitiéndose una y otra vez, perforando mi mente como un martillo implacable.

*"No eres parte de nuestra familia."*

Mis piernas empiezan a fallar y me dejo caer al suelo, tratando de hacerme pequeña, de desaparecer de este dolor que amenaza con consumirlo todo. Mi corazón late desbocado, como si estuviera a punto de explotar. Las lágrimas empiezan a correr por mis mejillas, ardientes y desesperadas.

Oigo pasos acercándose, pero el sonido parece lejano, como si viniera de otra realidad. De repente, siento una mano firme en mi hombro y una voz suave que intenta llegar a través del caos.

—Julieta, mírame. Respira, por favor —es Liam, su voz teñida de preocupación.

Trato de enfocarme en sus ojos, esos ojos cálidos que han sido mi ancla en los últimos días. Él se arrodilla a mi lado, sosteniéndome con firmeza pero con gentileza.

—Estás teniendo un ataque de pánico. Tienes que respirar, lento y profundo. Estoy aquí contigo, no estás sola.

Sus palabras son un faro en medio de mi tormenta interna. Intento seguir sus instrucciones, imitando su respiración lenta y profunda. Poco a poco, el zumbido en mis oídos se suaviza, y el aire empieza a llenar mis pulmones con más facilidad. La presión en mi pecho disminuye ligeramente, aunque el dolor emocional sigue siendo agudo.

—Eso es, así está mejor —Liam sigue hablándome en un tono calmado y constante, sin dejar de mirarme—. Sigue respirando así, estás haciendo un buen trabajo.

Con su ayuda, logro estabilizarme lo suficiente para sentarme en el suelo. Aún siento la angustia, pero la presencia de Liam me da fuerzas para enfrentarla.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta estrechándome entre sus brazos.

—No lo sé —me sacudo y oculto mi rostro en su amplio y fuerte pecho.

Esto es lo que necesito ahora mismo. Sostenerme a algo que sea más fuerte que yo, que sea más valiente que yo y que pueda mantenerme a flote en la tormenta porque bien sabe Dios que ahora mismo no soy capaz ni de pensar. Solo quiero aferrarme a él y que me mantenga segura y protegida, lejos de todo lo que puede hacerme daño.

—Juls —me acaricia el pelo—. Dime qué ha pasado, por favor.

—No lo sé —repito—. Yo... —niego con la cabeza y finalmente suspiro —ha sido por Dylan y Jayden —confieso mortificada—, ellos os quieren a todos, le han regalado un colgante a Martha —me echo a llorar—. Y a Susan... ellos... yo... no...

—Shhhh, vale, lo entiendo —me acaricia la espalda con ternura y me besa en la cabeza —lo siento mucho, Juls, de verdad que lo siento mucho.

Y durante unos minutos tan solo lloro entre sus brazos con desconsuelo. Quiero que las lágrimas se lleven todo mi dolor, que se lleven los años de ausencias, de llamadas suplicantes para tener a mis hijos cerca y sus respuestas evasivas. Quiero olvidar quién he sido durante los últimos veinticinco años de mi vida.

—No tienes que hacer esto sola, Julieta —dice, su voz cargada de emoción—. estoy aquí para ti, siempre.

Asiento, aún incapaz de hablar, pero su apoyo y su comprensión son un bálsamo para mi corazón herido. Lentamente, me aferro a la esperanza de que, con el tiempo, podré reconstruir mi vida y encontrar un lugar donde realmente pertenezca.

Cuando ya estoy más tranquila, voy al baño de la planta baja para lavarme la cara con agua fría y Liam va a cambiarse la camiseta porque se la he dejado empapada de lágrimas y claro, todo el mundo haría preguntas.

Camino de nuevo por el rancho en dirección a la parte trasera cuando oigo las risas, las bromas y el cariño sincero que hay entre todos los presentes. No importa que sean familia o trabajadores del rancho, lo que les une es de verdad.

—Esto es con lo que siempre he soñado —murmuro para mí misma—. Y quizá algún día consiga que alguien me quiera lo suficiente como para que no tenga que suplicar su compañía.

Cuando salgo al exterior, aún con las palabras de Liam resonando en mi mente, me detengo un momento para observar la escena. La zona de la barbacoa está iluminada por luces cálidas, y el sonido de las risas y las conversaciones llenan el aire con una melodía reconfortante. Veo a Susan ocupada sirviendo más bebidas, a Dylan y Jayden riendo con Martha, y a los trabajadores del rancho disfrutando de la comida y la compañía.

Me tomo un momento para respirar profundamente y reunir fuerzas. Este es el tipo de ambiente que siempre he deseado para mí y para mis hijos, un lugar donde todos se sientan queridos y aceptados. Me armo de valor y doy un paso adelante, tratando de dejar atrás la nube de ansiedad que me había envuelto.

Susan me ve primero y me lanza una sonrisa radiante, alzando su copa en un gesto de bienvenida.

—¡Julieta, ven aquí! ¡Te hemos guardado un sitio! —exclama con entusiasmo.

Me esfuerzo por devolverle la sonrisa y camino hacia ella, sintiendo la calidez de su acogida. Me siento en una silla vacía a su lado, y ella me pasa una copa de vino.

—Gracias —digo, aceptando la bebida y sintiendo que mi voz aún tiembla ligeramente.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja, con preocupación en sus ojos.

Asiento, intentando parecer tranquila.

—Sí, solo necesitaba un momento para mí. Pero estoy bien ahora.

Ella me da una palmadita en la mano y se vuelve para atender a los demás. Me permito una respiración más profunda y miro a mi alrededor, absorbiendo la atmósfera alegre. Dylan está contando una historia divertida sobre su último viaje, y todos están pendientes de cada palabra, riendo en los momentos adecuados. Jayden, por su parte, está haciendo reír a Martha mientras ella no deja de toquetear el colgante que le han regalado.

Me esfuerzo por unirme a las conversaciones, participando con comentarios y risas. Al principio, siento como si estuviera fingiendo, como si mi sonrisa fuera una máscara para ocultar el dolor que aún siento. Pero con el paso del tiempo, y con cada risa y broma compartida, empiezo a sentirme un poco más ligera, un poco más conectada con esta nueva familia que me ha acogido.

Liam regresa después de cambiarse la camiseta, y se sienta a mi lado, lanzándome una mirada de apoyo. Me toma de la mano debajo de la mesa, un gesto pequeño pero significativo que me da fuerzas. Me siento agradecida por su presencia y su constante apoyo, y empiezo a creer que, tal vez, no estoy tan sola como pensaba.

La noche avanza, y el ambiente se vuelve más relajado. Algunos empiezan a bailar bajo las estrellas, y otros simplemente se sientan a charlar, disfrutando de la compañía y el clima.

perfecto. Siento una mano en mi hombro, y al girarme, veo a Dylan sonriéndome.

—¿Te gustaría bailar, Julieta? —pregunta, ofreciendo su mano.

Me sorprende, pero acepto con una sonrisa. Me levanto y dejo que me guíe hacia el centro del patio, donde otros ya están moviéndose al ritmo de la música suave. Bailamos despacio, y aunque no hablo mucho, siento que estoy haciendo un esfuerzo consciente por disfrutar el momento.

Dylan es un excelente bailarín y hace que me sienta cómoda. Me hace preguntas sobre mi vida y, por primera vez en mucho tiempo, hablo de mí misma sin miedo al juicio. Le cuento que tras el divorcio necesitaba alejarme de todo y que por eso acepté la invitación de Susan de venir al rancho y en su mirada no veo ninguna emoción negativa. Más bien al contrario, ya que cambia de tema hasta que logra hacerme sonreír.

Regreso a mi lugar junto a Liam, y cuando me siento, él me pasa un brazo por los hombros, acercándose un poco más a él.

—¿Te sientes mejor? —pregunta en voz baja.

Asiento, mirándolo a los ojos y sintiendo una profunda gratitud.

—Sí, mucho mejor. Gracias por estar aquí.

Liam sonríe y me da un beso en la frente.

—Siempre, Julieta. Siempre.

La noche continúa, y mientras las estrellas brillan sobre nosotros, me doy cuenta de que, a pesar de todo el dolor y las dificultades, he encontrado un lugar donde no me siento una extraña.

## Capítulo 11

Los hijos de Liam son como un soplo de aire fresco, son divertidos, alegres, pícaros y amables.

Han pasado un par de días desde que llegaron al rancho y ya se han involucrado por completo en las tareas cotidianas. Me encanta verles interactuar con su padre o con Susan. Mi amiga está más que encantada de tenerles aquí, durante las comidas se pican continuamente y se hacen bromas sin parar.

No puedo evitar sentir un pellizco en el corazón al comparar la relación de estos dos chicos con su padre con la que yo mantengo con mis hijos. Pero poco a poco, estoy aprendiendo que no puedes obligar a nadie a quererte. Aunque no voy a negar que duele.

Liam me guiña un ojo travieso desde el otro lado de la mesa y como una quinceañera, me sonrojo.

—¿Qué planes tienes para hoy, Juls? —la pregunta de Jayden me hace sonreír.

—Terminar de limpiar el jardín delantero para empezar a preparar la tierra, estoy deseando empezar a plantar cosas.

Estoy emocionada, feliz e impaciente, pero miro a Liam y se me pasa todo el buen humor de golpe.

—Hoy vamos a tener treinta y siete grados —me informa—. Con cielos totalmente despejados, ¿por qué no avanzas en la casa de huéspedes y dejas el jardín para cuando no peligre tu integridad?

Se hace un sordo silencio a nuestro alrededor y me gustaría mirar para observar las caras de los presentes, pero solo puedo ver a Liam.

—¿Me estás diciendo lo que puedo hacer o lo que no?

Este es otro de los cambios que estoy sufriendo en Texas. Jamás habría sido capaz de hacerle semejante pregunta a Juan y muchísimo menos en el tono en el que la he hecho, que me ha sorprendido incluso a mí. Noto como la rabia y la ira se abren paso en mi interior. Pero es que Liam saca lo mejor y lo peor de mí, hace que todo sea un reto constante.

Le veo apretar la mandíbula y sé que vamos a discutir. Y también sé que lo que sea que estamos empezando va a terminar ahora mismo. Vengo de un matrimonio que se convirtió en una jaula dorada y ahora que sé que tengo alas —aunque aún no me haya atrevido a abrirlas—, no pienso consentir que nadie vuelva a enjaularme.

Pero hay una cosa en la que no he caído. Liam no es Juan.

Así que se levanta, camina hasta donde estoy, me pone en pie con sus fuertes brazos y delante

de todo el mundo, enreda sus manos en mi pelo y me besa como si no hubiese un mañana. Su boca ha fundido todas mis reservas y mis neuronas también, a la vista está.

Cuando se separa, me mira a los ojos, aún demasiado cerca.

—No, no quiero decirte lo que puedes hacer y lo que no, eres adulta y tomas tus propias decisiones, pero me pone enfermo pensar que puedas volver a quemarte —me acaricia los brazos con delicadeza—. Así que solo te lo pido, ¿podrías trabajar hoy a cubierto?

¿Quién podría decirle que no? Y sin embargo, por mucho que me haya enternecido su petición, sigue siendo una petición que me obliga a dejar de lado mis opiniones para que él esté más tranquilo. Y ya he pasado por eso.

—No —frunce el ceño —lo siento, Liam, no puedo hacerlo, sería volver a negarme algo para tú seas feliz, estés tranquilo y relajado, tú no vas a trabajar a cubierto.

—Pero mi piel está acostumbrada, llevo sombrero y cada poco me empapo de agua.

—Puedo intentar hacer lo mismo, pero no voy a ceder.

—Joder.

Me besa de nuevo, esta vez un beso duro y fuerte que no me hace daño, pero sí que me indica el nivel de frustración de Liam.

Acto seguido, sale de la cocina donde estamos desayunando y al poco oímos la puerta de la entrada, lo que es el pistoletazo de salida para todos los trabajadores.

Nos quedamos solo Susan, Martha, Dylan y Jayden y yo.

Y entonces comprendo que me ha dejado sola ante su familia y que acaba de besarme.

Mierda.

Me giro hasta que les puedo mirar a todos a la cara.

—No debería ser yo quien os informase de esto, pero...

Dylan alza una mano y me sonrío.

—Mi padre nos dijo que estaba colado por ti hace semanas —me ruborizo a más no poder—. Ya era hora de que moviese ficha —se pone en pie, se acerca y me besa en la mejilla—, a mí me parece bien, si te preocupa mi opinión.

Jayden se pone en pie también y me mira sonriente.

—A mí también me parece bien, ya le dije a mi padre que era imbécil si te dejaba escapar —encoge un hombro—, aunque opino como él, hoy no es el mejor día para trabajar en los jardines bajo un sol abrasador, pero mi madre me cortaría las pelotas si me atreviese a imponerme a una mujer, así que, ¿podrías al menos, no sé, embadurnarte con crema solar y hacer descansos cada poco tiempo?

—No puedo prometerlo —él se ríe y me da un beso en la mejilla.

Cuando sale de la cocina, tan solo quedan a la mesa Martha y Susan y temo la reacción de ambas.

—Muy bien, ahora que nos hemos deshecho de la testosterona —indica mi amiga—. Siéntate y cuéntanos todos los detalles —acto seguido se tapa la boca un segundo—. Bueno, todo no, no des detalles de las proezas sexuales que estamos hablando de mi hermano.

Me echo a reír y me siento frente a ellas.

—No hay ninguna proeza sexual, solo nos hemos besado un par de veces, eso es todo.

—¿Y ya está así de territorial contigo? —Susan silba y me guiña un ojo—. ¡Bien hecho, chica! Con un poco de suerte te convencemos de que no te vayas.

Al cabo de un buen rato, las tres estamos muertas de risa en la cocina. Al menos hasta que uno de los chicos viene buscando a Susan y todas nos disponemos a encargarnos de nuestras cosas.

Tras embadurnarme de crema por todas partes, ponerme el sombrero y prometer como diez veces que intentaría acordarme de hacer paradas cada poco para refrescarme, me dirijo al jardín donde hoy trabajaré sola porque los hombres que me ayudan hoy eran necesarios en otras tareas.

La verdad es que pese a la conversación entre Liam y yo ha sido tensa, me ha encantado que se preocupe por mí, también había hecho esa petición por su propia paz mental, pero para mí es nuevo saber que alguien piensa en mí y que no quiere que me ocurra nada malo. Y es una sensación tan sumamente agradable que voy a tener que andarme con muchísimo cuidado, porque ya he demostrado que me dejo llevar con facilidad para tener contentos a los demás. Y con Juan había empezado igual, con pequeños gestos que terminaron en una separación de la que ni siquiera me di cuenta.

Y no quiero lo mismo con Liam.

—¡Maldita sea, mujer!

Un enorme chorro de agua fría me recorre por entero y me pongo en pie dispuesta a enfrentarme a quien fuese. Solo que Liam está tan furioso y atractivo que las palabras se me quedan atascadas en la garganta.

—¡Llevas más de dos horas sin moverte de aquí! —deja caer el cubo y se pone las manos en las caderas—. ¿Pretendes que te dé una insolación? ¿volver a quemarte? ¿has oído hablar de los melanomas?

Y algo en su actitud, o en su voz, o quizá en sus gestos hace que una tremenda ternura se apodere de mí, así como unas enormes ganas de reír y sin más, me empiezo a reír a carcajadas ante la atónita mirada de Liam.

—¿Ves? El sol ya te ha vuelto loca.

Me río más fuerte y siguiendo un impulso, me acerco y le beso en los labios.

—No me vas a distraer tan fácilmente —pero sus manos ya sujetan mis caderas—, aunque no me niego a que lo intentes, claro.

—Me gustas cada vez más, Liam Anderson.

—Es un alivio, porque tú también me gustas mucho, Julieta Vallejo.

Me aprieta contra su cuerpo y me besa con tanta adoración, ternura y deseo que por un momento pierdo el norte.

—Me has mojado —le recrimino con una sonrisa.

—No te has levantado de aquí en dos horas —me besa de nuevo—. Había que refrescarte.

—Pues ahora eres tú quien parece necesitar una ducha fría —me pego más a él notando su incipiente erección.

—Llevo así desde que llegaste al rancho —me dice tan campante—. El agua fría ya no surte

efecto.

Me echo a reír y le beso de nuevo.

—Les hablaste a tus hijos de mí —él se pone serio y me aleja de su cuerpo.

—¿Te ha molestado? Mi relación con ellos es estrecha y siempre nos lo contamos todo, no pensé que pudiese... —le corto poniendo un dedo sobre sus labios.

—No me ha molestado, me ha pillado por sorpresa —vuelvo a acercarme a él y coloco mis brazos sobre sus hombros —me alegra muchísimo que tengas esa relación con ellos, es solo que no sé qué somos o qué les has dicho, y por un momento pensé que se lo iban a tomar a mal.

—No, te prometo que no, Dylan lleva desde que te conoció llamándome gilipollas por no llevarte a la cama ya.

Me sonrojo, pero sonrío.

—Y Jayden dice que como siga así de casto, te va a seducir él mismo para enseñarme, claro, he tenido que amenazarle con matarle, pero son cosas de padres e hijos.

Suelto una carcajada y me pongo de puntillas para besarle.

—Ya me han dicho que les parece bien que estemos tonteando.

—Dudo que hayan dicho la palabra tontear —pongo los ojos en blanco—. Porque les he dicho que voy en serio.

Me tenso de repente y me separo un poco de él.

—No te asustes, Juls —me coge de las manos—, tengo cuarenta y cinco años, mi vida resuelta y sé lo que quiero, creo que perder el tiempo cuando he conocido a la mujer más increíble del mundo es una tontería, pero no olvido de dónde vienes y no quiero presionarte ni dar nada por sentado —parpadeo y trago con dificultad—. Cuando quieras volver a España, lo aceptaré, no discutiré ni te rogaré, pero mientras estés aquí, quiero una relación contigo.

—La tinta de mi divorcio aún no se ha secado y yo no...

—Juls, mírame —me sujeta la cara con ternura —no te estoy pidiendo nada, no te estoy exigiendo nada, solo te digo lo que a mí me gustaría para que tengas todos los puntos claros, pero estoy llevando esto a tu ritmo, no al mío, así que no tienes por qué tener miedo.

\*\*\*

Después del almuerzo, no me queda más remedio que claudicar. Estar fuera a pleno sol es una auténtica tortura. Así que aprovechando que ayer Liam llamó a un amigo suyo del centro de bricolaje y que nos trajeron todo lo que pedí, me voy a la casa de huéspedes a revisar el material y asegurarme de que todo es como lo he pedido.

Lo primero que reviso son las pinturas de las habitaciones, con este calor se van a secar en la mitad de tiempo. Afortunadamente son todas correctas. También reviso el barniz que pedí para las vigas que están a la vista.

La casa está lista para empezar a pintar, así que me dispongo a retirar los embellecedores de los enchufes y a tapar el resto con cinta de carroceros. Cuando estoy terminando en la primera habitación, Dylan y Jayden entran en la casa.

—Hola, Juls.

—Hola chicos.

—No queremos molestar, pero nos gustaría ver los diseños, papá dice que eres un genio y tía Susan quiere secuestrarte —le broma de Jayden me hace sonreír.

—No me molestáis —cojo el cuaderno que tenía en la cocina y se lo enseño—. Aún no he empezado a abrir los botes de pintura, si algo no os gusta, aún se puede modificar.

Los dos observan con detenimiento los bocetos y tienen la misma expresión de concentración que tenía su padre cuando se los enseñé hace unos días.

Finalmente, cuando estoy a punto de estallar por la impaciencia, Dylan me devuelve el cuaderno.

—Me gustan mucho todos —me dice con su preciosa sonrisa—. Y me gustaría ayudarte.

—Yo también me apunto, nunca he pintado nada y tiene que ser divertido.

Al ver sus sonrisas y entusiasmo, siento un alivio y una alegría que no había experimentado en mucho tiempo. Los hijos de Liam son totalmente distintos a mis hijos, y su calidez es refrescante.

—¡Perfecto! —digo, tratando de contener mi emoción—. Pero antes de empezar, tenemos que hacer lo más importante de todo —ambos me miran expectantes —¡poner música!

Dylan y Jayden asienten con entusiasmo y rápidamente nos ponemos manos a la obra. Dylan pone su teléfono sobre uno de los botes que no se va a usar ahora y empieza a sonar música de lo más animada. ¡Es perfecta para bailar! ¡y para pintar! Los chicos me siguen el ritmo con energía, preguntando detalles sobre el proyecto y haciendo bromas entre ellos.

—¿Sabes, Juls? —dice Jayden mientras coloca cinta de carrocero en los bordes de las ventanas—. Papá nos ha contado que eres una artista increíble. ¿Siempre has trabajado en diseño?

Me detengo un momento, considerando su pregunta. Es extraño hablar de mi vida pasada, pero con ellos se siente natural, como si estuviera compartiendo una historia con amigos.

—Bueno, siempre me ha gustado dibujar, pero lo que realmente me fascina es la jardinería, cuando terminé el instituto hace ya como mil años —ambos ponen los ojos en blanco—. La orientadora del centro me dijo que había una carrera que combinaba ambas cosas: el paisajismo. Así que soy paisajista, pero nunca he ejercido como tal, bueno, si obviamos el jardín de mi propia casa, claro. Lo del diseño de interiores no es más que un hobby.

—¡Pues tienes mucho talento! —dice Dylan, abriendo un bote de pintura—. Estoy seguro de que este lugar va a quedar increíble.

—Si no es una indiscreción, ¿por qué nunca has ejercido como paisajista? —la pregunta de Jayden hace que me detenga en seco, al ver mi cara, Dylan le da un puñetazo en el hombro.

—No, tranquilo —le indico a Dylan, después les miro a los dos—. Nunca he ejercido como tal porque no era lo que se esperaba de mí, mi ex marido es un abogado de altos vuelos y yo no quería ponerle en evidencia —me encojo de hombros —así que dejé de hacer cosas que pudiesen incomodarle.

—¿Te prohibió trabajar? —pregunta de nuevo Jayden.

—No, jamás lo hizo —sonríó con tristeza—. Y eso es lo peor de todo, ¿sabéis? Yo vivía encerrada en una preciosa jaula dorada, quizá Juan puso la jaula, pero la puerta la cerré yo.

Ambos me miran y asienten con un gesto dándome a entender que me han comprendido y

que también se han percatado de que no quiero seguir hablando del tema. No porque me moleste que lo sepan, sino porque aún no tengo claro cómo me siento al respecto y no se me puede olvidar que ellos son los hijos de Liam.

Empezamos a pintar, cada uno ocupándose de una pared. Los chicos están llenos de preguntas sobre técnicas de pintura y decoración, y me encanta compartir mis conocimientos con ellos. Mientras trabajamos, la conversación fluye fácilmente, llena de risas y comentarios ingeniosos.

—¿Sabes? —dice Jayden de repente, con un tono reflexivo—. Esto es realmente divertido. Nunca pensé que pintar una casa pudiera ser tan interesante.

—Sí, es como darle una nueva vida a un lugar —responde Dylan—. Es genial ver cómo algo puede transformarse con un poco de esfuerzo y creatividad —en ese momento se quita la camiseta y marca los bíceps —nosotros ponemos la fuerza y tú pones el estilo. ¡Hacemos un gran equipo!

Sus palabras me tocan profundamente. Estar aquí, en este momento, con estos chicos maravillosos, me hace sentir parte de algo especial. Es como si, por primera vez en mucho tiempo, estuviera construyendo con algo tangible y significativo.

Pasamos la tarde pintando y hablando, compartiendo historias y anécdotas. Me cuentan sobre sus estudios y sus planes para el futuro, y yo les hablo sobre lo perdida que me sentí después del divorcio, no por separarme, sino porque de repente había perdido mi razón de ser. Es un intercambio genuino, lleno de respeto y cariño.

Cuando terminamos la primera habitación, nos tomamos un momento para admirar nuestro trabajo. Las paredes, ahora de un color verde suave y cálido, dan una nueva vida a la habitación.

—¡Esto se ve increíble! —exclama Jayden, su rostro iluminado por una sonrisa radiante—. ¡Buen trabajo, equipo!

—¡Sí, lo hemos hecho genial! —añade Dylan, dándome un ligero empujón amistoso en el hombro—. Gracias por dejarnos ayudar, Juls. Ha sido una tarde genial.

—Gracias a vosotros —respondo, sintiendo una oleada de gratitud—. Ha sido muy divertido trabajar con vosotros. Y aún queda mucho por hacer, así que espero que no os hayáis cansado todavía.

—¡Para nada! —responde Jayden con entusiasmo—. Estamos listos para lo que sea. ¿Verdad, Dylan?

—¡Claro que sí! —responde su hermano, con una sonrisa de complicidad—. Vamos a dejar esta casa impecable.

Nos reímos juntos, y por un momento, todo el dolor y la angustia que sentí antes parecen lejanos. Estos chicos, con su alegría y entusiasmo, han traído una luz nueva a mi vida.

Más tarde, después de una buena ducha para quitarme las manchas de pintura, me uno a la cena al aire libre. La atmósfera es alegre y relajada, con el aroma de la barbacoa llenando el aire. Susan está en su elemento, haciendo bromas y riendo con todos, mientras Liam se encarga de la parrilla.

—¡Juls, ven aquí! —me llama Susan, haciéndome un hueco junto a ella—. Los chicos no han parado de hablar de lo bien que lo han pasado contigo hoy. ¡Estás haciendo un trabajo increíble!

—Gracias, Susan —digo, sintiendo el calor de su elogio—. Los chicos han sido de gran

ayuda. Hemos hecho un buen equipo.

—¡Eso es genial! —dice Liam, uniéndose a la conversación mientras da la vuelta a unas hamburguesas en la parrilla—. Me alegra que se hayan comportado como los hombres que son.

Dylan y Jayden están sentados al otro lado de la mesa, charlando animadamente con algunos de los trabajadores del rancho, pero al oír a su padre, le guiñan un ojo con descaro que nos hace reír. Es un ambiente de camaradería y cariño, muy diferente a las tensiones y distancias que solía sentir en mi vida anterior.

Mientras me sirvo un plato de comida, noto a Liam mirándome con una sonrisa.

—Estoy orgulloso de ti, Juls —me dice suavemente—. Hoy has logrado algo maravilloso. No solo con la casa, sino también con mis hijos, te adoran.

—Gracias, Liam —respondo, tocada por sus palabras—. Ha sido un día increíble. Me siento... feliz.

Y es cierto. Por primera vez en mucho tiempo, me siento verdaderamente feliz. Rodeada de personas que me valoran y me aceptan por quien soy, con la promesa de nuevas aventuras y posibilidades. Aquí, en este rancho, he encontrado un lugar al que puedo llamar hogar.

La cena continúa con risas y conversaciones animadas. Los más jóvenes cuentan historias divertidas y anécdotas de sus viajes, mientras los más mayores los escuchamos con cariño y orgullo. La noche avanza y el cielo se llena de estrellas, creando un ambiente mágico.

Después de la cena, nos reunimos alrededor de una fogata improvisada. Susan saca una guitarra y empieza a tocar canciones tradicionales, y pronto todos nos unimos a cantar. Es un momento de pura alegría y comunidad, donde las preocupaciones y los miedos se disipan.

A medida que la noche avanza, siento una paz interior que no había experimentado en mucho tiempo. Liam se sienta a mi lado, su presencia reconfortante y segura. Me toma de la mano y me mira con esos ojos llenos de ternura y promesas de un futuro mejor.

—Gracias por estar aquí, Julieta —me dice en un susurro—. Eres una parte importante de todo esto.

—Gracias a ti, Liam —respondo, apretando suavemente su mano—. Por darme un lugar donde sentirme útil.

## Capítulo 12

Con el paso de los días, la casa de huéspedes va teniendo un aspecto mucho más atractivo. Dylan, Jayden y yo formamos un equipo increíble. La risa y la camaradería que compartimos hacen que el trabajo sea aún más gratificante. Ya hemos pintado todas las habitaciones y el salón-comedor. También hemos aplicado el barniz a las vigas que están a la vista y aunque esté mal por mi parte decirlo, todo está quedando espectacular, y no puedo evitar sentirme orgullosa de nuestro trabajo.

Me paso el día muerta de risa con Dylan y Jayden. Son absolutamente maravillosos. Hemos descubierto que la carpintería no se le da nada bien a Dylan, pero para compensar pone los azulejos como si se dedicase a ello desde hace una eternidad. Jayden y yo estamos empezando a poner los suelos de madera y el chico tiene un don para las medidas. También será él el encargado de colocar como Dios manda las puertas cuando nos las traigan. Y mientras tanto, Dylan ha puesto los azulejos de la cocina y de dos baños, de verdad que es alucinante verle poner las losas.

Un día, durante un descanso, Martha nos trae limonada y nos sentamos a charlar.

—A ver, contadme —les digo con una sonrisa—. ¿No tenéis pareja?

—No —responde Dylan, negando con la cabeza—. Tuve novia hasta hace unos meses. Creí que era algo serio, pero al parecer solo lo pensaba yo.

—Vaya, lo siento —le digo, tomando su mano con cariño—. ¿Puedo preguntar qué pasó?

—Que yo quería volver a casa —respira profundamente y me mira a los ojos —papá lleva toda su vida deslomándose a trabajar para enviarnos a buenos colegios, a buenas universidades y darnos todas las salidas del mundo, pero es que a nosotros nos gusta esto —mira por la ventana —este rancho, lo que nuestros bisabuelos comenzaron con una pequeña casa y las siguientes generaciones han convertido en todo esto.

La pasión en sus palabras y el brillo de sus ojos hacen que se me erice la piel del cuerpo. Es precioso lo que ha dicho.

—¿Y qué hay de ti? —le pregunto a Jayden.

—Yo no tengo pareja, ni novio, ni novia —le miro impasible y después sonrío.

—¿Acaso esperas que te juzgue?

—Sí —entrecierro los ojos y me sonrío —mi padre lo sabe desde que yo era un crío, siempre lo tuve claro —bebe un trago de limonada —pero he vuelto porque siento lo mismo que Dylan, le agradezco en el alma el esfuerzo que ha hecho mi padre, pero aunque he estado en muchos sitios, jamás me he sentido en casa —se encoje de hombros —salvo cuando estoy aquí.

—En mi país hay un refrán que dice que la tierra tira —les miro con ternura.

Nos quedamos en silencio por un momento, disfrutando de la compañía y el entendimiento mutuo. Estos chicos, con su calidez y sinceridad, han traído una nueva luz a mi vida.

—¿Echas de menos Madrid?

—Pues... algunas veces sí, pero son tan pocas y durante tan poco tiempo que no llego a sentir nostalgia, creo que echo más de menos a mis amigas y a María, la mujer que se encarga de mi casa.

—Bueno, no te vamos a preguntar por papá —Jayden me mira con esa sonrisa suya tan pícaro —peero sí que podemos decirte que mañana por la noche mi hermano y yo nos vamos a pasar un par de días con unos amigos en Houston, así que... las habitaciones de al lado de la de papá estarán vacías.

Me atraganto con la limonada mientras ellos se parten de risa y sin saber cómo, Jayden termina con un brochazo de pintura en la cara mientras Dylan se parte de risa, al menos, hasta que su hermano mete una mano en el bote y se la restriega por el pecho y la espalda. Y cuando pienso que voy a librarme, ambos se confabulan contra mí y me ponen perdida de pintura.

Menos mal que aún estamos en una zona en la que el suelo aún no está puesto.

Y es así como nos encuentra Liam, muertos de risa, tirados por el suelo y llenos de pintura por todas partes.

—Vaya, me da a mí que no es así como se pinta —se burla de nosotros.

Entonces Dylan y Jayden me miran y nos entendemos con esa mirada. Los tres nos ponemos de pie y antes de que se dé cuenta, Liam recibe dos brochazos de pintura de sus hijos y yo, que no voy a ser menos, copio la idea de Jayden, meto la mano en el bote de pintura y mientras él se pelea con sus hijos, yo le planto la mano en el trasero.

Los chicos se mueren de risa y Liam me mira con los ojos entrecerrados.

—Esto puede ser la guerra —me advierte y yo me parto de risa.

—¡Uy! No veas el miedo que me das —le reto mientras me mojo la mano de nuevo.

Él me persigue, yo corro por la estancia y de repente me derriba, no sé cómo, pero le pongo la mano en la entrepierna haciendo que los tres se partan de risa mientras yo me pongo roja como un tomate.

—Perdona, no...

—Tranquila —me dice con una sonrisa llena de intención—. Puedes tocarme donde quieras.

Los chicos sueltan una carcajada.

—Nosotros mejor que nos vamos —indica Dylan tirando de su hermano.

Nos quedamos en el suelo, cubiertos de pintura y aún con la respiración acelerada. La risa poco a poco se va calmando, y nos quedamos mirándonos, ambos conscientes de la cercanía y la complicidad que ha ido creciendo entre nosotros.

—Estás cubierta de pintura —dice Liam con una sonrisa traviesa.

—Y tú también —respondo, riéndome—. Esto ha sido una locura.

—Sí, pero una locura divertida —responde, todavía sonriendo—. Es maravilloso verte reír a carcajadas, te iluminas.

Sus palabras me tocan profundamente. En estos últimos días, he encontrado una nueva parte de mí misma, una que puede reír y disfrutar, incluso en medio del trabajo duro y los recuerdos dolorosos.

—Gracias, Julieta —dice, suavizando su tono—. Por traer alegría y pasión a nuestras vidas. Los chicos te adoran, y.... yo también.

Mi corazón late con fuerza al escuchar sus palabras. Siento una conexión profunda con él, una mezcla de respeto, cariño y atracción que no había experimentado antes.

Nos quedamos en silencio por un momento, simplemente disfrutando de la compañía del otro. Luego, sin decir nada, Liam se inclina hacia mí y me besa suavemente. Es un beso tierno y lleno de promesas, que me hace sentir amada y valorada.

—Liam... —murmuro cuando nos separamos, todavía con los labios hormigueando por el contacto.

—Shhh —me susurra, acariciando mi mejilla con ternura—. No tienes que decir nada. Solo quería que supieras lo que siento.

Sonrío y me acerco a él, apoyando mi cabeza en su hombro. Nos quedamos así, abrazados en el suelo, cubiertos de pintura, pero felices y en paz.

—Aún queda mucho trabajo por hacer —comento al notar que me estoy poniendo nerviosa.

—¿Tienes prisa por irte? —Liam me mira y me estremezco.

Ni siquiera lo había pensado y no sé qué decirle. ¿Tengo prisa? No, en absoluto, pero tampoco creo que pueda quedarme a vivir aquí para siempre como si fuese un parásito del que no te puedes librar.

—No —confieso—. Pero tampoco creo que me quieras aquí eternamente.

—¿Quién dice que no quiero? —sonrío y le beso en los labios.

—Los chicos me han dicho que se van un par de días a Houston con unos amigos —coloco mi mano sobre su fuerte pecho.

—Ah, pero es que es mejor aún —me atrae hacia su cuerpo —Susan ha quedado con no sé qué amigo y ya me ha dicho claramente que tampoco la espere hasta el día siguiente.

Me echo a reír con ganas. Son buena gente, pero nada sutiles.

—¿Crees que intentan dejarnos la casa a nosotros?

Liam me mira, me toca el culo con descaro y sonrío como suele hacer provocando que todo mi ser se revolucione.

—En ese caso, me parece que no deberíamos desaprovechar tanto esfuerzo.

Me echo a reír y le beso con todas mis ganas.

\*\*\*

Los días pasan entre risas y trabajo en el rancho. La casa de huéspedes está quedando mejor de lo que había imaginado, en parte gracias a la ayuda de Dylan y Jayden. El vínculo entre nosotros se ha fortalecido, y disfruto de su compañía y de sus bromas. Pero justo cuando pensaba que las cosas no podían ir mejor, una sorpresa inesperada cambió el curso del día.

He salido a dar un paseo matutino por los terrenos del rancho cuando veo un coche desconocido entrando por el camino de grava. Al principio he imaginado que se trataba algún

proveedor, pero mi curiosidad se despierta cuando vi a Dylan y Jayden corriendo hacia el coche con grandes sonrisas en sus rostros.

En cuanto la puerta se abre, veo a una mujer elegante y a un hombre alto y distinguido salir del coche. La mujer es recibida con abrazos y besos por Dylan y Jayden, y el hombre no tarda en unirse a la escena familiar.

Liam aparece en la puerta de la casa principal, su expresión refleja sorpresa y alegría. Al ver cómo saluda a la pareja, comprendo que debe tratarse de Sandra, su ex esposa, y el marido de ella, Henry Forrester.

Me acerco con una mezcla de curiosidad y nerviosismo. No esperaba conocer a la madre de Dylan y Jayden tan pronto, y mucho menos en una visita sorpresa. Pero, como siempre, el rancho tiene una forma de presentarme desafíos inesperados.

—¡Mamá! —exclaman Dylan y Jayden casi al unísono—. No sabíamos que vendrías.

—Queríamos daros una sorpresa —responde Sandra con una sonrisa radiante—. Henry y yo teníamos unos días libres y pensamos en pasar un tiempo en el rancho.

Liam se acerca a ellos, dándoles la bienvenida con un abrazo amistoso. Es evidente que, a pesar del divorcio, mantienen una relación cordial y respetuosa.

—Nos alegra mucho que hayáis podido venir —dice Liam, sonriendo—. Pasad, vamos a ponernos cómodos.

Sandra y Henry caminan hacia la casa, seguidos de cerca por Dylan y Jayden. Me quedo un poco atrás, observando la dinámica familiar. Siento una punzada de envidia, no por la relación entre Liam y Sandra, sino por la unidad y el respeto que muestran. Es algo que no he experimentado en mi propia vida familiar.

—Julieta, ven —llama Liam, sacándome de mis pensamientos—. Quiero que conozcas a Sandra y a Henry.

Respiro hondo y me acerco al grupo. Sandra me mira con una mezcla de curiosidad y calidez.

—Hola, soy Julieta —digo, extendiendo la mano con una sonrisa.

—Encantada de conocerte, Julieta —responde Sandra, estrechando mi mano con firmeza—. He oído hablar mucho sobre ti.

—Todo bueno, espero —bromeo, sintiéndome un poco más cómoda.

—Por supuesto —responde Sandra, riendo suavemente—. Mis hijos están encantados con tu trabajo aquí.

Henry me saluda con una sonrisa y un apretón de manos firme.

—Es un placer conocerte, Julieta. He oído hablar de tus habilidades en la renovación de la casa de huéspedes. Estoy deseando verla. Y de tus dotes como artista, espero que nos lo enseñes todo —mira a Liam —ya era hora de que hicieses algo con ese desastre de jardín.

Liam suelta una carcajada y le palmea la espalda a Henry, el buen ambiente entre ellos me resulta fascinante.

Nos dirigimos todos a la parte trasera, donde Susan ya está preparando una mesa para la comida. Cuando ve a Sandra y a Henry se lanza a sus brazos con una brillante sonrisa en los labios. Ya sabía que Sandra y Susan eran amigas, pero he sentido otra pequeña punzada de envidia al verlas interactuar. Me siento mal de inmediato, no debería estar pensando esas cosas.

Susan puede tener cientos de amigas y todas seríamos especiales para ella porque su generosidad no tiene límites.

La zona donde vamos a comer está adornada con guirnaldas de colores, que cuelgan entre los árboles y crean un ambiente acogedor y festivo. La mesa está cubierta con un mantel de cuadros rojos y blancos, y sobre ella se encuentran platos de cerámica rústica, vasos de cristal y una jarra de limonada casera. La brisa suave trae consigo el aroma de los pinos cercanos y el sonido lejano de los caballos en el establo.

Sandra es una mujer de unos cuarenta años, pero su elegancia y porte le dan una apariencia atemporal. Lleva un vestido veraniego de lino blanco que contrasta con su piel bronceada y su pelo castaño claro, que cae en suaves ondas sobre sus hombros. Sus ojos azules son cálidos y expresivos, y su sonrisa irradia sinceridad.

Henry, su marido, es un hombre alto y esbelto, con el cabello canoso cuidadosamente peinado hacia atrás. Viste una camisa de lino azul claro y unos pantalones beige, un atuendo informal pero pulcro. Sus ojos oscuros y su voz profunda transmiten seguridad y serenidad, y su presencia impone respeto sin resultar intimidante.

Dylan y Jayden, por su parte, son una imagen perfecta de juventud y energía. Dylan, con su cabello castaño y su complexión atlética, lleva una camiseta y unos vaqueros desgastados, y siempre tiene una sonrisa en el rostro. Jayden, con su cabello más oscuro y su estilo más relajado, viste una camiseta sin mangas y unos shorts, mostrando sus brazos tonificados.

Liam, siempre el perfecto anfitrión, había optado por una camisa a cuadros y unos vaqueros, una combinación que refleja su estilo práctico y sencillo. Su sonrisa amplia y sus ojos brillantes demuestran su felicidad al tener a su familia reunida.

Durante la comida, observo la facilidad con la que Sandra y Liam se comunican. Hay una camaradería que solo puede provenir de años de historia compartida y de un respeto mutuo profundo.

—Liam y yo siempre hemos creído que es importante mantener una buena relación por el bien de los chicos —dice Sandra en un momento dado, como si hubiera leído mis pensamientos—. Nos hemos esforzado mucho para que Dylan y Jayden sientan que tienen dos hogares, no solo uno dividido.

—Y lo habéis conseguido de una manera admirable —respondo sinceramente—. Se nota cuánto se quieren y respetan todos aquí.

Henry, que ha estado escuchando en silencio, interviene.

—Creo que la clave es el respeto y la comunicación abierta —asevera—. Liam y Sandra han hecho un trabajo excelente manteniendo esas bases fuertes.

Después de la comida, mientras los demás recogen, Sandra y yo nos quedamos un momento a solas. Hay algo que quiero decirle, y siento que es el momento adecuado.

—Sandra, quiero que sepas que te admiro mucho —comento, mirándola a los ojos—. La forma en que tú y Liam habéis manejado vuestra relación después del divorcio es algo que me inspira. No siempre es fácil, pero habéis creado un entorno maravilloso para Dylan y Jayden.

Sandra me mira sorprendida y luego sonrío.

—Gracias, Julieta —responde—. No ha sido un camino fácil, es cierto, pero siempre hemos

puesto a nuestros hijos primero. Y me alegra ver que ellos también han encontrado a alguien tan especial como tú en sus vidas.

Nos abrazamos, un gesto que sella nuestra nueva amistad y el respeto mutuo que hemos desarrollado. Mientras volvemos a unirnos al grupo, siento una paz interior que no había sentido en mucho tiempo.

El resto del día transcurre en un ambiente de camaradería y alegría. Por la noche, mientras las estrellas aparecen en el cielo, todos nos reunimos alrededor de una hoguera, compartiendo historias y risas. La luz del fuego ilumina los rostros felices y crea sombras danzantes en el suelo.

Me siento junto a Liam, que me toma la mano y me sonríe. Miro a mi alrededor y veo a Dylan y Jayden charlando con su madre y Henry, y a Susan organizando todo con su energía inagotable.

En ese momento, sé que he encontrado no solo un hogar, sino también una familia. Una familia que, a pesar de los desafíos y las diferencias, se respeta y se quiere profundamente. Y eso, más que cualquier otra cosa, es lo que hace de este lugar algo verdaderamente especial.

Mientras la noche avanza, siento una profunda gratitud por todo lo que he encontrado aquí. Se que, pase lo que pase en el futuro, este momento se quedará grabado para siempre en mi corazón y lo atesoraré hasta mi último aliento.

## Capítulo 13

El sol apenas ha comenzado a calentar el rancho cuando recibo una llamada inesperada pero que hace que mi corazón empiece a latir con desenfreno. Es mi hijo Enzo. No hablábamos desde que descubrí la infidelidad de mi ex marido y aquel momento doloroso cuando mis hijos me mostraron de qué lado estaban. Contesto con la esperanza de que esta vez sea diferente, pero una parte de mí ya anticipa la tensión.

—¿Hola? —digo, tratando de mantener la voz tranquila.

—Mamá, tenemos que hablar sobre la casa —me responde Enzo, sin ningún saludo ni preámbulo.

Siento un nudo formarse en mi estómago. ¿Siempre había sido todo tan frío con él? ¿Cuándo dejó de ser mi niño para convertirse en un completo desconocido lleno de resentimiento hacia mí?

—¿Qué pasa con la casa, Enzo? —pregunto, intentando mantener la calma.

—Papá, Alicia, Hugo y yo creemos que sería mejor hacer algo con ella, al parecer ya no vives allí aunque no te has molestado en decirnos nada. Así que no nos parece que tenga sentido que quien viva en ella sea la sirvienta. Podemos usar ese dinero para otras cosas, inversiones, o para que Eva y yo formemos una familia.

La mezcla de sorpresa e indignación que me recorre de la cabeza a los pies hace que mi respiración se altere. Mi casa era lo único que me quedaba de mi familia dado que ellos se habían apoderado del bufete que fundó mi bisabuelo.

La ira y la rabia se abrieron paso a través de mí como un fuego fuera de control, aun así, hago todo lo que puedo por contenerme, pero si creen que voy a renunciar a lo único que me queda sin pelear, es que aún no me conocen.

—Enzo, esa casa es mía. Es la única cosa que realmente me queda de mi familia ya que os habéis quedado con el bufete —no puedo evitar echárselo en cara—. Ni voy a venderla porque se os antoje ni te la voy a regalar —respondo, tratando de mantener la firmeza en mi voz—. Además, ¿quién es Alicia para atreverse a opinar al respecto? Y ya puestos, ¿quién demonios es Eva?

—Mamá, no estás pensando con claridad, ¿quieres hacer el favor de centrarte? Siempre haces lo mismo, te vas por las ramas en vez de centrarte en lo importante. Es una propiedad que podría generar beneficios. No tiene sentido que te aferres a ella como lo estás haciendo, además, al ser herencia de tu padre, también me corresponde por derecho.

—Enzo —me froto el puente de la nariz—. Primero, estoy pensando con absoluta claridad, segundo, no has respondido a mis preguntas y tercero, en caso de que la heredéis, será para Hugo

y para ti, no solo para ti —le remarco —pero en todo caso, eso sucederá cuando yo me muera, ni un minuto antes y para que lo sepas, no estoy siendo irracional. Esa casa tiene un valor sentimental para mí que claramente jamás vais a comprender.

—¿Valor sentimental? —bufa y sigue sin responder a mis preguntas, estoy a punto de perder los papeles —. Mamá, te aferras a esa casa como si fuera lo más importante del mundo.

—Enzo, no es solo una casa. Es mi hogar. Es donde crecí, donde tengo todos mis recuerdos. No voy a venderla porque la ramera con la que se acuesta tu padre os lo ordene —mi voz rezuma veneno—. Y sigues sin responderme, ¿quién demonios es Eva?

—¡Joder, mamá! ¡mi prometida! —se me detiene el corazón durante un par de latidos —la mujer con la que me voy a casar en primavera, ¿ya estás contenta? ¿puedes prestarme atención? Tú ya no vives en la casa y nadie sabe dónde estás.

—Eso no es cierto, hay quien sabe dónde estoy, pero no lo compartirán con vosotros.

Hay un silencio al otro lado de la línea y puedo sentir la tensión aumentando.

—Eres tan egoísta, mamá. Siempre piensas en ti misma. Nunca te importó lo que necesitábamos Hugo y yo.

Las palabras de Enzo me atraviesan como cuchillos. Me esfuerzo por no perder la compostura. Por recordar que este hombre con el que hablo una vez fue un niño que me seguía a todas partes y que me dibujaba grandes corazones de todos los colores mientras me gritaba que me quería con toda su alma.

No puedo evitar que las lágrimas escapen de mis ojos. ¿Dónde están mis hijos? ¿Qué he hecho para que me odien tanto?

—Eso no es cierto. He hecho todo lo posible por vosotros. Siempre he intentado ser una buena madre, incluso cuando vosotros no queríais estar conmigo.

—¿De verdad, mamá? —Enzo suelta una carcajada sarcástica—. Cuando éramos niños, sí. Pero cuando empezamos a crecer, te olvidaste de nosotros. Dejaste de ser nuestra madre hace mucho tiempo.

Siento cómo las lágrimas caen sin ningún control, quemándome la piel, y aumentan al recordar aquel día en que mis hijos me miraron con frialdad y me acusaron de haberles fallado.

—No, Enzo. Siempre he estado ahí para vosotros. Fui yo quien os llevaba a los partidos, quien hablaba con vuestros profesores, quien organizaba vuestros cumpleaños, quien se pasaba las noches a vuestro lado cuando estabais enfermos. Vuestro padre solo aparecía para las actividades divertidas. No sabía que ibas a casarte, no la conozco.

—Déjalo, mamá. No intentes ejercer de madre ahora, no te pega y ni conoces a Eva ni vas a conocerla. Está claro que no vamos a llegar a ningún acuerdo —me dice Enzo, con un tono de voz frío—. Solo quería que supieras lo que pensamos papá, Alicia, Hugo y yo.

—Pues ya lo sé —respondo con la voz quebrada—. Pero mi respuesta sigue siendo la misma. No venderé la casa, no te la cederé y me da igual lo que piense la ramera de tu padre.

—Esa mujer a la que llamas ramera nos ha tratado mejor que tú, ella al menos se acuerda de nuestros cumpleaños —el corazón se me rompe en mil pedazos —Muy bien. Haz lo que quieras —replica Enzo—. Sabes, ahora entiendo por qué papá te dejó. Siempre has sido una carga para todos.

—Tu padre no me dejó, me engañaba que no es lo mismo, casi todas las noches venía a cenar conmigo y dormía en la habitación de al lado —me duele tanto su desprecio que me estoy quedando sin fuerzas.

—No me sorprende que nadie quiera estar contigo.

Esas palabras me golpean más fuerte que cualquier cosa que hubiera dicho antes. Con la mano temblorosa, termino la llamada sin decir nada más. Es como si el mundo se desmoronase a mi alrededor.

Me quedo allí, sosteniendo el teléfono, sintiendo un vacío enorme en mi pecho. Camino hacia el porche, tratando de calmarme. El aire fresco y el paisaje del rancho que tanto me está enseñando no logran consolarme. Solo puedo pensar en las diferencias abismales entre mi familia y la de Liam.

Y pienso en qué momento perdí el cariño de mis hijos. En qué momento dejé de ver lo que realmente tenía delante para dejarme llevar por las apreciaciones de los demás.

Justo entonces, Liam sale de la casa de huéspedes, con una sonrisa en su rostro que se desvanece al verme.

—Julieta, ¿estás bien? —pregunta acercándose con preocupación.

Me aparto, incapaz de soportar la idea de consuelo en ese momento. Todo lo que he visto en la relación de Liam con sus hijos me recuerda lo que he perdido con los míos. Verles a todos juntos ha sido como un revulsivo para mí. El respeto entre Liam, Sandra y Henry, el cariño que Dylan y Jayden muestran por todos ellos... las efusivas muestras de apoyo incondicional, son más de lo que yo puedo soportar en estos momentos.

—Por favor, déjame sola, Liam —le pido con la voz quebrada.

—Julieta, sea lo que sea que haya ocurrido, no tienes que pasar por esto sola —insiste dando un paso hacia mí.

—¡No! —exclamo levantando la mano para detenerlo—. No lo entiendes. No puedo. Necesito estar sola.

Liam me mira con dolor en sus ojos, pero como siempre respeta mi deseo y se aleja lentamente. Me quedo sola, luchando contra las lágrimas y el dolor que me envuelve y que me impide respirar con normalidad.

El resto del día es una lucha constante por mantenerme ocupada, ni siquiera voy a comer o a cenar con los demás, me mantengo todo lo alejada que puedo, tratando de no pensar en la conversación con Enzo. Cada rincón del rancho parece recordarme la calidez y el amor que faltan en mi propia vida haciéndome que todo esto que hasta ahora me ha parecido idílico, simplemente se convierta en otra cosa con la que destrozarme el corazón.

Al caer la noche, me refugio en mi habitación, abrazando la almohada mientras las lágrimas finalmente se desbordan. Me siento atrapada entre dos mundos, el pasado doloroso con mi familia y el presente lleno de confusión y soledad.

Es difícil ver un camino hacia adelante. No tengo la menor idea de cómo sanar las heridas con mis hijos ni cómo encontrar paz en un lugar donde todo me recuerda lo que he perdido. Pero sí sé que, de alguna manera, tengo que seguir adelante porque ya no soy la misma mujer que era cuando entré en aquel despacho y me encontré a mi marido de aquella guisa.

\*\*\*

No consigo conciliar el sueño, solo lloro lo más silenciosamente que puedo.

Hasta que oigo cómo alguien entra en mi habitación y me incorporo nerviosa.

La enorme figura de Liam se acerca hasta mí y sin decir nada, se quita la ropa hasta quedarse en calzoncillos. Con todo el descaro del mundo se mete en la cama a mi lado y me rodea con sus fuertes brazos.

—No sé lo que ha pasado ni por qué te has aislado, pero no te voy a dejar sola, Juls.

—Por favor —suplico —estoy rota.

—Pues te ayudaré a pegar los pedazos —me abraza más fuerte—. Pero no te voy a dejar sola, me estoy enamorando de ti, Julieta, te quiero en mi vida —me besa dulcemente en el cuello—, así que no me pidas que me aleje, porque no lo voy a hacer, si necesitas llorar, llora, si quieres pelear, también, pero no me apartes de ti porque me romperás el corazón.

Y durante mucho tiempo es lo que hago, lloro con la cara escondida en su poderoso pecho, inundada por ese aroma que me vuelve loca. Está claro que se ha duchado después de cenar y la calidez de su cuerpo me envuelve dándome la paz que tanto necesito.

En todo ese tiempo, Liam solo me ha abrazado y me ha besado en la cabeza. Ni una sola vez me ha dicho que no llore o que tengo que recomponerme. No, tan solo ha permanecido a mi lado como un puerto seguro en mitad de la tormenta.

Sus palabras me han golpeado con fuerza y aunque me gustaría pensar en ellas por la importancia de la declaración, ahora mismo me duele tanto el corazón por la conversación con mi hijo que ni siquiera unas palabras tan bonitas como esas han podido consolarme.

Cuando el sol comienza a despuntar en el horizonte, por fin dejo de llorar y me atrevo a mirar a Liam a los ojos.

—Gracias.

—No tienes que darme las gracias, cariño —el corazón se me detiene ante ese término tan tierno—. Eres importante para mí y sé que hay cosas que no sabemos el uno del otro, pero quiero intentarlo, quiero saberlo todo de ti, quiero dormirme a tu lado y despertar contigo cada mañana.

—Yo no sé si estoy preparada. Mi vida es un caos y... mírame, crucé el Atlántico para alejarme de mis hijos —una lágrima recorre mi mejilla—, quizá todo ese odio que sienten por mí sea justificado.

—Eso no me lo creo —me aparta el pelo de la cara —Dylan y Jayden me han contado que hablar contigo es fácil y que no juzgas, sobre todo a Jayden.

—¿Y por qué habría de hacerlo? El amor es amor —encojo un hombro—, siempre pensé que si el gran amor de uno de mis hijos era otro hombre, yo le aceptaría con los brazos abiertos porque su felicidad es la mía, si pienso eso de mis hijos, ¿cómo juzgar al hijo de otra persona? Eso no sería coherente.

—¿Ves? —sonríe y me besa en la frente—. No sé qué ha pasado con tus hijos y creo que tu estado de ayer se debe a ellos, pero pase lo que pase, la culpa no es solo tuya, no digo que no te equivocases, ser padre no es fácil y en ocasiones, si no tienes el apoyo de nadie más, se vuelve algo realmente terrible, pero erais cuatro en esa familia, Juls, la culpa no puede ser solo tuya.

Frunzo el ceño y le miro confusa.

—No sabes lo que... —me pone un dedo en los labios para cortarme.

—No, no lo sé, lo admito, pero soy padre, divorciado y sé cómo son las relaciones, ¿te crees que yo nunca he pensado en tirar la toalla? Mil veces, cuando Sandra me dijo que no soportaba más vivir aquí y que quería probar suerte en la televisión se me cayó el mundo encima, Susan tiene razón cuando dice que no nos amábamos, al menos, no como debe hacerlo un matrimonio —respira profundamente—. Peor fue aún cuando me dijo que los niños deberían quedarse conmigo, fue una auténtica tortura, de repente me encontré con dos adolescentes que cambiaban de personalidad día a día y que me culpaban por no haber retenido a su madre.

—Pero ellos te adoran.

—Ahora —sonríe—. En aquella época estuve muy tentado más de una y de dos veces a abandonarlo todo. El rancho me requería demasiada energía, mi hermana renunció al amor de su vida por ayudarme y la culpa me carcomía, cada vez que hablaba con Sandra terminábamos discutiendo.

—¿Cómo conseguiste arreglarlo?

—Por lo que te he dicho antes, porque al igual que tú, nosotros éramos cuatro y la culpa de cómo estaban las cosas era de todos, no solo mía. Sí, yo trabajaba muchísimas horas, pero Dylan y Jayden se comportaban como estúpidos caprichosos que no querían ver que su madre no era feliz aquí y Sandra pensó en ella y eso está bien, pero tomó la decisión de la noche a la mañana dejándonos a todos a la deriva. Y un día sucedió sin más, yo ya no podía más y tiré la toalla, metí a mis hijos en un autobús que les llevase con su madre e hice una maleta, me largué a Nueva Orleáns a visitar a un amigo. Tres días después, Sandra, los chicos y Susan fueron a buscarme y todos comprendimos que o remábamos todos juntos o el barco se hundía y empezamos a escucharnos, a hablar, a forjar una nueva confianza.

—Os admiro muchísimo.

—Juls, yo no me creo que seas mala madre —insiste—. Habrás cometido errores porque eres humana, como todos, pero tiene que haber algo más, me niego a creer que me he enamorado de una mujer que no quiere a sus propios hijos.

—No, yo les quiero con toda mi alma y te juro que daría lo que fuese por tenerles a mi lado, por poder abrazarles y besarles. Yo... ¿sabes cuánto hace que no me dejan hacerlo? La última vez fue en la Navidad de antes de la pandemia —los ojos se me vuelven a encharcar— no sé qué es lo que hice mal, Liam, no sé cuándo les perdí y no me molesta que quieran a su padre, es su padre, pero... no sé por qué han dejado de quererme a mí también. Cando eran niños me adoraban, tengo carpetas llenas de sus dibujos, todas las cosas que me hacían en el colegio, lo guardo todo, miles de fotos, de vídeos... pero no sé cuándo les perdí.

Liam me abraza con todas sus fuerzas y me besa en el pelo.

—No puedo imaginarme lo que es eso, por lo que estás pasando. Yo me moriría si Dylan o Jayden no me permitiesen abrazarles o besarles y se me rompería el corazón si viese que son fríos con su madre. No sé cómo ayudarte, solo puedo decirte que estoy aquí para ti, que formas parte de mi vida y que haré todo lo que me pidas, salvo alejarme.

—¿Podemos tomarnos el día libre hoy? No sé, estar a solas tú y yo —acto seguido niego con la cabeza— no, no puedo ser tan egoísta, sé cuánto trabajo tienes en el rancho y no sería justo pedirte algo así ahora mismo, tendré que aprender a lidiar con mis demonios.

—Oye —me alza el rostro y me mira a los ojos—. Es cierto que tengo mucho trabajo, pero también es cierto que no soy imprescindible, ¿por qué asumes siempre que no mereces la pena?

Yo quiero estar contigo a todas horas, si te dejo espacio es para que no te agobies y te asustes, porque yo estoy listo, ¿comprendes? —trago con fuerza —me parece una idea magnífica. Podemos ir a Dallas o a Austin, un largo paseo en coche y después disfrutaremos de las comodidades de una gran urbe.

—¿Y qué pensarán tus hijos y Sandra o Susan de que te aleje de tus responsabilidades?

—Que por fin voy a echar un polvo —me echo a reír ante su cara de resignación—. Al menos eso me dicen a la menor oportunidad —me acaricia el rostro—, no van a pensar nada, Juls, todos tenemos derecho a tomarnos un día libre, te prometo que mis trabajadores tienen sus periodos de vacaciones, el problema es que les pasa como a mí, que todo esto nos gusta tanto que no las aprovechamos, los que tienen familia sí, pero porque sus mujeres les obligan, ya te lo digo.

—Yo no quiero ser una carga para ti ni para nadie.

—Y no lo eres —me mira extrañado —cariño, tener un día libre paseando con una mujer preciosa a la que voy a besar cada vez que se me antoje, no es un esfuerzo en absoluto.

Me ruborizo de la cabeza a los pies. Y, nerviosa, me atrevo a besarle en los labios. Cuando él empieza a intensificar el beso, me aparto y salto de la cama ante sus ojos llenos de sorpresa.

—No puedo besarte sin lavarme los dientes.

—Juls, no digas bobadas y ven aquí.

—No, en serio, no puedo —suspiro —es superior a mis fuerzas.

Corro al baño y cuando me estoy echando pasta en el cepillo de dientes, Liam entra y se coloca a mi espalda.

—Entonces yo también me tendré que lavar los dientes, porque pretendo besarte hasta que te olvides de tu nombre.

Y el hecho de que ambos estemos en el baño, en una escena cotidiana, hace que mi corazón salte de emoción. Liam saca de uno de los cajones un cepillo de dientes envuelto y coge mi pasta de dientes, mientras se los frota no deja de mirarme de reojo y de poner muecas que me hacen reír a carcajadas.

Y aunque no creo que esté preparada para confesarlo, creo que yo también empiezo a enamorarme de este vaquero.

## Capítulo 14

Cuando bajamos a desayunar, lo hacemos cogidos de la mano y aunque yo me muero de vergüenza, Liam lo está disfrutando como un niño la mañana de Navidad.

Después de besarnos en mi cama como adolescentes durante un buen rato, ambos decidimos vestirnos, desayunar, compartir nuestros planes de pasar el día fuera y salir lo antes posible.

—¡Buenos días! —Martha se acerca y me abraza con ternura, lo que me deja descolocada — me alegra mucho ver que te encuentras mejor, ayer me dejaste preocupada.

—Yo... no...

—Querida —me sonrío—. Todos tenemos un mal día, verte mejor ya me sirve, bien —da una sonora palmada —los demás están a punto de llegar.

Justo en ese momento entran Dylan y Jayden haciéndose bromas y riendo. El corazón se me retuerce al verles porque yo jamás he visto a mis hijos bromear así desde que son adultos. Sí lo hacían cuando eran niños.

—¡Hola, Juls! —Jayden me besa en la mejilla cuando se sienta a mi lado —¿estás mejor?

—Sí, gracias —respondo sonrojada.

—Chicos —Liam coge mi mano y me besa la muñeca—, hoy os quedáis al cargo del rancho, yo me voy con Juls a pasar el día en Dallas o Austin, aún no lo hemos decidido.

—¡Genial! —Jayden mira a su hermano que sonrío—, lo vas a flipar, papá, cuando vuelvas no vas a reconocer todo esto.

Liam suelta una sonora carcajada que me retumba dentro del pecho y deja a su paso una calidez que poco a poco me empieza a resultar adictiva.

—¿Alguien ha dicho Dallas? —Sandra entra en la cocina de la mano de su marido y nos mira curiosa —¿y no os apetecería más un paseo en barco?

—Nena... —Henry la mira serio—. No te metas, deja que Liam haga las cosas como quiera.

—Si no me meto —Henry la mira más serio y ella pone los ojos en blanco—. Oh, venga, vale, sí que lo hago, pero es que hace mucho calor para pasear por Dallas, ¡por el amor de Dios! Nosotros tenemos el barco en el puerto y se lo puedes dejar, sé que no te importa.

—Eres una lianta —Henry sonrío y besa a su mujer, después mira a Liam—. Si quieres el barco, sabes que puedes usarlo cuando quieras, ahora mismo está en Portofino Harbour Marina.

Liam me mira y sonrío.

—Gracias, no te digo que no te lo pediré en otra ocasión, pero no hoy —mira a Sandra—, te agradezco tu intención, pero queremos estar solos y yo no sé llevar el barco.

—Me rindo —Sandra se sienta en la mesa con una enorme sonrisa —hacer de celestina contigo es imposible.

Liam se ríe y la besa en la mejilla mientras yo intento lidiar con todo lo que me hace sentir lo que estoy viviendo. ¿Cómo es posible? Han estado casados, tienen dos hijos en común y se llevan de maravilla, ¿cómo es posible que no les importe que tengan otras parejas o más aún, que Sandra haga de celestina?

Y a sus hijos tampoco parece importarles que sus padres tengan otras parejas, es más, mientras yo me como la cabeza con todo esto, Dylan está bromeando con Henry mientras Liam le mira con cariño y sonríe.

Todo me resulta muy confuso. Sé que no estoy enamorada de Juan, que hace mucho tiempo que no siento nada romántico por él, verle con Alicia en aquella postura fue más un golpe a mi ego y a mi vanidad que otra cosa, porque ella es más joven que yo, muchísimo más guapa y con un cuerpazo espectacular, pero cuando Enzo me habló ayer de ella se me revolvieron las tripas y la sangre me hervía en las venas.

Saber que a ella sí la quieren me está destrozando y aunque las palabras de Liam aún resuenan en mi mente porque sé que si lo pienso de forma lógica tiene razón, es decir, las relaciones son cosa de dos, en el caso de mi anterior vida, de cuatro, pues éramos cuatro los que formábamos parte de la familia y por lo tanto, toda la responsabilidad no puede caer en mí. Sé que esa es la postura lógica, pero mi corazón de madre me dice que no hice lo suficiente, que no peleé lo suficiente, que yo no era suficiente para ellos y la culpa me corroe por dentro.

Tras el desayuno en el que apenas he participado de la conversación, Liam me guía hasta mi habitación y entra detrás de mí cerrando la puerta tras él.

—He pensado que también podemos pasar la noche fuera —me abraza con ternura—. ¿Qué me dices? Los dos solos en un hotel, compartiendo cama... —arquea ambas cejas repetidamente y me echo a reír.

—Tú lo que quieres es echar un polvo —le digo divertida.

—Pues mira, no te lo voy a negar —pone las manos en mi culo y me aprieta contra su erección, al segundo siguiente se pone serio—, pero no es solo por el sexo, esta noche ha sido especial para mí.

—Y para mí también, Liam, yo...

—Shhh, lo que te he dicho iba en serio, estoy enamorado de ti y que me permitas consolarte, protegerte y quererte lo es todo —respira profundamente—. Mira, soy un vaquero rudo de lo más profundo de Texas, soy posesivo, intenso y mi prioridad son aquellos a los que quiero.

—Lo dices como si fuese algo malo —indico sin comprender dónde quiere llegar.

—No, no es malo, pero voy con pies de plomo porque no quiero asustarte, pero necesito más —me mira a los ojos —quiero más. Quiero poder besarte delante de todo el mundo pero no lo hago porque me aterra que salgas corriendo, hoy cuando te he besado la muñeca delante de mis hijos te ha faltado poco para salir volando.

—Es que es nuevo para mí, ponte en mi lugar, Liam... tú llevas muchos años divorciado, pero yo hace —hago memoria, pero él se me adelanta.

—Hace ya casi tres meses, Juls —parpadeo confusa—. Estamos a finales de agosto, cariño y tú llegaste aquí a primeros de junio —me besa en la nariz con tanta ternura que me derrito—, sé

que sigue siendo poco tiempo, pero yo sé lo que quiero y es estar contigo.

—Vale.

Entrecierra los ojos y me mira fijamente.

—¿Vale? ¿qué significa ese vale? —me pregunta confuso y tengo ganas de echarme a reír.

—Significa que sí, que pasemos la noche fuera y que llevemos nuestra relación un paso más hacia delante.

—¿Lo dices en serio? No quiero presionarte.

—Y no lo haces —apoyo ambas manos sobre su duro pecho—. Has estado ahí para mí, Liam, y lo que tenemos es fuerte y es intenso y me hace sentir bien, segura, protegida y deseada y te juro que no soy capaz de recordar si alguna vez me he sentido así, quiero disfrutarlo y quiero compartir todo esto contigo, pero no quiero precipitarme porque todo lo que he vivido con mi ex marido y mis hijos aún me duele mucho.

—¿Aún amas a tu ex marido? —me pregunta con el cuerpo totalmente tenso.

—No —le beso en los labios—. Te juro que no, al menos no como se debe amar a un marido, pero sí que le sigo queriendo de cierta forma porque es el padre de mis hijos y porque compartí mi vida con él durante veinticinco años, sé que lo que me hizo está mal y sé que todo era una mentira, pero yo me creía esa mentira y para mí era real, no me duele haber perdido a Juan, pero sí me duele haber perdido a mis hijos y darme cuenta de que estaba enamorada de la idea de una vida ideal, no de mi vida real. Está siendo muy confuso para mí, ¿es injusto que te pida que tengas paciencia conmigo?

—No, no lo es —me abraza con todas sus fuerzas —puedes pedirme lo que quieras.

—Salvo que te alejes —bromeo y él me da un ligero azote en el trasero —¡oye!

—Eso por descarada —me besa en los labios —prepara una maleta —me acaricia el culo con descaro —y no te molestes en meter un pijama porque no te lo vas a poner.

Me echo a reír y le beso. Liam me hace sentir bien, me hace feliz. Y esa felicidad la siento como algo verdadero, totalmente distinta a todo lo que conozco y como le he dicho a él, es tremendamente confuso.

—No tengo una maleta pequeña —abro el armario y le enseño las dos maletas grandes que traje cuando vine.

—No voy a meter mis cosas en esa cursilada —mira mis maletas rosas como si fuesen un bicho—. Seguro que pierdo mi hombría —se estremece haciéndome reír —tendrás que meter las tuyas en mi maleta.

—Eso ha sonado muy raro.

Sale de mi habitación riéndose a carcajadas mientras yo me quedo embobada mirándole el trasero. Los vaqueros que lleva le hacen un culo impresionante. Bueno, siendo sincera, todo su cuerpo es impresionante.

\*\*\*

Llegar a Dallas nos ha llevado tres horas. Unas horas de las que apenas me he enterado, porque la verdad, en cuanto Liam arrancó el motor, yo me quedé totalmente dormida.

Se podría decir en mi defensa que me he pasado toda la noche en vela, pero claro, Liam

también y él está fresco como una rosa, o al menos, lo parece.

—Hemos llegado, cariño —me despierta con un suave beso en la frente.

Parpadeo confusa un momento y me sonrojo al darme cuenta de que el pobre se ha pasado todo el viaje solo como quien dice, porque no es que me haya dormido, es que he estado inconsciente.

—Lo siento —me sonrío y me acaricia el rostro.

—No pasa nada. He venido directo al hotel, así dejamos las cosas en la habitación y después ya decidimos dónde ir a comer o lo que te apetezca hacer.

—Oye, ¿tú no estás cansado? —su risa me provoca un vuelco en el corazón.

—Estoy reventado —confiesa con una sonrisa—. Que ya no tengo veinte años, pero aún no estoy muerto —me guiña un ojo con picardía.

—Tú no puedes ser real —murmuro mientras se baja del coche.

Como el caballero que es me abre la puerta y me da la mano para ayudarme a bajar de su camioneta, después coge la maleta y nos dirigimos al hotel.

—Es precioso —Liam se limita a darme un beso en la sien.

Tras anunciar nuestra llegada en recepción, nos entregan las tarjetas-llave y un montón de flyers sobre la ciudad. Subimos en el ascensor y sonrío al ver que estamos en la última planta, las vistas tienen que ser espectaculares. Pero me quedo sin aliento cuando al entrar en la habitación, veo sobre la cama un ramo de rosas rojas y al lado, una botella de champán en hielo y dos copas.

Me giro y Liam está apoyado en la pared esperando mi reacción.

—Esto es... —me acerco a él —gracias.

—De nada —me abraza y me besa con dulzura—. Solo es un detalle, un gesto que me apetecía tener contigo —me acaricia con ternura—, quiero que esta noche sea especial, que el tiempo que pasemos en Dallas lo recordemos toda la vida.

—Eres maravilloso.

Me lanzo a besarle como si no hubiese un mañana y antes de que me dé cuenta siquiera, mis manos han tirado de su camisa y está fuera de sus pantalones, intento abrir los botones pero se me resisten, noto la risa de Liam sobre mis labios y a trompicones, nos dirigimos a la cama, finalmente se saca la camisa por la cabeza y yo hago lo mismo con mi camiseta.

—Joder, voy a devorarte entera.

Me tumba en la cama y tira de mis pantalones cortos llevándose las bragas con él, cuando me abre las piernas las intento cerrar por instinto, pero él me lo impide.

—No te ocultes de mí —le miro nerviosa—. Eres preciosa y tienes un cuerpo maravilloso, no tienes nada de qué avergonzarte.

—No es eso —me tapo la cara un instante y él se tumba a mi lado.

—Dime qué es, ¿qué pasa?

—Yo... —no me atrevo ni a mirarle—. Te deseo, te juro que te deseo muchísimo, pero es que... yo...

—Me estoy poniendo nervioso —me dice y casi quiero gritar por lo estúpida que me siento.

—Hace años que no...

—¿Cómo? —me obliga a apartar las manos de mi rostro y me mira con los ojos como platos —¿cómo qué años?

—Juan y yo dormíamos en habitaciones separadas desde hace varios años y... —Dios, la vergüenza que estoy pasando —. Él tenía una amante, pero yo no tenía a nadie.

—Pero... —mira mi cuerpo desnudo y se pasa una mano por la cara—. Perdona que te pregunte, pero... ¿tu ex marido es normal? Quiero decir, ¿cómo se puede convivir con este cuerpo y no querer poseerlo a todas horas?

—Pues tú también te has reprimido.

—Ah, no, no es lo mismo ni de lejos —coloca una mano sobre mi pecho aún cubierto con el encaje del sujetador—. Tú no eres mi mujer y de haberte dicho lo que quiero hacerte desde el primer momento, habrías salido corriendo de vuelta a España —aparta la tela y me acaricia el pezón que no tarda en endurecerse—. Yo me he pasado las mañanas y las noches dándome duchas frías y el día trabajando como un esclavo para agotarme y no presionarte más de la cuenta, pero tu ex marido es abogado... —me mira de nuevo y se lame el labio superior—. Vamos, que como no se esté tirando a una super modelo, no lo comprendo.

—Bueno, Alicia es más joven que yo, muchísimo más guapa y de verdad, su cuerpo es... yo no he tenido tantas curvas en toda mi vida.

Liam me mira de arriba abajo y me baja el sujetador del todo dejando mis pechos al aire.

—Pues todas las curvas de esa tal Alicia para tu ex —me lame un pecho—. Yo me quedo con la tuyas —me mira a los ojos —¿no has tenido nada de sexo en varios años? —niego con la cabeza—. Joder, va a ser como estar con una virgen —cierra los ojos un instante y después me mira sonriendo —me lo voy a pasar de maravilla.

Sonríó como una jovencita porque es así cómo me siento con él. Liam me hace sentir viva y es una sensación tan maravillosa que no quiero que se termine nunca.

Se levanta de la cama y ante mi atenta mirada se quita el cinto y se desabrocha los vaqueros, se sienta en la cama, se quita las botas y se desnuda por completo. Cuando veo su erección, la verdad es que me asusto un poco, a ver, yo solo he estado con un hombre, con mi ex marido y aunque según él no estaba mal dotado, el recuerdo que yo tengo no es comparable con lo que veo ahora.

—Tú sigue mirándome así, cariño —me sonrojo y alzo la mirada—, te lo decía en serio —me sonrío—. Esa cara es más halagüeña que las palabras.

Sonriendo se tumba a mi lado y me mira.

—Bien, primero te voy a quitar esto —me baja los tirantes del sujetador —después, te voy a quitar las zapatillas y cuando estés totalmente desnuda, te voy a lamer y a tocar de arriba abajo.

—Liam, ¿qué haces? —me río nerviosa.

—Decirte lo que voy a hacer para que sepas lo que esperar —coloca una mano sobre mi pecho y empieza a acariciarlo.

—Hace tiempo que no tengo relaciones sexuales, pero el acto en sí lo recuerdo, listillo —se ríe y me besa.

—Perfecto, entonces.

Sus manos me acarician con vehemencia mientras su boca devora la mía y yo no pierdo el tiempo tampoco, le acaricio la espalda, los hombros, los brazos y enredo los dedos en su pelo que es muy suave al tacto mientras le exijo más.

Una de sus manos se cuela entre mis piernas y un jadeo incontrolable sale de mi garganta. Su boca abandona la mía y comienza a besarme y chuparme el cuello, se pierde con mis pechos durante una eternidad y cuando uno de sus dedos se cuela en mi interior, el cuerpo se me tensa de repente y sin que pueda controlarlo, tengo el primer orgasmo.

Cuando abro los ojos, Liam me mira más que satisfecho.

—Lo que yo decía, me lo voy a pasar de maravilla —me abre las piernas y se lame los labios —mañana no vas a poder andar.

Es todo lo que dice antes de meter la cabeza entre mis piernas y empezar a chuparme, lamerme y darme pequeños mordisquitos como si yo fuese un manjar y él un muerto de hambre. La verdad es que todo es de lo más excitante, al menos para mí. Ya no solo porque hacía años que no sentía nada parecido, sino porque las relaciones con Juan no eran así ni de broma.

—Vuelve conmigo —miro a Liam que se ha puesto sobre mí —cariño, ¿es demasiado?

—No, no... perdona, es que todo está siendo muy excitante y... perdóname, no quería...

—Juls —me acaricia el rostro —deja de disculparte, de analizarlo todo, solo siente, soy yo quien está contigo —me lame los pezones —si no quieres continuar, no pasa nada.

—¡No, por Dios! —no puede evitar una sonrisa arrogante —solo he perdido un poco el control.

Me mira y sonríe.

—Se me ocurre algo para que no te distraigas.

Se tumba en la cama y me mira.

—Arriba, vaquera —me coloco sobre sus caderas y niega con la cabeza —más arriba, cariño, hasta que tu entrepierna esté sobre mi boca.

—¿Cómo?

—Vamos —me da un ligero azote en el trasero —¡arriba!

Me coloco en posición más nerviosa de lo que he estado nunca, pero antes de que pueda decir nada más, Liam empieza a lamerme con más énfasis que antes y mi cuerpo se estremece de placer. Una de sus manos me sujeta de la cadera y la otra me masajea los pechos prestando especial atención a mis pezones.

—Oh, Dios... Liam —jadeo moviéndome de forma que me aprieto más contra su boca —más, sí, más...

Y me da todo lo que le pido. Cuando el segundo orgasmo me recorre de la cabeza a los pies, me quedo desmadejada apoyada en el enorme cabecero de la cama.

## Capítulo 15

Liam me tumba en la cama boca abajo y me acaricia la espalda con delicadeza.

—¿Sabes que no he terminado contigo, verdad? —murmura en mi oído y sonrío—. Quiero hacerte un millón de cosas —acaricia mi culo y siento un mordisco en él.

—¡Oye! Hay que ver la fijación que tienes con mi trasero —protesto.

—Si supieses la de veces que me he masturbado pensando en que te lo follaba, no te extrañaría nada —me giro para mirarle y se encoje de hombros—. No pienso disculparme.

Me echo a reír y me giro para mirarle a los ojos.

—Tienes un cuerpo magnífico —comento mirándole los abdominales.

Mi mano se pasea por sus marcados pectorales y me siento poderosa y muy femenina cuando su piel se tensa ante mi contacto. Voy bajando poco a poco hasta que me atrevo a tocar su miembro y él jadea.

—Si haces eso, no voy a durar mucho —su voz es más un gruñido que otra cosa y eso me hace sonreír.

Le insto a tumbarse y me deleito admirando su cuerpo y cómo su pene vibra en mi mano, me lamo los labios en un gesto involuntario y me encantaría hacer sexo oral con él, pero es algo que jamás he hecho y no quiero estropear nuestra primera vez juntos.

Le beso las planas tetillas y le araño levemente con los dientes, él se estremece y sonrío.

—Quiero hacer el amor contigo, Liam —le digo mirándole a los ojos—. quiero sentirte dentro de mí —le paso la lengua por el centro del pecho.

—Cuando tú me digas, preciosa —enreda una mano en mi pelo suelto y me empuja hacia su boca—. Te deseo con locura, pero el ritmo es tuyo.

Y entonces todo mi deseo se va por la ventana. Le suelto y me siento en la cama con unas terribles ganas de llorar.

—Vas a pensar que soy imbécil —me encojo y estiro la mano para coger mi camiseta y taparme el cuerpo—. Y lo soy.

—Oye, ¿qué... —me mira confuso —joder, ¿qué te pasa?

Cierro los ojos un instante sintiendo cómo se me llenan de lágrimas.

—Acabo de comprender por qué mi ex marido me ponía los cuernos —parpadea confuso—. Este es el momento más vergonzoso de mi vida —cierro los ojos, ahora no me queda más que confesar—. No sé cómo seguir.

—¿Qué? Oye, abre los ojos y mírame —me obligo a hacerlo—. No lo entiendo, ¿por qué

metes a tu ex marido en la cama? Solo deberíamos estar nosotros dos.

—Y lo estamos, es que yo... ¡joder! No sé qué hacer, ¿vale? —me mira y parpadea despacio—. No sé cómo seguir, yo... joder, era él el que llevaba la batuta en estas cosas, nos tumbábamos a oscuras y tras unos pocos besos me abría las piernas y... ¡maldita sea!

Me levanto furiosa de la cama y empiezo a vestirme.

—¿Qué coño haces? —se levanta y me arranca la ropa de las manos y del cuerpo, ya me había puesto la camiseta—. Habla conmigo, joder —se frota el pelo con fuerza —tengo paciencia, pero tienes que hablar conmigo —me sujeta la cara para que le mire a los ojos—. ¿Nunca te había comido entre las piernas? —niego con la cabeza —¿y tú nunca se la chupaste? —muerta de vergüenza vuelvo a negar con la cabeza—. ¿Sólo hacíais el misionero? —otro gesto de cabeza, esta vez de asentimiento —no me extraña que estés así de rara.

Lo siento como una burla y me aparto de él. Sé que no es lo normal, soy idiota pero no tanto, también sabía que el sexo entre Juan y yo no era explosivo, lo más excitante que habíamos hecho fue cuando me quedé embarazada de los mellizos, que nos acostamos en el jardín de la casa de mis padres cuando ellos no estaban en casa. Al borde de la piscina y en plena noche.

—Juls.

Me giro furiosa hacia él.

—No hace falta que te burles de mí, ¿vale? Ya he comprendido que la culpa de todo la tengo yo, cuando encontré a Juan, la ramera esa estaba de rodillas frente a él con su cosa en la boca, yo no sé hacer nada de eso, me casé casi virgen, solo he estado con él y no soy, yo no... —me obligo a coger aire —ha sido un error todo esto.

—No digas eso.

—Sí —le miro horrorizada conmigo misma—, te tengo desnudo delante de mí y me estoy muriendo de vergüenza, Liam, me encanta tu cuerpo y pienso en hacer cosas que me hacen estremecer y me avergüenzo aún más, yo no soy atrevida en estas cosas, yo no... —suspiro con resignación—. Estás perdiendo el tiempo conmigo y no es justo para ti.

—Podrías dejar que sea yo lo que decida lo que me conviene o no.

—No estoy preparada para esto —me doy media vuelta sintiéndome la mujer más inútil y estúpida del planeta.

—Juls —sus brazos me rodean por completo—. Cariño, ni estoy perdiendo el tiempo contigo, ni tienes nada de lo que avergonzarte, yo considero que forma parte de las obligaciones del marido cuidar de su esposa en todos los aspectos y el sexual es uno de ellos, te da vergüenza porque tu vida sexual era aburrida y sosa a más no poder, pero la nuestra no tiene que ser así.

—Liam...

—No me voy a rendir —me dice al oído—. Te has dejado llevar, has tenido dos orgasmos, así que lo te he hecho te ha gustado, es cuando estamos cara a cara cuando te distraes, pero si ambos tenemos paciencia, podemos lograr que funcione, Juls, la atracción y la lujuria están ahí.

Me besa en el cuello y aprieta un poco más sus brazos a mi alrededor.

—Vamos a pedir algo de comer, ¿vale? Nos lo comeremos en la cama y después dormiremos algo, ya decidiremos después qué hacemos.

—Liam, por favor...

—Cariño, mírame —me gira entre sus brazos y me besa en los labios—. Te quiero —el corazón se me estremece—, no comprendo por lo que has vivido y me siento dividido entre la rabia por saber que no has sentido la pasión en todo su esplendor nunca y el orgullo de saber que seré el primero en hacerte muchísimas cosas. Pero no te rindas a la primera de cambio ni me echés de tu lado, solo tienes que hablar conmigo.

—No quiero que te burles de mí.

—¿Te parece que me estoy burlando? Creo que deberías ser consciente de que ahora mismo toda la sangre de mi organismo está en la polla, así que dame algo de beneficio porque sea capaz de formar dos frases con sentido.

Me río sin querer hacerlo y apoyo la cabeza sobre su pecho.

—Lo siento muchísimo, Liam.

—No tienes nada que sentir, solo tenemos que ir poco a poco, eso es todo —me alza el rostro y me besa —¿te asusta el sexo? ¿alguna vez te forzó?

—¡No! —exclamo nerviosa—. No, nunca —vuelvo a ocultar el rostro en su pecho —soy un desastre —murmuro—. No es eso, es que... no sé, todo era muy mecánico, rápido... pero todo contigo es diferente y... lo siento, lo siento muchísimo.

—Ven, anda —me lleva de nuevo a la cama y nos tumbamos bajo las sábanas—. Me merezco un monumento —sonrío con tristeza porque tiene toda la razón—. Pero como te quiero, me gustas y no pierdo la esperanza de follarte a lo bestia algún día —me toca el culo con descaro—, vamos a dormir un poco porque yo estoy muerto —me mira —a no ser que tengas hambre, en ese caso pediremos algo.

—No, la verdad es que no podría comer nada ahora mismo.

Me atrapa entre sus brazos y me besa en el cuello.

—Ya hablaremos tú y yo sobre eso de comer como un pájaro —se acurruca contra mí presionando mi espalda contra su pecho —me encanta estar así contigo.

Y antes de que me dé cuenta, me quedo dormida.

\*\*\*

Me despierto con unas sensaciones muy extrañas y cuando abro los ojos, Liam está lamiendo mis pechos con suaves pasadas de su lengua mientras una de sus manos me acaricia entre las piernas.

—¿Qué haces? —le pregunto con una sonrisa.

—No sé de qué me hablas —me mira y me besa en los labios—. Me muero de hambre, ducha, ropa y salimos a picar algo, ¿qué me dices?

Sonrío ante su expresión y asiento con un gesto, cuando me meto en el baño, él se mete detrás de mí y arquea una ceja.

—Sigo sin saber de qué me hablas —me suelta el muy descarado—. Deja de perder el tiempo, Juls, que no piensas más que en el sexo —me echo a reír.

Nos metemos en la ducha y Liam juega con el hidromasaje. Si la habitación es espectacular, el baño no se queda atrás, la ducha es enorme y tiene un montón de chorros que se combinan de muchas maneras. Cuando encuentra la que le gusta, me abraza y nos metemos debajo del agua que cae como una suave lluvia.

Me besa con suavidad al principio haciendo que me derrita y va subiendo la intensidad, una mano se enreda en mi cabello y la otra me acaricia la espalda hasta que la deja unos segundos en mi trasero para después subirla hasta mi pecho que acaricia con mimo haciendo que mis pezones se endurezcan.

Un rato después se separa, se llena las manos con champú y empieza a lavarme el pelo.

—Puedo hacerlo sola —me mira y me besa en los labios. Un beso rápido y juguetón.

—Y yo también puedo hacerlo —me frota el cuello cabelludo con la punta de los dedos y ronroneo de placer.

—Me encanta que me laven el pelo así —le noto sonreír.

Cuando me lo ha aclarado, se llena las manos con gel, las frota hasta formar espuma y empieza a pasearlas despacio por todo mi cuerpo, primero los hombros, los brazos, los costados, trago con dificultad porque me ha acariciado los pechos con los pulgares, su boca se apodera de la mía mientras sigue enjabonándose. Baja una mano hasta mi entrepierna y me acaricia con suavidad pero sin tocar el clítoris y empiezo a respirar con dificultad. La otra mano se pasea entre mis glúteos pero sin entrar. Y así permanece durante tanto tiempo que tengo que agarrarme a sus brazos para que las piernas no me flaqueen, se aclara las manos y con la ducha me retira los restos de jabón, a medida que pasa por mi cuerpo va cambiando la intensidad del agua y cuando lo pone entre mis piernas, su beso se vuelve demoledor.

—Más —jadeo ansiosa.

—No, ya estás limpia.

Me da un beso rápido y empieza a echarse agua por encima. Le miro con los ojos entrecerrados y francamente molesta, pero me acuerdo de que antes todo el placer fue para mí y él se quedó sin disfrutar y teniendo que consolar a una mujer insegura que le dejó a dos velas. No sería muy justo que yo me enfadase con él cuando está mostrando tanta paciencia conmigo.

Siento una especie de mareo cuando le veo hacer espuma con el champú y cómo sus brazos se tensan cuando se frota el pelo con energía. Nada que ver con la forma en la que lo ha hecho conmigo.

—Te espero fuera —le digo casi babeando, las cosas como son.

—De eso nada, cielo —me da un beso rápido—. Yo he estado contigo mientras te duchabas, puedes esperarme un segundo.

Coge un poco de gel, lo frota hasta hacer espuma y comienza a pasear sus manos por todo su cuerpo mientras el mío empieza a arder. Me apoyo en la pared de la ducha y no me pierdo ni un segundo de la escena. Tengo que tragar con dificultad cuando una mano va a su miembro y se lo acaricia con mimo.

—Oh, Dios —gimo y él me mira.

—¿Te pasa algo? —sigue acariciándose muy despacio—. Solo me estoy lavando, igual que tú.

—Igualito, sí —protesto.

Pero él me ignora y sigue frotándose el pecho con una mano y con la otra el miembro que cada vez parece más tenso.

—Yo creo que ya estás más que limpio —jadeo con la respiración entrecortada.

—Puede ser.

Se aclara en un segundo y estira la mano para coger una toalla en la que me envuelve con cariño, él se pone una más pequeña sobre las caderas y vamos a la habitación. Como no hemos deshecho la maleta, la sube de un movimiento a un banco que hay enfrente de la cama y la abre.

—¿Has traído algún vestido? —me pregunta.

—Creo que no, pero tengo una falda —encojo un hombro.

—¡Perfecto! Me encantan tus piernas.

Me sonrojo y cojo la ropa interior, la falda vaquera y una camiseta de tirantes demasiado escotada. Él me mira todo el tiempo y cuando termino, él coge sus cosas.

—Vas a estar preciosa —se quita la toalla y yo me quedo sin aliento.

Está empalmado y a mí me cuesta respirar.

—¿Siempre eres tan descarado? —le pregunto poniéndome el sujetador.

—No tengo ni idea de qué me hablas —me rodea la cintura con un brazo y me besa en los labios.

Sonriendo por su picardía y descaro, me pongo el tanga y la falda. El conjunto no es que sea demasiado escandaloso, pero la mirada que me dedica Liam hace que me sienta casi desnuda. Me calzo unas sandalias negras a juego con la camiseta.

—¿Qué tal? —doy una vuelta delante de él.

—Preciosa —me besa con pasión.

Termina de vestirse mientras yo me peino y cuando voy a maquillarme, me lo impide.

—No lo necesitas.

—¿Cómo qué no? Tengo cuarenta y dos años, cuarenta y tres en un mes.

—Estás buenísima y eres preciosa, no necesitas nada más que tu sonrisa —me besa y me acaricia hasta que me oye gemir—. Vámonos o te comeré a ti —entrelaza nuestras manos y tira de mí.

Sonriendo como una estúpida, le sigo hasta el pasillo. De la mano llegamos al vestíbulo y salimos a la calle. La verdad es que yo también tengo hambre, al final no hemos comido nada y ya son las seis de la tarde.

Caminamos por las calles mientras Liam me cuenta una anécdota tras otra hasta que llegamos a un precioso parque que tiene un montón de camiones de comida. Se trata del parque Klyde Warren y es uno de esos lugares que no puedes perderte si visitas Dallas.

—Vamos a picar algo aquí y en un rato iremos a cenar, ¿te parece? —asiento con una sonrisa —¿qué te apetece?

—No sé, elige tú —pero me quedo cortada cuando le veo fruncir el ceño.

—Vamos a ver, cariño —entrelaza nuestras manos a mi espalda—. Si te pregunto qué te apetece es porque quiero saber qué quieres, no para elegir yo, ¿de acuerdo?

—Vale, ¿hay tacos? Nunca los he comido y me llaman la atención.

Liam niega con la cabeza y me besa en los labios.

—Mira que no haber comido nunca tacos... —sonríe—. ¡Ay!, cuánto tengo que enseñarte,

vamos.

Me guía hasta uno de los camiones y pide por los dos, me pregunta si quiero cerveza y cuando niego, cabecea y me pide una cerveza. Sonrío y le dejo hacer, sé que con él estoy segura. No es que no me guste beber alcohol, es que la cerveza se me hace demasiado amarga, pero voy a probar esta por él.

Cuando le entregan el pedido, nos dirigimos al césped donde más personas están sentadas en el suelo comiendo, bebiendo, riendo o charlando.

Elige un lugar un poco apartado y nos sentamos, yo con cierta dificultad porque mi falta vaquera no es nada flexible.

Liam coge uno de los tacos y me mira con una sonrisa.

—Abre la boca.

—No me vas a dar de comer delante de toda esta gente —protesto muerta de vergüenza.

—¿Qué gente? Solo estamos tú y yo —acerca el taco a mi boca—. Abre Juls...

Nerviosa, agitada y sin ser capaz de negarme, hago lo que me pide y cuando me hace un gesto, doy un bocado que mastico despacio.

—Esto está increíble —indico pidiendo más, pero él niega —venga ya, Liam.

—Abre y calla, anda, que yo también tengo hambre.

Le hago caso y al final, entre risas, nos damos de comer el uno al otro. He probado la cerveza y la verdad es que no está nada mal, va de maravilla con los tacos y con la sonrisa de Liam que no puede parecer más satisfecho consigo mismo.

Cuando terminamos de comer, recogemos todo para dejar el parque limpio como lo encontramos y caminamos hacia otro lugar porque oímos música. Nos dirigimos allí y al menos yo me sorprendo por la cantidad de gente que hay. Un grupo está tocando música al aire libre temas de country y en el centro hay un grupo de personas bailando como si hubiesen ensayado la coreografía.

—¿Sabes bailar esto? —me pregunta Liam al oído y me estremezco, niego con la cabeza —ven, vamos a divertirnos.

Y nos reímos a carcajadas porque soy incapaz de seguir los pasos, está claro que el ritmo musical no está en mi ADN, no obstante, cuando suena una canción algo más lenta, Liam me atrapa entre sus brazos y nos vamos moviendo hasta quedarnos fuera de la vista de casi todos los presentes.

La mano de Liam baja por mi cuerpo hasta mi cadera, me apoya en el tronco de un árbol y me besa hasta que me tiemblan las piernas, después se separa, me abraza poniéndose a mi espalda y su mano se cuela bajo mi falda, me acaricia el trasero y yo respiro cada vez con mayor dificultad.

—Liam —le advierto cuando un dedo empieza a colarse en mi interior.

—Dime, cariño.

—Por favor... —gimo apoyándome más en él y de forma involuntaria, abro un poco las piernas.

—¿Por favor, más? —aprovecha mi gesto y me toca a su antojo.

—Liam —aprieto las piernas con su mano entre ellas y jadeo, estoy ardiendo de excitación.

De repente saca la mano y tira de mi tanga, me giro a mirarle y se lo mete en un bolsillo del pantalón.

—¿Volvemos?

## Capítulo 16

El camino de vuelta al hotel es una tortura para mí. Liam no ha dejado de provocarme en todo el camino, caricias indiscretas, besos apasionados cada dos pasos, frases con doble sentido que no han hecho más que aumentar mi excitación y mi ansiedad sexual. Cuando atravesamos las puertas del hotel, juro que veo borroso a causa de la excitación que tengo.

La piel la noto hipersensible, mis pechos pesan más y me duelen, por no hablar de mi entrepierna que le falta echarse a llorar por el abandono de los dedos de Liam.

En cuanto nos metemos en el ascensor me lanzo a besarle como si no hubiese un mañana, entierro los dedos en su pelo y me aprieto contra él con fuerza, noto su excitación y eso me hace desearle más aún.

Vamos a trompicones por el pasillo porque me niego a dejar de besarle y cuando por fin entramos en la habitación, le arranco la camisa del pantalón y le lamo el pecho disfrutando de cada centímetro de su piel. Mis manos están frenéticas intentando quitarle el cinto, pero no lo consigo.

—Espera, fiero.

Liam se lo quita en un instante y se desabrocha el pantalón, acto seguido me sujeta por el pelo y me besa de nuevo contra la puerta, su mano se cuela bajo mi falda y abro las piernas para darle acceso, no tarda en colar un dedo dentro mientras su lengua hace virguerías en mi boca.

Me quito la falda a tirones y Liam me baja la camiseta hasta la cintura sin dejar de besarme, acto seguido me arranca el sujetador y comienza a lamer y chupar mis pechos como si fuesen un manjar.

—Cariño, un condón —murmura sobre mis labios.

Jadeando, asiento y se separa un instante, llega hasta la maleta, saca una ristra de condones que me hace reír a carcajadas.

—Pues sí que tenías esperanzas —me burlo.

—Y ganas, tengo más ganas aún —completamente desnudo se coloca el condón y vuelve a mi lado —¿sigues conmigo?

—Sí.

Enterrando de nuevo la mano en mi pelo me besa con avidez y sus manos me acarician con avaricia, pronto vuelvo a jadear y a abrir las piernas para que me toque a su antojo, entonces me coge de los muslos y me levanta apoyándome contra la pared.

—Pon las piernas alrededor de mis caderas, cariño.

Noto la punta de su erección acariciando mi sexo y la sangre se me convierte en lava. Noto una necesidad acuciante que no consigo controlar, en cuanto le hago caso, mete una mano entre nosotros y guía su erección hacia mi interior.

Vuelve a besarme y su lengua me devora mientras se introduce dentro de mí, despacio, dolorosamente despacio.

—Liam —gimo—. Oh, Dios, no... Liam...

—Dime preciosa —casi es un gruñido.

—Es... oh Dios... demasiado.

Me lleva hasta la cama y me tumba con cuidado, vuelve a introducirse dentro de mí y ahora lo llevo mejor, debe ser la inactividad pero me siento como cuando perdí la virginidad, solo que ahora mismo estoy demasiado excitada. Una mano me acaricia el clítoris con pericia mientras me chupa, muerde y lame mis pechos, cada vez estoy más y más excitada y cuando ya estoy al borde del orgasmo, me penetra del todo.

—Joder... —sollozo.

—¿Estás bien? ¿te he hecho daño?

—Sí, no... ay, no lo sé —comienza a reírse y yo sollozo de nuevo—. No, por favor, no hagas eso.

—Shhh, tranquila mi vida —me besa en el cuello con una sonrisa y se queda absolutamente quieto de cintura para abajo—. Enseguida te acostumbrarás a mí —entrelaza nuestras manos que coloca una a cada lado de mi cabeza —eres preciosa, Juls, absolutamente preciosa —me besa en los labios—. Te quiero.

Su boca se apodera de la mía y comienza a moverse despacio, al principio, durante un segundo, noto un poco de escozor, pero enseguida mi cuerpo reacciona a sus atenciones y vuelvo a excitarme, Liam lo nota y sus embestidas se aceleran, ahora son más intensas, más profundas.

—Joder, Juls —jadea en mi oído—. Me vuelves loco, cariño.

Me besa con tanta pasión, sus manos me acarician y me tocan con tanta necesidad que mi cuerpo se rinde a la pasión desbordante que me abrumba y llego a un orgasmo tan intenso que los ojos se me llenan de lágrimas.

—Aguanta un poco más, cariño —me susurra al oído mientras sigue entrando y saliendo de mí con fuerza e intensidad.

Un minuto después, cuando yo aún siento las últimas olas de mi clímax, Liam gruñe, me besa con fuerza y se desploma sobre mí.

—Joder —jadea, me atrae a su cuerpo y me abraza—. Joder.

Sonrío y le beso en el pecho.

—Menos mal que no sabes qué hacer, porque si lo llegas a saber, me matas de la excitación.

Quizá debería ofenderme, pero lo ha dicho de tal forma que solo puedo sentirme como una diosa sexual que ha conseguido satisfacer a un hombre como Liam y que además se siente más satisfecha de lo que jamás se ha sentido.

—Liam —gira el rostro y me mira —gracias.

—Si me das las gracias por esto, me voy a enfadar.

—No, no por esto, bueno, sí, pero no solo por esto, sino por ser como eres, por tener tanta paciencia conmigo.

—El premio lo merece —coloca una mano entre mis piernas de forma posesiva—. Tú lo

mereces —me besa en los labios —¿estás bien? —retira la mano y la posa sobre mi vientre.

—Estoy de maravilla —sonríe pagado de sí mismo.

—Dame unos minutos y lo repetimos —me guiña un ojo y me echo a reír.

—Bueno, los condones no serán un problema.

Él se ríe conmigo y nos quedamos tumbados en la cama completamente exhaustos.

Un buen rato después, cuando ya nos hemos relajado, Liam me abraza y me besa con ternura.

—Una ducha y después pedimos algo al servicio de habitaciones, ¿te apetece?

—Claro —sonríe —resulta que el sexo me da hambre.

Liam suelta una de esas carcajadas que me retumba en el pecho y que me hace sentir tan bien conmigo misma, con él y con el momento que estamos viviendo.

—Me encanta tu risa.

Se pone serio y me mira a los ojos.

—A mí me encanta todo de ti —me besa con dulzura—. Vamos a la ducha.

De nuevo es él quien prepara los grifos y la temperatura del agua, pero esta vez en lugar de provocarme como hizo hace unas horas, tan solo nos abrazamos bajo la lluvia tibia.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí —le miro y suspiro—. De verdad, estoy bien —enredo los dedos en su pelo, me encanta hacerlo —¿y tú?

—Mmmm, veamos, tengo a la mujer más bonita del mundo desnuda entre mis brazos —hace una mueca—. Sí, yo diría que estoy de fábula.

Me río y le beso.

—¿Qué les vamos a decir a todos? —le pregunto con una pizca de nerviosismo que no puedo evitar.

—¿A qué te refieres?

—Pues... a esto, a nosotros... —frunce el ceño como si no me comprendiese—. Liam, nos hemos acostado, seguro que se lo imaginan y bueno... ¿cómo vamos a actuar cuando volvamos al rancho?

—¿Actuar? Yo no pienso representar ningún papel —me aparta un mechón húmedo de la cara—. Escucha, si quieres ponerle una etiqueta, somos novios, pareja o el término que más te guste y sí, saben que nos hemos acostado o por lo menos lo intuyen porque los condones me los pusieron mis hijos en la maleta, luego te enseñé la nota —me da un beso rápido—. Cariño, estamos juntos, te quiero y sé que soy importante para ti —asiento con un deje de culpabilidad porque no soy capaz de repetir esas palabras —cuando volvamos al rancho haremos lo que queramos, te besaré cuando quiera, me besarás cuando te apetezca, haremos el amor siempre que los dos queramos.

—¿Y dónde pasaremos las noches?

—Tú en mi cama —me aprieta las caderas—. Juls, cariño, ya no estamos en el siglo dieciocho, podemos acostarnos con quien queramos y podemos dormir en la misma cama sin

estar casados —se burla.

—No te rías —le pido con un mohín—. Todo esto es nuevo para mí.

—¿Y te crees que no lo es para mí?

—No has sido célibe desde que te divorciaste, no trates de engañarme.

—No, no he sido célibe y no te miento, me he acostado con mujeres, pero no he llevado a ninguna al rancho y no he tenido una relación con ninguna desde que me divorcié, puedes preguntarle a mi hermana si no me crees.

—No —le beso al notar que se ha tensado, no quiero que se enfade—. No dudo de tu palabra, te lo prometo.

Terminamos de ducharnos entre risas, bromas, caricias y besos y cuando volvemos a la habitación, desnudos, miramos la carta del hotel y Liam llama para hacer el pedido de la cena.

Nos ponemos el albornoz porque no es plan de recibir a quien traiga la comida en pelotas y yo me acerco a la enorme cristalera desde donde se ve el skyline de Dallas. Las luces de los edificios y las calles, los coches y los parques iluminados. Las vistas son espectaculares.

Liam me abraza por detrás y apoya la barbilla en mi hombro.

—Gracias por traerme.

—Cariño, vas a tener que empezar a dejar de agradecerlo todo —me besa en el cuello —solo disfruta del momento.

\*\*\*

Cuando nos despertamos a la mañana siguiente lo hacemos el uno en los brazos del otro. No puedo evitar sonreír y le beso la punta de la nariz.

—Vete corriendo a lavarte los dientes —le miro y me tapo la boca—. No te huele el aliento, es que me muero por besarte.

Riendo, salto de la cama y entro en el cuarto de baño, cuando estoy echando la pasta, Liam entra y me besa en el cuello. Después coge su cepillo y tras echar la pasta, empieza a lavárselos también.

En cuanto termino de aclararme, él hace lo mismo y antes de que termine con la toalla, me coge por las caderas y me pega a la pared antes de devorarme con ansia.

Ni siquiera se me pasa por la cabeza protestar. Solo me dejo llevar por todo lo que me hace sentir. Liam me está enseñando a disfrutar de la vida, a disfrutar del momento y a disfrutar del sexo, algo que hasta ahora, yo creía que era un acto mecánico en el que si bien la mujer disfrutaba, porque algún orgasmo que otro he tenido, era mucho mejor para los hombres. Ahora he comprendido que si bien llegaba al clímax, este era como descafeinado.

—¿Sexo en la ducha, contra la pared o en la cama? —me pregunta Liam antes de lamer mis pechos.

—Cama —gimo, él alza el rostro y sonríe.

—Me parece que no —entramos en la ducha y un instante después me está devorando contra los azulejos.

Cuando salimos del baño, Liam me besa con ternura y me tiende un papel.

—La nota de los chicos.

*“Papá, ¿solo unas horas? Por favor, ten un poco de clase, Juls se lo merece, busca un buen hotel, con una comfortable cama y hazle pasar una buena noche.*

*Con cariño,*

*D. Y J.”*

—Oh, por Dios... —me sonrojo de la cabeza a los pies—. No te atrevas a reírte —le amenazo cuando le oigo carraspear.

—¿Qué quieres que te diga? Todos te adoramos —se encoge de hombros—. Ya te dije que la relación con mis hijos es muy estrecha, en cuanto al tema sexual fui yo quien les explicó todo al respecto porque Sandra se ponía roja como un tomate y se partía de risa sin terminar de decir nada, les enseñé a usar los condones y les advertí al respecto —me abraza—. No ha sido como una burla, sino como un gesto práctico, hace tanto que no tengo una cita que los condones de mi mesilla están caducados.

Me echo a reír y le devuelvo el abrazo.

—Eres un padre increíble.

Una hora más tarde, hemos terminado de desayunar y nos dirigimos hacia el aparcamiento donde tenemos el todoterreno de Liam. No hemos visto mucho de Dallas, pero va a ser una escapada que voy a recordar toda mi vida. Sin duda alguna es el viaje más especial que he hecho jamás.

—Háblame de tus hijos —me pide cuando llevamos una media hora de trayecto y me tenso.

—Ya lo sabes todo —me encojo de hombros.

—Juls, cariño, no hagas eso, no me dejes fuera —me mira con tanta dulzura que no me queda más remedio que ceder.

Suspiro e intento coger fuerzas para hablar de todo.

—Se llaman Enzo y Hugo, son gemelos —sonrío—. El embarazo fue bien, al final muy difícil porque estar embarazada de gemelos es agotador, pero me sentía como en una nube —le miró sonriendo—. Mis padres aún vivían y recuerdo los consejos de mi madre, la cantidad de cremas que me regalaba para evitar las marcas de las estrías en el abdomen —suelto una carcajada—. Ya has visto que tengo algunas, además de la cicatriz de la cesárea, claro.

—Yo solo he visto un cuerpo que me vuelve loco —me acaricia la rodilla—. Son señales de que has vivido y creado vida, no deberían avergonzarte.

—Ahora ya no lo hacen —me aprieta un poco y sonrío—. El parto fue difícil, al final tuvieron que hacerme una cesárea, pero todo fue bien y disfruté de mis hijos desde el primer momento. Eran unos ángeles preciosos, con el cabello tirando a rubio, los ojos oscuros y esa piel tan perfecta y suave.

—Criar y educar a gemelos no tuvo que ser fácil, sobre todo los primeros meses.

—Yo no puedo quejarme, la verdad —me encojo de hombros—. Mi casa fue un regalo de mi padre por la boda, vivíamos allí y cuando nacieron los niños, mis padres se trasladaron con nosotros y fue un regalo del cielo, porque se desvivían por ayudarme, María también, claro.

—¿Quién es María?

—Es la mujer que lleva mi casa, no es un ama de llaves al uso, pues tenemos cierta confianza, no somos amigas porque ella siempre ha marcado las distancias, pero cuando surgió lo del divorcio me apoyó al cien por cien y nunca me ha dejado sola —asiente con un gesto—. Pues eso, yo tenía la ayuda de tres personas. Mi padre tardó casi dos semanas en atreverse a cogerles y tardó casi dos meses en cogerles a los dos a la vez, mi madre decía que cuando yo nací hizo lo mismo, era muy tierno verle con los niños.

—Eres hija única, intuyo.

—Sí, cuando mi madre me dio a luz hubo complicaciones, tenía un tumor que nadie había detectado y se lo quitaron junto con el útero y demás, no podían tener más hijos.

—Vaya, ¿se recuperó?

—Sí —mis ojos se llenan de lágrimas—, aunque murieron en un accidente de tráfico cuando los gemelos tenían siete años.

—Lo siento, cariño —me aprieta ligeramente la rodilla, donde su mano no se ha movido.

—No sé qué más contarte —me pongo nerviosa sin saber por qué—. Después era un día detrás de otro, llevar a los niños al colegio, ayudarles con los deberes, las reuniones con los profesores, las extraescolares... y después cumplieron los doce años.

—¿Y qué pasó?

—Ya te lo conté, les preparé la fiesta en el parque acuático y su padre se los llevó a Mallorca —me encojo de hombros—. Volvieron tan ilusionados que no tuve valor a enfadarme por el plantón que me dieron, no paraban de hablar de todas las cosas geniales que habían hecho con Juan y su mirada brillaba tanto que... —suspiro—. A partir de ahí, todo fue a mal, de pronto mis hijos dejaron de hablar conmigo porque eran cosas de hombres y tenían a su padre y un día empezaron a simplemente dejar de hablar, intenté ponerle remedio, claro, pero se negaban en redondo, se ponían hechos una furia conmigo y Juan les apoyaba y me decía que eran cosas mías, que ya no eran niños y que mi punto de vista era demasiado femenino para lo que ellos necesitaban.

—Menudo gilipollas —bufa y sonrío.

—El caso es que le creí, dejé de exigir cosas y se terminaron las discusiones, si es que se les podía llamar así, porque jamás alzamos la voz, las cosas no eran como al principio, pero eran mejor que en aquellos meses anteriores y supongo que simplemente lo dejé pasar.

—Bueno, tampoco te dejaron muchas opciones, tus padres no estaban, tu marido te llevaba la contraria que en una pelea con adolescentes es lo peor que puede pasar, ¿qué pasa con los padres de Juan?

—No se habla con ellos desde que se independizó a los dieciocho años, su padre era o es, la verdad es que no sé si sigue vivo, un alcohólico que disfrutaba pegándole palizas a su madre, ella se suicidó cuando Juan se fue a la universidad.

—Joder.

—Ya, su vida no era fácil, logró estudiar gracias a becas y esas cosas, sus padres estaban arruinados, les cortaban la luz y el agua cada poco.

—Y te conoció a ti.

—Sí —respondo con miedo porque no me gusta el tono que ha usado.

—Y sus problemas económicos se esfumaron.

—No, no fue así —le miro dolida—. Nos enamoramos, él me quería —mis ojos se llenan de lágrimas —puede que el final haya sido algo sórdido, pero al principio todo era precioso.

—Cariño, no te enfades —me aprieta un poco la rodilla—. Solo intento encontrar el contexto, si alguna vez te quiso de verdad, aunque el amor se terminase, tendría que haberte respetado como su mujer y como la madre de sus hijos, lo que hizo con ellos fue separarles de ti y ponerles en tu contra, eran adolescentes y aunque se creían muy listos, eran fáciles de manipular, les pasa a todos.

—No...

Pero la verdad es que en cuanto lo ha dicho, algo en mi cerebro ha hecho “clic”.

Cientos de recuerdos en los que Juan me hacía parecer idiota con comentarios como: “ay, Julieta, que tú no sabes de esto”, “no fuerces el cerebro de más, Julieta, ya ayudo yo a los niños”, “estás demasiado emotiva, Julieta, vas a confundir a los niños”, “jamás me habría llevado a los niños a Mallorca de saber que les habías preparado una fiesta, nunca me dijiste nada”, “Julieta, por favor, deja de actuar así o voy a empezar a pensar que no estás bien de la cabeza, ya hay rumores al respecto”, “¿acaso tengo yo la culpa de que no recuerdes que te dije que iba a llevar a los niños a pescar?”, “Julieta, esa sensibilidad tuya es la que te hace pensar que no cuido de ti, pero no es cierto y en el fondo lo sabes”.

—Eh, Juls, ¿estás bien? Oye, si no quieres que diga lo que pienso...

—No —le corto—. No es eso —le miro y siento que se me revuelve el estómago —¿puedes parar? Creo que voy a vomitar.

De inmediato para en el arcén y nada más abrir la puerta, vació el contenido de mi estómago. Liam ha salido del coche y me sujeta el pelo mientras me tiende un pañuelo con la otra mano.

—Cariño, voy a llevarte a un médico, no estás bien.

—No —me limpio y me esfuerzo por respirar despacio para controlar las náuseas —estoy bien.

—Pues no lo parece.

Alzo el rostro y le miro a los ojos.

—Es que acabo de darme cuenta de que Juan me convirtió en la mujer débil, estúpida, ignorante y carente de fuerza de voluntad que ni siquiera comprendió que tenía que pelear por sus hijos.

—Joder, Juls...

## Capítulo 17

Es extraño, pero cuando volvemos al rancho me siento en paz, tranquila conmigo misma y aunque siento que tengo el corazón un poco machacado por todo lo que he comprendido de golpe, también me ha servido para darme cuenta por fin de que la mujer que salió del despacho de Juan no era la misma que entró en él. Y que esa mujer ha seguido evolucionando, pero que aún no ha llegado al final de su viaje.

—Liam —le llamo cuando me ayuda a bajar del coche—. Ya no soy esa mujer.

—Lo sé.

—Pero aún no sé quién soy —me estrecha entre sus brazos—. ¿Estás dispuesto a seguir con esto sabiendo eso?

—Sí —me besa en los labios—. Juls, te quiero, sé que aún tienes cosas que resolver, pero quiero que lo hagas conmigo a tu lado.

Suspiro, enredo mis manos en su pelo y le beso.

—En ese caso, quiero que seamos pareja formal solos tú y yo, nada de terceras personas, en exclusividad me refiero. Y no quiero esconderme, no quiero tener que fingir que no estoy loca por ti.

Juro que su sonrisa podría iluminar todo el estado de Texas.

—Cariño, seremos lo que tú quieras, ya te lo dije y por supuesto que no habrá nadie más entre nosotros, ¿por quién me tomas? Soy texano de pura cepa, puede que controle mi carácter para que no salgas corriendo, pero no te voy a compartir con nadie.

—Vale.

—Vale —sonríe y me besa de nuevo.

Cuando entramos en el rancho, Dylan y Jayden salen a recibirnos y para mi sorpresa, me abrazan y me besan y por un instante me quedo paralizada sin saber qué hacer. Es Jayden el primero en reaccionar.

—Tienes que devolvernos el abrazo —me dice al oído—. Te hemos echado de menos, pero te va a encantar lo bien que nos ha quedado montada la cocina de la casa de huéspedes.

Cuando me sueltan sonrío y no puedo evitar acariciarles el rostro.

—Sois maravillosos.

—Oye, ¿estás bien? —Dylan me mira a los ojos que tengo húmedos, asiento con la cabeza, pero él mira a su padre con preocupación.

—Dadle un minuto, está bien —me guiña un ojo—. Mi chica es más fuerte de lo que parece. Él entra arrastrando la maleta y yo me quedo con sus hijos en el porche.

—Juls, si no querías que tocásemos la casa o...

—¡Ha sido por los condones, animal! —le reprende Dylan a su hermano y eso me hace reír a carcajadas.

—No ha sido nada de eso —les miro a los dos —¿puedo pedirlos un abrazo?

—Todos los que quieras.

Ambos me abrazan con todas sus fuerzas mientras Liam nos mira desde la entrada de casa, me guiña un ojo, asiente y me deja con ellos. Esta vez mis brazos les rodean también con fuerza.

Una vez pasado ese momento tan intenso, los tres entramos en casa y el olor de la cocina me reconforta como me ocurría cuando volvía a casa del colegio y mi madre, después de abrazarme y besarme, me daba una galleta que había horneado para mí.

Liam se da cuenta de que vuelvo a tener los ojos llorosos y rápidamente se hace cargo de la situación, les dice a todos que estamos agotados —algo que es totalmente cierto—, y con las carcajadas y los silbidos de fondo, vamos a su habitación.

—Tengo mis cosas en la mía —protesto sin mucho ánimo, la verdad.

—Ya las traeremos, no necesitas ropa en mi cama —me quita la camiseta y el sujetador —nuestra cama —se corrige mientras me desabrocha la falda —es tu cuerpo, que hace que mi sangre abandone mi cerebro para llenar otra cosa.

Me río y le abrazo.

—¿De verdad vamos a dormir a media tarde?

—Dormir, follar, dormir un poco más, volver a follar... —posa las manos en mi trasero—, no tiene por qué ser en ese orden, claro.

—¡Qué considerado eres! —suelta una carcajada y me besa.

Y efectivamente no seguimos ese orden, tras un encuentro de lo más apasionado, me quedo profundamente dormida entre sus brazos.

Cuando me despierto estoy sola en la cama pero hay una rosa en la almohada y una nota debajo.

*“No te he despertado porque estabas preciosa dormida y necesitas descansar. Búscame cuando despiertes si te apetece. Te quiero.*

*L.”*

Sonríó como una quinceañera y huelo la rosa como si jamás me hubiesen regalado flores, aunque la verdad, no es que lo hayan hecho muchas veces.

Justo en ese momento suenan unos golpes en la puerta.

—Juls, soy Susan, ¿puedo entrar?

—Sí, pasa.

Mi amiga entra y cierra la puerta detrás de ella.

—Joder, voy a abrir la ventana, hay tantas feromonas sexuales aquí que mis ovarios van a

empezar a ovular.

Me echo a reír y mi amiga me mira con una sonrisa.

—Hacía tiempo que no te oía reír así —se sienta a mi lado después de abrir las ventanas de par en par—. ¿Te ha gustado Dallas? —frunce el ceño—, aunque quizá debería preguntar si has visto algo de Dallas.

—¿Esto te parece bien? —le cojo las manos—. No quiero perderte.

—Juls —me besa en la mejilla—. Ya te dije al poco de que llegaras que si necesitabas sexo salvaje yo misma te traería a los hombres —sonríó—. No, cariño, ¿cómo me va a parecer mal cuando te veo tan feliz? Sería una tontería cuando además, mi hermano va por ahí como si fuese el rey del mundo, con una sonrisa tonta en la cara y una expresión de orgullo que no puede con ella.

Me sonrojo pero sonrío.

—Estás distinta —suspiro y asiento con la cabeza.

—A ti nunca te cayó bien Juan, ¿verdad? —ella niega —¿por qué?

—Pues no sabría decirte —se encoje de hombros—. Creo que era por cómo te miraba, no sé, así no debería mirar un marido a su esposa, no es que no sea objetiva, pero debería mirarte como lo hace mi hermano, con estrellas en los ojos y como si estuviese viendo a una diosa entre mortales, una mezcla de ternura, deseo y cariño que hace que los demás nos muramos de envidia —suspira—. Juan nunca te miró así, lo siento si esto te duele, pero... además, las cosas que hacía con los chicos... recuerdo que me decías que habías hablado con Juan sobre hacer algo con ellos y que después él cambiaba los planes pero solo con los niños, nunca se acordaba de ti —me mira con tristeza —¿recuerdas el día del parque de atracciones? —la miro confusa—. Joder, te juro que aún puedo oír tu llanto, se me rompió el corazón y yo sabía que él te había convencido de que te habías inventado aquella conversación, pero no era cierto porque cuando se lo dijiste estabas hablando conmigo por teléfono, yo te oí preguntárselo y le oí a él decirte que ese día tenía mucho trabajo y que esperaba que lo pasarais bien los tres juntos, que últimamente no le dedicabas tanto tiempo a los niños.

—Sí —mi mente se esfuerza por recordar—. Lo recuerdo —la miro a los ojos y me estremezco —Dios mío, Susan...

—Sé que está mal, pero joder, me alegré un montón cuando me contaste que le habías pillado con la zorra esa en su despacho y que le habías pedido el divorcio, incluso me alegré de que te enfrentases a tus hijos, porque lo han aprendido del padre, te tratan igual, con el mismo desprecio velado, con la misma indiferencia y después te echan la culpa a ti.

—Ahora ya no es velado.

Le cuento la llamada de Enzo del otro día y ver a mi amiga enfurecerse, jurar en arameo y prometerme que me ayudará a esconder el cadáver si decido vengarme, cura una herida en mi alma.

Tras ponerme una camiseta para no seguir desnuda bajo la sábana, Susan se tumba a mi lado y le explico la conclusión a la que he llegado en el coche. Ella me mira y solo asiente, dándome a entender que eso era lo que ella pensaba, es la primera de las dos en ponerle un nombre y cuando lo pronuncia no puedo evitar estremecerme.

Nos pasamos un buen rato hablando hasta que Liam entra en la habitación y sonrío al vernos

juntas.

—Lo siento hermanita, tres son multitud, largo.

Susan se levanta con una sonrisa, le besa en la mejilla al pasar a su lado y sale guiñándome un ojo.

—Siento no haber ido a buscarte.

—No pasa nada —se inclina y me besa en los labios—. Sigues en la cama y estabas con mi hermana que resulta que es tu mejor amiga, por mí está bien, tenéis que pasar tiempo juntas.

—¿No te importa?

—¿Y por qué iba a hacerlo? —me pregunta a su vez—. Voy a darme una ducha, por si te apetece acompañarme.

\*\*\*

Los días siguientes los paso en la casa de huéspedes con Dylan y Jayden. La verdad es que son unos albañiles, fontaneros y montadores de muebles magníficos.

Sandra y Henry ya nos han abandonado, pero la verdad es que hemos hecho buenas migas y me han invitado a que les visite con Liam, los chicos o yo sola. También me ha dicho que si Liam me causa problemas, me ayudará a meterle sentido común a golpes. Son una pareja fantástica y conocerles me ha hecho darme cuenta de muchas cosas, Henry tiene muchísimo más dinero del que tiene Juan o del que tengo yo, ya puestos, pero aunque no hemos compartido mucho rato, sí que me he dado cuenta de que no hace ostentación de su poder adquisitivo, más bien al contrario, habla de sus posesiones con naturalidad. Y Sandra tampoco se comporta como la mujer florero de un rico empresario como las que yo conocía del club privado en Madrid.

Y darme cuenta de eso, me hace comprender por qué yo nunca he terminado de encajar en aquel ambiente.

Cuando les explico a Margarita y a Carolina todo lo que estoy viviendo aquí, siento cómo se alegran de corazón por mí aunque también la tristeza en sus voces cada vez que nos despedimos, ellas están convencidas de que no voy a volver a Madrid aunque a mí me parece una locura. Claro que con las tonterías, ya llevo más de tres meses en el rancho y la verdad, no tengo prisa ninguna en volver.

También hablo con María con cierta regularidad y después de mi discusión con Enzo, este no ha vuelto por la casa, lo cual me alivia, porque ella no tiene por qué lidiar con la mala educación de mis hijos y estoy más que segura de que se portó fatal con ella.

Ya estamos a mediados de septiembre y la casa de huéspedes está lista, así que Susan le ha hecho como un millón de fotos y las ha colgado en un anuncio que ha puesto sobre turismo rural. La verdad es que ha quedado preciosa. Jayden llamó a un amigo suyo que es pintor y este envió unos lienzos preciosos que quedan de maravilla en todas las estancias.

Salgo de la casa y sonrío. El sol ya no calienta tanto, no es que haga frío pero al menos ya no me quemaré como si fuese un cangrejo de río, no obstante, la crema solar y el sombrero siguen siendo obligatorios. Camino por los jardines con una sonrisa en los labios, la semana que viene Liam y yo iremos al vivero de su amiga y compraremos un montón de plantas, flores y demás para dejar a punto los jardines, casi me pican las manos de la impaciencia.

En estos días he tenido mucho tiempo para pensar, para recordar y para comprender. Ha habido días que he llorado de tristeza, otros de rabia y otros simplemente me abandonaba en los

brazos de Liam porque él me hace olvidar que tengo el corazón roto. No es cuestión de culpar a nadie, pero comprenderlo es más fácil que asimilarlo.

Respiro profundamente y me siento en el césped a ver el atardecer, es una imagen tan sumamente preciosa, que saco una foto con mi móvil y la pongo en mi estado de WhatsApp. Jamás he hecho una cosa así, pero he sentido la necesidad de compartirla.

Un instante después me llega un mensaje.

**Liam**

*Esa imagen sería más perfecta si tú salieses en ella.*

Liam siempre me hace sonreír. Es el hombre perfecto, no me refiero a que no tenga defectos, los tiene como todo ser humano, pero para mí en estos momentos es perfecto, a veces la culpa me golpea con fuerza porque pese a todo, aún no he sido capaz de decirle que le quiero y no es que no lo haga, por sí que le quiero, me he enamorado de él con una intensidad que me asusta. Y quizá sea ese miedo lo que me impide reconocer en voz alta que le amo, porque temo perderle y temo que esto que tenemos se termine porque sé que jamás querré a nadie como le quiero a él y... ¿quién no estaría muerta de miedo?

Estos días todos están muy liados en el rancho porque hay varias reses y varias yeguas que están a punto de dar a luz, Liam no parece muy contento con el plan de cría de Susan, pero al parecer perdieron de vender ganado porque no tenían suficientes cabezas, así que mi amiga ha ideado un plan bastante ambicioso por las explicaciones que ambos me han dado. En algún momento incluso han llegado a discutir por ello y yo hago como Dylan y Jayden, me aparto y que ellos solitos lo solucionen.

Los hermanos también se han peleado en alguna ocasión, pero sus riñas son menos escandalosas que las de su padre y su tía y de ellos no consigo librarme porque ambos acuden a mí quejándose del otro y me toca hacer de árbitro entre ellos. La primera vez me sentí incómoda por razones obvias, pero aunque sigue sin ser plato de buen gusto, tampoco me molesta y me permite vivir a través de ellos, episodios de la maternidad que me resultan desconocidos.

Me siento tan en paz que casi me siento culpable porque sé que los trabajadores del rancho, los chicos, Susan y Liam aún están trabajando mientras yo estoy aquí disfrutando del aire libre, del privilegio que supone poder estar tranquilamente simplemente observando el cielo.

Mi teléfono suena y sonrío. Seguramente sea Liam.

Pero el corazón me da un vuelvo.

**Hugo**

*Bonitas vistas, aunque no son en Madrid, ¿verdad? ¿no vas a volver nunca?*

Leo el mensaje una y otra vez y mi corazón se acelera sin que pueda remediarlo. Es el primer contacto de mi hijo desde que me fui del bufete y no puedo evitar sentirme resentida con él, enfadada y decepcionada. Ya he asumido que he hecho muchas cosas mal y que entiendo que incluso sea justo que me echen ciertas cosas en cara, pero ellos tampoco han actuado bien.

**Yo**

*No, no son en Madrid y no sé cuándo volveré.*

**Hugo**

*¿Tampoco me vas a decir dónde estás? Papá no lo sabe, tu abogado es una tumba y María ya no responde ni al teléfono ni nos deja entrar en la propiedad.*

**Yo**

*Dejad de acosar a María, por favor, lo único que ha hecho esa mujer ha sido cuidaros con todo su cariño desde el día en que nacisteis, si alguien tiene que daros información sobre mí, soy yo. No me puedo creer que hayáis hablado con mi abogado, pero, ¿qué os pasa?*

**Hugo**

*Yo no acoso a María y Enzo tampoco. Pues claro que hemos hablado con tu abogado ya que no podemos hacerlo contigo, te recuerdo que has desaparecido y que nadie sabe dónde estás.*

*Me tenso de la cabeza a los pies. Susan tiene razón, mis hijos me hablan igual que lo hacía su padre. La decepción que siento es tan grande que ni siquiera siento ya rabia o dolor.*

**Yo**

*No he desaparecido, me he ido de Madrid. Sí que hay gente que sabe dónde estoy, pese a lo que siempre me insinuáis, no estoy loca ni estoy perdiendo facultades. ¿Acaso os he prohibido hablar conmigo? Ahora mismo lo estás haciendo, ¿verdad? ¿o también son imaginaciones mías? Y Enzo me llamó, solo para exigirme que le regale mi casa, pero me llamó y hablamos.*

**Hugo**

*Pero tú no nos llamas a nosotros. Y le colgaste el teléfono a Enzo.*

**Yo**

*Quizá sea porque me he cansado de que me hagáis sentir mal en cada llamada, como haces tú ahora con estos mensajes. ¿De verdad puedes culparme por no llamaros después de lo ocurrido en el bufete? ¿Después de lo que Enzo me dijo y que tú no negaste?*

**Hugo**

*No intento hacerte sentir mal, mamá.*

*Escribo de forma apresurada para que no siga por ese camino.*

**Yo**

*Sí, sí que lo haces y a la vez intentas que parezca que son exageraciones mías. Pero sé sincero contigo mismo, imagina que llevas años casado con alguien y el día de vuestro aniversario te encuentras a esa persona practicando sexo en un bufete que es de tu familia, que es tuyo por derecho.*

**Hugo**

*Ya sé lo que viste.*

**Yo**

*Y aun así, os pusisteis de parte de vuestro padre, como lleváis haciendo desde que os llevó a Mallorca mientras yo estaba en el parque acuático con todos vuestros compañeros de clase y de las extraescolares y sus padres mirándome con cara de pena.*

**Hugo**

*Mamá, ¿de qué hablas? Papá nos llevó a Mallorca porque nos dijo que te habías ido con unas amigas a pasar el fin de semana fuera, que una amiga te necesitaba y que le habías dicho que eso era más importante que nuestro cumpleaños porque podríamos celebrar más.*

Me quedo sin aire durante unos segundos mientras un odio visceral e irracional se apodera de mí. Y de pronto, cada desprecio velado de Juan, cada mirada neutra o despreciativa, cada crítica sutil a mi forma de vestir o a la elección de las joyas, los comentarios sobre los niños... todo vuelve a mi cabeza mostrándome cientos de imágenes. Mi corazón sangra al comprender que yo lo permití, que yo dejé que él me convenciera de todas esas gilipolleces. Aquel día, el de su doceavo cumpleaños, debí dejar a todas aquellas personas que no me importaban una mierda, coger un vuelo y plantarme en Mallorca para estar con mis hijos.

Comencé a llorar con desconsuelo.

**Hugo**

*¿Mamá?*

*¿Hola?*

*¿Mamá?*

El teléfono empezó a sonar y ver que era él hizo que se me rompiera el corazón de nuevo.

## Capítulo 18

No he podido levantarme de donde estoy.

Me he quedado aquí sentada, llorando desconsolada mientras siento que todo a mi alrededor se destruye, que de nuevo tengo la sensación de que he vivido una mentira, que nada ha sido real y que Juan me ha engañado de la peor de las maneras. Si mi hijo Hugo no miente, y no comprendo por qué motivos podría hacerlo, mi ex marido lleva mucho tiempo tratando de volverme loca, porque no se me ocurre qué otra cosa pensar.

—¡Juls!

Liam llega hasta donde estoy muerto de preocupación. Ni siquiera he oído el retumbar del galope del semental en el que Liam ha llegado hasta aquí.

—Cariño, ¿qué te pasa? Joder, casi me vuelvo loco, llevo una hora llamándote.

Le miro a los ojos y se sienta frente a mí.

—Cariño, dime algo porque joder, me estoy asustando mucho.

—Juan intentaba volverme loca.

—Espera, ¿qué? ¿de qué hablas? Mira —me coge de las manos—. Por favor, empieza desde el principio porque yo sí que estoy perdiendo la cabeza.

—Ten.

Le tiendo el teléfono móvil y le veo abrir los ojos a medida que avanza en la conversación.

—Menudo hijo de puta —me devuelve el teléfono—. Joder, cariño, lo siento, lo siento muchísimo.

Tira de mí hasta que me siento en sus piernas, me abraza con fuerza y está a punto de besarme cuando su móvil suena.

—Son los chicos, tengo que contestar —me apoyo en su hombro y él descuelga—. Sí, ya la he encontrado, no, está bien —respira profundamente—. No, cenad vosotros, no nos esperéis —hace una pausa—. Sí, os prometo que está bien y que la llevaré a casa, pero cuando ella se sienta preparada —otra pausa —sí, de vuestra parte.

Corta la llamada, guarda el teléfono y me abraza.

—Están preocupados por ti, también te han llamado.

—Después del último mensaje empecé a llorar y ya no pude hacer otra cosa —me separo para poder mirarle a los ojos —lamento haberos preocupado, pero no podía dejar de llorar, ni siquiera pensé en ti y eso me convierte en una persona horrible porque tú siempre piensas en mí.

—No, cariño —me besa en los labios—. Esto no se trata de una competición sobre quién es

mejor.

—Si lo fuese, habrías ganado de calle —protesto con más lágrimas cayendo—. Mírame, soy un desastre.

—Ay, Juls —me limpia las lágrimas—. Mi vida, no eres un desastre, joder, me gustaría vérmelas con ese ex tuyo, te juro que le sacaré el corazón del pecho por hacerte creer algo así.

—Yo se lo permití —sollozo—. Yo le dejé que me quitara a mis hijos, Liam... ¡yo! Aquel maldito día debí ir al aeropuerto, comprar un billete e ir a buscar a mis hijos, pero no... me quedé en aquella estúpida fiesta con aquellas personas a las que no conocía y que no me importaban mientras lo más importante de mi vida estaba lejos de mí aprendiendo a odiarme.

—Juls, no fue culpa tuya, confiaste en el hombre al que amabas y te engañó, eso es todo.

—No, Liam... Sandra jamás habría permitido algo así.

—No, mi amor, yo jamás habría hecho algo así —me limpia las lágrimas de nuevo aunque siguen cayendo—. Yo jamás habría separado a mis hijos de su madre el día de su cumpleaños y aunque fuese cierto que estabas con unas amigas, que no me lo creo, te habría ido a buscar, habríamos tenido la bronca del siglo y habrías pasado el día con nuestros hijos, eso es lo que hace un hombre de verdad, lo que hizo tu ex marido es de cobardes, sinvergüenzas e hijos de puta.

La rabia de sus palabras, el brillo de ira de sus preciosos ojos azules y la firmeza de su voz y de su agarre sobre mis caderas me calma como nada más podría haberlo hecho.

—Le odio con todas mis fuerzas.

—¿Y te extraña? —me aparta el pelo de la cara—. Yo no les conozco a ninguno de los tres y también les odio.

—No, los niños...

—Los niños ya tienen pelos en los huevos como se suele decir —sonrío ante su brutalidad—. Son adultos y puede que de adolescentes se les manipulase, pero después, deberían haber usado el cerebro y pensar que no era muy lógico que una madre que se desvivió por ellos durante doce años de repente no quiera estar con ellos, así que lo siento, mi amor, pero son tan imbéciles como su padre.

Aprieto los labios con fuerza porque aunque sus palabras me han dolido como si me estuviesen clavando puñales, siento en lo más profundo de mí que tiene razón. Que sí, que yo les dejé con su padre, pero ellos jamás me preguntaron por qué no estuve con ellos.

—Aun con todo, quiero recuperarles —le miro a los ojos—. Son mis hijos y aunque han sido muchos años de desprecios y de frialdad y desdén, yo... les quiero.

—Joder, ¡pues claro que les quieres! —parpadeo —¿acaso te crees que soy gilipollas? Mis hijos podrían venir ahora mismo, clavarme un puñal en el corazón y yo seguiría dando mi vida por ellos sin pestañear, ¿piensas que no te entiendo? Yo también soy padre y sí, no les he llevado dentro y no les he parido, pero joder, son míos y una puta sonrisa suya cura todos mis males. Tus hijos te han jodido durante años, ¿y?, no por eso dejan de ser tus hijos.

—¿Sabes? Para ser un rudo vaquero, eres muy sabio.

Le acaricio el pelo y le beso en la punta de la nariz.

—Y sería la hostia de feliz si mi novia dejase de darme estos putos sustos —bajo la mirada

sintiéndome culpable—. Joder, Juls, ¿por qué no has venido a buscarme? Me dices, Liam, churri, cariño o como te apetezca llamarme —sonríó —mi hijo me ha escrito y ha puesto mi vida del revés, te necesito. Y ya está.

—No paro de meter la pata contigo —suspiro —y no paro de defraudarte.

—Yo no he dicho eso. Solo digo que tienes que aprender a contar conmigo para todo, joder, yo te quiero en mi vida, pero a veces siento que tú no me dejas formar parte de la tuya.

—Sí lo hago, yo... confío en ti, te cuento todo.

—Cuando no tienes más remedio, Juls —enmarca mi rostro con las manos—. Es como en Dallas, ¿por qué no pudiste hablarme claro? Algo así como, mira, mi marido era un picha floja que no sabía tratar a una mujer, estoy amargada y no sé lo que es un orgasmo como Dios manda, tampoco he estado con ningún otro que con ese capullo por lo que es probable que se me haya reconstruido el himen. Desde luego mi ex marido no es ni de lejos, un semental como tú con un cuerpo esculpido por los dioses que me hace babear, así que toma el mando de mi cuerpo y de mi alma y no me dejes nunca —se encoje de hombros—, o algo parecido.

Me echo a reír a carcajadas.

—Eres el hombre perfecto —le beso con devoción.

—No soy perfecto, pero estoy locamente enamorado de ti y cada una de tus neurras me quita diez años de vida, que sepas que para lo mucho que disfrutas en la cama, no me cuidas lo más mínimo.

Me río de nuevo.

—Te quiero, Liam.

Se queda totalmente paralizado y me mira con los ojos como platos.

—¿Qué?

—He dicho que te quiero —le beso con todo mi amor—, te quiero. Eres mi hombre perfecto y no me imagino no estar contigo, sé que no hemos hablado del futuro y que hemos acordado disfrutar del presente, pero contigo siento que puedo empezar de nuevo, que puedo encontrarme a mí misma y que me quieres de verdad.

Se queda en silencio y por un momento me asusto. ¿He metido la pata? No soy experta en relaciones, pero se supone que cuando el hombre se declara, la mujer también debe decir algo si siente lo mismo, ¿no?

—Vamos a casa.

Se pone en pie conmigo a horcajadas y me quedo rígida.

—Liam, ¿qué pasa? ¿he hecho algo mal?

—Vamos a casa —repito serio.

—No —le obligo a que me mire —¿qué te ocurre? ¿es porque te he dicho que te quiero?

Me mira a los ojos y puedo ver, pese a lo oscuro que está, que le embargan mil emociones. Mi vaquero lo siente todo con mucha intensidad.

—Sí, es por eso.

—No lo entiendo.

—No puedes saber lo que sientes por mí en mitad de tu tormenta emocional, no después de

esa conversación con tu hijo, no después de sentir que te ha estallado el corazón de tristeza — niega con la cabeza—. Joder, no te haces una idea de lo mucho que deseo que sea cierto, pero creo que solo es una cortina de humo, una salida a un caos emocional con el que vas a tener que aprender a lidiar.

—No es cierto, Liam. Sé lo que siento por ti.

Respira profundamente y silba para llamar a su caballo.

—Vamos a casa.

\*\*\*

Cuando llegamos al rancho, después de dejar a su caballo en los establos, nos esperan las luces del porche, de la entrada y de la cocina encendidas. Liam me ha cogido de la mano y no me la suelta hasta que entramos en la cocina.

—Tienes que comer algo —mira lo que hay en los platos y me sirve un vaso de agua—. ¿Te importa cenar sola? Yo no tengo hambre y lo que más me apetece es una ducha.

—Claro.

Cuando está a punto de salir de la cocina, gira la cabeza y me mira.

—Solo necesito un rato a solas.

—Por supuesto.

Asiento con la cabeza y él también lo hace.

Me siento en una de las sillas cuando ya no puedo verle y me quedo aturdida pensando en qué ha podido ocurrir. En por qué le ha sentado tan mal que le haya dicho que le quiero.

Sí, sé que tiene razón en todo lo que me dijo, estoy en mitad de una tormenta emocional que me tiene el corazón destrozado, pero eso no le afecta a él, o mejor dicho, no me afecta en lo que siento por él.

Soy consciente de que en estos momentos no soy la mujer más estable del planeta, de que la relación que tenemos no es fácil ni perfecta y que todos los problemas vienen por mi parte, pero me ha dolido que no me crea cuando le he dicho lo que sentía. Llevo un tiempo sabiendo que me he enamorado de él, solo que no me he atrevido a decírselo hasta ahora.

Y sí, quizá haya sido porque la conversación con Hugo ha terminado de romper los diques que a duras penas contenían los pedazos de mi corazón, pero, ¿qué importa eso? Mis hijos, mi vida anterior, mi ex marido y todo lo que he vivido me han traído hasta ahora, hasta este momento, hasta él.

Con movimientos mecánicos guardo la comida en la nevera, me bebo el vaso de agua y dudando sobre lo que hacer, me dirijo a su habitación.

Llamo a la puerta y cuando me abre, frunce el ceño.

—¿Por qué no has entrado directamente?

—Porque no sabía si querías verme o si me ibas a dejar dormir contigo.

—Joder, Juls...

Se aparta con gesto molesto y se me corta la respiración.

—Oye, mira, sé que soy complicada, que te vuelvo loco con mis historias y que no te lo he puesto fácil —se gira para mirarme —sé todo eso y lo siento, pero es mi equipaje y no puedo

cambiarlo, lo que tenemos es muy intenso y ya he comprendido que mis habilidades sociales son una mierda, pero nunca he discutido con una pareja y no sé qué esperas de mí.

—Vale —se frota las sienes y suspira—. Mira, estoy muerto, ¿podemos acostarnos y ya hablaremos de esto mañana?

—¿Estás bien? —me acerco preocupada —Liam, por favor... mírame.

—Sí —me mira y me besa en los labios—. Estoy bien o al menos, lo estaré mañana, de verdad que necesito dormir.

—Claro, cariño.

Nunca le he llamado con ese mote cariñoso, y ahora esperaba una sonrisa o al menos que desapareciese esa mirada tan triste, pero no lo consigo.

Entro en el baño para lavarme los dientes y cuando salgo, Liam ya está en la cama y la luz de su mesita apagada. Está de espaldas al lado en el que yo duermo.

Claramente no está dormido, pero tampoco quiere hablar más y yo no sé ni cómo actuar, ni qué hacer. Así que me meto en la cama, apago la luz y hago todo lo posible por quedarme dormida sin sentir sus brazos a mi alrededor.

Cuando me despierto a la mañana siguiente, estoy sola en la cama y una profunda decepción se apodera de mí. No es que no haya ocurrido antes, pero hoy la sensación que tengo es distinta.

Me doy una ducha, me pongo algo de ropa cómoda y bajo a la cocina. Todo está recogido y Martha ha dejado sobre la mesa unos platos para mí.

—Hola, cariño —me sonrío—. ¿Café? —me ofrece una taza que cojo nerviosa.

—¿Has visto a Liam?

—Sí, pero de refilón, salió antes del amanecer, una de las vacas está de parto y Susan no podía sola.

—Ah —bebo un trago —¿sabes si ha ido todo bien?

—Sí, ha sido complicado, pero Jayden se ha pasado hace un rato por aquí para decir que todo iba bien —me mira con los ojos entrecerrados —¿va todo bien?

—Pues no sabría decirte, la verdad.

Como es lo normal, el resto del día todo el mundo está ocupado y aunque me paso por las cuadras para preocuparme por la vaca y la cría, no veo a Liam por ninguna parte. Tampoco está en los establos ni en los campos de entrenamiento de los caballos.

Le mando un par de mensajes que me responde con monosílabos y decido que no debo llamarle, está claro que quiere algo de distancia y la verdad, no puedo culparle. Me molesta un poco que sea mi declaración de lo que siento por él lo que le ha hecho salir corriendo, pero después de todas mis neuras, de todos mis problemas y de todas mis taras mentales, no creo que tenga derecho a quejarme.

Así que decido que si es distancia lo que quiere, será distancia lo que tenga.

A media tarde, me cruzo con Susan que tiene unas ojeras que le llegan a los pies.

—¿Puedo hacer algo por ti? —le pregunto preocupada.

—Sí, podrías tirarte a mi hermano a ver si se le pasa el mal humor —la miro con el ceño fruncido—. No sé qué os ha pasado y perdona que te lo diga, pero estoy muy cansada para preocuparme por eso ahora, pero joder, está que muerde desde que le llamé para que me ayudase, si lo llego a saber, hubiese despertado a Dylan y a Jayden.

—Ya, lo siento —se recuesta en el sofá mecedora del porche —¿te apetece un té helado o una limonada?

—Limonada, por favor —responde con los ojos cerrados—. Y si hay algo de comer, también, me da igual lo que sea, un buey, unos huesos...

Sonrío mientras entro dentro a buscarle la bebida y la comida.

Se nota que Martha les conoce bien porque ya tiene preparada una porción muy generosa de tarta de zanahoria que es la favorita de Susan.

—Eres como la niñera mágica —le digo con una sonrisa y ella se echa a reír.

—¡Qué va! Años de experiencia —me tiende un vaso enorme de limonada.

—Gracias.

Se lo llevo todo a mi amiga y la observo devorar la tarta y beberse la limonada casi de un trago.

—No me juzgues, llevo sin comer desde ayer por la tarde y ya hace horas que no bebo nada —se seca la frente con el dorso de la mano—. Estoy agotada, cuando pille la cama, voy a dormir durante una semana seguida.

Me quedo a su lado sin decir nada. Verla tan cansada hace que me sienta peor, ellos partiéndose los cuernos trabajando todo el día y yo mano sobre mano.

—Por cierto —abre un ojo y me mira—, una familia de Nueva York vendrá a la casa de huéspedes en el puente de octubre, van a ser nuestros primeros huéspedes.

—¡Eso es genial!

—Sí —abre el otro ojo —¿te importaría hacerte cargo de eso? Hasta que contratemos a alguien si la cosa se vuelve más habitual, yo no puedo con más trabajo y Liam tampoco y me parece que mis sobrinos pasan del tema, en cuanto dejaron de divertirse decorándola contigo, es como si no existiese.

—Claro, no tengo problema.

—Genial, gracias.

Esa noche, después de cenar, cuando Liam y yo estamos a solas en la habitación me planto delante de él y me cruzo de brazos.

—Tenemos que hablar.

—Pues tú dirás —se sienta en la cama para quitarse las botas.

—¡Oye! —le palmeo el brazo —quiero que me escuches.

—Puedo hacer dos cosas a la vez, pese a ser hombre.

—Sí, y tres también porque te estás comportando como un gilipollas ahora mismo —me mira y aprieto los dientes—. Mira, sé que no te gustó lo que te dije y lo siento muchísimo, no volveré a decírtelo, pero si todo esto es por algo más, si es porque te has cansado de mí y de mis

problemas, dímelo a la cara porque ya sabes que no pillo las indirectas, así que dime, ¿quieres cortar conmigo?

—No, Juls —se frota el pelo con fuerza —joder, claro que no.

—Vale, pues entonces tenemos que encontrar la forma de superar lo que sea que ha pasado y que no comprendo, porque hoy te has enfrentado a todo el mundo y casi llegas a las manos con Dylan.

—Solo ha sido una bronca, hemos tenido miles.

—Lo que tú quieras, pero esta ha sido por mi culpa pero sin que yo estuviese por el medio.

—No todo lo que pasa en el mundo es culpa tuya, ¿sabes?

—Sí, lo sé —me mira sin estar convencido—. Pero lo de hoy sí es por mí y tú también sabes eso, así que dime, dado que tú eres el más experto de los dos en relaciones saludables, ¿cómo lo arreglamos? Nos gritamos durante horas, nos ignoramos, lo dejamos o follamos como salvajes, ¿qué hacemos?

Liam sonrío, me coge por las caderas y me sienta sobre sus piernas.

—Me gusta lo de follar como salvajes —me besa con devoción y no había sido consciente de cuánto lo había echado de menos—. Mañana me disculparé con todos —enmarca mi rostro con las manos —lo siento mucho, cariño, sigo pensando todo lo que te dije, pero no es justo que me haya enfadado contigo.

—Pero te hice daño —él asiente con un gesto de tristeza—. No lo entiendo muy bien, pero yo también lo siento, jamás querría hacerte daño. Dime, ¿hay posibilidad de arreglar esto?

—Claro —me abraza con fuerza—. Joder, claro que sí, cariño, yo no quiero dejarlo, joder, me moriría si te perdiese y más por algo así.

Le miro a los ojos y le beso en la punta de la nariz.

—De acuerdo, porque yo tampoco quiero perderte.

## Capítulo 19

Aún estamos algo tensos los dos, pero dos días después vuelvo a enfadarme cuando Dylan y Jayden me informan de que serán ellos los que me lleven al vivero a escoger lo que vamos a poner en los jardines. Pero esta vez en lugar de resignarme y dejarlo pasar, decido coger al toro por los cuernos. ¿No estoy en Texas rodeada de vaqueros? ¡Pues eso!

—Disculpadme un momento, chicos.

Camino furiosa hasta el campo de entrenamiento y le grito a uno de los trabajadores.

—¿Dónde está Liam?

—En los establos, ¿necesitas algo?

—Sí, romperle la cara a ese idiota —murmuro para mí mientras me dirijo a los establos.

Si Liam se cree que lo voy a dejar pasar, es que no se ha dado cuenta de cómo soy ahora. Me prometió que iba a venir conmigo, que íbamos a hacer esto juntos y, ¿ahora va y me endosa a sus hijos como si yo fuese una lámpara?

—¡Liam! —grito cuando entro—. ¿Dónde demonios estás?

—¿Juls?

Sale de uno de los cubículos y me mira extrañado.

—¿Qué pasa, cariño?

Le golpeo en el pecho con fuerza.

—Nada de cariño, ¡eres un imbécil! Si no quieres arreglar las cosas de verdad, me lo dices y punto, ya te he dicho que no sé leer entre líneas, me prometiste que íbamos a hacer esto juntos, y ahora me envías a tus hijos como si yo fuese un mueble viejo, ¿sabes lo que te digo? ¡que te den a ti y a tus malditos jardines!

—¡Eh! ¡joye! —me sujeta del brazo cuando me doy media vuelta—. En primer lugar, ya hemos arreglado las cosas aunque aún estén un poco raras, sé que te lo prometí y que no puedo cumplir mi palabra porque ha habido un problema en el rancho que tengo que solucionar yo, no te envió con mis hijos como si fueses un mueble viejo, vas con ellos porque tú no conduces y a ellos les hacía ilusión acompañarte, les encanta estar contigo y pensé que disfrutarías de la experiencia —me sujeta de las caderas—. Venga, cariño, no te enfades conmigo, siento no poder acompañarte, si prefieres que vayamos juntos, vale, pero tendrá que ser otro día porque ahora mismo me tengo que ir a Houston, un imbécil dice que mis reses le han destrozado el cercado de su finca y me pide un dineral a cambio, tengo que ir.

Suspiro y me rindo. Si es que no sé ni para qué lo intento, si al final voy a ceder porque da igual que sea la antigua Julieta o la nueva Juls, odio con todas mis fuerzas ver sufrir a alguien a

quien quiero, aunque el muy estúpido no se crea que estoy enamorada de él.

—Vale —cedo y le beso en los labios—. Perdona por gritarte y pegarte.

—Cariño —me abraza con fuerza —te prometo que te compensaré, pero tengo que irme ya, siento mucho...

—No, déjalo —le pongo un dedo sobre los labios—. Ten cuidado, ¿vale? Tú solo... vuelve conmigo. Arregla lo que sea que tengas que arreglar y vuelve conmigo.

—Claro, mi amor —me besa en la nariz—. Te quiero muchísimo, Juls.

—Me has prometido que vas a volver —le digo cuando me suelto de sus manos y él asiente—. Voy a ir de compras con tus hijos.

—Vale, preciosa.

—Ten cuidado.

Salgo de allí antes de suplicarle que me lleve con él. Sé que sería una soberana estupidez, así que camino deprisa hasta que llego al rancho y allí, en el porche, sentados en las escaleras, están Dylan y Jayden.

—¿Quién ha ganado la pelea? —Jayden me dedica una de sus brillantes sonrisas.

—No es el día —gruño pasando por su lado y subiendo a la parte trasera del todoterreno.

—Vale —responde Dylan.

Los dos se suben, Dylan es quien conduce y el trayecto hasta el vivero lo hacemos en silencio.

En cuanto entramos en el vivero, mi humor comienza a cambiar. Y cuando Kyle, la amiga de Liam, aparece con su preciosa sonrisa, me siento un poco mejor aún.

—¡Vaya, vaya! ¡mira lo que ha traído el viento! Los guapísimos hermanos Anderson.

—Hola, Kyle —Dylan la abraza y le da dos besos.

—Hola, hacía siglos que no venía por aquí —comenta Jayden después de saludarla con cariño.

—Hola, Julieta, perdona pero con estos monumentos, casi no te veo —ellos sonríen y le guiñan un ojo, pero ella me mira con el ceño fruncido —vaya, ¿te pasa algo?

—Se ha peleado con papá —le explica Jayden—. Llevan así un par de días.

—Jayden —Dylan le golpea en el hombro y yo le fulmino con la mirada.

—Seguro que tu padre tiene la culpa —afirma Kyle y me hace sonreír—. Ven —me dice—. No hay nada como meter las manos en la tierra para disolver las frustraciones.

—En realidad, vengo a por material para los jardines, he estado leyendo y ahora que las temperaturas son más suaves, es buena época si las plantas están en el punto apropiado de crecimiento.

—Me encanta que sepas de lo que hablas —sonríe—. Ven conmigo —mira a los chicos—. Vosotros, coged un par de carros, ¿querrás algún arbusto?

—Varios.

Caminamos por el amplio pasillo hasta que llegamos a una especie de cruce.

—¿Qué buscas? Será mejor empezar por las más grandes y después las más pequeñas.

Asiento con un gesto porque creo que tiene razón.

—Un par de cipreses de Arizona y un par de robles rojos de Texas, para empezar.

—Buenas elecciones —me sonrío—. No puedo esperar a ver cómo dejas todo eso, espero que cuando lo tengas listo, me avises.

—Por supuesto.

Oímos que la llaman por el walkie que lleva al cinto y pone los ojos en blanco.

—Chicos, es vuestra casa, si necesitáis ayuda, tengo gente por ahí y si no, me llamáis —mira a Dylan —¿recuerdas dónde se va dejando el material reservado?

—Claro, me pasé dos veranos llevando macetas de un lado a otro, ¡como un esclavo!

Kyle se aleja riendo a carcajadas.

—Así que trabajaste aquí.

—Sí, un año que tuve tonto —se encoge de hombros mientras empiezan a empujar los carros—. Suspendí un par de asignaturas y mi padre me obligó a venir a trabajar aquí, el cabrón le pidió a Kyle que me diese el turno de las seis de la mañana, dos putos veranos levantándome a las cinco.

—Has dicho que trabajaste aquí dos veranos, ¿qué pasó el segundo año?

Jayden comienza a reírse a carcajadas ante la furiosa mirada de su hermano.

—Me lie con una chica, nos quedamos dormidos en su casa y falté al trabajo —encoje un hombro—, habíamos bebido y cuando me desperté vine a toda velocidad con el coche de mi padre, claramente no se me había pasado la borrachera del todo, porque estampé el todoterreno contra uno de los postes de la entrada, no me maté de milagro, ¿quieres dejar de descojonarte de mí? —le reprocha a su hermano.

—No —sigue riéndose—. Lo peor fue que cuando papá le fue a buscar a comisaría, Dylan le dijo que el poste había aparecido de repente —suelta otra carcajada—. Joder, nunca había visto a papá tan furioso.

—Ya te digo —interviene Dylan—. Pensé que me mataba ahí mismo, pero no, pagó la fianza, me abrazó con todas sus fuerzas hasta que casi me rompió la costillas y dos días después me indicó de malas maneras que iba a pagar los destrozos trabajando de nuevo para Kyle, esta vez sin cobrar un solo dólar, y por supuesto, de nuevo en el turno de las seis de la mañana.

—¿Y aún no se lo has perdonado?

Ambos me miran y parecen confusos, encojo un hombro para quitarle importancia a mi pregunta.

—Nunca me enfadé con él, mi padre es un cabrón a veces, pero todo lo que ha hecho por nosotros ha sido porque nos quiere con toda su alma, a ver, no hemos sido unos santos y como todo hijo de padres divorciados, intentamos poner a uno en contra del otro para aprovecharnos, llamé a mi madre y se lo conté y su respuesta fue que ella me habría obligado a trabajar también en invierno.

—Sí, mamá es mucho peor que papá a la hora de los castigos —conviene Jayden.

Varias horas después, en un rincón de la enorme nave, están expuestas todos los árboles, arbustos y plantas que he escogido.

—Creo que me he pasado —les digo a los chicos que se parten de risa—. Ufff, pero es que el terreno es muy grande —sigo con mi monólogo—. El árbol de orquídeas Anacacho quedará de maravilla en el camino del lago, con el castaño de Indias mexicano y los mirtos.

Les miro pero ambos están con los móviles en la mano ignorándome por completo.

—¡Pues anda que sois de ayuda! —protesto y me sonrío con picardía.

—Juls, vas a dejar los jardines de maravilla, lleva todo lo que quieras, papá ha dicho que sí a todo.

—Ya...

En ese momento Kyle se acerca y silba al ver todo lo que he apartado.

—¿Me he pasado, verdad?

—A ver, depende de la extensión de los jardines, claro.

—Pues todo el jardín delantero, el trasero del edificio principal, el camino al lago y el jardín trasero de la casa de huéspedes.

—¿Casa de huéspedes?

—Luego te paso el enlace —le indica Dylan.

—En ese caso, no creo que te hayas pasado —mira la selección—. Va a ser interesante cómo lo organizas.

—Dudo entre la Flor de niebla blanca y el naranjo falso —suspiro—. ¿Cuál me aconsejas?

—El naranjo es más grande y se expande más que la flor de niebla, pero ambas son preciosas, si quieres llévate las dos y lo ves allí, si no te convence, te lo recojo y listo —mira de nuevo la selección—. Me encanta la salvia de Texas, la aralia y el laurel de montaña.

—Y a mí, nunca he trabajado con ellos —me mira de reojo —pero me he puesto al día, tranquila.

—Ya lo veo —sonríe —bien, le diré a uno de los chicos que lo prepare todo y mañana te lo llevamos, ¿te parece?

—Perfecto.

\*\*\*

Cuando al día siguiente llegan las tres furgonetas del vivero y empiezan a bajar el material, siento un ramalazo de remordimiento y a punto estoy de pedir que se lo lleven todo de nuevo, pero es que ya puedo vislumbrar la composición y de nuevo siento la necesidad de enterrar las manos en la tierra, prepararla yo misma y colocar para planta en su sitio con todo el cariño del mundo.

Un buen rato después, los chicos del vivero se despiden y yo casi salto de la emoción por poder ponerme a trabajar.

—Venimos a ayudarte.

Dylan y Jayden me miran y sonrío.

—Sabemos que aún estás un poco enfadada con papá, pero no venimos a decirte cuánto te quiere ni cuánto siente no haber podido volver de Houston aún —suelta Jayden de carrerilla y sonrío.

—Sí, y tampoco venimos a decirte que va a intentar compensarte por todo y que te quiere mucho —continúa Dylan.

—Sois unos hijos muy leales —me burlo de ellos—. Pero la ayuda se agradece, sobre todo para trasladar aquellos más grandes.

—Eso está hecho, jefa —Jayden me guiña un ojo y me echo a reír.

El resto del día pasa entre risas y bromas. Movemos tierra, plantamos, recolocamos la tierra, humedecemos y continuamos. Parece que todo esto pudiera ser fácil pero es más complicado de lo que parece, aunque lo disfrutamos como enanos.

La verdad es que trabajar con Dylan y Jayden es una maravilla. Son divertidos pero trabajadores y no hay que decirles las cosas dos veces, lo pillan todo a la primera.

—Una pregunta, Juls —estamos sentados en el porche tomando un poco de limonada fría antes de entrar a comer—. ¿Por qué no conduces? ¿no tienes carnet?

—Lo cierto es que no —muevo la mano—. A ver, me saqué el permiso de conducir a los dieciocho, pero a los veintisiete años tuve un accidente, iba a recoger a Enzo del colegio porque se había puesto enfermo, pero un camión se saltó un stop y me aplastó contra el muro de una casa.

—Joder —exclama Dylan—. Espero que colgaran de los huevos a ese cabrón.

Me echo a reír.

—Pues no, en España no suelen hacer eso que yo sepa —me encojo de hombros—, no sé muy bien en qué quedó todo porque yo me pasé mucho tiempo en el hospital, por fortuna no tenía ninguna lesión grave, salvo varias costillas rotas, el brazo que me tuvieron que operar —les enseño la pequeña cicatriz de la intervención —y me rompí el fémur derecho —les muestro otra marca unos centímetros por encima de la rodilla —lo peor fue tener que ir a rehabilitación, menos mal que el marido de María, la mujer que se encarga de mi casa, me llevaba todos los días.

—¿Y tu marido? ¿por qué no te llevaba él?

—Tenía trabajo, por aquel entonces quería levantar el bufete a toda costa, llevarlo más lejos de lo que había conseguido mi padre —me encojo de hombros —apenas vino a visitarme al hospital.

—Lo siento mucho —Jayden me aprieta la mano con cariño—. Siento muchísimo que tuvieras que pasar todo eso sola.

—¿Y tus hijos?

—A ellos sí que les veía —sonrío—. María me los llevaba todos los días al hospital y pasaba un rato con ellos.

—Algo es algo —murmura Dylan.

Martha sale a llamarnos para comer y pronto la conversación se llena con temas del rancho. Todos están preocupados por el tema de la denuncia, pero ninguno de ellos duda de que Liam podrá solucionarlo todo. La fe que tienen en él es inquebrantable y me hace sentir orgullosa de él.

Cuando vamos a tomarnos un café, suena mi teléfono y frunzo el ceño al ver que se trata de mi abogado. Me levanto, me disculpo con todos con un gesto de cabeza y salgo al porche para

hablar con él.

—Hola Mario, ¿pasa algo?

—Hola, Julieta, bueno, eso depende.

—Eso no suena nada bien, ¿tiene que ver con mis hijos?

—No, tiene que ver con que llevas más de tres meses en el país y tu visado de turista ha caducado, te pedí una ampliación, pero solo te la han concedido por un mes más, por lo que va a caducar en breve.

En ese instante los chicos salen y se sientan a mi lado en los escalones.

—Ya —noto su apoyo y eso me permite respirar—. Entonces, ¿tengo que irme?

—Me temo que sí —miro a los chicos e intento mantener el tipo, pero me está costando horrores —Julieta, puedo hablar con alguien de la embajada, ver si puedo extenderlo ni no quieres volver aún, pero no puedes permanecer eternamente allí de turismo, lo siento, yo no hago las reglas.

—No, tranquilo, sé que velas por mis intereses —trago con fuerza —¿puedo llamarte mañana? Yo... no contaba con esto, supongo que he pecado de ingenua, tengo que pensar qué voy a hacer.

—Claro, oye, ¿estás bien?

—Sí —afirmo también con la cabeza como si él pudiese verme —sí, claro, es solo que... no sé, no lo esperaba.

—Te lo he mandado todo al correo, pero al ver que no me respondías, pensé que a lo mejor habías tenido algún problema.

—No, no hay ningún problema más allá de que me he olvidado por completo de todo —suspiro—. Ahora miraré el email y... eso, ¿puedo llamarte mañana?

—Sabes que puedes llamarme cuando quieras.

—Gracias, Mario.

—Hablamos mañana y siento ser portador de malas noticias.

Cuelgo el teléfono con el ánimo por los suelos. Tener a Dylan y a Jayden a mi lado me proporciona cierta calma, así que con la confianza que hemos cogido trabajando juntos, apoyo la cabeza en el hombro de Dylan y este me rodea los hombros con un brazo mientras Jayden se tumba en los escalones apoyando su cabeza sobre mis piernas, tiene el mismo tipo de cabello que su padre y se lo acaricio distraída.

Permanecemos en silencio unos minutos hasta que al final, soy yo la que rompe el silencio.

—No tengo ni idea de cómo decírselo a vuestro padre.

Sé que han oído toda la conversación, y si no toda, lo justo para atar cabos.

—Hay formas de que te quedes en el país, Juls —me dice Dylan—. Por matrimonio, por trabajo, por tratamiento médico...

—¿Insinúas que me case con tu padre? —me río por no echarme a llorar.

Si cuando le dije que le quería salió corriendo, no me puedo imaginar lo que hará si le pido que se case conmigo. Vamos, seguro que el que se va del país es él.

—A nosotros nos parece una idea estupenda —añade Jayden con su preciosa sonrisa.

—Yo creo que os ha dado mucho el sol —le doy un pequeño tirón de pelo —si queréis ir de boda, ¿por qué no sentáis la cabeza?

—Yo ya la tengo sentada —responde Jayden—. De eso habla con Dylan.

Todos nos reímos y volvemos a quedarnos en silencio unos segundos.

—No he tenido un trabajo en toda mi vida —comento de repente—. En España siempre he sido una niña rica que no ha tenido necesidad de trabajar.

—Pues no se te nota nada —me responde Dylan haciéndonos reír de nuevo—. Juls, en serio, no tienes por qué irte, papá tiene un amigo que es abogado, es el que le lleva las cosas del rancho, no está especializado en inmigración, pero seguro que algo puede hacer o que conoce a alguien... no dudo de tu abogado de España.

—Ya lo sé, cielo —sonrío con tristeza—. Pero eso nos devuelve al mismo punto, tengo que hablar con vuestro padre y no tengo la más mínima idea de cómo hacerlo o de qué decirle.

## Capítulo 20

Liam tarda dos días más en regresar de Houston y cuando lo hace, tiene una cara de agotamiento que me da muchísima pena. Así que le convengo para que se vaya a dormir el resto de la tarde y todos en el rancho hacen lo mismo que yo, ocultarle todo lo que ha pasado.

Aunque lo que ha extendido un manto de tristeza y seriedad por la propiedad es el hecho de que tengo que irme en apenas un par de semanas.

Susan se tomó la noticia como si alguien hubiese matado a su mascota, los chicos tampoco están contentos, los trabajadores del rancho se muestran más amables y comedidos y Martha no hace más que mirarme con compasión. Todo se está volviendo asfixiante.

Pero Liam necesita descansar y ahora es lo único que me preocupa.

—¿Va todo bien? —me pregunta cuando sale de la ducha.

—Sí —asiento con una sonrisa que sé que no me llega a los ojos.

—Juls, en serio, siento mucho haber tardado tanto en arreglar...

—No —le corto con un beso—. No me he enfadado ni nada de eso, supongo que yo también estoy un poco cansada, eso es todo, pero te he echado muchísimo de menos.

Me abraza y me besa en los labios.

—Duerme conmigo —me besa en el cuello—. Las noches sin ti han sido una tortura, me ha costado Dios y ayuda conseguir dormir.

—Me ha pasado lo mismo.

Me desnuda y nos metemos en la cama, me abraza como hace siempre y le oigo respirar profundamente.

—Estoy en casa —su mano me acaricia el vientre con movimientos muy lentos —te quiero, Juls.

En estos días hemos hablado por mensaje y por las noches me ha llamado cuando se quedaba a solas, pero desde la llamada de mi abogado, mi mente va por libre y no le he prestado atención. Sé que el hombre que le demandó le pedía una cantidad absurda de dinero y que una vez que se reunieron en Houston, el hombre se sacaba una cosa tras otra de la manga. Para Liam ha sido duro porque conoce a ese hombre de toda la vida y no se esperaba una cosa así. También porque creo que notaba que a todos nos pasaba algo y que nadie le decíamos el qué, Liam de tonto no tiene un pelo, así que imagino que se dio cuenta de que todos ocultamos algo.

Y tal y como están las cosas entre nosotros, me preocupa que piense que tiene que ver con nuestra última conversación.

Se queda dormido casi de inmediato y me giro para poder admirarle.

Ahora que está relajado, su expresión es más suave, pero sigue siendo tremendamente atractivo. Con ese pelo castaño claro, con destellos dorados, su barba de varios días, su mandíbula fuerte y cuadrada... y su cuerpo no se queda atrás, tiene unos hombros fuertes y unos brazos musculados que me vuelven loca, sobre todo cuando me sujeta y hacemos el amor de pie contra una pared o en la ducha. A Liam le encanta demostrarme lo fuerte que es y que tenerme en brazos no le supone esfuerzo alguno.

Como si necesitase algo de eso para que me gustase, sonrío como una quinceañera enamorada. Aunque supongo que es lo normal, porque quinceañera no soy, pero estoy locamente enamorada de él. Aunque él no se lo crea.

—Te quiero, Liam —le aparto un mechón rebelde de la frente y le beso en la nariz—. Te quiero con toda mi alma, aunque no confíes en mis sentimientos.

Podría levantarme y seguir con el trabajo de los jardines, pero si me tengo que ir en un par de semanas, no quiero desaprovechar ni un segundo de su compañía. Cuando esté en Madrid es todo lo que me va a quedar de él, su recuerdo.

Me he planteado una relación a distancia, pero estoy a punto de cumplir cuarenta y tres años y eso no es para mí, ya no soy una niña y no quiero pasarme los días y las noches suspirando por nadie, aunque ese nadie sea el hombre al que amo. Y tampoco quiero que él me espere continuamente. Tampoco creo que nos vaya bien que viajemos cada poco, al final siempre tendría que hacerlo yo porque Liam tiene demasiadas responsabilidades en el rancho que no puede desatender de forma continua y yo no me puedo imaginar tener que pasar una y otra vez por la tortura de tener que despedirme de él.

Pero han pasado dos días y sigo sin saber qué decirle.

Finalmente me quedo dormida entre sus brazos.

Me despierto cuando la boca de Liam se mete uno de mis pezones en la boca.

—¿Qué haces?

—Joder, llevo más de diez minutos metiéndote mano —me sonrío—. Te echo de menos, Juls —me acaricia entre las piernas —me muero de ganas por hacer el amor contigo.

Sonrío y abro las piernas en una clara invitación.

Liam se coloca sobre mí y me besa mientras sus manos me acarician por todas partes, yo no pierdo la ocasión de tocarle, el cuerpo de mi vaquero está hecho para el pecado y perder la oportunidad de pecar con él no es una opción para mí.

Poco a poco va bajando por mi cuerpo hasta que mete la cabeza entre mis piernas y yo gimo y jadeo de placer. Está claro que Liam se ha aprendido todas las formas de hacerme perder la cabeza y las aprovecha al máximo. En pocos minutos estoy al borde del abismo y tiro de su pelo para que suba conmigo.

—Contigo dentro —jadeo.

Extiende una mano, abre el cajón de mi mesilla, saca un condón que se pone con mucha rapidez y me penetra de una embestida.

Mi cuerpo se arquea y me tenso de la cabeza a los pies. Joder, ha sido como un corrientazo de placer que me ha hecho gritar, cosa que he evitado mordiéndole en el hombro con fuerza.

—Joder, Juls —entra y sale de mi cuerpo con intensidad —me vuelves loco.

Le araño la piel del cuello con los dientes porque sé que eso le encanta y me recompensa con una embestida profunda que me lleva de nuevo al borde del abismo.

Nos besamos con fuerza mientras él sigue dándome placer con su cuerpo y al cabo de unos minutos, ambos llegamos al clímax a la vez.

—Cada día me gusta más —sale de mi interior despacio —solo me molesta el condón —me mira a los ojos, aún está encima de mí —¿qué método podríamos usar para evitar un embarazo?

—¿Cómo?

—Quiero sentirte, piel con piel, sabes que estoy limpio y contigo no hay dudas al respecto —sonríe y él también—. Quiero tener que dejar de preocuparme por si tengo un preservativo para ir a buscarte y follar donde nos apetezca.

—Qué cosas más románticas me dices —me burlo de él y me hace cosquillas—. ¡No! ¡Para!

—Hablo en serio, Juls —me mira a los ojos y entrelaza sus manos con las mías—. A mí no me importa hacerme la vasectomía, no quiero más hijos.

Y de pronto la voz de mi abogado resuena en mi cabeza: *“Julieta, puedo hablar con alguien de la embajada, ver si puedo extenderlo ni no quieres volver aún, pero no puedes permanecer eternamente allí de turismo, lo siento, yo no hago las reglas”*.

Suspiro y le miro a los ojos, no puedo posponerlo más.

—Liam, tenemos que hablar de algo.

—Eso no suena nada bien —se coloca a mi lado y me mira —¿qué pasa? Porque esa frase nunca trae nada bueno.

—Mi visado de turismo caducó, mi abogado pidió una extensión pero solo me han concedido un mes más —trago con fuerza porque esto es mucho peor de lo que imaginaba—. Tengo que irme del país en dos semanas. Ese es el tiempo que nos queda juntos.

Liam se queda serio y al segundo siguiente se pone de pie y empieza a vestirse.

—Joder, y ¿no podías habérmelo dicho cuando llegué?

Yo también estoy enfadada con la situación, así que le entiendo.

—Liam, estabas agotado, necesitabas descansar, no que yo te creara otro problema.

—¿Ahora decides tú lo que me conviene? ¿cuándo hemos llegado a ese punto de la relación?

Sus palabras son como puñales y me han hecho daño.

—Mira, sé que te ha pillado a contrapié, me pasó lo mismo cuando me llamó mi abogado hace dos días, pero...

—Espera —se sube los vaqueros y los abrocha—. ¿Has dicho dos días? —coge la camiseta y la arruga entre sus manos —¿me estás diciendo que sabes esto desde hace dos días y no me has dicho nada? ¡joder, Juls!

—No quería molestar.

—¡Tú y tu puta manía de pensar por mí! ¡joder! Ya soy mayorcito para gestionar mis emociones, no necesito ni quiero y tú las controles, ¿te enteras?

—Liam, deja de gritar por favor.

—¡No me da la gana! ¡Joder! —le pega un puñetazo al armario —¿cuándo coño vas a comprender que tenemos una relación? ¿que no puedes tomar las decisiones por ti misma intentando que yo no me moleste?

—Liam...

—¡Ni Liam ni hostias! Yo no soy el cabronazo de tu ex marido, Juls, yo no quiero una relación en la que te anules a ti misma con tal de facilitarme la vida.

Me cuesta respirar.

—¿Cuál era tu plan? ¿desaparecer un día en medio de la noche? —sigue gritando y yo me encojo en la cama, no porque tenga miedo de él, sino porque me siento muy pequeña ahora mismo—. Dime, ¿acaso te ibas a tomar la molestia de decirme adiós antes de subirte en el puto avión?

—No, yo... te lo he dicho, solo he tardado un poco, jamás he pensado en ocultártelo.

—De puta madre, Juls —se pone las botas con gestos bruscos—. Así que simplemente te despides y ya está todo, ¿verdad? ¿qué cojones he sido para ti? ¿un parche para que comprendieses lo hijo de puta que es tu ex marido?

—Liam... por favor, yo...

—¡A tomar por culo! —abre la puerta y me mira por encima del hombro—. Haz lo que quieras, Juls, al parecer mi opinión no es importante para ti.

El portazo que da hace que me retumbe hasta el alma.

\*\*\*

No me atrevo ni a salir de la cama, pero tampoco puedo quedarme aquí eternamente. Así que me levanto, me doy una ducha rápida y más triste de lo que he estado jamás, me visto y me voy a meter las manos en la tierra, con un poco de suerte vendrá un oso y me devorará y así me evitaré volver a enfrentarme con Liam.

Pero en cuanto salgo al pasillo me encuentro a Susan esperándome.

—¿Qué ha pasado? Se oían los gritos desde fuera.

—Ya —me ruborizo y me encojo de hombros —no se lo ha tomado bien.

—Juls... —me abraza y le devuelvo el abrazo con fuerza —dale tiempo, se le pasará.

—No, no se le va a pasar y creo que es mejor así —me mira sin comprender—. Tengo que irme, cuanto antes lo asumamos todos, mejor —trago con fuerza—. Jamás voy a poder agradecerte que me invitases a tu casa.

—Eso suena a despedida.

—¿Y no lo es? ¿Por qué alargar lo inevitable?

—Vaya, no me extraña que Liam esté cabreado —me mira y se cruza de brazos—. Sabes que hay formas de que te quedes en el país.

Me echo a reír pero por no llorar.

—Sí, los chicos ya me lo dijeron, casarme con un americano o encontrar un trabajo —me apoyo en la pared y suspiro—. ¿Sabes lo que hizo tu hermano cuando le dije que le quería? —niega con la cabeza—, me dijo que no me creía, que no era posible que le amase y levantó un muro tan alto entre nosotros que aún no he logrado traspasarlo, así que dime, ¿crees que se

tomaría bien eso de que le pida matrimonio?

—Juls...

—Sí, ya... él me quiere, lo sé —suspiro—. ¿Cómo sería nuestra relación si lo hiciera? Ponte en el caso de que tu hermano acepta, dime, ¿cómo sería sabiendo que estamos juntos solo porque no quiero volver a España? O peor, ponte en la situación en la que se niega, yo no quiero irme, pero aún quiero menos irme a Madrid con el corazón lleno de resentimiento hacia él porque Liam no se lo merece.

—Tú tampoco.

—¿Y eso qué importa?

—Pues yo creo que sí importa.

—No, no lo hace —me trago las lágrimas—. Estar aquí con vosotros me ha enseñado lo que es ser una familia de verdad, lo que es querer de verdad, lo que significa ser parte de algo, trabajar juntos, disfrutar de la vida, del día a día con cosas cotidianas —me encojo de hombros—, quiero recordaros con una sonrisa y con todo lo positivo que siento por vosotros.

—Pero es que nosotros no queremos que te vayas.

—Yo tampoco —la abrazo con fuerza —yo tampoco, pero como dice mi abogado, yo no hago las leyes de este país.

Durante el resto de la tarde la paso a solas en el jardín, la verdad es que no he hecho nada productivo porque me he pasado todo el tiempo pensando en todo lo que voy a dejar atrás. Joder, me está afectando más irme de Texas que divorciarme de mi marido después de veinticinco años de matrimonio.

A la hora de la cena, todos coincidimos en la cocina, pero Liam apenas habla salvo para explicar que al final ha conseguido el acuerdo de que él repara la valla del vecino y este se olvida de la indemnización económica. Parece ser que este hombre ha tenido un bache financiero y le está costando salir adelante, y Liam, con su buen corazón y su alma noble, se ha prestado a ayudarlo, aunque obviamente, le echó en cara que le demandase.

—Somos vecinos y nos conocemos de toda la vida —nos explica—. Joder, solo tenía que venir y decirme: Liam, estoy en apuros. Y le hubiese ayudado.

—Lo sabemos —indica Jim, uno de los trabajadores del rancho —a todos nos sentó mal que te denunciara.

—Ya, me habría ahorrado varios días en Houston y todo lo demás —me mira de reojo y se me revuelve el estómago —habría estado aquí para ocuparme de todo y enterarme de las cosas a tiempo.

Sus palabras me han dolido como si alguien me apuñalase, varios me miran de reojo pero nadie se atreve a decirme nada. Pero yo me siento cada segundo más mortificada, hasta que ya no lo aguanto más, me pongo en pie.

—Si me disculpáis, la cena me está sentando mal.

Salgo de la cocina y corro hacia la habitación. Dios... me hierve la sangre en las venas de rabia. Entiendo que él esté enfadado, pero, ¿qué pasa conmigo? ¿acaso se cree el muy cretino que esto está siendo fácil para mí?

Cierro la puerta de un portazo aunque no tarda en volver a abrirse de nuevo.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Le miro y de pura rabia, le lanzo una de las lámparas de la mesita, que por supuesto él evita.

—¡Tú! ¡Tú eres lo que me pasa!

—¿Te has vuelto loca?

Le lanzo la otra lámpara y después le tiro los cojines de la cama y las almohadas.

—¡Vete a la mierda! ¡cretino!

—Joder, Juls —esquiva de milagro una de esas enormes hebillas que tiene sobre la cómoda —joder, para.

Se acerca en dos zancadas y me sujeta los brazos.

—Deja de lanzarme cosas.

—Te voy a abrir la cabeza, cabrón —me suelto de varios tirones, bueno, porque él me deja ir —¿tenías que avergonzarme delante de todos? ¿tenías que hacer que todo esto fuese aún más difícil de lo que ya es?

—Juls...

—¡Qué no me toques, joder! —me aparto cuando intenta sujetarme de nuevo —¿te crees que para mí es fácil? ¿qué quieroirme? Eres imbécil, ya sé que no te crees lo que te digo pero ese es tu puto problema, no el mío.

—Vale, me he pasado. Lo siento.

—Me importan una mierda tus disculpas —me froto las sienes—. Estoy tan furiosa que me haces decir palabrotas —sonríe y le lanzo otra hebilla que también esquiva —no te atrevas a reírte de mí.

—No, no es eso, joder Juls... ven.

—¡No me da la gana! ¿tienes idea de cómo me has hecho sentir? ¿de verdad creías que me iba a ir en mitad de la noche como si fuese una delincuente? ¡yo no hago las reglas de este maldito país! ¿te enteras?

—Lo sé —se sienta en la cama—. No es excusa, pero es que joder, me soltaste que te ibas a ir y que dos semanas era todo lo que nos quedaba, quieres abandonarme, ¿cómo cojones quieres que reaccione?

Suspiro y me apoyo en la pared delante de él.

—Hay formas de que te quedes en el país.

—Lo sé —le miro a los ojos —y qué prefieres, ¿darme un trabajo o casarte conmigo? —traga con fuerza—. Saliste corriendo cuando te dije que te quería, me pusiste muchas excusas como si tú supieses mejor que yo cómo me siento.

—Juls.

—No, Liam —respiro profundamente para coger aire y valor—. No voy a fingir ni me voy a conformar, contigo no, lo quiero todo o no quiero nada —me encojo de hombros—. No voy a tener una relación a distancia donde los celos, la desconfianza y el miedo me consumirían y no voy a aceptar una relación contigo basada en la premisa de que ninguno de los dos quiere que me vaya.

—¿Y qué hacemos entonces?

—Despedirnos —baja la cabeza en un gesto de derrota que me rompe el corazón.

—Entonces es el final, ¿no?

—Eso parece.

—Joder, Juls, no puedo —se levanta y me abraza —no puedo decirte adiós, no puedo perderte, te quiero, eres el jodido amor de mi vida, tú viniste a empezar de nuevo pero yo también lo hice contigo y no quiero renunciar a ello.

## Capítulo 21

Esta noche ha sido la peor de mi vida con diferencia. Liam y yo hicimos el amor como salvajes y después con toda la lentitud del mundo. Era la despedida y ambos lo sabíamos.

Cuando me despierto por la mañana, Liam no está en la cama y algo me dice que tampoco está en el rancho. Él no puede decirme adiós y sinceramente, no creo que yo pueda decírselo a él. Anoche, entre besos y caricias, nos dijimos todo lo que teníamos que decirnos.

No quiero ni puedo alargarlo más, así que preparo mi maleta y hago lo que puedo para retener las lágrimas mientras llamo a mi abogado.

—Hola Julieta.

—Vuelvo hoy a España, ya tengo el billete de avión.

—Vaya, pensé que... ¿estás bien?

—No —suspiro —pero lo estaré en algún momento, me imagino.

—¿Necesitas que vaya a buscarte o que haga algo por ti?

—No, iré en taxi hasta casa e iré a verte en unos días, creo que ya es hora de que tome ciertas decisiones que he estado postergando.

—De acuerdo —suspira—. Julieta, de verdad, puedes contar conmigo, te oigo peor que durante el divorcio, se suponía que ibas a Texas a encontrarte contigo misma y que volverías feliz y olvidando todo lo malo.

—A eso mismo vine y lo logré —sonríe aunque él no me vea—. Pero también he encontrado al amor de mi vida y tengo que despedirme, eso no es fácil, ¿lo malo? Ya no sé qué es malo y qué es bueno, pero en todo caso, si quieres en un par de días podemos quedar para comer y charlar de manera más informal.

—Claro, ¿me llamas tú?

—Sí. Gracias, Mario.

—Nos vemos pronto.

Cuando cuelgo el teléfono, Susan está apoyada en la puerta de la habitación de Liam y me mira con lágrimas en los ojos.

—Te vas.

—Sí.

Asiente con la cabeza mientras se limpia el rostro.

—No me parece bien.

—Lo sé.

—Creí que mi hermano haría lo correcto.

—Y lo ha hecho —cierro la maleta y me mira con una ceja arqueada—. Pedirme que me casara con él no sería lo correcto, o al menos, no sería por la razón correcta y le habría dicho que no.

—Eres tan terca como él —sonríó—. Pero lo entiendo, aunque sigue sin parecerme bien. ¿Por qué no te ofrece un contrato?

—¿Como paisajista? ¿Cuánto crees que se tarda en terminar el proyecto que diseñé? Sería cuestión de semanas, no arreglaríamos nada —me encojo de hombros.

—Ya. Los chicos quieren llevarte al aeropuerto ya que Liam se ha ido.

—Lo imaginaba —aprieto los dientes con fuerza para no llorar—. Ya nos despedimos anoche, es mejor así.

—Vamos a seguir siendo amigas, ¿verdad? —me pregunta estallando en llanto.

La abrazo con todas mis fuerzas.

—Siempre, cariño —la beso en la mejilla—. Siempre, Susan, te lo prometo, me has dado tanto, siempre has estado a mi lado y Dios... he vivido más en estos meses que en veinticinco años, te quiero muchísimo y eso no va a cambiar por unas estúpidas leyes estatales.

Ambas nos reímos y volvemos a abrazarnos con fuerza.

Cuando llego a la cocina, Martha tiene los ojos rojos e hinchados.

—Te he preparado algo diferente —me enseña unas tortitas y un batido de chocolate.

—Gracias.

La abrazo con todas mis fuerzas. Joder, qué difícil está siendo todo esto.

Nos sentamos juntas a desayunar pero a ninguna nos salen las palabras.

—Yo... —me tiende un papel—. Es mi teléfono, por si quieres hablar un día o... bueno, a lo mejor prefieres olvidarnos a todos, pero...

Se lo quito de las manos antes de que lo esconda.

—No quiero olvidaros, y tampoco podría ya puestos —le cojo las manos con cariño —os habéis convertido en parte de mi vida y aunque ahora toca decir adiós, siempre os voy a llevar en mi corazón. Claro que vamos a hablar y te mandaré mensajes, compartiremos recetas...

Un rato después no hemos desayunado, pero ambas estamos más tranquilas.

Los trabajadores del rancho se pasan a despedirse y finalmente me quedo con Dylan y Jayden.

—No tenéis por qué hacerlo, puedo llamar a un taxi.

—No digas tonterías —Dylan coge mis maletas y las mete en el todoterreno.

—Me siento igual que el día que mis padres me dijeron que se separaban —Jayden me mira a los ojos—. No lo entiendo y me hace daño.

—Lo siento.

—Ya —mete las manos en los bolsillos del vaquero —¿es por nosotros? O...

—¡Oh, por Dios! ¡no! —le abrazo con fuerza—. Claro que no, ¿cómo puedes pensar algo así? —pongo mis manos en sus mejillas—, es porque las cosas son como son, cariño, la vida es complicada y a menudo injusta, pero te juro que tu hermano y tú sois muy importantes para mí, todo lo que habéis hecho ha sido enseñarme cómo ser madre, cómo disfrutar de unos hijos, tengo tanto que agradecerles que no tengo palabras ni sé por dónde empezar.

Dylan está apoyado en el coche y nos mira fijamente. Jayden me abraza y nos subimos al todoterreno.

El camino hasta el aeropuerto lo hacemos en silencio, los chicos están tristes, puedo sentirlo y yo estoy igual de triste que ellos.

No obstante, sé que estoy tomando la decisión correcta. Las razones válidas para que me permitan estar aquí nos harían muchísimo daño a largo tiempo y ese aspecto de mi carácter no ha cambiado, voy a proteger a los que quiero a toda costa. Sé que ahora todo es triste y que duele, porque nos hemos cogido muchísimo cariño, pero es mejor hacerlo como cuando se quita una tirita, de un solo tirón en vez de alargar el sufrimiento hasta que no quede nada de ese sentimiento tan bonito que tenemos ahora.

Cuando llegamos al aeropuerto, me acompañan a facturar las maletas y decido que es el momento de la despedida final, voy a necesitar tiempo para tranquilizarme cuando les vea alejarse.

—Bueno, chicos —les miro con una sonrisa—. Muchas gracias por traerme.

—No quiero que te vayas —las palabras de Dylan me tocan el corazón.

—Y yo no quiero irme, cariño —le abrazo con fuerza —pero es lo mejor para todos —le beso en la mejilla y les miro a los dos llena de orgullo, aunque no tenga derecho a ello—. Sois unos hombres hechos y derechos y ojalá no cambiéis nunca.

—Te vamos a echar de menos —Jayden me mira pero está un poco alejado—. No sé si hablar por teléfono va a ser suficiente.

Joder. Este chico tiene el don de hacer que me explote el corazón de amor.

—Pues a tu ritmo —le acaricio el rostro y apoya su cabeza en mi mano—. Joder, esto es muy difícil.

—Ven aquí.

Dylan me abraza con todas sus fuerzas y Jayden se une al abrazo.

—Te queremos muchísimo, Juls, por si no lo sabes.

—Oh, claro que lo sé —les miro a los dos —os quiero tanto... y me siento tan orgullosa de vosotros. Tenéis que saber que os dejo un pedazo de mi corazón aquí.

—Y tú te llevas parte de los nuestros —Jayden me mira y me besa en la frente—. Ten un buen viaje y joder, no quiero, pero te deseo toda la felicidad del mundo.

—Jayden —le regaña su hermano.

—¿Qué? No quiero que sea feliz en su casa, quiero que sea feliz en la nuestra.

Me río y les vuelvo a abrazar.

—Tenéis que iros antes de que alguien me acuse de algo muy feo —ambos se ríen.

—Adiós, Juls —dicen a la vez.

—Adiós, tesoros míos.

Joder. Ver cómo se alejan me está destrozando el corazón. Pero lo prefiero así. Prefiero que no pasen más tiempo aquí, cuanto antes empiecen a hacer sus vidas, mucho mejor para todos.

Necesito pasar unos minutos en el baño para limpiarme la cara, la cual tengo llena de lágrimas, y después me tomo una tila para calmar los nervios.

Alejarme de aquí es lo más duro que he hecho nunca, porque sé que he mentido a los chicos, no les dejo una parte de mi corazón, lo dejo entero. A todos, un pedazo a Martha, otro a Susan, a ellos y a Liam, sobre todo a Liam.

Compro algunas revistas y un libro con la esperanza de que la lectura haga que el tiempo pase más rápido y que la amargura se rebaje, pero no lo consigo. Veo a un joven con unos auriculares enormes y pienso que la música será mejor opción. Así que me compro un reproductor y unos cascos de esos que van dentro de las orejas, descargo una playlist como me ha enseñado el chico de la tienda y subo el volumen hasta que casi no oigo ni lo que pienso.

Funciona algo mejor.

Cuando anuncian por fin la salida de mi vuelo, me dirijo a las puertas y cuando estoy pasando el arco de seguridad, noto como si alguien me mirase, me giro y juro por lo más sagrado que se me ha parado el corazón.

—Liam —susurro.

—Perdone, señora —me dice la mujer policía—. ¿Su nombre?

—Eh, Julieta, Julieta Vallejo, española —le tiendo el pasaporte y vuelvo a mirar hacia atrás pero ya no veo a nadie.

—Espero que haya disfrutado de su estancia en nuestro país.

—Tanto que ojalá me dejarais quedarme.

La mujer me sonrío y tras devolverme el pasaporte, paso el arco de seguridad y entro en la rampa que me llevará hasta el avión.

Vuelvo a mirar hacia atrás, busco entre la gente, pero no, Liam no está. Seguramente me lo he imaginado.

\*\*\*

El aeropuerto de Barajas es enorme, la terminal T4 de Madrid es una inmensa obra de ingeniería. Y sin embargo, cuando recojo mis maletas de la cinta, todo me parece más pequeño que cuando me fui.

Solo Mario sabe que he vuelto, no me he sentido con fuerzas de avisar a Margarita, a Carolina o a María. En mis hijos ni siquiera he pensado porque no creo que les importe.

Enciendo el móvil y me suena un mensaje.

**Liam**

.

Y por extraño que parezca, lo entiendo. Sé lo que significa ese punto. Así que sonrío como una estúpida sabiendo que ahora sí sé lo que es perder al amor de tu vida.

Cojo un taxi que me lleva hasta casa y lo único que hablo con el taxista es para darle la

dirección, después me sumo en el silencio pensando en lo que significa que vuelva a estar aquí. Que haya vuelto a casa.

En cuanto llamo al timbre de la verja de mi casa, María sale corriendo a mi encuentro.

—¡Señora! ¡por Dios! ¿cómo no me ha dicho que volvía? Mira que venir usted sola.

En cuanto se abren las puertas, la abrazo con todas mis fuerzas y la pobre mujer se queda paralizada.

—Estoy bien —le sonrío —he llegado yo sola.

—Eso ya lo veo —suspira—. Está preciosa señora, ese dorado de la piel le sienta de maravilla, parece otra.

—Me siento otra —cojo las maletas y ella me quita una de las manos —¿tienes algo de té preparado?

Me mira con expresión culpable.

—Me estaba tomando un café con hielo, señora, pero no piense que he abusado de su generosidad, ¿eh? Le prometo que...

—María —ambas nos detenemos y la miro a los ojos—. Jamás pensaría nada malo de ti después de todo lo que has hecho por mi familia y por mí, puede que ellos ya no lo recuerden, pero yo sí. Y un café con hielo suena de maravilla, en Texas hace tanto calor como aquí.

Pasamos por los jardines a saludar a Paco, el marido de María y le invito a tomarse algo con nosotras. En el vuelo he tenido mucho tiempo para pensar y quiero que me cuenten las cosas que han pasado en mi ausencia.

Nos sentamos en el sofá y al mirar a mi alrededor de repente siento que todo me abruma. ¡Por Dios! Si es la misma decoración que tenía mi madre hace años... incluso el tipo de flores frescas sobre las mesas de adorno son las que le gustaban a ella, que no digo que no sean preciosas, pero las rosas blancas no son mis preferidas.

Es como si todo me resultase tremendamente desconocido, como si sabiendo que esta es mi casa, ya no la sintiese como mi casa.

María me trae el café y se sienta nerviosa en el sofá.

—Os he echado de menos —ambos se miran y después me miran a mí —sé que mis hijos han estado causando problemas, quiero que me lo contéis todo.

—No se preocupe señora —interviene Paco—. El señor Carvajal se hizo cargo de todo.

Bebo un sorbo del café y les miro a la cara, parecen demasiado nerviosos. Se mueven de puntillas igual que cuando Juan estaba en casa. Y eso me entristece.

—No tenéis que tener miedo —les digo con sinceridad—. Este viaje me ha servido para darme cuenta de cómo eran las cosas, así que por favor, contadme qué han hecho Enzo y Hugo.

María es la primera en hablar y se me encoje el corazón al saber que Enzo se presentó con la policía e incluso les acusó de haber ocupado la casa de forma ilegal. Menos mal que les dejé el contacto de Mario por si necesitaban algo urgente y le llamaron. Me informan de que mi abogado se ocupó de todo, de la policía, de pedir una orden de alejamiento contra Enzo porque intentó agredir a Paco cuando este defendió a su mujer de los insultos de mi hijo.

Madre mi vida. ¿Pero en qué se ha convertido? La vergüenza que siento en estos momentos

no se la deseo a nadie.

También me cuentan que Juan vino con amenazas, que intentó entrar y que se llevó la sorpresa de su vida cuando descubrió que yo había mandado cambiar todas las cerraduras, las claves de las alarmas y demás. Desde luego me consideraba una estúpida y debo serlo, porque lo cambié todo gracias al consejo de Mario.

Cuando hablan de Hugo, su tono de voz es más relajado. Al parecer mi hijo vino, pidió hablar con ellos y aunque no le dejaron pasar a la finca porque no se fiaban de él —y sinceramente, nadie puede culparles—, solo les preguntó si sabían dónde estaba yo, si iba a volver y qué opinaban ellos sobre cuál sería mi reacción si se ponía en contacto.

Qué triste.

Al parecer, Mario se ha pasado en varias ocasiones por aquí, charla con ellos y se asegura de que todo vaya bien. Otra cosa que agradecerle.

—Señora, ¿va a despedirnos?

La voz de Paco suena delicada y niego enseguida con la cabeza.

—No —suspiro—. No obstante, siento que nada me retiene en Madrid y que esta casa —miro a mi alrededor —ya no la siento como mía, siempre voy a llevar a mis padres en mi corazón, no me hace falta esto para recordarles, ojalá pudiese volver a Texas para siempre —mis ojos se humedecen, —y si eso llegase a pasar algún día, no os dejaría en la calle ni sin recursos, habéis dedicado vuestra vida a cuidarnos y yo no olvido esas cosas.

—Señora, siempre ha sido generosa con nosotros y tenemos nuestra casa, nuestra hija ya ha terminado la universidad y está trabajando en lo que le gusta, por nosotros no se preocupe —indica María.

—Claro que me preocupo, de no ser por vosotros, todo sería muy distinto —respiro profundamente —pero de momento lo de volver a Texas no lo veo posible, así que... —me encojo de hombros.

—Entonces la ayudaré con el equipaje, señora —María se pone en pie y sonrío.

—No, déjalo para mañana o para nunca —me mira sin entenderme —creo que necesito renovar mi vestuario, así que no te molestes.

Una hora después estoy en el jardín esperando a que Margarita y Carolina lleguen. En cuanto las avisé de que estaba en España propusieron reunarnos y la verdad es que tengo muchas ganas de verlas, pero no quiero ir al club y tampoco quiero tener que moverme de casa.

El deportivo de Margarita aparece y le abro la puerta con el mando a distancia, en cuanto detiene el coche salen ambas y corren para abrazarme.

—¡Pero mírate! —Margarita me observa de arriba abajo—. ¡Madre de mi vida! ¡Estás preciosa! ¡Has rejuvenecido y... has adelgazado!

Me echo a reír y la abrazo de nuevo.

—De verdad querida —Carolina me mira también con detalle —me parece que me voy a ir yo a Texas también.

—Pues no sabes lo que disfrutarías, hay cada hombre allí que es para volverse loca —bromeo —. Vaqueros sexys, rudos, fuertes, atractivos...

—Para, para... que llevo demasiado tiempo sin darme una alegría para el cuerpo.

Todas nos dirigimos hacia el cenador del jardín trasero riendo y María ya nos ha preparado las bebidas y algo de picar.

—Mil gracias, María.

—Nos lo tienes que contar todo —me dice Margarita—. Y enseñarnos las fotos y los vídeos.

Las fotos y los vídeos que les he enviado estos meses eran mías en lugares que nadie pudiese reconocer, por algún motivo, quería proteger la privacidad de los Anderson y eso que confiaba ciegamente en las dos. Ellas lo entendían también.

Saco el móvil y les enseño la foto que tengo de fondo de pantalla, somos Liam y yo a caballo, yo mirándole embobada y él mirando al horizonte con el atardecer de fondo.

—Madre mía —Margarita me mira —es como una postal perfecta. ¿Qué tal es?

—El hombre perfecto para mí —sonríó—. Cariñoso, amable, intenso, divertido, sensato, apasionado... —se me humedecen los ojos —es... —suspiro —es Liam.

—¿Y el resto?

Les enseño las fotos que tengo y de todas hacen comentarios, cuando ven una en la que salen Dylan y Jayden sin camiseta las dos se ponen a silbar y nos partimos de risa. Les voy explicando y les voy contando todo lo que he vivido en esos meses y veo por sus expresiones que las palabras más importantes no son necesarias. Me han comprendido.

—¿Y qué tal vosotras por aquí?

—Bueno, tenemos algo que decirte que no te va a gustar —me tenso pero Margarita sigue—. Tu marido fue al club y le contó a todo el mundo que os habéis divorciado, canceló tu membresía y puso a esa Barbie como socia, ahora se pasea por allí como si fuese la dueña de todo.

Sé que esperan que me enfade, pero la verdad es que me da igual.

—Bueno, pues que lo disfrute —me encojo de hombros y sonrío ante sus expresiones—, nunca me he sentido cómoda del todo en el club, así que si ella lo disfruta, pues mira, mejor para ella, yo no quiero nada de Juan y si quisiera hacerme miembro de nuevo, no me pondrían pega, mi abuelo fue uno de sus fundadores —les recuerdo y asienten.

—Los hombres se han puesto de parte de él —me dice Carolina mirando a su hermana.

—Es normal, supongo.

—Yo he discutido con mi marido por esto —abro la boca sorprendida —ese cabrón les ha convencido de que estás loca y de que está con ese zorrón porque tú tienes amantes a docenas, ha contado que tuvo que irse de esta casa porque montabas orgías...

Y para su pasmo, no puedo evitar echarme a reír a carcajadas.

—¡Ojalá lo hubiese hecho! —ambas me miran asombradas —así habría tenido un orgasmo en condiciones antes de los cuarenta y dos.

Las tres terminamos muertas de la risa en el sofá.

## Capítulo 22

Un par de días más tarde, me reúno con mi abogado en un restaurante bastante discreto que me ha sugerido donde podremos hablar con tranquilidad.

—Estás preciosa —se inclina y me besa en la mejilla—. Disculpa el retraso, me han retenido más de la cuenta en el juzgado.

—Tranquilo —se sienta enfrente—. Lo primero de todo, quiero darte las gracias por ocuparte de María y de Paco, por aliviarles después del deplorable acto de Enzo y por estar pendientes de ellos.

—No fue nada, estaban asustados claro, porque tu hijo se presentó con varias patrullas de policía, pero ya está todo solucionado, no les ha gustado, pero tampoco pueden hacer nada al respecto.

—¿Te han dado muchos problemas?

—No —sonríe—. Son unos cachorros, tu ex marido por otro lado es más peligroso en ese aspecto porque es verdad que es un buen abogado, pero tu padre era mejor que él y lo dejó todo atado y bien atado.

—No sabes cómo me alivia saber eso —suspiro—. Quiero comentarte varias cosas, pero la primera es... ¿qué pasaría si yo quisiese vender la casa?

Abre los ojos como platos y me mira.

—Absolutamente nada, es tuya por derecho, puedes hacer con ella lo que estimes oportuno.

—De acuerdo —respiro aliviada —y... ¿se puede hacer algo con el bufete? Quiero decir, me repatea que lo lleve el imbécil de Juan y que su apellido aparezca junto al mío, es que me pone enferma después de todo lo que he descubierto, de todo lo que ha hecho y dicho.

—Te refieres al club.

—Eres socio, claro —comprendo y él asiente—. No, eso me da igual, ojalá fuese verdad que he montado orgías, te puedo asegurar que mi vida sexual no sería tan triste como lo era en mi matrimonio —Mario suelta una carcajada —tampoco me importa que me haya apartado o que la haya inscrito a ella, eso me da igual, ese sitio jamás me importó, pero el bufete es distinto, era la joya de la corona de mi padre y quiero que aparte sus sucias manos de él.

—Ya, eso es más complicado, el bufete está dividido en acciones y él y tus hijos tienen la mayoría, así que a no ser que convenzas a tus dos hijos y lo votéis en una junta extraordinaria, Juan va a seguir al frente del bufete.

Mierda. Imaginaba que no sería fácil, pero no pensé que fuese imposible.

Durante la comida, Mario me explica cómo han ido yendo las cosas y que de vez en cuando

le llegaban avisos de la policía o del juzgado por pequeñas denuncias y demandas que Juan presentaba. Al parecer quiere hacerse con mi casa a cualquier precio y aunque ya no siento el apego por ella que tenía antaño, tampoco se la voy a dar a él. Antes le prendo fuego hasta los cimientos.

Me pregunta por Texas y le cuento por encima cómo eran las cosas y que al final sí me he descubierto a mí misma allí.

La charla es amena y agradable y cuando terminamos de comer se ofrece a llevarme a casa, pero rehúso, he quedado con mis amigas para ir de compras.

Mientras espero a que lleguen Margarita y Carolina, reviso los mensajes de mi móvil y sonrío al ver que tengo varios sin leer.

**Susan**

*Todo es más triste. Te echo de menos. ¿Y si nos casamos tú y yo? Piénsalo, no me importa que te sigas acostando con mi hermano.*

Me echo a reír y sonrío sintiendo que tengo el corazón lleno de cariño y agradecimiento por tenerla como amiga.

También tengo mensajes en un grupo que tengo con Dylan y Jayden. Lo descubrí poco después de bajar del avión.

**DJJ**

**Jayden**

*Hola Juls, ¿qué tal van las cosas? Te echo de menos. Que sepas que hoy he roto un rosal. Ha sido irte tú y mi habilidad con las plantas se ha esfumado.*

**Dylan**

*Sí, y Kyle le ha castigado a ir un día a trabajar al vivero, ¡gratis!*

Sonríó al leerles. Les echo muchísimo de menos. Le hago una foto al té helado que me estoy tomando y se la envió.

**Yo**

*Estoy esperando a unas amigas para irme de compras. Quiero renovar el vestuario. Los días se me hacen un poco largos. Yo también os echo muchísimo de menos.*

**Jayden**

*No te molestamos entonces. ¿Después nos enviarás fotos con la ropa nueva? Se me acaban las ideas para torturar a mi padre a ver si recobra el juicio.*

Me echo a reír.

**Yo**

*Nunca me molestas. No seas malvado. Sabes que esto no es culpa suya, no le tortures, por favor. Ahora os necesita. No sé si debería preguntaros cómo está.*

**Dylan**

*Pues igual de jodido que tú. Porque sois tercos y cabezones. Pero intentaré controlar a J*

**Jayden**

*Tú lo has dicho, ¿lo intentarás!*  
*Escríbenos después ¿vale? TQ*

Me guardo el teléfono cuando oigo las risas de mis amigas acercándose.

Lo que hemos hecho no ha sido comprar, Margarita y Carolina dicen que sí, pero ya digo yo que no. Hemos arrasado con varias tiendas, cómo ha sido la cosa que al final hemos tenido que pedir que lo envíen todo a mi casa porque no entraban las bolsas en el deportivo de Margarita.

Lo hemos pasado de maravilla. Nos hemos reído hasta que nos dolió el estómago y ahora que ya es de noche, hemos decidido ir a cenar a un nuevo restaurante que las chicas me han aconsejado.

Estamos a punto de entrar cuando oigo una voz que me paraliza.

—¿Mamá? —miro al frente y me encuentro con Hugo —has vuelto.

—Hola hijo —sonríó—. Así es. ¿Cómo estás?

Miro con disimulo a la chica que va a su lado, es guapísima y me mira con mucha curiosidad.

—Oh, perdona Cris —le dice—. Te presento a mi madre, Julieta.

—Encantada —le doy dos besos —puedes llamarme Juls, un placer conocerte, Cristina.

—Puedes llamarme Cris, tenía muchas ganas de conocerte.

—Apuesto a que sí —suelto de forma sarcástica y Hugo me fulmina con la mirada —no me mires así, hijo, sé todo lo que habéis hecho y dicho, así que lamento que sea delante de tu... ¿novia? —ella asiente con la cabeza —pero si no habéis tenido reparo alguno en destrozar mi reputación, no puedes pensar en serio que voy a seguir callada.

—Eso es cosa de papá, de Alicia y de Enzo, yo no he hecho nada —se defiende y yo me encojo de hombros.

—¿Y eso importa? El que calla, otorga y el hecho de que hayas permitido todo eso, que hablen así de mí y que digan todas esas barbaridades, te convierte en alguien igual que ellos.

—¿Y cómo quieres que sepa si es verdad o no?

Me ha dolido igual que una bofetada. Pero respiro despacio y me obligo a contenerme, una vez más.

—Porque soy tu madre y por mala que creas que he sido, jamás deberías haberme perdido el respeto y ahora —doy un paso atrás —me voy a cenar —miro a la joven—. Eres guapísima, Cris y te deseo que seas muy feliz.

—Lo mismo digo, Juls.

—Llámala Julieta —la riñe mi hijo y mi sangre se altera.

—Empiezas mal la relación si ya le das órdenes, tu padre esperó hasta casarse para empezar a manipular, mentir y aprovecharse —la miro a ella—. No permitas que te trate así, puedes llamarme como quieras —le vuelvo a mirar a él —mi nombre es mío, Hugo, y en eso o en el trato que recibo por parte de tu novia no puedes intervenir. Adiós.

Entro en el restaurante antes de que le dé por decir algo más y termine montando el número delante de todo el mundo.

—Pues sí que están bien las cosas, ¿no? —comenta Carolina cuando nos sentamos a la mesa.

—De maravilla —suspiro y pido una copa de vino.

—Mejor la botella —intercede Margarita—. Yo creo que la vamos a necesitar.

Un buen rato después nos reímos tan alto que otros clientes nos miran, algunos con una sonrisa y otros con puñales en los ojos, pero después de dos botellas de vino —teniendo en cuenta que no solemos beber—, la verdad es que nos da todo igual.

\*\*\*

Al cabo de unos días recibo una visita en casa que la verdad, no esperaba.

—Señora, Hugo está en la puerta.

Me levanto de la tierra donde estoy arreglando un poco el jardín, me sacudo las manos y suspiro.

—Déjale pasar, ya le recibo yo, no es necesario que pases un mal rato, María.

—Señora... si... no me parece bien dejarla sola.

—Estaré bien, Hugo es el más calmado de los dos, siempre lo ha sido —le sonrío y se aleja de mí mientras presiona el mando a distancia.

El coche de Hugo entra y aparca justo a mi lado. Sale con el semblante serio y me mira de arriba abajo, durante un segundo, puedo ver en sus ojos ese brillo que tenía cuando era niño y nos poníamos perdidos de tierra mientras jugábamos en el jardín o cuando me ayudaba a trasplantar algo.

—Tienes tierra en la cara —sonrío y ni me molesto en limpiarme.

—Cosas que pasan cuando trabajas con las manos, ¿quieres pasar?

—¿Puedo?

Suspiro y le miro con las manos en las caderas.

—Mira hijo, si has venido buscando bronca, ya te puedes ir por dónde has venido.

—No —coge aire y me mira —no, no quiero discutir, perdona es que... no sé qué pensar.

—En eso no puedo ayudarte, solo puedo ofrecerte hospitalidad y una conversación sincera —me encojo de hombros.

Caminamos hacia el interior de la casa y entramos en el salón. Lo observa todo con los ojos como platos.

—Ah, sí, perdona el desorden, voy a reformar la casa.

—Ya lo veo.

Hay cajas por todas partes, algunas con recuerdos del pasado, otras con objetos de mucho valor. Afortunadamente el sofá y la mesa de centro, aún están en su sitio.

—¿Te apetece algo de beber?

—No, yo —se frota las sienes —joder, mamá.

Cuando me mira, de nuevo tengo la sensación de que no es el hombre duro y frío que he visto otras veces, ahora se parece más al adolescente adorable, tranquilo, pensativo y terriblemente inteligente que siempre fue. Y me da una pena tremenda darme cuenta de que ha perdido la candidez que tenía.

—¿Recuerdas a Pablo de la Cruz? —asiento con la cabeza—. Aún mantenemos el contacto y quedé con él hace unos días para cenar, le pregunté por aquella fiesta de la que me hablaste.

Me tenso de la cabeza a los pies y espero paciente a que siga hablando.

—Me contó que ellos no se dieron cuenta, pero que los padres hablaron durante mucho tiempo de ello, que habías organizado un cumpleaños en el parque acuático, que había helados, pizza, chucherías, globos, pistolas de agua...

—Sí, lo recuerdo.

—Enzo tampoco se acuerda de eso —se frota las sienes.

—Cariño —no puedo evitarlo, es mi niño —¿te duele la cabeza?

—Sí, desde hace semanas, pero ya se me pasará, prefiero hablar de esto —asiento—. Me dijo que habíais ensayado durante días que se esconderían para sorprendernos y que les habías hecho prometer que no dirían nada —asiento de nuevo —¿por qué papá no sabía nada?

—Hijo, ¿de verdad te crees que organizaría algo así sin contárselo a él? —me río con tristeza—. No, cariño, lo sabía, yo le pedía permiso para todo, incluso para ir a la peluquería.

—Pero no tiene sentido, él nos quiere, joder... es nuestro padre.

—Eso no lo discuto, pero ha sido él quien nos ha separado, me explicaré mejor —sigo ante su expresión de enfado—. Éramos cuatro en la familia y todos hemos tenido parte de responsabilidad y culpa, pero él lo inició todo, puedes creermelo o no, pero he tardado más de tres meses en comprender que tu padre es un maltratador psicológico de libro, un manipulador nato, aunque como te digo, no toda la culpa es suya.

—No lo entiendo, han sido cumpleaños, funciones escolares, vacaciones, navidades... tú tenías tu club de lectura, tus amigas del club, tus viajes a la playa...

Abro los ojos y la boca por la sorpresa.

—¿De qué demonios hablas? ¿yo en la playa? ¡si la última vez que fui a la playa vosotros teníais once años! No la he pisado desde entonces. En cuanto a las Navidades, vuestro padre os llevaba de viaje por Europa y parecíais encantados, en vacaciones más de lo mismo, y que sepas, que siempre he ido a vuestras funciones escolares. En cuanto a los cumpleaños... dejó de haceros ilusión, cuando os preguntaba qué queríais, me decíais que iros con vuestro padre a pescar o cazar o alguna cosa por el estilo, algo lejos de mí, esa parte no la decíais, pero se entendía.

—Joder, es como si quisieras hacerme recordar otra vida totalmente diferente —se frota los ojos —¿viajes por Europa? Nos metías en campamentos todas las fiestas y vacaciones y joder, Enzo y yo los odiábamos, aquel al que nos enviaste a los quince años en Roma fue una puta tortura, por eso ambos odiamos Italia —respira profundamente—. Jamás hemos ido a pescar o cazar, ni Enzo ni yo hemos cogido un arma nunca.

Parpadeo y siento cómo la bilis se apodera de mi garganta. Me obligo a tragar despacio para controlar las náuseas.

—Os ha manipulado igual que hacía conmigo —me obligo a respirar profundamente para no empezar a gritar y a lanzar todo por los aires —mira.

Me levanto y de una caja, saco un álbum de fotos de cuando ellos eran pequeños. Son fotos de sus cumpleaños antes de que Juan se los llevara.

Le enseño una que siempre me ha encantado.

Salimos los tres en la cocina llenos de nata, harina y huevo por todas partes, María está al fondo mirándonos con una sonrisa y nosotros tres estamos muertos de risa.

—¿Lo recuerdas? Fue en nuestro noveno cumpleaños, tú querías una tarta de Bob Esponja y Enzo la quería de Patricio porque se reía a carcajadas con él, lo intentamos —me encojo de hombros —pero la cocina no es nuestro fuerte y terminamos riendo y haciendo una guerra con todos los ingredientes, tú escribiste una E enorme en la camiseta de tu hermano con el colorante amarillo y él te pintó...

—Una H con el rosa —termina por mí y le miro —me acuerdo.

—¿Y te parece lógico que de pronto perdiese el interés en vosotros? Dime, ¿tiene alguna lógica para ti que de pronto ya no pasase las tardes en la cocina mientras hacíais los deberes?

—Eso es lo que Enzo y yo nos preguntamos porque no, no tiene lógica, es como si cuando cumplimos los doce años, tú ya no fueses tú misma.

Respiro profundamente y le miro a los ojos.

—Yo siempre he estado aquí, esperando a que me vieseis, el problema es que ya me he cansado de esperar, he hecho un viaje en muchos sentidos que me ha abierto los ojos —le cojo una mano—. Eres mi hijo y daría la vida por ti sin pensarlo, cariño, pero no voy a pelear contra vosotros. Si me queréis, estoy aquí, si no... —le señalo los álbumes —esta es mi verdad, hijo, mira las fotos, los vídeos, intenta recordar.

—Mamá —me coge del brazo cuando me levanto —no te vayas, por favor.

Vuelvo a sentarme a su lado. Él coge un nuevo álbum y yo trato de no echarme a llorar.

—¿Estuviste allí cuando gané mi primer torneo de tenis?

—Pues claro —sonrío y rebusco entre otra de las cajas hasta que encuentro lo que quiero —¡hasta hice unas camisetas!

Se la enseño y se ríe a carcajadas.

—Joder, mamá, ¿en serio? Ni Nadal tiene algo que hacer contra mi niño —lee y yo giro la camiseta para que vea la parte delantera y vuelve a reírse —Hugo n1 de la ATP.

—Estuve allí, cariño —le cojo la mano —y también estuve cuando Enzo ganó el torneo de natación y se clasificó para el equipo nacional.

—¿También hay camiseta?

—Sí —confieso ante sus risas, me levanto y la saco de la misma caja que la anterior —mira.

—Madre mía —se parte de risa—. Ni los delfines nadan como mi niño —la gira y sonrío.

Como el campeón de natación de aquel año no era tan conocido como Nadal, puse en nombre de mi hijo con una corona de laureles encima y una medalla de oro colgando de la O del nombre.

—Te buscamos aquel día.

—Cuando la competición acabó, los visitantes tuvimos que salir del recinto.

—Pero los familiares podían quedarse.

—Ya, pero a tu padre se le olvidó acreditarme como familiar y no me dejaron pasar, yo no quería estropearle el día a Enzo porque estaba tan feliz, que lo dejé pasar.

—Mamá, esto es...

—Sé cómo te sientes, créeme, lo sé, es como si hubieses vivido una mentira, como si de repente el suelo ya no te sostuviese, como si todo lo que conoces ya no fuese real.

Asiente y mira de nuevo las camisetas, las fotos y todo lo demás.

—Ahora tengo que irme —se pone de pie —¿puedo llevármelo?

—Las camisetas sí, si quieres, las fotos no, te enviaré una copia, pero es lo único que tengo a lo que pueda aferrarme de vuestra infancia.

Asiente y con un gesto incómodo, como si no fuese natural, me besa en la mejilla.

—¿Puedo venir otro día a verte?

—Siempre que quieras.

Cuando se va, no puedo evitar salir detrás de él y observar hasta que su coche sale de la propiedad. Ha sido solo en un par de ocasiones, pero juraría que por un momento he visto a mi hijo de verdad, no ese ser desconocido en el que se ha convertido.

El corazón se me retuerce en el pecho al imaginar que algún día recupero a mis niños y me estremezco. Si recupero el cariño de Enzo y Hugo, podría morir feliz, pues he amado y me han amado y mis hijos son felices. No le pido mucho más a la vida.

## Capítulo 23

Los días empiezan a ser del todo tediosos. Ya estamos a mediados de octubre y celebré mi cumpleaños la semana pasada con mis amigas, con María y Paco y con Hugo. Enzo se negó a venir. No hicimos nada especial, una barbacoa aprovechando los últimos días de calor, un bañito en la piscina y ya. Pero me hizo sentir bien, al menos los escasos momentos en los que no pensaba en Liam. El agujero que tengo en el pecho me duele cada día más.

No lo sabe nadie, pero le robé a Liam una de sus camisas y la tengo bajo la almohada, imagino que María lo sabe, pero jamás dirá nada al respecto. Soy incapaz de dormir sin su olor cerca de mí. Mi cuerpo se revoluciona solo con pensar en él y mi corazón me exige que vaya a buscarle.

La compañía de mis amigas me ayuda, pero ellas tienen su propia vida. Hablar con Susan, los chicos y Martha también me sirve, pero el alivio dura poco y cada vez me cuesta más no preguntar por Liam. Dylan me dijo hace una semana que había tenido una cita y pensé que me moría a causa del dolor y los celos. Y no es justo, porque yo soy la que se fue, y porque técnicamente fui quien rompió la relación, pero me llevan los demonios al imaginarle en la cama con otra o cabalgando o... yo que sé. Mil cosas que podrían hacer.

Llevé a imprimir todas las fotos que tenían en el móvil y hojeo el álbum todas las noches mientras recuerdo lo que era estar allí. Hay noches que lloro hasta quedarme dormida, otras solo siento el profundo dolor en el pecho que me dice que aún estoy viva.

Reconozco que los primeros días cuando volví fueron divertidos, pero ya no me apetece salir a comer, ni ir de compras ni hacer nada en especial.

Lo único que me alivia un poco son las visitas de Hugo. Hoy me ha invitado a tomar un café en una cafetería cerca del bufete y me ha hablado sobre su trabajo, de cómo le van las cosas y se me eriza la piel.

—Tú no eres feliz siendo abogado, ¿verdad? —le pregunto cogiendo su mano.

—Te sonará extraño, pero nunca me lo había planteado hasta que salí de tu casa con aquellas camisetas en las manos.

—¿Y ahora?

—No lo sé —me mira—. Tengo veinticinco años, como quien dice acabo de salir de la universidad y ya soy socio principal de un bufete de primera —se encoge de hombros —tengo la sensación de que jamás me planteé hacer otra cosa.

—De niño querías ser bombero —sonríe—. Incluso te compré un camión que aún debe estar en el garaje, también quisiste ser actor porque ibas a ser el compañero del Capitán América, veterinario —enumero con los dedos —juez, pianista... ¡ah! Y un tenista famoso.

Nos reímos y siento un pellizco en el corazón. He rezado tantas veces tener un momento de conexión así con ellos que casi temo que no sea más que un sueño.

—¿Sabes lo que quería ser de verdad? —niego con la cabeza—. Paisajista como tú —se me corta la respiración y el corazón comienza a latir desbocado —hacías unos diseños tan maravillosos que Enzo y yo nos inventábamos historias sobre ellos, ¿recuerdas cuando nos dibujaste un jardín mágico? —trago con fuerza y asiento—. No se lo digas porque me matará, pero Enzo aún guarda ese dibujo, lo tiene en la caja fuerte de su casa.

Decir que se me estremece hasta el alma es quedarse corta.

—Siento muchísimo haberos fallado —Hugo me mira—. Yo... debí darme cuenta de lo que ocurría, debí pelear por vosotros, debí... no sé, cogeros en brazos, besaros como una loca y deciros cuánto os quería y cuánto os necesitaba —se me escapan algunas lágrimas —no te haces una idea de cuánto lamento haber sido tan débil, tan estúpida y tan manipulable.

—Basta, mamá —me coge la mano y me besa los nudillos —yo ya tengo las cosas claras y Enzo terminará comprendiendo también.

—Puede que lo haga, pero... me he perdido trece años de vuestra vida, trece años que no recuperaré jamás.

—Nosotros también hemos perdido ese tiempo contigo.

Necesito cambiar de tema porque cuando se me terminen las lágrimas, puede que vaya a matar a mi ex marido.

—¿Qué tal te va con Cris?

—No era nada serio y lo dejamos hace unos días —me mira y se encoge de hombros—. No sé, mamá, ahora mismo no puedo centrarme en mi vida amorosa, mi cabeza es un caos, discuto con Enzo día sí y día también, papá sabe que me pasa algo y Alicia está más pesada que nunca.

—Dime una cosa, hijo, y no tengas miedo a hacerme daño, ¿de acuerdo? —él asiente —¿sois felices con ella? ¿os trata bien?

—Sí, bueno, más o menos —bufa—. Yo que sé, mamá, antes de hablar contigo creía que sí, porque hace bromas con nosotros, nos llama mucho, está muy pendiente... esas cosas, pero después de hablar contigo, veo todo desde un prisma distinto y no sabría decirte, a papá le tiene cogido por las pelotas, eso seguro, porque si ella le dice que salte, él pregunta a qué altura, pero con nosotros... con Enzo tiene una relación más estrecha.

—¿Y Enzo sigue con su prometida? —Hugo hace una mueca y me arrepiento de haber hecho esa pregunta —deja, no respondas, no tengo derecho.

—Eres nuestra madre, claro que tienes derecho —bufa—. Es que no sé, cada vez está más irascible, ha despedido a gente del bufete por tonterías, ya te digo que discutimos día sí y día también. Con quien no discute nunca es con papá y con Alicia, pero el resto a la mínima de cambio estamos en su punto de mira.

—Lamento oír eso, ¿crees que es por mi culpa?

—Pues me gustaría decirte que no, pero desde aquella mañana en el bufete, cuando pillaste a papá con Alicia —asiento —desde ese día está que muerde, salía con Eva, una chica preciosa, se habían prometido y todo, una profesora de infantil que bebía los vientos por él y de golpe, un día la dejó, sin más. Y le he preguntado al respecto, pero entonces me grita y algún día vamos a terminar a puñetazos.

—Oh, Dios mío... lo siento muchísimo.

—No tienes por qué hacerlo —se encoje de hombros —como tú dijiste, éramos cuatro en la familia y cada uno tiene su parte de responsabilidad y culpa, nosotros nos hemos hecho la cama y ahora nos toca dormir en ella. Eso es todo.

—Pero es triste.

—No más que el hecho de que nuestro padre nos apartase de nuestra madre, crease otra familia con nosotros pero a escondidas —bebe un trago de café—. Tengo una reunión con un cliente en una hora, ¿quieres que te lleve a algún sitio?

—No, cariño, gracias.

Cuando nos levantamos, va a pagar y le espero con una sonrisa.

—Mil gracias por el café.

—Mamá —le miro nerviosa —¿estaría muy mal si te abrazo y te beso?

—Oh, tesoro mío.

Soy yo quien le abraza con todas mis fuerzas y le doy mil besos en las mejillas.

—Te quiero muchísimo, hijo mío —le enmarco el rostro —te quiero con toda mi alma.

—Y yo a ti, mamá, creo que no me he dado cuenta de cuánto te quiero y cuánto te he echado de menos hasta aquel día que fui a tu casa —me besa en la mejilla —estás preciosa —me sonrojo —nunca te lo digo pero lo pienso siempre, aún te dura el dorado que trajiste de donde sea que estuviste.

—Gracias mi niño.

\*\*\*

A finales de noviembre, mientras estoy plantando unos crisantemos y unos jacintos, recibo una llamada de un número muy extraño que desconozco.

—¿Diga?

—¿Juls? Soy Kyle, del vivero de Texas.

—¡Ah, hola! ¡menuda sorpresa!

—Me lo imagino —se ríe —verás, te llamo por dos cosas, una consecuencia de la otra.

—Soy toda oídos, dime.

—He visto lo que creaste en los jardines del rancho Anderson y me he quedado muy impresionada, la verdad.

—Gracias, aunque no es mérito mío, si están terminados es cosa de Dylan y Jayden.

—Sí, ya me han dicho que ellos hicieron el trabajo sucio pero siguiendo tus indicaciones y tus dibujos y me gustó todo tanto que se me ha ocurrido una cosa. Jayden dice que no querías volver a España.

—Y no quería, pero el permiso de turismo funciona como funciona y lo mío con Liam no era tan serio como para las otras opciones.

—Entiendo, quizá mi proposición te llegue en mal momento, pero ahí va. ¿Querías volver a Houston?

—Sí, si por mí fuera, mañana mismo estaba ahí.

—¡Fantástico! ¿y qué me dices si yo te ofrezco un empleo y solicito el permiso de residencia para ti? Tengo entendido que puede tardar un par de años, pero he hecho modificaciones en el vivero y me vendría de maravilla una persona como tú, le pregunté a Liam y joder, te vendió como si fueses el mejor invento desde la rueda.

Me llevo una mano al pecho y me siento en la tierra sin importarme que esté húmeda. El corazón me late tan deprisa y tan fuerte que me está magullando las costillas.

—Bueno, ¿qué me dices?

—¿Cuándo quieres que firme el contrato?

—Pues voy a consultar con mi abogado, que también es el de Liam y te llamo mañana, dame tu email por si necesito enviarte documentación o lo que sea.

—Mil gracias, Kyle, te juro que no te vas a arrepentir.

—Eso ya lo sé.

Tras darle toda la información que me ha pedido y despedirme de ella, entro en casa corriendo porque lo que hace un rato era llovizna, ahora es lluvia torrencial.

En cuanto me descalzo y me quito los guantes de jardinería, cojo mi móvil y llamo a Mario sin darme cuenta de qué hora es.

—Dime, Julieta.

—Mañana a primera hora tengo que verte y hablar contigo. Es urgente.

—Muy bien, ¿en mi despacho a las ocho?

—Allí estaré.

—Julieta, ¿estás bien?

Y por primera vez desde que volví, sonrío de verdad.

—Me falta muy, muy poco.

Me despido de mi abogado y llamo a Hugo, le invito a cenar en casa y acepta encantado, quizá no es la relación estrecha con la que yo sueño, pero desde luego es mucho más de lo que imaginé que tendríamos hace unos meses.

Estoy tan nerviosa y tan emocionada por las perspectivas que me tiembla el cuerpo entero, quiero gritarlo a los cuatro vientos, quiero reír hasta que me duela el cuerpo y quiero volver a sentir a Liam cerca de mí.

Por un instante pienso en llamar a Susan y contárselo, pero prefiero no decir nada hasta que lo tenga todo más claro, ahora mismo solo puedo salir corriendo como una demente hacia el segundo piso de la casa donde está mi habitación.

Me meto en la ducha y ahí sí, bajo el agua grito emocionada y ansiosa por la anticipación. Solo con pensar en que voy a volver a ver a Liam, a Susan y a los chicos mi corazón grita emocionado.

Una vez seca, me pongo un pijama cómodo y me tumbo en la cama con mi nuevo portátil a buscar vuelos para Texas. Si por mí fuera me iba mañana mismo, pero esta vez no pienso volver y eso requiere que lo deje todo bien atado aquí en España.

Hugo llega y me trae un precioso ramo de flores que hace que me emocione aún más.

—Ven, tengo algo que contarte, le he pedido a María que nos haga una cena de picoteo como cuando erais pequeños.

Se quita el abrigo y me sigue al salón que ahora tiene un aspecto mucho más moderno y equilibrado. He prestado algunas obras de arte, otras las he vendido y otras simplemente son demasiado especiales como para que no estén en la familia, así que están en una caja fuerte de una galería de arte.

Mi hijo se quita los zapatos y sube los pies al sofá.

—Me muero de hambre —coge unas patatas —hoy se me olvidó ir a comer.

—De pequeño también te pasaba —sonrío con cariño.

—A ver, cuéntame.

Me pongo nerviosa de inmediato. No sé cómo se lo va a tomar, pero necesito que me entienda, que comprenda que aunque le quiero y me duele volver a alejarme de él, necesito hacer esto, recuperar a Liam, porque mi vida no tiene sentido sin él.

—Sé que aún estamos recuperando la confianza del uno en el otro y sé que lo que voy a decirte es muy fuerte y espero de corazón que no te enfades conmigo y que comprendas que tengo que hacerlo.

—Me estoy asustando.

—No, no es malo, es... —sonrío como una estúpida—. Tengo la oportunidad de trabajar en un vivero.

—¡Eso es fantástico, mamá! —me abraza y me da un beso que me sabe demasiado tentador.

—Es en Houston —parpadea y deja el vaso que acababa de coger—. Ahí es donde estuve.

—Espera, ¿te fuiste a Texas? ¿el Texas de Estados Unidos? ¿desde cuándo hablas inglés?

Me río por no llorar.

—Cariño, soy bilingüe de toda la vida —le explico—. Quizá no lo recuerdes, pero me educué en el colegio americano y fui a una universidad bilingüe, tengo los títulos que lo acreditan además de a mi mejor amiga que está allí y que se encarga de que no se me olvide el idioma.

—Entonces estuviste con tu amiga.

—Sí —sonrío pero tengo miedo porque ahora viene la parte más difícil —ella y su hermano Liam tienen un rancho maravilloso, me fui con ellos y... —cojo aire —me enamoré de Liam y él de mí.

—Espera, ¿has tenido un lío con ese tal Liam?

—Un lío no, cariño, lo nuestro fue amor, del de verdad, el que te vuelve la cabeza del revés, descoloca tu mundo, te hace volar, reír, retarte a ti mismo continuamente... ese que hace que tu corazón salte de alegría.

Mi hijo me mira con una expresión muy seria en la cara y temo que no lo entienda, que no comprenda que aquí ya no tengo nada, ni siquiera a él, porque tanto Hugo como Enzo están haciendo sus vidas y yo creo que tengo derecho a rehacer la mía.

—Te ha dado fuerte —asiento —y quieres volver.

—Sí, cariño —le cojo las manos.

Ambos estamos sentados en el sofá como los indios, con las piernas cruzadas y descalzos.

—Tengo que hacerlo, tengo la oportunidad de volver con Liam, de estar con el amor de mi vida... de empezar de nuevo siendo feliz.

Durante unos segundos en los que mi corazón late descontrolado, Hugo me mira sin parpadear siquiera.

—Así que esta cena es una despedida.

—No... bueno, sí, si no aceptas mi decisión —le suelto —yo te quiero muchísimo hijo, pero tú tienes tu vida, ya eres adulto y yo tengo derecho a tener una vida, porque consagré veinticinco años a un matrimonio que era falso y a un marido que jamás me ha querido salvo por mi dinero y mi apellido, quiero ser feliz, que me quieran y querer sin límites.

—Y ese tal Liam, ¿es un buen hombre?

—Sí —asiento nerviosa —el mejor y yo... le quiero tanto que solo con pensar en volver a verle me comporto como una quinceañera.

Sonríe y suspira.

—Creo que jamás te había visto tan... feliz —coge aire—. ¿Querrías hablarme de ellos? De tu amiga, de Liam, del rancho... —trago con fuerza —acabo de recuperarte mamá, no voy a decir que esto no me duele porque sí lo hace, pero llevo media vida soñando con tenerte de nuevo en mi vida y no voy a renunciar a ello.

—¡Mi niño!

Me lanzo a sus brazos y nos caemos del sofá entre risas. Le beso por toda la cara y cuando empieza a protestar, nos levantamos. Voy a por el álbum de fotos a mi habitación y se lo enseño.

—Mira, él es Liam.

En esa foto está acariciando a un caballo, pero me mira a mí y me guiñaba un ojo.

Según va mirando las fotos, le voy explicando quiénes son y sus nombres.

—Así que allí encontraste una familia —me dice cuando termina de ver las fotos —¿y te queda sitio para mí?

—Siempre —le abrazo con todas mis fuerzas—. Eres mi hijo, igual que Enzo, siempre seréis la parte más importante de mi vida, pero no puedo renunciar a vivir.

—No, no sería justo que lo hicieras —suspira—. Pero tengo miedo de volver a perderte, de que allí seas tan feliz que te olvides de Enzo y de mí, sé que aún no has hecho las paces con él, pero también está sufriendo.

—Lo sé, cariño.

—En ese caso, solo me queda decirte que seas feliz y si puedo, me gustaría ir a verte, conocer a tu nueva familia... no sé, no volver a quedarme sin madre.

—Eso no va a pasar, tesoro, te lo prometo.

## Capítulo 24

Mario se queda de piedra cuando le digo que quiero que se encargue de vender la casa. Sé que puede parecer una decisión alocada, pero no lo es, lo comprendí cuando cenaba anoche con Hugo. Ellos tienen sus viviendas en buenas zonas y a su gusto, viviendas que pagué yo sin saberlo, aunque no me molesta, son mis hijos. Pero la casa es un tema complicado, Juan la quiere y debido a la rabia que siento cuando pienso en él, voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que no la tenga.

Sé que venderla abrirá una nueva brecha entre Enzo y yo, pero si se la dejo a él será como dársela a Juan, así que no, voy a vender la casa y pondré el dinero a salvo de las manos de Juan, cuando él ya no esté en escena, mis hijos tendrán acceso a él a partes iguales.

También le explico el tema del contrato de trabajo y de que Kyle se ha ofrecido a solicitar el permiso de residencia para mí, que va a tardar algunos años, pero que eso me permite estar allí, con Liam.

—Bueno, no puedo decir que me sorprenda porque desde que hablé contigo comprendí que en cuanto tuvieses la oportunidad, correrías de nuevo al otro lado del charco.

—También quiero que María y Paco se jubilen y que les quede una buena indemnización, ¿hay forma de hacer eso de alguna manera sin que se lo lleve todo hacienda?

—Claro que sí, déjalo en mis manos.

Con muchas menos preocupaciones en la cabeza, espero ansiosa la llamada de Kyle. Para pasar el rato he quedado para comer con Margarita y Carolina, quiero darles la noticia en persona.

Quedamos en el mismo restaurante japonés en el que nos encontramos por primera vez y cuando yo llego, ellas ya están allí.

—Tengo algo que contaros —les suelto en cuanto terminamos con las frases de cortesía—. Me han ofrecido un puesto de trabajo en el vivero de Kyle, en Houston.

Saben quién es Kyle porque les he hablado de todo el mundo de allí.

—¡Pero eso es magnífico! —exclama Carolina—. ¡Me alegro muchísimo por ti!

—Y yo también —Margarita me mira —pero vuelves a irte y te echaré de menos.

—Alguna vez vendré, Hugo está aquí y vosotras podéis ir a verme, os va a encantar Texas.

—Eso sería magnífico. A ver, cuéntanos más sobre ese trabajo.

Y durante más de una hora les explico lo poco que sé en realidad, pero me explico en los detalles de cómo era el vivero y recuerdo lo bien que lo pasé con Dylan y Jayden el día que escogimos todas las plantas para los jardines.

—¿Cuándo te vas?

—En cuanto Kyle me llame para decirme que ya tiene el contrato, casi no puedo esperar.

Tras la comida, todavía me dio tiempo de volver a casa antes de que Kyle me llame, pero cuando lo hace, el cielo se abre para mí.

—Todo ok —me dice tras el saludo—. Mi abogado se encarga de todo y ya ha pedido la tarjeta para que puedas entrar en el país, una vez que estés aquí, nos encargamos del resto, así que... ¿cuándo llegas?

—En cuanto consiga un vuelo —Kyle se echa a reír.

—No te meto prisa, imagino que tienes que resolver cosas allí, pero si pudieses estar aquí antes de Navidad, sería perfecto.

—Kyle, te lo digo en serio, llevo toda la mañana con mi abogado para dejarlo todo atado, en cuanto te cuelgue el teléfono voy a buscar un vuelo y me voy en el que llegue antes.

Su carcajada me hace reír a mí también.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Claro, ya que ni has preguntado por el sueldo —se burla—. Dime.

—No se lo digas a Liam ni a los chicos, quiero que sea una sorpresa.

—Eso está hecho, te dejo que me llaman, en cuanto tengas los datos del vuelo, me avisas.

Bueno, con casi todos los temas resueltos, solo me queda notificárselo a María y a Paco, sé que les va a resultar duro, pero también sé que es justo para ellos, les voy a indemnizar con una generosa cantidad y les quedará una jubilación con la que podrán vivir muy bien.

Pero hablaremos de ello durante la cena. Primero tengo que hacer las maletas, encontrar un vuelo y repetirme una y otra vez que tengo que tener paciencia, que ya no falta nada. Que en breve volveré al rancho, a abrazarles a todos y a estar con Liam. Me pican las manos con la necesidad de tocarle, de besarle, de tenerle de nuevo a mi lado.

Me tumbo en la cama con el portátil y busco los vuelos, me pongo estúpidamente nerviosa cuando marco la casilla de “*solo ida*”.

Voy a hacerlo, voy a empezar de nuevo.

Durante la cena, cuando les cuento a María y a Paco mis planes, al principio se quedan pálidos, pero cuando les entrego los documentos con las indemnizaciones y les garantizo que Mario se encargará de todo lo relativo a su pensión y que por supuesto corre de mi cargo, no solo se relajan sino que me informan de que su hija, una niña a la que apenas recuerdo, lleva dos años trabajando en Francia y se los quiere llevar a vivir con ella a una preciosa ciudad costera.

Me siento realmente feliz por ellos, no es que sean muy mayores, pero se han pasado toda la vida trabajando y creo que es el momento de que disfruten de los frutos de ese trabajo.

Para mi sorpresa, Hugo se presenta en casa y salgo a recibirle con una sonrisa hasta que veo que Enzo viene con él.

No obstante, les dejo pasar.

—Hola, hijo.

—Hola —lo mira todo con desconfianza —Hugo...

—Oye, me lo has prometido —le dice con una mano en su hombro—. Venga, tío, es mamá.

—No es... —bufa—. Vale.

Sonríó porque sigue bufando igual que cuando era pequeño.

—¿Os apetece comer algo? Nosotros hemos cenado hace un rato, pero creo que aún hay algo para comer.

—¿Nosotros? —me pregunta Enzo.

—Enzo, déjalo ya —su hermano me abraza y me besa—. Hola, mamá, perdona la hora.

—Ya te dije que siempre que quieras, ¿vamos al salón?

Nos dirigimos hacia allí y me fijo en la expresión de Enzo, está dolido y triste, se lo veo en sus ojos.

—Para tu información, he cenado con María y con Paco, se van a jubilar y desde mañana ya no trabajarán aquí, aunque se van a quedar hasta que todo quede resuelto.

—¿Hasta que quede resuelto? Creía que esta casa ahora les pertenecía —abro los ojos como platos.

—Papá —interviene Hugo cuando estoy a punto de preguntar.

—No es cierto, esta es mi casa, ya te lo dije —él me mira furioso—. Enzo, cariño, di lo que tengas que decir, no creo que sea peor que lo que ya me has dicho.

—No intentes cargarme a mí con toda esta mierda.

—No lo hago, pero tú tienes tu parte de responsabilidad, al igual que la tenemos tu padre, tu hermano o yo.

—Sí, Hugo ya me ha soltado la mierda esa de la familia de cuatro miembros —bufa de nuevo—. Quiero ver las fotos.

Me levanto y le entrego los álbumes que Hugo y yo vimos juntos, aún no los he vuelto a guardar en las cajas.

Enzo las observa con detenimiento, a veces se frota las sienes, otras veces el puente de la nariz, pero no dice ni una sola palabra y yo me pongo nerviosa.

—Vale —se pone en pie y me entrega el álbum, mira a su hermano —vámonos.

—Enzo, por favor, se va a ir, ¿de verdad quieres seguir así? Tú mismo me has dicho que desconfías de papá y de Alicia.

—¿Y? —mira a su hermano y se cruza de brazos —¿qué se va? Bueno, tampoco ha estado muy presente en los últimos trece años de nuestras vidas, no creo que lo notemos mucho.

—No hables como si no estuviese aquí —le digo—. Y si no hemos pasado más tiempo juntos desde que sois adultos es porque no habéis querido —me enfado con él—. Comprendo que todo esto es muy difícil, pero era yo la que os llamaba siempre, dime, ¿cuándo fue la última vez que me llamaste para ver cómo estoy?

—Cuando estabas en Texas con tu querido —me escupe con rabia.

—Primero, no era mi querido y segundo, solo me llamaste para pedirme esta casa, que la vendiese o que te la diese a ti, bueno, para eso y para insultarme.

—¿Y si te vas? ¿qué vas a hacer con la casa?

—No lo sé —miento.

—¿Vas a seguir sin dármela?

—Ahora ya no tienes prometida y vives en un loft de lujo en el centro, no necesitas esta casa, además, como te dije, es tanto tuya como de Hugo.

—Puede que papá sea un cabrón, pero tú no te quedas atrás, prefieres que la casa se pudra antes que dármela a mí.

—No, hijo, no me importaría que os la quedaseis Hugo y tú, pero el que realmente la quiere es tu padre y a ese malnacido ya le he dado demasiado —me cruzo de brazos—. Me ha robado mi bufete, mi herencia y me ha puesto de vuelta y media en todas partes, aunque lo peor es lo que os ha hecho a vosotros, así que te lo digo claramente, antes la quemo hasta los cimientos que permitir que la tenga él.

—Lo que yo decía, no te diferencias tanto.

—Enzo —Hugo le mira furioso —el culpable de todo esto es papá.

—Claro que sí —me mira con rabia —¿y tú no tienes la culpa de nada?

—Sí, tengo mi parte de culpa, te lo he dicho antes, pero yo jamás he engañado a tu padre, y jamás, jamás he dejado de quereros con toda mi alma, lo único que hice mal fue confiar en quien no debía, y sí, te pido perdón por no haberme dado cuenta antes, por no haber luchado por vosotros, entiendo que sientas que te abandoné, pero una cosa es que te sientas así, y otra muy diferente es que lo hiciese de verdad.

—Tengo que irme.

—Mamá, lo siento —abrazo a Hugo con fuerza.

—Ve con él, te necesita —le miro a los ojos—. Eres un hombre guapísimo hijo y estoy orgullosa de ti, mi vuelo sale mañana, pero te enviaré los datos.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, mi vida.

\*\*\*

Ha sido un milagro encontrar un vuelo directo a Houston, así que dado que no he pegado ojo en toda la noche por los nervios del viaje y por el encuentro con mis hijos, en cuanto me coloco en mi asiento, me pongo en antifaz, los auriculares y me dispongo a dormir, tengo muchas horas por delante y siguiendo el consejo de Margarita, me he tomado una pastilla que me ayudará a conciliar el sueño, porque si tengo que pasar diez horas en un avión con los ojos abiertos, puede que me dé un infarto.

Cuando abro los ojos, le pregunto a la azafata y me informa de que solo falta una hora y media hasta llegar al aeropuerto, así que reinicio mi lista musical y vuelvo a cerrar los ojos, no creo que me vuelva a dormir, pero quiero llegar lo más descansada posible.

Al final no le he dicho a nadie que iba, ni siquiera a Susan. Quiero darles una sorpresa a todos y quiero disfrutar de su alegría al verme, porque sé que me han echado de menos tanto como yo a ellos.

Una vez que recojo mis maletas, pido un taxi y emocionada le doy la dirección del rancho, el buen hombre me informa de que la carrera me va a salir por un ojo de la cara y sonrío. Al menos me ha tocado uno decente.

Por el camino me cambio de ropa, bueno, más bien me quito alguna de las capas que llevo, en noviembre en Madrid ya hace frío pero en Texas aún son cálidas. Una vez que he pasado el control de aduanas he respirado tranquila porque la verdad, he tenido un mal presentimiento desde que me desperté en el avión, pero deben ser los nervios porque todo está saliendo de maravilla.

Según el taxista, llegaremos al rancho sobre la una más o menos, la hora perfecta ya que es cuando suelen comer y estarán todos reunidos en la cocina. No puedo evitar preguntarme cómo reaccionarán todos, estoy convencida de que Susan y los chicos se alegrarán muchísimo, pero la reacción de Liam me preocupa un poco. No obstante, tengo fe en nosotros, en que lo nuestro es de verdad, en que lo que hemos vivido ha sido real.

Le envío mensajes a Hugo, a Margarita, a Carolina y a María para notificar que he aterrizado bien y que estoy camino del rancho. Me desean mucha suerte y me parto de risa con los comentarios de mis amigas.

Cuando veo las puertas del rancho, el corazón comienza a palpitarme con fuerza en el pecho.

Joder. ¿Y si al final no les parece tan buena idea?

Pero ahora ya es tarde para dar marcha atrás, el taxista acaba de aparcar justo delante del rancho y me quedo con la boca abierta al ver los jardines. ¡Son preciosos! Una cálida ola de orgullo me recorre por Dylan y por Jayden, porque sé que es cosa de ellos.

Cuando el hombre me ayuda a bajar las maletas, Jayden sale de la casa corriendo y se abalanza sobre mí.

—¡Sí! ¡Joder! ¡Sí! ¡Has vuelto!

—He vuelto, cariño —me besa en la mejilla repetidas veces haciéndome reír.

—¡Juls! —Dylan salta la valla del porche y me abraza con todas sus fuerzas —estás aquí.

—Así es —me aparto un poco—, tengo que pagar al taxista, dadme un segundo.

Dylan me lo va a impedir, pero niego con la cabeza. Le entrego el dinero y el hombre tras despedirse, se aleja. Los trabajadores comienzan a salir y todos sonríen, pero cuando Martha y Susan salen, sé que hay algún problema.

Susan se acerca deprisa y me abraza fuerte.

—Dios... has vuelto.

—Sí —se separa y me mira a los ojos —¿pasa algo?

—Lo siento mucho, Juls, no te lo conté porque bueno... se suponía que no ibas a volver.

—¿Qué...

Pero las palabras se cortan en mi garganta cuando veo a Liam, tiene a una mujer a su lado y le rodea los hombros con un brazo.

Todo lo disimuladamente que puedo, me sujeto a mi amiga porque me fallan las piernas.

—Has vuelto después de todo —me dice con frialdad y asiento—. ¿Te quedas a comer?

Joder. Nunca me han disparado, pero creo que no me habría dolido tanto como su pregunta.

—No —respondo de inmediato—. En realidad... no. Yo... he venido solo a saludar.

Todos sabemos que miento y que además parezco estúpida porque el taxista se ha largado y mis dos enormes maletas están detrás de mí.

—Papá —interviene Jayden—. Se me pasó decírtelo, me llevo a Juls a comer al pueblo, ¿vale?

—Si no tienes dónde quedarte, tu antigua habitación está libre —la mujer de su lado le besa en el cuello con coquetería.

—No, gracias, como he dicho, he venido solo a saludar.

—Ya, claro.

Nos miramos durante unos segundos hasta que Jayden aparece con el todoterreno y se interpone entre nosotros.

Soy imbécil. Pero imbécil redomada.

Dylan me ayuda con las maletas y los tres nos subimos en el coche, permanecemos en silencio hasta que salimos de la propiedad.

—Bueno, ¿y qué tal el viaje? —la pregunta de Jayden me hace sonreír.

—Mejor que el reencuentro —respondo de mal humor.

—Lo sentimos mucho, Juls, apareció con ella hace una semana, no sabíamos... —Dylan me mira con expresión culpable—. No nos atrevimos a decirte nada.

—Es que no es cosa vuestra hacerlo —suspiro—. Y me lo tengo merecido, por dar las cosas por hecho y por permitirme creer de nuevo —sonrío sintiendo las lágrimas en la garganta—, así que me está bien empleado, por pensar que iba a empezar de nuevo, que merezco que me quieran y que merezco ser la primera opción para alguien, si alguien como Liam, que es prácticamente perfecto, no es para mí... tal vez esté mejor sola.

—Juls, eso no es... —interviene Jayden.

—No, está bien así, no importa —me limpio los ojos—, estoy aquí y ahora es para siempre.

—¿Lo dices en serio? —ambos me miran con los ojos como platos.

—Sí, Kyle me ha ofrecido un trabajo que he aceptado y me va a ayudar con el permiso de residencia, así que vamos a comer algo y después necesito que me ayudéis a buscar una casa.

—No seas tonta, vuelve al rancho —me dice Dylan.

—¿Con ellos? —suelto una carcajada—. Va a ser que no. Tu padre ha pasado página y estaba en su derecho, que yo esté por allí solo complica las cosas y ya he tenido demasiadas complicaciones en mi vida.

Los chicos me llevan a comer a uno de esos restaurantes típicos de la zona donde al parecer, se sirve una barbacoa que está deliciosa, sigo sus recomendaciones cuando nos vienen a tomar nota.

—Por cierto, felicidades por el jardín delantero, es una maravilla —les felicito—. Habéis hecho un trabajo magnífico.

—Gracias, seguimos tus indicaciones al pie de la letra —indica Dylan sin muchas ganas.

—Entonces, a ver que yo lo entienda —interviene Jayden—. Tú has vuelto para quedarte, vas a trabajar con Kyle y pretendes alquilar una casa por la zona.

—Lo has entendido muy bien, puede que viaje de vez en cuando a Madrid para ver a mis amigas y a mis hijos, pero ahora ya puedo volver cuando quiera.

—¿Y qué pasa con mi padre?

—Nada —ambos me miran y me encojo de hombros—. No pasa nada con él, ha rehecho su vida y yo tendré que hacer lo mismo con la mía, que me duele que me haya olvidado tan rápido, sí, duele como mil demonios, pero fui yo la que se fue, así que...

—Joder, Juls... lo siento —Dylan me coge la mano y Jayden le imita.

—Y ahora, vamos a comer, a buscarme una casa y por favor, hacedme reír para que no me arrepienta de haber venido.

## Capítulo 25

Al final he decidido quedarme en un pequeño hotel que hay en una población cercana, está a pocos kilómetros del vivero y de momento me sirve perfectamente.

Cuando Dylan y Jayden me han dejado en la habitación, no estaban muy convencidos, pero se han dado cuenta de que necesito estar sola y se despiden con besos y abrazos.

Me siento en la cama y miro mi teléfono, tengo decenas de llamadas perdidas de Susan y de Martha, también de mis amigas y de Hugo, pero no voy a responder a nadie. Aunque lo que sí hago es quitar la foto que tengo de fondo de pantalla, no es correcto que tenga esa foto de Liam y mía si él está con otra mujer.

Trago con fuerza ante ese pensamiento y finalmente me rindo. Lloro desconsolada durante horas.

Me siento como una estúpida, lo he dejado todo por él, he tardado pocos meses en poder volver y él ya tiene a otra que le caliente la cama, pero lo peor de todo es que siento de nuevo que todo lo que he vivido era mentira. Liam me había dicho que no había tenido una relación con una mujer desde que se divorció hace años, que solo era sexo esporádico. Pero no me lo creo, ahora no, no cuando le he visto tan acaramelado con una mujer que de nuevo, es más joven, más guapa y con mejor cuerpo que yo.

—¿Qué es lo que tengo de malo que nadie me quiere? —me pregunto a mí misma entre lágrimas.

Joder, desde que descubrí a mi ex marido con los pantalones bajados, he llorado más que en toda mi vida.

Y estoy harta, harta de ser siempre la segunda opción de los demás, de que nadie me quiera o me necesite, de vivir a medio gas sin disfrutar realmente de la vida.

He querido a dos hombres en mi vida y ambos me han sustituido por una versión más joven y mejor que yo. Hay quien tiene fama y fortuna, quien tiene una inteligencia privilegiada y luego estoy yo, que voy acumulando a un cabrón tras otro. Menos mal que con el último al menos no me casé ni le dediqué veinticinco años de mi vida.

Cuando anochece, bajo al restaurante del hotel, pido algo ligero de cena y le pregunto a la mujer que me atiende si tengo forma de ir al vivero desde ahí.

—Pues mañana si quiere la puede llevar mi marido, pero tendrá que buscarse un medio de transporte.

—Perfecto, gracias.

Claro. Normal. Porque, ¿cómo iba a tener yo un poco de suerte?

Subo de nuevo a mi habitación y me dedico a devolver las llamadas, al menos a los de este lado del charco, a mi hijo y a mis amigas les envío unos mensajes.

—Joder, Juls —Susana está nerviosa—. Lo siento muchísimo, de verdad.

—¿Por qué? —me encojo de hombros aunque ella no pueda verme—. Tú no has hecho nada malo, y tu hermano tampoco, ¿qué me siento ofendida porque me ha sustituido tan pronto?, pues sí, la verdad, pero eso es problema mío, no de él y menos tuyo.

—Ya, pero... es que no lo entiendo, te juro que no lo entiendo.

—No hay nada que entender, si él es feliz, bien por él.

—¿Y tú? ¿qué pasa contigo? Joder que has cruzado el Atlántico y ni siquiera tienes dónde dormir.

—Eso no es cierto, tus sobrinos me han dejado en un hotel la mar de cuco, limpio y acogedor.

—¿Y vas a vivir en un hotel?

—No lo sé, de momento tengo trabajo con Kyle y después ya veremos, a Madrid tampoco puedo volver, y tampoco quiero en realidad.

—¿Y quieres estar aquí?

—Pues si te soy sincera, no. Pero ahora mismo es mi mejor opción, mira Susana, déjalo, ¿vale? No soy la primera a la que le dan puerta y no seré la última, solo quiero echarme a dormir, no quedarme dormida mañana y encontrar la forma de ir desde este encantador hotel hasta el vivero.

—Pues como no te hagas con un coche...

—No tengo permiso de conducir —cierro los ojos y me dejo caer sobre la cama—. Mañana lo hablaré con Kyle, no sé, mañana es otro día, ahora estoy agotada y solo quiero dormir.

Cuando suena el despertador quiero morirme, pero de verdad, he dormido solo tres horas y noto el cerebro como si flotase en alcohol, algo improbable dado que no he bebido nada. Me ducho con el agua casi fría a ver si así me despejo y tras vestirme, bajo a desayunar algo al comedor.

Tengo el estómago algo revuelto, imagino que por tantas emociones, pero cuando me estoy terminando la segunda tortita, aparece un hombre que se identifica como el marido de la dueña del hotel y se ofrece a llevarme al vivero.

—Estoy lista.

—Perfecto, tengo que recoger unas cosas de la cocina y enseguida salgo.

Cojo mi chaqueta, porque hoy el día está como yo, turbio y salgo al exterior.

—¿Qué coño haces aquí?

—¡Joder! ¡qué susto me has dado! —miro a Liam y siento que se me contrae el estómago —¿eso es asunto tuyo?

—Si has venido para atormentarme, sí, es asunto mío —suelto una risilla sarcástica.

—¿Para atormentarte? No seas ridículo —me enfrento a él—. Tengo un trabajo y ahora voy a vivir aquí, pero no hay el más mínimo problema, como apenas sales del rancho, será difícil que nos encontremos en el pueblo y si necesitas algo del vivero, envía a tus hijos —chasqueo los

dedos—. ¿Lo ves? Así de fácil.

—Se suponía que no podías volver.

—Las cosas cambian —le miro con inquina—. Tú lo sabes mejor que nadie.

—Lo que tengo con Cristal no es asunto tuyo.

—¡Dios me libre! —le miro dolida—. Has tardado dos meses en olvidarme y estás aquí, exigiendo, ¿qué?

—Solo te pido que te mantengas alejada de mí y de mi familia.

—Eres tú el que ha venido aquí.

—Tú apareciste ayer en el rancho.

—No sabía lo de tu novia, nadie me lo dijo —encho un hombro—, pero ahora ya me doy por enterada, ¿algo más?

—Joder, Juls —se frota la cabeza y se descoloca todos los mechones, a duras penas consigo retener mi mano para colocárselos de nuevo en su sitio.

—No, has perdido el privilegio de llamarme así, para ti soy Julieta.

—¡Te habías ido!

—Pues ahora he vuelto —me encho de hombros—. Y ahora, si me disculpas —el hombre que me va a llevar acaba de salir —tengo que irme a trabajar.

Estoy deseando llegar al vivero, meter las manos en la tierra y olvidarme de todo el mundo.

Pero está claro que los astros se han alineado en mi contra porque me paso la mañana oyendo los cotilleos a mi alrededor, el rumor ha corrido como la pólvora: “la nueva novia y la ex, Juls, a la vez en el rancho”. Y las risas, las malditas risas.

—Kyle.

Detengo a mi jefa cuando la pillo en uno de los corredores.

—¿Puedo pasar el resto del día en la sala de injertos? Lejos de todo el mundo.

—Sí, claro —me mira con compasión—. Ya me he enterado, lo siento mucho, ¿tienes dónde quedarte?

—Pues estoy en un hotel del pueblo, pero no tengo forma de venir a trabajar por las mañanas, no tengo permiso de conducir ni coche.

—Espera, ¿están en el White Farm Inn? —asiento con la cabeza—. Entonces ya está solucionado, mira, Daniel pasa por delante todos los días para venir a trabajar, le comentaré que pase a por ti para llevarte al hotel y del resto ya os ocupáis vosotros.

—Perfecto, gracias.

Estoy segura de que me han presentado a ese tal Daniel, pero no le recuerdo. En mi defensa diré que me han presentado como a un millón de personas.

\*\*\*

Cuando termino el primer día de trabajo me siento agotada, así que cuando Daniel ha venido a buscarme para irnos juntos ha sido como un regalo de la Divina Providencia.

Daniel es un chico joven, muy guapo y con muy buen cuerpo, además, tiene un acento latino que me encanta y siento que hemos conectado, lo cual está muy bien porque no me imagino

compartir el coche con alguien que me caiga mal.

—¿Qué tal tu primer día?

—No sé cómo los mortales lo soportáis —su risa es ronca y grave y me recuerda un poco a la de Liam.

—Pues para no ser una simple mortal, lo has hecho bien —encoge los hombros—. Un montón de cambios que hará que nos duela la cabeza, pero Kyle está conforme.

—Es cuestión de organización, para un vivero pequeño, como estaba era perfecto, pero ya no es un vivero pequeño y hay que actualizarse.

—Sí, eso nos ha dicho ella —me sonrío—. ¿Así que te alojas en le White Farm Inn?

—Hasta que encuentre una casa, un piso, un puente sin dueño... —se echa a reír y yo sonrío—. acabo de llegar de España, me gusta esto, me gusta trabajar en el vivero y bueno, tenía esperanzas románticas que se han reventado, pero no quiero volver a Madrid, así que pretendo conservar el trabajo e imagino que con el tiempo, encontraré un lugar para vivir.

—Mi hermana busca compañera de casa, por si te interesa —me mira de reojo—. Vive en la casa de nuestros padres, no lejos del hotel.

—¿No vivís juntos?

—No, yo vivo con mi novia en una casita al otro lado del pueblo —asiento—. Si quieres, puedo hablar con mi hermana, os presento, ves la casa y si te interesa, te mudas, desde luego te va a salir más barato que el hotel.

Sonrío y acepto. Total no tengo nada que perder. Y cuando digo nada, es nada. Lo cual es muy triste.

Daniel me deja en la puerta del hotel y se despide con una sonrisa, acordamos la hora a la que me recogerá al día siguiente y durante el trayecto también le puse un precio a que me haga de chófer todos los días. Saco unos billetes y se los tiendo, pero niega con la cabeza.

—A partir de mañana, Juls, hoy invita la casa, bienvenida a Texas.

Le sonrío en agradecimiento y cuando entro en el hotel me dirijo a mi habitación, nada más cerrar la puerta me tiro en la cama y caigo como un fardo de paja. ¡Estoy muerta!

En mi defensa diré que debido a los comentarios que he oído, las risas burlonas y demás, me he desfogado reorganizando el vivero de Kyle y he empezado por la zona de decoración, es decir, que he movido más macetas, farolas, terrarios, parterres y cacharros de todo tipo que en toda mi vida anterior. Y como no había sido suficiente, mientras lo movía, también lo limpiaba a fondo.

Hasta que Kyle vino a echarme la bronca porque según ella se trataba de un trabajo y no de explotación. Después en la sala de injertos la cosa fue más relajada.

Sin embargo y pese a todo, no consigo dormir, así que me arrastro hasta la ducha y disfruto del agua caliente que me destensa los músculos. Y de repente empiezo a llorar de nuevo. No necesito trabajar, podría volver a España, olvidarme de todo, irme a vivir a uno de los preciosos pueblos de la costa y vivir relajada el resto de mis días. Tengo dinero más que de sobra para poder permitírmelo y sin embargo, estoy aquí, reventándome con un empleo porque pensé que al menos, tendría al amor de mi vida.

Oigo el sonido de mi teléfono y me envuelvo en una toalla. Sonrío al ver que es Hugo.

—Cariño, tiene que ser muy tarde allí.

—No importa, quería saber qué tal tu primer día —me siento en la cama y sonrío.

—Pues muy bien, la verdad, me duelen hasta las pestañas, pero muy bien —le oigo reír y se me hincha el corazón de felicidad.

—¿Y qué tal con Liam? No me cuentes los detalles, por favor, que sigues siendo mi madre.

—No, tranquilo, si no hay detalles que contar —me recuesto en el cabecero—. Llegué al rancho y resulta que está saliendo con otra mujer.

—No, joder, mamá... lo siento, ¿qué vas a hacer ahora?

—Pues eso mismo estaba pensando yo hace un rato, aquí no soy nadie y no tengo nada, en España soy una rica heredera con propiedades y dinero —suspiro —pero no sé qué hacer.

—Mamá... quiero ser egoísta, decirte que vuelvas a Madrid, pero... es solo porque te quiero cerca ahora que te he recuperado —se me forma un nudo enorme en la garganta—. Pero no es eso lo tú necesitas, tienes que probarte que puedes hacerlo, que no necesitas nada ni a nadie para ser feliz.

—¿De dónde ha salido eso?

—Estoy viendo a un psicólogo —eso me sorprende—. Después de hablar contigo por primera vez, en los mensajes cuando tú estabas en el rancho, yo... no sé, sentí que me estaba volviendo loco y no podía hablar con Enzo, obviamente con papá tampoco, así que busqué un psicólogo y él me está ayudando a ver las cosas como son y —se corta un instante—. Joder, mamá, nos hemos portado como unos cabrones contigo y te hemos hecho daño durante tanto tiempo que no sé cómo nos puedes querer aún.

Empiezo a llorar en silencio.

—Mamá...

—Sí, cariño, estoy aquí.

—Te he hecho llorar de nuevo.

—No, no importa —sonríó con la garganta húmeda—. Yo no quiero que sufras por el pasado, hijo mío, ahora tenemos una relación sincera y somos madre e hijo, sé que la confianza aún no es completa, pero mi vida, yo te voy a querer siempre.

—Si ese Liam no te quiere es que es tan imbécil como papá.

—Gracias mi amor.

—Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero, cariño. Que descanses.

Cuando cuelgo la llamada me siento más ligera. Al menos estoy recuperando a mi hijo Hugo.

Me quedo pensando en sus palabras. Tiene razón, ayer mismo podría haber vuelto a España y desentenderme de todo esto porque no le debo nada a nadie, salvo a mí misma. Me gusta este estilo de vida, me gusta que no haya recuerdos amargos en cada rincón como me ocurre en Madrid y sobre todo, me gusta ser una completa desconocida. No es que en España me persigan los paparazzi, porque no es el caso, pero sí que se me conoce en muchos círculos. He vivido esa vida durante veinticinco años y ni un solo día de ellos puedo decir que me haya sentido

plenamente realizada como me ha ocurrido hoy, sí, sin los comentarios todo hubiese sido más agradable, pero jamás había experimentado la realización personal por haber hecho un trabajo yo misma y que este sea de utilidad para otros.

Tras vestirme, bajo al comedor a ver si por casualidad aún puedo comer algo porque ahora sí que me muero de hambre.

—Hola —la mujer me saluda con una sonrisa—. Tienes la cena en la cocina, el comedor está lleno, pero imaginé que bajarías a cenar más tarde dado el día que has tenido.

—¿Ya se ha enterado todo el mundo?

—¿De que eres la ex novia de Liam? Me temo que sí, querida —me coge de la mano —pero no te apures, que Liam siempre ha sido un chico sensato y recuperará el sentido común.

—Gracias, Bettie.

—Anda, vete a cenar.

La cena está deliciosa, he tardado apenas unos minutos en devorarla, la verdad es que en cuanto la he olido, he empezado a salivar. Y eso que al mediodía me comí un par de sándwiches de pavo y tomate. De postre me tomo la especialidad de la casa, una copa alta con helado de vainilla, pistacho y chocolate con leche, con capas de salsa de chocolate crujiente, salsa de frambuesa y cerezas negras. Todo ello cubierto de nata montada, merengue horneado y un abanico de gofres.

Tiene una pinta tan espectacular que no puedo evitar hacerle una foto con el móvil para ponerla en mi estado de WhatsApp.

Justo un minuto después, Susan me llama.

—Estás en el White Farm Inn —sonrío, al parecer este lugar es famoso.

—Así es, de momento, espero encontrar algo para vivir en breve.

—¿Te apetece que quedemos para comer mañana? Te echo de menos y... Juls.

—Lo sé, cariño —sonrío aunque ella no puede verme—. Se suponía que iba a ser diferente, pero las cosas son como son.

—Es que no sé en qué piensa mi hermano —suspiro con cansancio.

—Susan, ya está, no le des más vueltas, ha rehecho su vida y lo ha hecho sin engañarme, ya es más de lo que hizo mi ex marido, yo no tengo nada que reprocharle, me hizo muy feliz el tiempo que estuvimos juntos y me quedo con eso.

—Parece que lo has superado también —me dice con cierto rencor que me sorprende.

—No es eso, Susan, sabes que quiero a Liam pero he aprendido por las malas que no puedes obligar a nadie a estar contigo, lo intentamos, las circunstancias se impusieron y la cosa no funcionó, voy a amar a tu hermano toda mi vida —trago con fuerza —pero no voy a amargarle la existencia, tiene derecho a ser feliz.

—No me gusta nada de todo esto.

—Ya somos dos —suspiro de nuevo —tengo una hora libre a eso de la una, ¿te pasas por el vivero?

—Nos vemos allí, te quiero, Juls.

—Y yo a ti, Su. Hasta mañana.

## Capítulo 26

El segundo día de trabajo empieza mejor que el anterior. Kyle les ha debido poner las pilas a todos, porque ya no hay comentarios, ni burlas, al menos delante de mí, lo cual agradezco.

Mi jefa —qué extraño me suena decir algo así—, me pide que haga un inventario de lo que hay en la sala de injertos y en la nave de crecimiento, imagino que porque le doy pena. Tengo agujetas hasta en las pestañas, así que hoy he venido en vaqueros y zapatillas deportivas, porque solo de pensar en ponerme los zapatos, se me saltaban las lágrimas. Y eso que no eran de tacón alto.

La verdad es que el tiempo se me pasa volando mientras lo anoto todo en unos documentos que he diseñado e impreso en el despacho de Kyle, con el permiso de ella, claro.

—¡Juls! —sonrío al oír la voz de mi amiga.

—Dame un minuto que termino con esta sección y vamos a comer.

Susana se acerca hasta donde estoy y sonrío.

—Sigues siendo tan meticulosa como en el instituto —las dos nos reímos —te veo bien.

—Gracias, creo —la miro de reojo—. Ha sonado a reproche.

—No, perdona es que...me esperaba, no sé.

Dejo las cosas y la miro.

—Susana, no voy a explicar continuamente lo que siento por tu hermano, si no me crees es problema tuyo, pero vas a tener que aceptarlo quieras o no, me ha sustituido por un modelo más nuevo y está en su derecho, si ella le hace feliz...

—¿Te alegras por él?

—Pues no, porque quiero que esté conmigo, pero no le deseo ningún mal, yo... —cierro los ojos un instante—. No puedo explicarlo, me duele el corazón, el alma y le echo de menos a todas horas, pero lo que tuvimos fue tan bonito, fue tan perfecto que siempre me voy a sentir agradecida por ello, ¿sabes? Yo creía que no podía amar, que tenía algún defecto que me impedía ser normal, enamorarme y entregarme por completo y he vivido con eso toda mi vida, pero entonces conocí a Liam y todo encajó, no es que yo no fuese normal, es que nací para amarle.

Los ojos de mi amiga se humedecen y la abrazo con fuerza.

—Voy a empezar de nuevo, ya tengo un trabajo, algo que jamás he tenido y ahora tengo que aprender a vivir sin el amor de mi vida —me encojo de hombros—. Y no, Susana, no le deseo ningún mal, creo que le quiero demasiado para eso.

—Mi hermano es idiota.

Sonríó, niego con la cabeza y entrelazo mi brazo con el de ella. Será mejor que vayamos a comer y que cambiemos de tema.

Nos pedimos un menú de la casa en la cafetería del vivero y nos sentamos en una de las mesas más apartadas, según me explicó Kyle puedo usar las instalaciones sin ningún tipo de restricción, pero prefiero estar al margen de los clientes.

Susan me cuenta cómo van las cosas en el rancho y lo mal que se han tomado Dylan y Jayden que su padre no haya dejado a la chica con la que estaba, me parece que voy a tener que hablar con ellos también. Les entiendo cuando dicen que me lo estoy tomando con calma y es cierto, pero es que ellos no son conscientes del viaje de autodescubrimiento que he vivido desde que le conocí. No saben que a Liam le debo muchísimas cosas, gracias a él aprendí a quererme yo misma, algo que no había hecho desde hacía muchísimo tiempo. Aprendí a amar y que el amor es libre, generoso y nada egoísta.

No voy a negar que sigo enamorada de Liam, vamos que si viene y me dice que vuelva con él, me falta tiempo. Pero es él quien tiene una relación con otra persona y no sería justo para ninguno de los tres que yo intentase meterme en el medio, sé lo que duele la traición, que sí, que en mi caso lo que me dolió fue el orgullo, pero yo no sé lo que siente esa mujer. Aunque me cuesta imaginar que no esté loca por Liam.

Después de comer, me despido de Susan con un gran abrazo y vuelvo al trabajo. No dejo de pensar en Liam ni un solo segundo, de recordar lo que era vivir en el rancho con él, saber que podía verle en cualquier momento, que podía besarle o resguardarme en su fuerte cuerpo. Me lo estoy tomando con calma, es cierto, pero no significa que no duela, porque duele mucho.

El inventario, una acción casi mecánica, me viene bien para pensar qué quiero de la vida y qué busco en realidad, porque sí, quiero demostrarme que puedo hacer lo mismo que los demás, que no necesito vivir de mi apellido ni de mis propiedades, que puedo desarrollar un trabajo y que tengo derecho a ser tan feliz como pueda. Pero, ¿tiene que ser en Texas? Es cierto que aquí están Susan, Dylan, Jayden, Martha... pero si no vivo en el rancho no les voy a ver todos los días, al tener un horario de trabajo las cosas son diferentes y ya no tenemos la libertad que teníamos allí.

Quizá Texas no sea mi destino. A fin de cuentas vine sin pensármelo porque aquí estaba Liam. Pero las circunstancias han vuelto a cambiar y aunque Liam sigue aquí —y por Dios, que dure muchos años—, ya no está libre y ya no me quiere en su vida.

Sus palabras aún me duelen, cree que estoy aquí para atormentarle y nada más lejos de la verdad. Pero lo peor fue escucharle decirme que quiere que me mantenga alejada de él y de su familia. Solo con recordarlo es como si me bañase en ácido.

—Juls —me giro hacia Kyle que viene con una mujer—. Alguien pregunta por ti.

Parpadeo y dejo las cosas antes de levantarme para saludar.

—Hola, soy Juls, ¿en qué puedo ayudarte?

—Bueno, yo os dejo solas —mi jefa me mira—. Necesito que me echéis una mano después fuera, ¿te importa?

—Para nada, dame un minuto y estoy contigo —mi jefa se va guiñándome un ojo y miro a la mujer —bien, tú dirás.

—¿No me recuerdas? —me fijo más en sus facciones y la verdad es que no, niego con la

cabeza—. Nos conocimos el otro día en el rancho, Liam y yo...

Alzo ambas manos para detener sus palabras.

—Te llamas Cristal, ¿verdad? —asiente con sorpresa—. Mira, no quiero problemas con nadie y menos con la pareja de Liam, estuvimos juntos y fue perfecto pero se terminó, te prometo que no estoy aquí por él, bueno, no, vine para recuperarle, pero es evidente que es tarde y no me voy a meter en medio. Él me ha dejado muy claro que no quiere saber de mí y debes confiar en él, no va a engañarte y menos conmigo.

—Pareces buena persona.

—Lo intento —sonrío—. Liam es un hombre maravilloso, os deseo que seáis muy felices, de verdad que no tienes que preocuparte por mí.

—Es que creo que tenéis una conversación pendiente —se encoge de hombros—. Pero cuando saco el tema se pone furioso.

—Ya —sonrío—. Mira, me caes genial y pareces una mujer maravillosa, pero no tienes que preocuparte ni por Liam y yo, ni por esa conversación pendiente, te lo prometo.

Ella me mira, hace un mohín y termina asintiendo con la cabeza.

—Me gustaría hacerle un regalo a mi madre, dentro de unos días es su cumpleaños y tengo entendido que haces magia con las plantas, ¿puedes prepararme algo?

—Por supuesto, ven conmigo.

La llevo hacia la zona donde están las flores para montar los ramos. Dado el clima de Texas hay flores de todo tipo todo el año, además como el vivero tiene zona de propagación, de crecimiento y de injertos, hay opciones preciosas.

—Así que tu madre ha nacido en noviembre, la camelia es la flor de este mes.

—Tenemos dos muy grandes en casa.

—¿Y qué buscas?

—No sé, un ramo que le llame la atención, o... a ella se le da genial el jardín, pero a mí se me mueren hasta las plantas de plástico.

Me quedo pensando un momento.

—¿Y por qué no le regalas una composición de plantas de jardín en vez de un ramo? Te saldrá más caro, por supuesto, pero le durará mucho más y será más personal.

—¿Lo puedes preparar tú? —asiento con una sonrisa —gracias.

Vamos al exterior y le voy haciendo preguntas, decir que me está resultando tremendamente difícil todo esto sería quedarme corta. Joder, encima de ser más joven, más guapa y con mejor cuerpo, es amable, simpática y quiere a su madre como para venir a pedirme consejo a mí.

Joder.

No obstante, me trago las lágrimas y las ganas de gritar y voy tomando nota de una composición que le pueda gustar, cuando tengo una idea bastante clara, la llevo hasta las cajas del vivero y entrego una nota a una de las chicas.

—Ha sido un placer, Cristal, espero que a tu madre le guste el regalo, puedes dejarlo pagado ahora y el día quince se lo llevaremos a tu madre, así será aún más sorprendente.

Soy idiota. La pobre me da hasta pena. Y la verdad, la que debería sentir pena sería ella por

mí, que he perdido a Liam.

—Juls —me sujeta del brazo y tiene los ojos húmedos —lo siento, lo siento muchísimo.

La verdad es que no entiendo sus palabras, pero no creo que tenga nada que sentir. Aunque me quedo paralizada cuando me da un abrazo.

—No te mereces esto —me susurra al oído.

Quiero responderle, pero no soy capaz. Ya no lo soporto más.

—Adiós, Cristal —me voy rápido aunque sé que todos han visto mis lágrimas.

\*\*\*

Ni qué decir tiene que cuando salgo al exterior para reunirme con Kyle, las lágrimas corren por mi rostro, al llegar donde está ella, me las limpio con rabia.

—No quiero hablar.

—Vale —me dice sin dejar de mirarme—. He comprado hace poco toda esta extensión de tierra y quiero que crees aquí algo parecido a lo del rancho Anderson. ¿Qué te parece? Quizá no algo tan ornamental, a fin de cuentas queremos que los clientes sepan lo que están comprando.

—Una cosa no tiene que ver con la otra —me limpio el rostro de nuevo y hago un esfuerzo titánico por dejar de llorar—. Voy a necesitar datos o un metro y tengo que hacer bocetos, yo... necesito planificar, mirar, medir, comparar... no se hace de un día para otro.

—Eso ya lo sé, pero estamos a principios de noviembre, ¿crees que podrías tener al menos una parte para Navidad? Es una época fuerte y nos ayudaría mucho, la verdad.

—Una parte, sí, seguro, pero no puedo prometer cómo será de grande. Además, tendremos que reunirnos para que me vayas diciendo qué te gusta y qué no te gusta.

—Puedes usar mi despacho para hacer todas esas cosas, yo apenas paso por allí, te voy a relevar de lo del inventario y de todo lo demás, quiero que te centres en esto.

—Vale, pero necesito material de dibujo, vine de España sin nada de eso.

—Ok, pues hazme una lista y lo tendrás mañana a primera hora.

—Perfecto, voy a seguir con el inventario hasta mañana.

—Juls —me giro y trago con fuerza—. ¿Era la novia de Liam? —asiento y aprieta los puños y los dientes—. Lo siento, no lo sabía, solo me dijo que quería pedirte consejo para el jardín de su madre y como eres mi única paisajista, no lo pensé cuando me pidió hablar contigo, todo el pueblo sabe que te he contratado por tu talento.

—No tienes que preocuparte por nada, todo me afecta bastante de momento, pero lograré recomponerme e intentaré no ponerte en evidencia.

—¿A mí? Cariño, bien sabe Dios que yo le daría una patada en las pelotas a Liam y a ella le sacaría los ojos —sonrío—. Si necesitas tiempo libre o...

—¡No, por Dios, no! —trago con fuerza —todo menos eso, yo... tengo que trabajar, ocupar la mente —suspira y asiente —voy a crearle una composición para el jardín de su madre, ya lo ha dejado pagado en caja, se lo tenemos que llevar, como me ha pillado un poco de improviso lo he calculado sobre la marcha, ¿te importaría echarle un ojo? Si me he equivocado y le he cobrado de menos, por favor, no lo comentes, yo pondré la diferencia y te agradecería que quedara entre nosotras.

—Claro.

—Gracias.

Durante las siguientes dos horas estoy en la zona de preparación de material, creando la composición para la madre de la novia de Liam. Joder, el universo no puede ser más retorcido. Quisiera poder odiarla, pero es que no puedo, de verdad que no puedo.

Cuando termino lo que estoy haciendo lo observo durante un buen rato, la verdad es que me ha quedado bonito y equilibrado, pero con carácter. Los capuchones azules de Texas, el cenizo y el aster de otoño le aportan un toque de colorido que combina de maravilla con el resto de las plantas que he elegido.

—Vaya, es una maravilla.

Miro a Kyle de reojo y sonrío.

—¿De verdad ha pagado esta cantidad por esto? A ver, que lo mereces, pero es demasiado —entrecierra los ojos y sonrío —¿forma parte de tu venganza?

—¿Qué? ¡no!

—A ver que no me importa, ¿eh? Que me hace ganar dinero —niego con la cabeza y se acerca un poco más—. Bueno, le regalaremos unas cuantas cosas y listo. Se te da bien esto.

—Me gusta. He estado pensando en tu jardín exterior, tú quieres una gran exposición de árboles, arbustos, plantas y flores, ¿verdad? —asiente—. Verás, yo creo que podemos combinar un exuberante jardín y a la vez que los clientes sepan lo que tienen que saber.

—Tampoco quiero que se convierta en un paseo instructivo.

—No, eso sería muy aburrido, pero se me ha ocurrido algo que le podría dar un toque distinto, tengo que pensarlo un poco más y a lo largo de la semana te puedo presentar varios bocetos.

—¿Ves? Por eso te necesito a ti, yo adoro este lugar, lo cree de la nada y no tengo estudios para llevarlo adelante, me llevo bien con la gente y me encantan las plantas, lo que sé lo he aprendido yo sola, pero soy muy caótica y necesito alguien que me lo organice todo pero sin que parezca que estamos en un centro comercial.

Sonrío y Kyle se queda conmigo un rato más contándome anécdotas de cuando era pequeña y de cómo empezó toda la historia del vivero. La verdad es que es de admirar que ella sola lo haya sacado todo adelante y además de una forma tan exitosa.

—Por cierto, un agente de inmigración vendrá a hablar contigo en unos días.

—¿Tengo que preocuparme?

—Para nada, es rutinario por lo que me ha dicho mi abogado, vendrá, hará unas cuantas preguntas y ya —se encoge de hombros —en cuanto te den el visto bueno, empezaremos a tratar lo de tu permiso de residencia.

—Genial. Gracias.

Cuando termino la jornada de trabajo me dirijo a buscar a Daniel y me lo encuentro charlando animadamente con Dylan, este en cuanto me ve, me abraza y me alza del suelo comenzando a dar vueltas conmigo.

—¡Para, bruto! ¡qué me voy a marear! —pero estoy encantada de la vida.

—Venía a invitarte a cenar, pero Daniel dice que vas a conocer a su hermana —miro al otro hombre porque yo no sabía nada.

—Pensé que podrías, ella libra hoy.

—Entonces sí, necesito una casa, por cómodo que sea el hotel, me siento extraña allí. Puedo ver el rostro de Dylan y el enfado que tiene.

—Daniel, ¿me das un minuto? En seguida estoy contigo —mi compañero se va y miro a Dylan —oye, vaquero.

—Estoy tan cabreado.

—Cariño —me mira y sonrío—. No estás siendo justo y lo sabes, yo no quiero ser el motivo por el que tu padre y tú os distanciéis, eso me rompería el corazón —suspiro al ver que al menos me escucha —yo fui la que se fue.

—No, el Estado quería echarte del país —sonrío.

—Tecnicismos —bufa—. Dylan, por favor... dejad de pelearos con tu padre, no se lo merece. Él os quiere muchísimo y estoy segura de que todo esto le duele más de lo que expresa.

—Claro, porque tú estás de maravilla.

—No, no lo estoy —pone los ojos en blanco—, pero eso no es culpa de tu padre tampoco —va a protestar pero le detengo—. Escúchame, me voy a quedar en Texas —lo acabo de decidir, la verdad —podemos quedar, vernos, hablar... lo que tú quieras, pero esta situación con tu padre tiene que terminar, te lo digo por experiencia, el rechazo de los hijos duele demasiado y hay un número finito de veces que se puede romper un corazón.

—No entiendo que le defiendas.

—No, hay una diferencia entre que no quiera que os peleéis y que le defienda, no tengo nada que defender porque no ha hecho nada malo, ha empezado a salir con esa mujer cuando yo estaba en España y se suponía que no iba a poder volver nunca, ¿de qué le puedes acusar exactamente? Todo esto no os está haciendo ningún bien a ninguno, así que por favor, recapacita.

—Si te sirve de consuelo, porque a Jayden y a mí al menos sí que lo hace, no la ha vuelto a traer al rancho.

—Dado que es su rancho y su relación, puede hacer lo que le venga en gana.

—Es una mierda, nosotros queremos que vuelvas.

—La vida no es justa, cariño —le beso en las mejillas —¿cenamos mañana? Dile a Jayden que venga.

—No creo que quiera, pero vale, se lo diré.

—¿Está enfadado conmigo?

—No, pero ha tenido una pelea y bueno, tiene la cara hecha un cromo, no quiere que lo sepas.

—Nos vemos mañana, ¿vale?

La charla con Dylan me ha dejado mal cuerpo. Sé que no está siendo fácil porque durante todo el tiempo que estuve en España y que hablaba con ellos, siempre me decían que les

encantaba como madrastra y que se imaginaban que encontrábamos la forma de que yo pudiese volver a Estados Unidos. Me habían dicho cien veces que nunca habían visto a su padre más feliz que cuando estaba conmigo, pese a mis dramas y a mis idas de olla.

Y la verdad, creo que yo alimenté su ilusión mientras ellos alimentaban la mía.

Pero esto se tiene que acabar porque no es bueno para ninguno de nosotros.

## Capítulo 27

Daniel me lleva hasta una preciosa casita de planta baja con tejado a dos aguas y la fachada de color blanco. La puerta y las ventanas están pintadas de color verde. Entramos por el pequeño portón que da paso al jardín y frunzo el ceño.

—Sí, lo sé, mi hermana y la jardinería no se llevan bien.

Sonrío porque eso es ser muy generoso. Hay macetas de terracota por todas partes colocadas sin el más mínimo orden y salvo dos cactus, el resto de las plantas están muertas. En el pequeño porche languidecen unos geranios y unas petunias que lejos de alegrar el ambiente lo hacen más lúgubre.

Daniel llama a la puerta y esta se abre un instante después.

—¡Hola! Soy Vicky, tú debes de ser Juls, mi hermano me ha dicho que prefieres ese nombre.

—Así es —la joven me planta dos besos y me hace pasar.

—Deja que te enseñe la casa, ¿vale?

No es que sea muy grande, no obstante está muy bien distribuida. Cuenta con tres habitaciones aunque una de ellas está convertida en una especie de estudio.

—Perdona, pero... ¿qué es exactamente?

—Soy diseñadora gráfica —me explica—. Y trabajo mejor con música a todo volumen, también trabajo mucho de noche y las luces led de colores me mantienen despierta cuando tengo que hacer horas extra. El sofá de ahí es porque a veces me quedo dormida aquí.

Sonrío comprendiendo.

La habitación en la que yo dormiría tiene un gran ventanal que da al jardín trasero que tiene peor pinta —si es que eso es posible—, que el delantero. La verdad es que verlo así me produce escalofríos. No obstante la cantidad de luz natural es un aliciente. Las cortinas blancas de lino se mueven con la suave brisa y la cama, cubierta con una colcha de colores suaves parece de lo más cómoda.

—Hay dos baños —abre la puerta —este sería para ti, el mío está en mi habitación.

El salón-comedor es el corazón de la casa aunque parece que está sin usar, me atrevería a decir que sobre esa mesa jamás ha comido nadie.

—Todos los muebles son nuevos —me explica—. Reformé la casa y le di un lavado de cara, los muebles de mis padres ya tenían su tiempo y los cambié por este estilo minimalista que me gusta más, aunque aún no he estrenado siquiera el sofá.

Tenía razón. Se nota a la legua que Vicky no pasa mucho tiempo en casa.

La cocina es abierta y da al comedor, es funcional, moderna y bien equipada. Encimeras de granito oscuro con muebles de madera clara. Hay una pequeña mesa de desayuno con cuatro sillas a juego.

—¿Qué te parece? —me pregunta Vicky—. No pido mucho de alquiler —se encoje de hombros —pero tampoco acepto a cualquiera, Daniel dice que eres buena gente y yo me fío de él.

—La verdad es que salvo el jardín que me dan ganas de llorar, el resto me gusta mucho, ¿habría problema de horarios y esas cosas?

—No, total libertad, si traes a un hombre, una mujer o lo que sea, con que me avises si quieres la casa para ti, listo.

—Voy a seguir necesitando ir contigo al trabajo todos los días —le digo a Daniel.

—No me importa, el camino es el mismo, por un lado paso por aquí y por el otro por el hotel —se encoje de hombros.

—Pues por mí es perfecta —la miro nerviosa—. Si además me dejas arreglar el jardín...

Vicky se echa a reír y acepta de inmediato.

Poco después Daniel me deja en el hotel e informo a los dueños de que al día siguiente me voy, he acordado con mi compañero que me llevaré las maletas ya por la mañana, así no tendremos que dar más vueltas ni tendré que importunar a Bettie.

Cuando me tumbo en la cama, cojo mi teléfono y llamo a Hugo, me escribió un mensaje hace apenas media hora, así que imagino que aún no se ha acostado, miro el reloj, en Madrid deben ser las doce y media de la noche.

—Hola mamá —descuelga al segundo tono—. Tenía el teléfono en la mano. ¿Qué tal tu día?

—Pues ajetreado, pero muchísimo mejor que el de ayer —se ríe—. Además, he alquilado una habitación en una pequeña casita en el pueblo, no lejos del hotel.

—¿Y qué tal con tu compañero? El que te lleva al trabajo.

—De maravilla, nos reímos mucho y me está ayudando, de hecho, la habitación se la he alquilado a su hermana, es diseñadora gráfica y tiene una cueva de esas modernas con luces led y un montón de aparatos. ¿Y tu día?

—Enzo y yo estamos llevando un caso un poco aburrido, de hecho ninguno comprendemos por qué papá se ha empeñado en que lo hagamos juntos, pero yo no quiero discutir y Enzo está raro.

—¿A qué te refieres? ¿qué le pasa?

—No sabría decirte, a veces me mira en silencio y otras parece ensimismado en su propio mundo, hace un par de días tuvo una bronca con Alicia, algo que no había pasado antes, papá se puso del lado de ella y bueno, ya te imaginas el resto.

—¿Y por qué fue la bronca?

—Papá quiere quitar el apellido Vallejo del nombre del bufete, dice que como ya no hay ningún Vallejo aquí, que quedaría mejor si solo se llamase Bidasoa e Hijos.

—La madre que lo parió, ¿dice que no hay ningún Vallejo? ¿y vosotros qué sois? —intento serenarme y respiro despacio —perdona, cariño, tú no tienes la culpa.

—Bueno, yo aún espero que montes un número por todo lo ocurrido —se ríe—. No te preocupes, para hacerlo necesita que nosotros estemos de acuerdo y no es el caso, por cierto, hoy he desayunado con tu abogado, me lo encontré y me invitó a desayunar, me pareció que quería algo, pero no me preguntó nada, ¿pasa algo que yo deba saber?

—Pues sí —suspiro—. La verdad es que actué por impulso debido a la rabia, así que si no te parece bien, puedo decirle a Mario que lo deje estar. Quiero recuperar el bufete, que sea vuestro, obviamente, yo no soy abogada ni pretendo volver a Madrid, pero me repatea que se pasee por todas partes como si todo aquello fuese suyo.

—Para eso necesitas que Enzo y yo te apoyemos en una junta extraordinaria y hoy por hoy, no pondría la mano en el fuego por mi hermano.

—¿Pero tú me apoyarías?

—Sí, papá sabe que tengo relación contigo y cuando ha intentado decirme algo lo he cortado de raíz, así que no está muy contento que digamos, que celebre tu cumpleaños contigo tampoco le gustó y desde entonces me da casos pequeños o directamente me ignora.

—Cariño... si te trae problemas hablar conmigo...

—No termines esa frase —me corta—. Eres mi madre y ya he estado sin ti mucho tiempo, ahora que sé la verdad, que con ayuda de un profesional estoy comprendiendo muchas cosas, lo último que voy a hacer es renunciar a ti, además, el derecho no es mi pasión, así que si papá quiere pagarme el sueldo por venir a calentar la silla, por mí, perfecto.

—Necesitas una pasión en tu vida, cariño.

—¿Y qué pasa si no sé cuál es? —me quedo en blanco y él sigue hablando—. No sé mamá, de momento es todo muy complicado, no me quiero ir de aquí porque no quiero dejar a Enzo solo —le oigo respirar profundamente —¿estás segura de que quieres recuperar el bufete? Aquí ya no queda nada de los abuelos.

—Lo pensaré de nuevo, ya te dije que tomé la decisión presa de la rabia, por lo demás, ¿estás bien?

—Sí, no sé, me siento extraño, es como si al abrir los ojos a la realidad de repente todo lo que me rodea ya no me resultase familiar.

—Te comprendo, me pasó con la casa.

—Bueno, te dejo, hablamos mañana si tienes un rato, ¿vale? Te quiero mamá.

—Te quiero mi vida, hablamos mañana.

\*\*\*

Cuando bajo a cenar, me suenan las tripas de hambre, algo que jamás me había pasado, las cosas como son. Según llego al vestíbulo para acceder al comedor me quedo helada.

—Liam.

—Hola —me mira y expulsa el aire —¿podemos hablar?

Es cuando salimos a la calle, justo antes de que nos apartemos un poco y entremos en un pequeño callejón que está casi a oscuras, que me doy cuenta de cómo tiene el rostro.

—¡Santo cielo! ¿qué te ha ocurrido?

—Nada, cosas de hombres —me mira y se frota la barbilla —¿cómo estás?

Abro los ojos por la sorpresa y me cruzo de brazos.

—Liam, ¿qué haces aquí? Porque dudo que sea para saber cómo estoy.

—Necesitaba verte, saber que eres real, que... joder.

—¿Van bien las cosas con Cristal?

—Déjala fuera de esto.

Intento mantener la calma como tantas y tantas veces ha hecho él conmigo, pero me lo está poniendo difícil. Me obligo a respirar despacio y a no comérmelo con los ojos. Está guapísimo con esos vaqueros que tan bien se ajustan a sus fuertes piernas, la camisa de cuadros azules que resalta sus ojos remangada hasta los codos dejando ver la musculatura de sus antebrazos. El pelo desordenado, pero tan bonito como siempre. Sigue siendo el hombre de mis sueños.

—Pues tú me dirás, Liam, porque no te comprendo, me dijiste que me alejase de ti y de tu familia.

—Sí, lo sé, pero de ellos no te has alejado mucho.

—Tus hijos son adultos —me encojo de hombros—, si quieren estar conmigo, no puedes prohibírselo, nos cogimos cariño el tiempo que estuve en el rancho, no sé qué tiene eso de malo, la verdad.

Suspira y se cuelga los pulgares de las trabillas del vaquero.

—Nada, no tiene nada de malo. No está siendo fácil.

—Para mí tampoco, Liam, pero yo estoy cumpliendo. Me pediste que me alejara y eso hago, pero vienes a buscarme y sinceramente no sé qué pensar, Cristal es una buena chica.

—Sí, ya me contó su aventura en el vivero —me mira de arriba abajo—, no sé qué hacer contigo, de verdad que no lo sé. ¿Por qué has vuelto?

—No quieres que responda a eso —me tenso de la cabeza a los pies—, y no voy a hacerlo, estoy aquí y me voy a quedar, esto es muy grande, podemos vivir los dos perfectamente —chasquea los dedos.

—Así de fácil, ¿no? —me encojo de hombros—. Juls... dime qué hago, dime que...

—No puedo decirlo, Liam, no sería justo para nadie y aquí hay implicada otra persona además de ti y de mí.

—¿Y si no la hubiese? Dime —se acerca, me sujeta por los brazos y su boca roza la mía—. Si solo estuviésemos tú y yo, ¿qué me dirías?

Joder.

Quiero besarle, quiero enredar mis dedos en su pelo, quiero colgarme de su cuerpo y devorarlo entero. Quiero desnudarlo y tenerle encima de mí, o debajo o contra una pared, me da igual. Quiero suplicarle que me perdone por irme, que me acepte de nuevo en su vida. Quiero gritarle que estaba equivocado que sí que estoy enamorada de él, que le amo tanto que me destroza no estar a su lado y al mismo tiempo me aterra que Cristal sea su verdadero amor.

Pero no puedo. No puedo decirle nada de eso.

—Pero no estamos solos —le miro a los ojos—. Tú estás enfadado porque me fui y estás en tu derecho, pero yo estoy enfadada porque no me has esperado y también estoy en mi derecho, lo que hubo entre nosotros fue tan maravilloso, tan perfecto que casi parece lógico que se

terminase.

Apoya su frente en la mía y me rodea con sus brazos.

Oler su cuerpo, sentir su dureza, su calor, está destrozándome. No sé cuánto más voy a poder aguantar porque tenerle tan cerca es como volver atrás cuando éramos solo él y yo, cuando mi vida era absolutamente perfecta, cuando mi corazón cantaba de alegría porque Liam me quería.

Me permito el lujo de abrazarle por última vez, enredo mis dedos en su pelo bajo su sombrero. Mi vaquero, mi sexy, guapísimo, noble, dulce y salvaje vaquero.

—No sé cómo olvidarte —murmura.

No quiero llorar, no quiero. Pero joder. Joder.

Quiero gritarle, quiero tirarle algo, quiero... quiero que me explique por qué no me ha esperado. Quiero odiarle, pero es que le quiero demasiado.

Cuando empiezo a alejarme de él, me abraza más fuerte.

—No, aún no —me suplica—. Solo... solo un minuto más.

—Liam, esto no es bueno ni para ti ni para mí.

—Lo sé, pero... necesito un minuto más. Por favor.

—Claro.

Porque, ¿cómo voy a negarle algo?

Y como dos imbéciles nos quedamos durante más de diez minutos abrazados, yo con la cabeza en su pecho y él con la suya sobre la mía.

Cuando me suelta, me mira a los ojos y me acaricia la mejilla con delicadeza.

Es un momento tan perfecto como todos los que hemos tenido, una conexión entre los dos, una mezcla de deseo, amor y comprensión que hace que me cueste respirar.

—Tengo que irme —asiento con la cabeza porque no soy capaz de hablar, él no parece estar mejor que yo —yo...

—Lo sé —me permito el lujo de besarle en la mejilla —lo sé, Liam.

Acto seguido, en un movimiento muy brusco, se aleja de mí a grandes zancadas y a mí se me queda el corazón hecho pedazos.

Joder.

Dios... ¿cómo voy a superar esto? Oír su voz, sentir su caricia...el vacío que siento dentro es tan profundo, tan intenso que no puedo ni tenerme en pie, me voy deslizand por la pared hasta el suelo y caigo con las rodillas dobladas, escondo la cabeza contra ellas y lloro.

Me pasé veinticinco años con un hombre al que se lo di todo y que jamás llegó a quererme y ahora que encuentro al hombre de mi vida, todo está en contra.

La vida no es justa.

No sé cuánto tiempo paso en aquel callejón, pero finalmente, me levanto y ya no tengo ni hambre, subo de nuevo a la habitación y empiezo a guardar las cosas, mañana será otro día, mañana volveré a empezar de nuevo, mañana...

Pero todo eso será mañana, hoy no quiero estar sola, así que llamo a mi única amiga.

—Hola, cariño —me saluda alegre.

—Su —y rompo a llorar como una idiota —no quiero estar sola.

—Voy para allá ahora mismo.

Me dejo caer en el suelo y sigo llorando desconsolada. ¿Qué voy a hacer ahora? He vuelto por él, porque no podía imaginarme la vida sin él y ahora... ahora se supone que tengo que verle rehacer su vida con otra.

No sé cuánto tiempo pasa, pero la puerta se abre y Susan entra como un vendaval.

—Oh, cariño —se sienta en el suelo conmigo y me abraza.

—Le quiero, le quiero tanto, Su, que me duele, me duele —sollozo.

—Ya lo sé —me apoya la cabeza contra su pecho y me acaricia la espalda—. Ay, Juls... lo siento tanto, tanto.

—No voy a poder hacerlo.

—Claro que sí —me mira a los ojos—. Vamos, no te has recuperado de algo tan jodido como lo que te hizo Juan como para que te gane Liam.

—Es que ya ha ganado —me mira sin comprender —ya ha ganado.

Me recuesto sobre su pecho y me abraza con fuerza.

—Todo pasa, cariño, todo pasa.

Y sé que tiene razón y que ella lo sabe mejor que nadie, pero por el momento, no parece que el tiempo vaya a curarme ni a cerrar las heridas.

Cuando ya no sentimos las piernas, nos tumbamos en la cama y yo sigo abrazada a mi mejor amiga mientras ella ya no sabe qué hacer para consolarme. Al menos, hasta que el agotamiento hace que me quede dormida.

## Capítulo 28

Vivir con Vicky es tremendamente fácil, solo llevamos una semana conviviendo pero todo es muy sencillo, tenemos horarios totalmente compatibles.

Resulta que tiene veintitrés años —una niña comparada conmigo, vamos—, y además de ser diseñadora, trabaja a tiempo parcial en el restaurante de su tío para echarle una mano. Es muy considerada y muy agradable.

—Juls, esta noche no vengo a cenar, ¿vale? Si tengo suerte, Tyler me ofrecerá su cama.

—Pues que tengas suerte —me sonrío y yo a ella.

—¿Hoy vienen Dylan o Jayden?

—No, les he dado la noche libre —me mira y asiente.

Poco después la oigo salir de casa.

No tiene pareja y dice que hasta que no encuentre al hombre de su vida, ella pasa de tener relaciones formales, está convencida de que cuando conozca a su amor, el universo le enviará una señal que no podrá pasar por alto. Y lo dice tan convencida y tan ilusionada que no me atrevo a decirle nada, solo asiento y la escucho.

Su alegría y su pasión por la vida me da un poco de energía.

También he empezado ya a arreglar los jardines de Vicky, por el momento tengo solo un par de bocetos con ideas para el de delante, pero al menos ya me he deshecho de esas horribles macetas resquebrajadas que pedían misericordia a gritos.

La verdad es que me gusta vivir aquí, cuando conseguimos cenar las dos solas —cosa que no sucede a menudo—, nos tomamos el postre viendo la tele en el comodísimo sofá, comentamos la película o lo que sea que estemos viendo, hasta que nos quedamos dormidas y después nos vamos a dormir.

En el vivero me van bien las cosas, a Kyle parece gustarle todo lo que hago y me da manga ancha para mis bocetos, muchos días comemos juntas y hablamos de jardinería y de cómo me estoy adaptando a estar en Texas. He recibido un par de visitas del agente de inmigración que incluso inspeccionó la casa de Vicky para ver si era verdad que vivía con ella.

Entro en la cocina para calentar lo que Vicky ha traído del restaurante de su tío y justo cuando acciono el microondas, suena el timbre de la puerta.

Frunzo el ceño y voy a abrir, no espero a nadie y les dije claramente a Susan, a Dylan y a Jayden que necesitaba una noche para mí, no es que me molesten ni mucho menos, pero no puedo oír más cosas sobre Liam. Necesito un respiro.

Abro la puerta y me quedo paralizada.

—Esto no puede seguir así —me espeta y se cuela en casa como si le hubiese invitado—. ¿Está Vicky?

—No, espera, ¿la conoces?

—Pues claro, y a su hermano Daniel —me mira de arriba abajo—. ¿Esperas a alguien? —justo en ese momento suena el microondas.

—Liam, ¿qué haces aquí?

—Ya te lo he dicho, esto no puede seguir así.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

—Mis hijos me odian, mi hermana no me habla y hasta mi ex mujer, con la que siempre me he llevado de maravilla, me llama para echarme la bronca, por no hablar de los gestos de Martha y de los chicos del rancho.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —me cruzo de brazos y me apoyo en el respaldo del sofá.

—Pues todo, tienes que dejar de pasar tiempo con mi familia, joder, cada vez que están contigo, después vienen a comerme la cabeza a mí.

—Liam, ya hemos hablado de esto —le miro dolida —¿cómo voy a dejar de tener trato con ellos? Yo también les quiero y ellos a mí.

—¡Joder! ¿te crees que no lo sé? —estalla y me deja con la boca abierta—. ¡Todo esto es culpa tuya!

—¿Mía? ¿y qué se supone que he hecho ahora? Porque cumplo a rajatabla todas tus estúpidas normas.

—¡Maldita sea! ¿por qué tuviste que irte?

Parpadeo confusa y le miro.

—Porque se me terminó el visado de turista, Liam, lo sabías.

—Pero había formas de que te quedases.

—¿Otra vez con eso? ¡Por el amor de Dios! ¡saliste corriendo cuando te dije que te amaba! ¿a dónde habrías llegado de pedirte que nos casáramos?

—Eso es una estupidez y lo sabes.

—¡No! ¡no lo es! ¡tú te empeñaste en decirme que no sabía lo que sentía por ti! Pero lo sabía, joder, ¡claro que lo sabía! Pero no... porque don Perfecto sabe lo que siento mejor que yo, ¿no? Te entró el pánico, Liam, eso fue lo que pasó.

—¡No! ¡joder, no! Podías haberte quedado, podía haberte dado un trabajo, pero claro, no querías eso, ¿verdad? Pero trabajar para Kyle sí es bueno para ti, el que no estaba a la altura era yo.

—¿Pero de qué demonios hablas? De haberme dado un trabajo nuestra relación se habría desvirtuado, el hecho de que tuvieses que pagarme un sueldo haría que todo fuese muy raro.

—Pues a mi hermana le pago un sueldo y no le importa un bledo mandarme a la mierda.

—Pero yo no soy tu hermana.

—No, a ti quiero follarte durante horas —da un paso hacia a mí. Aún está furioso—.

También podíamos habernos casado, eso nos haría iguales.

—No hubiese sido por la razón correcta.

—¡Joder! ¿y cuál es la razón correcta para ti? Porque si amarte más allá de la locura, abrirme en canal y entregarte mi corazón no es la razón correcta para casarte con alguien, te juro que no logro adivinar cuál es. Eso por no hablar de que no consigo sacarte de mi cabeza, de mi cuerpo y de mi alma, ¡joder! ¡dime! ¿cuál es la puta razón correcta?

Me quedo paralizada e intento respirar pero es que no lo consigo. Mis pulmones no son capaces de llenarse de aire.

—¿Aún me quieres?

—¿Tú estás sorda? ¿te crees que he podido olvidarte? Joder, Juls, llevo meses hecho polvo.

—Pero te liaste con Cristal.

—No.

Le miro porque su voz ha sonado como un disparo.

—¿Cómo dices?

Suspira, se pone las manos en las caderas y me mira.

—Era mentira, nunca he estado con Cristal, es una niña a mi lado, aún no tiene los treinta. Es la hermana pequeña de Bob, mi abogado.

—¿Entonces?

—Mi abogado —le miro sin comprender—. Es también el abogado de Kyle, él me dijo que ibas a volver, que ibas a trabajar en el vivero, me informó de cuándo llegabas y como tú se lo contabas a Kyle, ella se lo contaba a él y él a mí.

—¿Por qué?

—¡Y yo que sé! ¡Porque estará hasta las pelotas de que vaya a su loft a quejarme de que te habías ido!

No puedo evitar sonreír y él se enfada, claro, pero no importa.

—Liam —me acerco y coloco las manos en su pecho —eres idiota.

—Ya, mi hermana no es tan considerada.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿por qué montaste todo ese lío? ¿Por qué me mentiste?

—Porque ibas a volver y no me lo habías dicho, Juls. Porque en el tiempo que estuviste en España no me escribiste ni una sola vez.

—Tú me escribiste un punto.

—Porque no sabía qué decir sin parecer patético y esperé la respuesta durante semanas, hasta que comprendí que no ibas a decirme nada.

Sus manos se van a mis caderas y casi quiero ponerme a ronronear.

—Pensé que ese punto era tu forma de decirme adiós, de decirme que lo nuestro había sido mágico —bufa y me aprieta más contra él—. No te llamé y no te dije que volvía porque quería darte una sorpresa, todo fue muy rápido, lo organicé todo en unos días.

—Kyle le dijo a Bob que iba a llamarte con una oferta y que sabía que la ibas a aceptar y que ibas a volver, parecía muy segura y eso fue una semana antes de que llegases.

—Liam, no sé cómo sucedieron las cosas, solo sé que Kyle me llamó, me ofreció el puesto y necesité dos días para dejarlo todo atado antes de coger un vuelo hasta aquí. Fui directa al rancho desde el aeropuerto.

—Joder —apoya su frente en la mía—. Te quiero, Juls, joder, te quiero.

—Y yo a ti, vaquero, y espero que ahora me creas porque no estoy en mitad de ninguna tormenta emocional, sé lo que siento y sé que te amo con locura.

—Vuelve conmigo, Juls, joder, me estoy volviendo loco sin ti. No me importa perder esta guerra si te gano a ti.

—¿Quién está en guerra? —le pregunto divertida.

—Todos —me mira y parece derrotado—. Contra mí, como si yo no supiese que soy imbécil por dejarte escapar. Me dolió tanto ver cómo te ibas que apenas podía respirar.

No lo puedo evitar, me río y subo mis manos por su cuello hasta que enredo las enredo en su pelo. Liam cierra los ojos y se tensa de la cabeza a los pies. Está al límite, lo sé porque yo me siento igual que él.

Somos un par de necios, hemos perdido un tiempo precioso por no decir las cosas, por no enfrentarnos a la verdad, por tener miedo. Supongo que él tenía miedo de que yo no le amase de verdad y yo tenía miedo de no ser suficiente.

En ese momento me doy cuenta de lo que ha dicho.

—Un momento, el día que me fui, en el aeropuerto, tú estabas allí cuando pasé por seguridad —asiente aún con los ojos cerrados—. Pensé que lo había soñado, que tenía tantas ganas de verte, de estar contigo que tenía alucinaciones.

—Juls...

Y suena como a una súplica.

—Mírame, vaquero —abre sus preciosos ojos azules—. Te quiero con toda mi alma, siempre y para siempre, Liam, eres el amor de mi vida —traga con dificultad —¿lo has entendido ahora? —asiente con un gesto brusco—. Genial, ahora, ¿por qué no me besas?

—Joder...

Y se abalanza sobre mí con tanto ímpetu que casi nos caemos por encima del respaldo del sofá.

\*\*\*

Entramos en mi cuarto a trompicones, Liam le pega una patada a la puerta que se cierra con demasiada fuerza mientras tira de mi camiseta para quitármela, yo me peleo con su puñetero cinto hasta que pierdo los nervios.

—Vaquero, odio esas cosas.

Suelta una risilla, se quita la pesada hebilla, se suelta el cinto y se deshace de los pantalones a base de patadas. Le quito la camisa y paseo mis manos por sus pectorales.

—Es cosa mía o estás más musculoso —pregunto mientras tira de los pantalones de mi pijama.

—Los días se me han hecho largos y las noches más —responde entre besos, mordiscos sensuales y caricias lascivas—. ¡A la mierda!

Justo en ese instante mi pantalón de seda sale volando en dos trozos. Le miro asombrada.

—¡Oye!

—No lo necesitas, ven aquí, Juls.

Me coge de las caderas y me pega a la pared mientras me arranca el sujetador. Entrelaza nuestras manos y las coloca por encima de la cabeza mientras comienza a devorarme los pechos con avaricia. Me retuerzo con sus atenciones y gimo desesperada. Le he echado demasiado de menos. Sus manos fuertes, sus musculosos brazos, sus caderas firmes... y todo lo que me hace sentir.

—Liam, por favor.

—Joder, te he echado de menos.

Me lleva a la cama y me abre las piernas sin miramientos, mete la cabeza entre ellas y comienza a lamerme como si estuviese muerto de hambre. Gimo, me retuerzo y enredo mis dedos en su cabello castaño. Un dedo se cuela en mi interior y al poco se le une otro. Estoy al borde del abismo, pero parece que Liam no se da cuenta, solo chupa, lame, muerde y me lleva a la locura. Cuando grito su nombre, relaja un poco el ritmo, saca sus dedos y me muerde el interior del muslo.

Repta por mi cuerpo y se entretiene con mis pechos mientras su erección se acomoda entre mis piernas.

—Te quiero, Juls.

Me embiste de un solo empujón y grito por la sorpresa, pero rápidamente llevo mis manos a sus brazos, su pecho, su espalda. Le lamo en el cuello y le muerdo en el hombro mientras me penetra una y otra vez.

—Más, Liam, más —le suplico.

Y no tarde en darme lo que quiero, con una mano sujeta mi cadera y con la otra me dobla la pierna para que la penetración sea más profunda. Se pone de rodillas en la cama y joder, ¡menudo espectáculo! Su impresionante cuerpo sudoroso se yergue sobre mí mientras me posee de una forma tan carnal y tan apasionada que me está volviendo loca.

—Tócate para mí, Juls, mete tu mano entre tus piernas y enséñame lo que te gusta.

—Tú —jadeo—. Tú eres —gimo—. Lo que me gusta.

Me está deshaciendo de placer.

Vuelve a tumbarse sobre mí y me besa con vehemencia, su lengua se apodera de mi boca y cuando estoy llegando al orgasmo, me muerde en el cuello con fuerza. El éxtasis me recorre como un río de lava. Apenas un instante después, él se deja ir con un gruñido de lo más sensual.

Durante unos segundos me besa con delicadeza y después sale de mí con cuidado para tumbarse a mi lado.

—Esta cama es muy pequeña —protesta y no puedo evitar sonreír.

—A lo mejor es que tú eres muy grande.

—No te quejabas hace un momento —me mira y sonrío.

—Tampoco me quejo ahora —pongo la mano sobre su pecho y me giro para mirarle a la cara —te quiero, Liam.

—Eso lo dices porque vas hasta arriba de endorfinas.

Me echo a reír y Liam me abraza con fuerza.

—Lo siento muchísimo, Juls, de verdad que lo siento, el haberme comportado como un imbécil, el tratarte mal, decirte todas aquellas cosas...

—No importa —va a protestar pero le doy un beso—. No, no importa, ya no quiero dar más vueltas, Liam, tengo cuarenta y tres años, no quiero desperdiciar más tiempo con reproches o con mentiras.

—Vuelve a casa conmigo, por favor.

—Supongo que podré llegar a un acuerdo con Vicky —me sonrío como él sabe hacerlo.

Me mira como si quisiese decirme algo, pero meneo la cabeza y me besa y la verdad, en estos momentos y con sus caricias, no me importa olvidarme de todo lo demás.

Una hora después nos metemos en la ducha y Liam vuelve a quejarse del tamaño, la verdad es que apenas cabemos los dos dentro. No obstante, me enjabona el pelo y me lo aclara y se toma su tiempo a la hora de lavarme, cuando mete las manos llenas de espuma entre mis piernas, me mira a los ojos.

—No hemos usado condón.

Palidezco de golpe. Es tal la impresión que me sujeto a la pared.

—No pasa nada —me dice y le fulmino con la mirada.

—¿Qué no pasa nada? Si me quedo embarazada, ¡te la corto! —se echa a reír y me abraza—. No, en serio, Liam... no quiero más hijos y menos a mi edad.

—¿Y por qué no esperamos a ver qué pasa antes de asustarnos? Es verdad que ya no soy un chaval, pero joder, me volvería loco de contento si estuvieses embarazada de mí.

—Eso es una locura, Liam...

—Cariño —no puedo expresar cuánto me gusta que me llame así—. Vamos a esperar a que te venga el periodo, ¿vale? Y después, ya veremos.

—Vale.

Acepto porque la verdad, es lo más sensato y lo menos vergonzoso, porque no me veo yendo, a mi edad, a una clínica a por la píldora del día después.

—Toda la culpa es tuya —le acuso sin remordimientos y se echa a reír—. Me tocas y me besas y se me olvida pensar.

—Entonces es que lo hago bien —me besa con intensidad mientras me aclara el gel del cuerpo.

Él se ducha en apenas un minuto y como siempre, me seca a mí primero y él apenas se quita el agua.

—Mañana tengo que trabajar —le digo cuando nos metemos en la cama desnudos.

—Seguro que puedes llegar tarde —se mete un pecho en la boca y jadeo.

—Liam, Daniel vendrá a buscarme —cierro los ojos muerta de placer.

—Ya me encargaré yo de Daniel —mete una mano entre mis piernas y comienza a

masajearme—. Me encanta lo rápido que te excitas, me pasaría el día entero follando contigo — murmura pegado a mis labios.

Cuando ya vuelvo a gemir desesperada, me da la vuelta y me pone boca abajo, se sienta en mi culo y comienza a masajearme las cervicales y la espalda.

—¡Qué gusto! —exclamo totalmente encantada.

—El gusto te lo voy a dar en unos minutos —me susurra al oído—. Cuando te ponga una almohada bajo las caderas, separe tus piernas y te la meta hasta el fondo.

—Con condón.

Le siento reírse y sentarse en mis piernas, sus manos ahora me masajean el trasero sin vergüenza alguna, cuela un dedo entre los glúteos y me tenso.

—¿Eres virgen?

—¿Cómo dices? —pasea de nuevo el dedo y me presiona en el ano—. Ah, eso... sí, yo... no creo que me guste.

—¿Cómo lo sabes si no lo has probado?

—Tampoco me he cortado nunca una mano y ya te puedo decir que sería algo malo y que tampoco me gustaría.

Suelta una carcajada y me besa en el centro de la espalda.

—Entendido, nada de sexo anal —mete una mano entre mis piernas e introduce un dedo dentro de mí que me hace suspirar —¿y qué opinas de los juguetes?

—Pues hombre, que no es el momento de hablar de juguetes de niño.

Se ríe tanto que deja de tocarme.

—Me matas, te lo juro —me tumba boca arriba y se coloca sobre mí—. Hablo de succionadores del clítoris, de vibradores, de bolas chinas, de esposas, velas...

—Pero, ¿quién eres tú? —se ríe de nuevo y me besa—. Me parece genial ser tan divertida, pero no sabía que te iba todo eso.

—Y no me iba hasta que te he conocido a ti y ahora que sé que tenemos toda la vida por delante, quiero probarlo todo contigo, menos lo de compartirte con otra persona, ahí está mi límite, pero quiero hacerte el amor de mil formas distintas, en mil lugares diferentes, quiero ver cómo te das placer y verte llegar al orgasmo.

—Nunca he hecho eso.

—¿Y no te mueres de ganas? —me susurra al oído—. Imagínate que tienes un succionador en el clítoris mientras mi polla te posee despacio, profundamente.

Mi respiración se altera y me lame los pechos.

—Unas pinzas aquí —pasea la punta de su lengua por mis pezones—, algo dentro de tu cuerpo vibrando y tú con mi polla en la boca, joder... podría correrme solo fantaseando contigo.

—Liam.

—Dime preciosa.

—Deja de hablar y haz algo.

Y me penetra de una sola estocada, justo antes de acordarse de que no tiene un preservativo

puesto, sale de mí, busca uno en sus pantalones, se lo pone a toda velocidad y vuelve a penetrarme.

—¿Por dónde íbamos?

—No tengo ni idea —le clavo las uñas en el trasero que tiene duro como una roca y gimo.

## Capítulo 29

Efectivamente, Liam se encarga de Daniel. Claro que como el muy cretino ha salido de casa de Vicky con los pantalones a medio abrochar y sin camisa... pues no creo que haga falta que de muchas explicaciones.

Cuando vuelve a entrar le miro con cara de pocos amigos.

—¿Era necesario eso?

—Sí —me coge de las caderas y me besa hasta que chocamos con una pared.

—Estás helado —le regaño.

—Pues caliéntame.

Sonrío y le beso.

—Tengo que trabajar, por favor, es importante para mí.

—Vale —suspira, apoya la frente en la mía y se queda callado un minuto—. Te quiero, Juls —me mira a los ojos —te quiero más que a mi vida.

—Yo también te quiero —le abrazo—, y como has espantado a mi taxista, te toca llevarme al vivero.

Terminamos de vestirnos y cuando ambos estamos preparados, Liam sonrío con esa sonrisa traviesa que me derrite el corazón. Me toma de la mano y me guía hacia la salida, pero no sin antes asegurarse de que llevo todo lo que necesito para el trabajo.

—Vamos, amor de mi vida —dice, y aunque me burlo de su tono exagerado, siento mariposas en el estómago.

Liam enciende el motor y me mira de reojo con una expresión que combina diversión y adoración.

—¿Qué pasa? —le pregunto, fingiendo ignorancia.

—Nada, es solo que me encanta verte feliz.

Le lanzo una mirada rápida y veo la sinceridad en sus ojos. Me acomodo en el asiento, sintiéndome afortunada por tenerlo de nuevo a mi lado.

En el trayecto, el ambiente se llena de una complicidad silenciosa. El sol brilla alto en el cielo, iluminando las calles y las vastas praderas que nos rodean. La brisa cálida —pese a estar en diciembre—, acaricia nuestras pieles, y el mundo parece haber recuperado su equilibrio.

Al llegar al vivero, sonrío al ver a la gente entrar y salir, solo lleva abierto un par de horas, pero se nota que se acercan las fiestas. Los jardines van a ser una maravilla cuando los tenga

como los he imaginado, la verdad es que la noche con Liam ha desatado mi creatividad, en las pocas horas que he dormido, no he dejado de soñar con jardines mágicos.

—¡Juls! —Kyle se acerca con una gran sonrisa—. Justo a tiempo. Tenemos mucho que hacer hoy. No me enfado porque Daniel me ha puesto al corriente.

Le devuelvo la sonrisa y me giro para mirar a Liam, está apoyado en el coche, me coge de las caderas y se despide con un beso rápido pero apasionado.

—Nos vemos luego —susurra en mi oído—. Te recogeré cuando termines.

Lo veo marcharse y tras un sonoro suspiro que hace que mi jefa se parta de risa a mi costa, me sumerjo en mi trabajo. El día pasa volando entre diseños y discusiones creativas con el Kyle, al final se da por vencida y me da carta blanca para que haga lo que yo quiera. Cuando finalmente llega la hora de salir, estoy agotada pero satisfecha.

Liam me está esperando, apoyado contra su camioneta, con una sonrisa relajada en el rostro. Al verme, se endereza y me abre la puerta del copiloto.

—Hola, preciosa. ¿Cómo ha ido tu día?

—Genial, aunque agotador. ¿Y tú? ¿Has tenido un día tranquilo después de espantar a Daniel?

—Más o menos —responde con una sonrisa enigmática—. Pero prefiero hablar de eso en otro momento. Esta noche tengo una sorpresa para ti.

Me siento intrigada y emocionada por igual. Liam siempre ha sido bueno sorprendiéndome, y hoy no parece ser la excepción. Durante el trayecto de vuelta, me cuenta pequeñas anécdotas del rancho y del día que ha tenido, manteniéndome entretenida y riendo.

Al llegar a casa, Liam insiste en que me relaje mientras él prepara algo especial. Me dirijo al salón y, al sentarme, noto que ha preparado un pequeño picnic en la terraza, con velas, flores y una selección de nuestras comidas favoritas. El cielo de Texas se tiñe de tonos naranjas y rosados mientras el sol se pone, creando un ambiente mágico.

—Esto es increíble, Liam —digo, sintiendo un nudo en la garganta de la emoción.

—Solo lo mejor para ti, Juls —responde, sirviéndome una copa de vino—. Quería celebrar que estamos juntos, que hemos superado todo y que lo mejor está por venir.

—¿Has echado a todo el mundo? —le pregunto antes de dar un sorbo al vino.

—No, se han ido por cuenta propia cuando les he dicho que volvemos a estar juntos —me mira con picardía —quizá haya insinuado que necesitaba terminar de convencerte porque estabas muy ofendida por mi falsa relación con Cristal, llevan todo el día dándome consejos para seducirte.

Me echo a reír y vuelvo a sentir que mi mundo está en paz. Solo sería más perfecto si mis hijos estuviesen aquí, pero no me quejo, mi relación con Hugo por fin es como debe ser y sé que con Enzo será así también, porque en el fondo, sigue siendo mi niño, inteligente, amable, cariñoso, muy sensible y extremadamente protector. Y es mi hijo, está dolido porque como dice Hugo: *“es como despertar y comprender, después de pensar que eras el bueno, que en realidad el malo de la película eres tú y eso duele, mamá, Enzo necesita tiempo”*.

—¿Piensas en tus hijos? —sonríe a Liam sin extrañarme que se haya dado cuenta.

—Sí, con Hugo las cosas van bien y sé que con Enzo también lo harán, aunque están

sufriendo mucho.

—Bueno, comprender que llevan años odiando a su madre cuando en realidad es la única que les quiere de verdad, tiene que doler —se encoge de hombros—. El día que Jayden y yo llegamos a las manos...

Alzo una mano y le miro seria.

—¿Cómo has dicho? —me tenso de la cabeza a los pies —¿quieres decir que el que le puso la cara al niño así, fuiste tú?

—El niño tiene casi veinticinco años y un derecho que parece una locomotora, por no hablar que con la mierda esa que hace de kickboxing, me costó la misma vida tocarle un par de veces.

—Te voy a decir una cosa, Liam Anderson, como vuelvas a tocar al niño, te las verás conmigo.

—La pelea la empezó él, por si te interesa.

—Algo harías —sonríe y se acerca para besarme.

—No te enfades, cariño, somos texanos, arreglamos las cosas a puñetazos, después nos tomamos unas cervezas y ya está.

—Es de bárbaros.

—Nunca he dicho que estemos civilizados del todo —sonríe y niego con la cabeza—. Me aseguré de no hacerle daño —continúa cuando se da cuenta de cómo le miro—. es mi hijo, Juls, jamás le haría daño de verdad, solo fue una tontería, un par de golpes para marcar el territorio y listo.

—No vuelvas a hacerlo, por favor —le pido y él tira de mí y me sienta sobre sus rodillas.

—Cariño, nos peleamos por ti, ahora que estás en el lugar que te corresponde, va a estar más feliz que una perdiz, no tanto como yo, pero casi. Ambos te quieren con locura.

—Y yo a ellos, ¿sabes? A veces imagino cómo será cuando se conozcan —sonríe ilusionada—. ¿Me dejarías invitar a mis hijos aquí, al rancho?

—Mi vida, no tienes que preguntarlo, son bienvenidos siempre que quieran venir.

No sé por qué, pero le cuento que Hugo no es feliz siendo abogado y que solo se queda para no dejar solo a Enzo.

—Lo entiendo, Dylan y Jayden son igual, tus hijos además, son gemelos, imagino que su vínculo es aún más fuerte.

Adoro que siempre me comprenda. Que siempre sepa qué decirme y que no tenga ningún problema con mis hijos pese a todos los disgustos que me han dado. No soportaría que Liam les guardase rencor alguno.

Después de cenar, Liam me toma de la mano y me lleva al centro de la terraza. La música suave comienza a sonar desde su teléfono y, con una sonrisa, me invita a bailar. Nos balanceamos al ritmo de la música, bajo las estrellas, sintiendo que el mundo entero se ha reducido a este momento perfecto.

—No podría haber imaginado un final mejor para este día —susurro, acurrucándome en su pecho.

—Y esto es solo el principio, Juls. Solo el principio.

Nos quedamos así, en silencio, dejando que el momento hable por sí mismo. Porque a veces, no hacen falta palabras para expresar lo que el corazón ya sabe.

\*\*\*

A la mañana siguiente, me despierto con la sensación de estar en un sueño. La luz del amanecer se filtra por las cortinas, iluminando suavemente la habitación. Liam duerme a mi lado, su respiración tranquila y constante. Me quedo unos minutos observándolo, sintiendo una profunda gratitud por haber recuperado a este hombre maravilloso.

Finalmente, me levanto con cuidado para no despertarlo y me dirijo a la cocina. El aroma del café recién hecho llena el aire, y me siento en la mesa con una taza caliente entre las manos. A través de la ventana, veo el vasto paisaje texano que tanto he llegado a amar. La tranquilidad de este lugar me da paz y esperanza.

Martha entra en la cocina y al verme, no dice nada, solo me abraza y me besa en la cabeza.

—Te he echado de menos —le digo, entonces se gira para mirarme.

—Y yo a ti, te juro que si ese terco no llega a ir a buscarte, hubiese ido yo misma.

—Gracias —sonríó realmente agradecida —¿y el resto?

—Querían daros un poco más de paz, así que ya están con los quehaceres —me mira con cariño—. Estás preciosa y me alegra muchísimo que hayáis arreglado las cosas.

—Y a mí.

Justo en ese instante, Liam entra en la cocina ya duchado y vestido.

—Buenos días, preciosa, ¿qué tal has dormido? —me besa en los labios y me roba la taza de café.

—¡Oye! —me guiña un ojo descarado —alguien tiene que llevarme al vivero.

—Los chicos andan cerca —indica Martha y Liam pone los ojos en blanco.

—Ya la has oído, hoy te llevan ellos, pero te recojo yo —mientras habla se prepara un bocadillo con todo lo que pilla encima de la mesa—. No me mires así, estoy famélico.

Me sonrojo como una amapola y Martha suelta una risilla. Cuando lo tiene todo listo, me devuelve la taza de café vacía y me da un beso en los labios que me deja obnubilada.

Apenas un minuto después, Dylan y Jayden entran corriendo en la cocina, me cogen de los hombros y en cuanto estoy de pie, me abrazan con tanta fuerza que mis costillas se resienten, pero me siento tan querida y tan necesaria en estos momentos que lo dejo pasar y les devuelvo el abrazo.

—¡Estás en casa! —Jayden me besa en la frente—. Joder, menos mal que estás en casa.

—Sí, caballero, y tú y yo tenemos una conversación pendiente —Jayden baja la mirada fingiendo timidez, pero a mí ya no me engaña —que no vuelva a pasar, ¿me has entendido? Me da igual que seas alto como una torre, es tu padre, tampoco me importa que seáis texanos a medio domesticar, no quiero que algo así vuelva a ocurrir y menos por mi culpa.

—Joder —miro a Dylan que sonrío —eres como nuestra madre.

El corazón me ha dado un vuelco al oír esas palabras, me quedo pálida y paralizada y ellos se dan cuenta, claro.

—A ver, tranquila —bromea Jayden—, que a nosotros nos parece bien.

Les vuelvo a abrazar porque en esos momentos no me salen las palabras.

En cuanto llegamos al vivero, Kyle ya está por allí organizando el material con el que hoy vamos a empezar en el jardín exterior.

—Traigo mano de obra gratuita —le indico y los chicos me miran serios —no haberlo hecho —me encojo de hombros.

—¡Oye! ¿y yo por qué tengo que hacerlo si no hice nada? —protesta Dylan.

—Por permitirlo —le miro fijamente y suspira.

—Vale —indican los dos a un tiempo haciendo reír a Kyle.

—Así me gusta —me susurra—. Estos Anderson necesitan mano dura.

Pero al cabo de un par de horas —y después de hacerles mover varios árboles de diferentes tamaños—, me apiado de ellos y les mando a casa. Ambos se despiden de mí con un beso y con un abrazo manchándome la chaqueta con tierra, pero sus sonrisas lo valen todo.

El resto del día me valgo de los chicos del vivero para que me ayuden a ir colocando los árboles más pesados en sus lugares correspondientes y cuando termino el turno, hemos avanzado bastante. Aún me queda trabajo, pero tendrá que ser para mañana, porque la verdad es que estoy molida.

Cuando llego a la entrada, Liam me está esperando apoyado en su camioneta como siempre, me acerco con una sonrisa y le beso.

—Gracias —parpadeo confusa —por querer a mis hijos, se han pasado toda la mañana quejándose falsamente de que ahora tienen otra madre y de que te aprovechas de ellos y de sus músculos.

Me echo a reír y Liam me besa de nuevo.

—¿Te he dicho ya que te quiero?

—Mmmm, me parece que no —respondo juguetona.

—Pues te quiero, Juls. Vamos a casa.

Por el camino nos contamos muy por encima cómo ha ido el día, pero al llegar al rancho, nos damos cuenta de que hay un coche en la entrada que no conocemos.

—¿Esperas a alguien? —le pregunto a Liam que niega con la cabeza—. Pues yo tampoco, aún no he hablado con Hugo.

—Bueno, vayamos a ver qué pasa.

Nos bajamos de la camioneta y cuando ponemos un pie en el porche, de la casa sale la última persona a la que esperaba ver en mi vida.

—Julieta, tenemos que hablar.

—¿Qué haces aquí, Juan? ¿y cómo me has encontrado? —pregunto con una mezcla de sorpresa y confusión que Liam nota, porque se acerca y entrelaza nuestras manos, detalle que Juan no se pierde.

—¿Acaso te escondías? —ignora a Liam de una forma totalmente insultante—. Ya te lo he dicho, tenemos que hablar. En privado.

Está hablando en español para que nadie más se entere de la conversación. Él también habla inglés con mucha fluidez, no es bilingüe como yo, pero se defiende, así que esta táctica no es otra cosa que otro insulto velado.

Siento que el corazón me late con tanta fuerza que golpea mis costillas, las preguntas, las dudas y las reminiscencias del pasado se agolpan en mi mente y noto que me cuesta pensar. Y sin embargo, traduzco lo que ha dicho ante su sonrisa insolente.

—No lo creo —interviene Liam—. Lo que tengas que decir, lo puedes decir delante de mí —me mira a mí —¿se lo traduces?

—No hace falta, te ha entendido.

La mandíbula de Liam se tensa y Juan sonrío de forma tan ácida que me sorprende, jamás le había visto esa sonrisa.

—Déjate de sandeces —le digo por fin—. Di lo que tengas que decir y lárgate por donde has venido.

La sorpresa y el desconcierto se apoderan de mí. Nunca habría imaginado que Juan apareciera aquí. Siento la mano de Liam apretando la mía, ofreciéndome su apoyo mientras me preparo para enfrentar lo que sea que Juan tenga que decir.

—Nunca has necesitado guardaespaldas para estar conmigo a solas, Julieta —habla con un perfecto inglés y Liam se tensa más—. ¿Tan temerosa te has vuelto?

—Tío, estás a punto de que te parta la cara —Jayden sale al porche y se coloca entre Juan y yo.

Pero mi ex marido, lejos de amedrentarse, se cruza de brazos y sonrío.

—Vaya, vaya, ¿otro enamorado?

Tengo que sujetar a Jayden, que afortunadamente, en cuanto nota mi mano en su brazo se detiene.

Miro suplicante a Liam.

—No va a decir nada hasta que estemos a solas.

—No te voy a dejar con él, Juls, olvídale.

—Estaré bien, lo prometo —le sonrío—. Ya no puede hacerme daño y sé que tú estarás ahí siempre, eso es todo lo que necesito.

A regañadientes, Liam y Jayden entran en el rancho y Juan les mira por encima del hombro. ¡Dios! ¿qué vi en este hombre?

—Ya estamos solos, dime lo que quieres.

—Que vuelvas a casa, Julieta —parpadeo y abro la boca por la sorpresa —he comprendido que no actué bien, que lo mío con Alicia no era más que un pobre sustituto de lo que de verdad anhelaba, que eres tú —me coge la mano y me besa los nudillos—. Somos una familia, imagino que ha sido muy excitante para ti vivir esta aventura, pero mírate, cariño, ¿zapatillas deportivas y vaqueros? Esto no es para ti, tú te mereces joyas, paseos bajo la luz de la luna, salidas en barco...

Tiro de mi mano para que me suelte y me cruzo de brazos.

—¿Y cuándo hemos hecho eso en veinticinco años de matrimonio? Porque no lo recuerdo, pero sí que recuerdo las noches sola, suplicando fotos de mis hijos o que me dejases hablar con

ellos. También recuerdo los cumpleaños sola, el desdén, los desprecios...

—Cariño —se acerca para tocarme pero doy un paso atrás y alza ambas manos—. Para lo de los niños no tengo excusa, ellos me decían que no eran felices e intenté como pude que siguiésemos siendo una familia, claramente no lo logré.

—Dime una cosa, Juan.

—Lo que quieres, Julieta.

—¿Siempre has pensado que soy imbécil o es cosa de los últimos años?

—¿Cómo dices?

—Digo que eres un narcisista de libro, un maltratador psicológico y un palurdo misógino con complejo de inferioridad, digo que no eres nada, por mucho que te las quieras dar de gran hombre, vienes de un agujero, han sido mi dinero y mi apellido lo que te ha abierto las puertas de la alta sociedad a la que admiras tanto.

—Julieta.

—No sé qué quieres, pero aquí no lo vas a conseguir, así que sube a tu coche y lárgate del rancho y de Estados Unidos, puedes seguir yendo al club a llamarme frígida, puta y demás, aunque esos conceptos sean contradictorios. Pero sobre todo, no vuelvas a mencionar a mis hijos.

—Volverás conmigo, Julieta —dice bajando los escalones—. ¿Crees que eres importante para ese vaquero? —suelta una carcajada y abre la puerta del coche—. Vindrás suplicando.

—Espera sentado.

En cuanto arranca, Liam sale al porche y me abraza con todas sus fuerzas.

—¿Qué quería?

—Al parecer que volviese con él —me mira a los ojos y veo una vulnerabilidad que jamás pensé que sintiese.

—¿Y qué vas a hacer?

Sonrío, meto las manos en los bolsillos traseros de su pantalón y le aprieto el trasero.

—Ahora mismo besar a mi vaquero.

—Juls, yo no...

—Shhh, cariño, hace mucho tiempo que entre él y yo no hay nada, pero jamás podrá haberlo porque ha venido y ha criticado a mis hijos, después de arrebatármelos, les ha culpado a ellos —cojo aire —no hay perdón para eso.

—¿Entonces te quedas conmigo?

—Mientras me quieras a tu lado.

## Capítulo 30

Juro que pensé que el último de los disgustos sería ver aparecer a mi ex marido en el rancho de Liam. Pero unos gritos me despiertan, también suenan unos golpes.

—¿Pero qué pasa?

Me levanto y me pongo algo de ropa, bajo corriendo a la entrada y cuando llego al porche veo a Jayden peleándose con otro joven al que no reconozco de inmediato. Varios de los hombres del rancho se acercan corriendo. Y sin pensarlo siquiera, me meto entre ambos.

—¡Bueno, ya está bien! —entonces miro al otro joven —¿Enzo?

—Mamá.

Y todo a mi alrededor desaparece. Lo juro.

—Cariño, ¿qué... —miro a Jayden que se pone a la defensiva.

—A mí no me mires, ha llegado y ha preguntado por ti, le he dicho que mi madre dormía y se ha liado a darme de hostias.

—¡Qué no es tu madre, cabrón!

Enzo me empuja y vuelve a liarse a puñetazos con Jayden que al parecer, le estaba esperando.

—¡Juls! —Liam me levanta del suelo y gruñe —¿estás bien?

—Haz que paren, por favor —le agarro de la camiseta —pero sin hacerles daño.

Cuando me pongo de pie, varios de los hombres del rancho sujetan tanto a Jayden como a Enzo. Dylan intenta razonar con su hermano, pero claramente no lo está consiguiendo.

—¡Suéltame! —Enzo está desatado y tampoco razona.

Me acerco a él y todos me gritan.

—¡No! ¡va a volver a hacerte daño! —miro a los Anderson y niego con la cabeza.

—No lo hará, ha sido un accidente —me acerco a mi hijo y le acaricio el rostro magullado —¿verdad?

Enzo parece volver en sí y me mira fijamente.

—¿Te he hecho daño? —niego con la cabeza —¿estás bien?

—Sí —miro a los hombres —soltadle —Enzo mueve los brazos —¿qué haces aquí? ¿qué ha pasado?

—Vine porque Alicia me dijo que papá venía a por ti, quiere vender el bufete y sin tu firma no puede —hace una mueca cuando se pasa las manos por el pelo —no quería que tuvieses que enfrentarte a él.

—Vino anoche —le explico—. No me dijo nada del bufete, solo que quería que volviese con él —le aparto hojas y tierra del pelo—. Cariño, este no eres tú —baja la mirada—, yo te conozco, y mi hijo no se pelea con todo el mundo.

—¿Papá te hizo daño? —hasta Liam se tensa con la pregunta y eso que ha sido en español.

—No, tesoro, yo no lo hubiese permitido y ellos —hago un gesto con la cabeza —tampoco.

—Joder —se frota la cara —les oí hablar, dijo que conseguiría la firma por las buenas o por las malas, que ya había estado a punto de hacerlo una vez y que de ser necesario, esta vez lo lograría, me asusté muchísimo.

Le abrazo con todas mis fuerzas.

—Estoy a salvo, hijo —aprieto los dientes para no llorar, ¡joder! Con las malditas lágrimas —estoy bien, te lo prometo.

—Siento haber sido un cabrón y un mal hijo y un...

Se corta cuando un coche entra en la propiedad a toda velocidad.

Joder, ¿pero qué coño está pasando? Aunque me quedo de piedra cuando es Hugo el que se baja del coche con cara de pocos amigos.

—¡Eres un cabrón! —le espeta a su hermano—. ¿Tenías que dejarme tirado? —entonces se da cuenta de que todos estamos presentes —genial —bufa, se pasa las manos por el pelo y se acerca a mí—. Hola, mamá, he venido a verte —después se gira hacia Liam y le dice en perfecto inglés —buenos días, soy Hugo, el hijo cuerdo de Juls.

Liam sonrío y le estrecha la mano con fuerza. Mi hijo mira a los otros dos Anderson.

—Dylan y Jayden, ¿verdad? —les tiende la mano y observa a Jayden—. Dime que por aquí os dedicáis a daros puñetazos y que mi hermano no ha tenido nada que ver.

—Sería empezar mintiendo —Jayden le estrecha la mano y Hugo le mira los nudillos.

—Lo siento —se disculpa—. Mi hermano no está pasando por una buena época.

—¡No necesito que te disculpes por mí! —grita Enzo y Hugo se gira a mirarle.

—Pues alguien tiene que hacerlo, porque estas personas no se merecen esta versión distorsionada de mi hermano, ¿lo entiendes? A ver si te centras de una puta vez, ¡coño!

—Eh, chicos —me pongo en el medio—. ¿Me podéis explicar qué pasa? Y en inglés, que se enteren todos.

Enzo me fulmina con la mirada y Jayden se tensa, pero Dylan le sujeta.

—Verás, ayer por la mañana, vinieron dos tipos al despacho, estaba yo solo y empezaron a hacer planes sobre cambios y demás, les pregunté y me dijeron que papá les había vendido el bufete, les saqué de su error y se enfurecieron, después no sé qué pasó, hasta que Enzo me dejó un mensaje en el móvil diciendo que papá quería hacerte daño y que venía a buscarte, llegué al aeropuerto de puto milagro.

—Habla bien —le regaño y él me sonrío.

—Veníamos bien en el vuelo, teníamos un plan, pero me mandó a buscar su maletín y cuando volví, el muy cabrón se había ido sin mí —me mira—. No pienso disculparme por llamarle cabrón.

—Ay —suspiro agotada —ay.

Lo repito porque la verdad, no sé ni qué decir.

Es Liam el que se hace cargo de la situación.

—Cariño, ¿por qué no vais dentro y habláis a solas? —me pone una mano en la espalda y me besa en la sien—. Voy a ver si Jayden necesita puntos. Martha te ayudará a curar a tu hijo.

—¡Estoy bien! —gritan los dos aludidos, uno en español y el otro en inglés.

—Perfecto y me alegro por vosotros —indica Liam, después mira a sus hijos—. Chicos, vamos a los establos, Juls necesita tiempo.

—¡Ese tío es un puto bestia! —grita Jayden mientras Dylan tira de él con fuerza.

—¡Nenaza! —grita Enzo y dos hombres tienen que ayudar a Dylan a contenerse.

—Enzo, como vuelvas a decir algo así, la bofetada que te voy a dar se va a oír hasta en Dallas, ¿me has oído? —él asiente con cara de pocos amigos —entrad en casa.

Hugo coge a su hermano por los hombros y le dirige hacia la casa mientras yo me acerco a Jayden que fulmina a Enzo con la mirada.

—¿Estás bien? —la verdad es que tiene un par de cortes muy feos.

—De maravilla —le sonrío y le obligo a bajar la cabeza.

—Enzo no es un peligro para mí, pero gracias por defenderme y cuidarme.

—Yo —me mira avergonzado —lo siento. Siento haber...

Sé a lo que se refiere y sin decir nada, le abrazo con fuerza.

—Yo también te quiero, hijo —le susurro al oído—. Te quiero cariño —le miro a los ojos—. Vete a que te curen, anda, me ocuparé de Hugo y Enzo y después... no sé... ya se me ocurrirá algo.

Liam se acerca y me mira.

—Voy a llamar a Kyle y decirle que tenemos un problema familiar, ¿vale? —asiento y me abrazo a su cuerpo, ahora mismo necesito su estabilidad y su fuerza—. No te preocupes, todo se arreglará —levanto la vista para mirarle a los ojos.

—¿Y si no se arregla?

—Nos vamos a las Bahamas y que se apañen solos.

Me echo a reír y le beso.

—Te quiero, Liam —suspiro y me apoyo de nuevo en su pecho, el fuerte latido de su corazón me tranquiliza.

—Ocúpate de tus hijos, estamos bien —Dylan asiente con la cabeza cuando le miro de reojo —cuando quieras que volvamos, me llamas, ¿de acuerdo?

—Sí —les miro a todos —gracias, chicos.

—De nada, jefa —se burla Jim y sonrío—. Unos cuantos golpes no hacen daño.

Camino hacia la casa y veo a Susan en el porche.

—Te juro que no sabía nada de esto y que...

—¿Por qué te disculpas? —me corta—. A mí no me parece que haya pasado nada grave, me preocupa Juan, lo de esos —señala con la cabeza la casa —es una tontería, en un par de días y

tras unas cervezas, tan amigos.

Sonrío y la abrazo.

—Se me olvida que esto es Texas —murmuro y las dos reímos.

Antes de entrar en casa, respiro profundamente un par de veces para coger aire y fuerzas. No tengo ni la más mínima idea de qué hacer con toda esta situación, por un lado me siento bien porque si Enzo no ha dudado en venir a protegerme es que aún me quiere y eso me alegra como nadie puede imaginarse. Pero lo que me han contado de Juan, la rabia descontrolada de Enzo... madre mía... casi no reconozco a mi propia familia.

\*\*\*

Me los encuentro a los dos sentados a la mesa con unas tazas de café y un plato de tortitas que no han tocado. Miro a Martha que me hace un gesto con la cabeza y se dirige a la puerta, me acaricia el brazo cuando pasa por mi lado.

—Paciencia —me susurra.

Suspiro y me siento frente a ellos. Ambos tienen expresiones culpables en el rostro y ambos mantienen la mirada baja. Pobrecitos. Me dan una pena tremenda. Cuánto tienen que estar sufriendo para haber llegado a este punto.

—Chicos —Hugo me mira, pero Enzo no —Enzo —alza la mirada—. Vas a tener que hablar conmigo, porque hace unos días no te importaba si estaba viva o muerta y ahora haces esto.

—Eso no es cierto —arqueó una ceja—. No, no es cierto, estaba y estoy furioso contigo, pero jamás he querido que te ocurra nada malo.

—Vale —estiro mis manos y cojo las de ellos—. A ver, contadme qué es eso del bufete y por qué estáis tan nerviosos.

—Papá no se junta con buena gente —murmura Enzo—. Hace meses que tiene reuniones a altas horas de la noche, se inventa historias para sacarnos a Hugo y a mí del bufete y... no sé, todo me da mala espina. Llevo meses desconfiando de papá y de Alicia, los números no cuadran y está cogiendo casos de gente peligrosa.

Respiro profundamente y al ver la expresión de mi hijo, el corazón se me retuerce.

—Tú tampoco quieres ser abogado —sentencio y Hugo mira a su hermano con los ojos como platos—. Cariño, vamos a tener que empezar a ser sinceros si queremos arreglar esto.

—Tú no estabas y papá era lo único que teníamos, nos pidió que siguiésemos sus pasos y yo quería que se sintiese orgulloso de mí —se frota el pelo —pero joder, da igual lo que hagamos, no lo conseguimos.

Se me parte el alma al ver con cuántas cosas han lidiado ellos solos por la maldad de Juan, porque ahora sé que es pura maldad. No solo es que me anulase a mí como mujer y persona, es que ha modelado de tal forma a nuestros hijos que les ha convertido en seres tristes, llenos de rabia, rencor y dolor.

—¿Tenéis el teléfono de vuestro padre?

Hugo me tiende el suyo con el contacto de Juan en la pantalla. Le doy a llamar y mis hijos se tensan.

—Hola hijo.

—Hola, Juan, soy yo.

—Ya he me dado cuenta, así que los cachorros me oyeron y han venido a protegerte, ¿no?

—No voy a hablar de ellos contigo —sentencio—. Sé lo que quieres, así que dime dónde estás, vamos a zanjar esto de una vez por todas.

—Quiero el bufete entero.

—No, lo necesitas para lo que sea en lo que te has metido, que no es lo mismo, pero a mí eso me da igual —suspiro agotada—. Dime dónde y cuándo.

—En el White Farm Inn en dos horas, tengo que redactar los documentos.

Cuelgo sin más y le entrego el teléfono a mi hijo.

—Mamá, ¿qué vas a hacer?

—Lo que tenía que haber hecho hace tiempo, pelear por vosotros —les miro a los ojos—. Voy a entregarle el bufete y vosotros haréis lo mismo, no tenéis nada que os retenga en España, quedaros aquí conmigo —les ofrezco.

—Pero... —Hugo se lo está pensando, lo sé. Enzo está petrificado.

—A no ser que Eva sea el amor de tu vida y quieras recuperarla, claro —se sonroja y niega con la cabeza—. Entonces, ¿qué os lo impide? Liam os hará un contrato y podréis quedaros aquí, conmigo, lejos de vuestro padre, del bufete, de todo... podemos empezar de nuevo, juntos.

—No creo que a tu novio y a sus hijos les parezca bien —sentencia Enzo con mala cara.

—Hijo, Liam, Dylan y Jayden son personas extraordinarias que me quieren muchísimo, me han aceptado con los brazos abiertos pese a todos los dolores de cabeza que les he dado —les cojo de las manos de nuevo—. En España no tenemos nada, pero nos tenemos los unos a los otros, este es un buen lugar para vivir, si no os adaptáis al rancho, podemos hacer otra cosa, no sé, lo que sea.

Dejo a mis hijos pensando en la cocina y llamo a Mario, mi abogado, cuando llego al salón.

—Hola, Juls, dime.

—Necesito tu ayuda urgente —le cuento todo lo que ha pasado y le oigo maldecir en varias ocasiones.

—Podemos pelearlo, Juls, podemos ganar.

—Pero no quiero —sonríe aunque no puede verme—. Quiero empezar de nuevo, sin cargas, sin presiones y sin miedo, no les has visto, Mario, están destrozados, ¿cómo no he podido verlo antes? Son mis hijos y les he dejado a merced de un psicópata...

—No es culpa tuya, Juls.

—Sí que lo es, una madre sabe que algo no va bien y yo lo sabía, pero era estúpida, cobarde y... no les protegí, pero ahora voy a hacerlo, que se quede con todo, me da igual, no necesito un nombre en una pared para saber quién soy, ser una Vallejo no se limita a unas propiedades. He tardado mucho en recordar a mi padre y a mi abuelo y lo que ellos me enseñaron.

—Sigo pensando que podemos ganar.

—Me da igual ganar algo que no me importa, Mario, si mis hijos vuelven conmigo, yo seré la que gane el premio gordo aunque el imbécil de Juan no se dé cuenta.

Le oigo resoplar y jurar, al cabo de unos segundos bufa y sé que ha cedido.

—Redactaré los documentos y te los envío por email, ¿tienes dónde imprimir?

—Sí.

—No firmes nada de lo que él te dé. Joder, Juls... me jode no poder estar ahí, ¿no conoces a ningún abogado?

—Liam tiene uno de mano, amigo suyo.

—Pues llámale, no vayas sola.

—No quiero meterle en esto.

—Joder, Juls... maldita sea, por una vez en la vida, ¿quieres mirar por ti? Por lo que dicen tus hijos, Juan es peligroso, no vayas a verle sola. Prométemelo.

—Envíame los documentos. Rápido. Solo tengo dos horas.

Cuando cuelgo el teléfono, Liam está apoyado en la pared, tiene los brazos cruzados bajo el pecho y las piernas también a la altura de los tobillos.

—Cuéntamelo.

Me dejo caer en el sofá y no tarda en sentarse a mi lado. Se lo cuento todo, sin dejarme nada y durante todo el tiempo, Liam me demuestra que puedo confiar en él, que lo que tenemos es de verdad, es para siempre y es a prueba de dramas familiares.

—Tu abogado tiene razón, no vas a ir sola —voy a protestar pero me pone un dedo sobre los labios—. Esto no es negociable, Juls. Si tus hijos temen por ti, algo han visto u oído y no me la voy a jugar, ya sé lo que es perderte y que me aspen si lo permito, Bob es bueno, vendrá echando leches e irá con nosotros.

—Juan no me haría daño, sé que parece lo contrario...

—Juls, las personas hacen cosas horribles por dinero, si además está asociado con gente peligrosa, puedes apostar tu precioso culo a que no le vas a ver a solas —me mira desafiante—. Puedes intentar escapar, claro, pero créeme que no dudaré en atarte como a un becerro y dejarte aquí mientras tus hijos, los míos y yo vamos a ver a ese ex marido tuyo, ¿crees que eso saldrá mejor?

—No.

—Perfecto, ¿ves que bien va todo cuando razonas?

—Querrás decir cuando hago lo que tú quieres —me guiña un ojo travieso—. ¿Qué te parece lo que les he pedido a mis hijos?

—Vamos a ver, ¿qué puedo opinar de que mi mujer sea absolutamente feliz por tener a sus pequeños con ella? —sonrío y me acurruco en su pecho—. Juls, te quiero, sin límites, si ellos quieren quedarse aquí, pueden hacerlo. Encontraremos la solución, ¿de acuerdo?

Suspiro y apoyo la cabeza en su hombro.

—Te quiero, Liam.

—Y yo a ti, preciosa.

—¿Qué tal están los chicos?

—Bueno, Jayden aún tiene ganas de bronca, así que le he mandado con las reses para que se desfogue cabalgando. Y en cuanto a Dylan, bueno, ya le conoces, él se lo toma todo con más calma —respira profundamente—. Oye, Juls, Hugo y Enzo pueden quedarse en la casa de

huéspedes si te parece bien.

—¿No tienes gente?

—No —me aparto y le miro—. Al irte tú paralicé todo, no quería a gente extraña por aquí que aumentase mi mal humor, algo que Susan no me ha perdonado aún, claro, pero tú eras la solución perfecta para llevar ese tema, nosotros no tenemos tiempo ni ganas ni conocimientos. No sé, cuando te subiste a ese avión fue como... nadie ha estado allí.

—Pero había reservas para octubre.

—Las cancelé —me mira y tira de mí hasta que estoy sobre sus rodillas—. No quería que nadie entrase allí, era lo último que habías hecho, que habías tocado...

—Liam.

—Me enfadé tanto cuando volviste sin decirme nada, ¿sabes? Entendería que tu ex marido quisiera que volvieres con él, porque... joder, eres maravillosa, ¿qué clase de lunático te dejaría escapar? —mi corazón comienza a retumbar en el pecho con fuerza—. Me enfurecí cuando te fuiste porque no querías trabajar conmigo, no querías casarte conmigo y después... volviste sin decirme nada, joder Juls...

—Lo siento, Liam —le aparto unos cuantos mechones de pelo de la frente—. Lo siento, de verdad que pensé que todo sería más complicado, que lo que teníamos se desvirtuaría y se estropearía y podía enfrentarme a no estar contigo, pero no podía enfrentarme a que me odiases, o peor aún, a que dejases de verme. Tuve miedo y me dejé llevar por él.

—Sigo furioso contigo y me jode que haya venido tu ex marido, habéis compartido veinticinco años, no puedo competir con eso.

—Es que no hay competición alguna —le beso en los labios—. Cariño, estuve casada con él veinticinco años, pero ahora me doy cuenta de que jamás estuvimos juntos —suspiro—. Se lo voy a dar todo y no volveré a saber de él, todo lo que ha querido siempre ha sido mi dinero, mi apellido y el bufete, puede quedárselo y que le aproveche. Yo me quedo contigo y con los chicos, no hay comparación.

## Capítulo 31

Justo cuando se cumplen las dos horas del tiempo pactado, Juan me llama al teléfono de Hugo para preguntar dónde estamos y le informo de que aún estamos saliendo. Tengo que ganar tiempo porque Bob, el abogado de Liam, aún está a casi media hora del hotel donde hemos quedado y Mario me ha pedido que en cuanto entre le llame y le mantenga en línea.

A mí todo esto me parece surrealista e innecesario, pero tengo que reconocer que ver a mis hijos nerviosos por el encuentro, a Liam tenso y a Mario tan insistente, me está poniendo nerviosa.

En cuanto entramos en el hotel, Bettie se acerca a saludarme y después saluda con cariño a Liam, entramos en el comedor y veo a Juan en una mesa para dos apartada y meneo la cabeza. Juro que no sé quién es ese hombre, pensé que le conocía, que después de tantos años juntos ya no habría secretos entre nosotros y me estoy dando cuenta por las malas, de que el problema era exactamente el contrario, lo único que había entre nosotros eran secretos y mentiras.

—Ya te dije que no necesitas guardaespaldas.

Liam ignora sus palabras —que ha dicho en inglés—, coge una silla y se sienta entre él y yo. Juan sonríe, saca de su maletín unos documentos y me los entrega.

—No voy a firmar nada que me des tú —frunce el ceño—. Pongamos las cartas sobre la mesa, Juan, quieres el bufete y la cuenta bancaria asociada a él.

—También quería la casa, pero ya la has vendido e imagino que el dinero que sacaste por ella es lo que está costando tu aventura aquí.

—Mi abogado me ha enviado este acuerdo —saco los papeles que imprimí y le entrego una copia —como ves, tanto Enzo como Hugo han renunciado a su parte para que yo tome la decisión que crea oportuna —le señalo una de las hojas y él asiente—. Este es el trato, te quedas con todo lo que quieres y te alejas de nuestras vidas para siempre, una vez firmado nada de lo que hagas o dejes de hacer repercutirá en nosotros y no podrás hacernos reclamaciones en el futuro.

—Teniendo en cuenta que el bufete es lo único que te queda, no sé qué más podrías ofrecer —me dedica una mirada lasciva que hace que Liam se tense, le pongo la mano en la rodilla.

—Lo tomas o lo dejas, Juan, si me obligas a ir a España a pelear contra ti, sabes que voy a ganar y entonces te juro que venderé el bufete por un euro al primer comprador que aparezca.

—¿De dónde has sacado las agallas?

—Es curioso lo mucho que cambia la mente de una mujer cuando deja de estar manipulada —suelta una risilla que intento ignorar.

—Como comprenderás, no voy a firmar nada sin antes leerlo.

—Estás en tu derecho, claro —me encojo de hombros—, pero el que miente de los dos, eres tú, que no se te olvide.

Al cabo de varios minutos, cuando termina de leer, me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Dónde está la trampa?

—Tú mismo lo has leído, no hay trampa, te quedas con el bufete y la cuenta asociada y te olvidas de los chicos y de mí para siempre.

—No tienes ni idea de cuánto dinero hay en esa cuenta.

—Ni me importa —cojo el bolígrafo del bolso y le miro —¿firmamos?

Juan estampa su firma en ambos documentos y yo la mía. Él coge su copia, yo la mía y nos ponemos en pie. Me mira de arriba abajo.

—¿Un beso de despedida?

—Si te acercas a ella, te arranco la cabeza —Liam se lo ha dicho con un tono de voz que me ha acojonado a mí.

Juan sale del restaurante con una risotada, se sube en su coche y se larga.

—Mario —levanto el móvil de la mesa—. Ya está, se ha ido.

—Perfecto, que los testigos firmen los documentos y envíamelos lo antes que puedas.

Bob, el abogado de Liam se acerca en ese momento. Entró justo antes que nosotros y se colocó en una mesa detrás de Juan, lo ha oído todo y lo ha grabado todo con su móvil.

—Joder con tu ex marido —me mira y me ofrece su mano—. Robert Williams, aunque todos me llaman Bob.

—Encantada y gracias por el apoyo —le estrecho la mano.

—Cuando le envíes a tu abogado esos documentos, envíame a mí una copia, nunca está de más tener más de un seguro y más cuando se trata de estas cosas, por curiosidad, ¿cuánto había en esa cuenta bancaria?

—Pues Juan cree que unos tres millones de euros —me encojo de hombros—, pero no son cifras reales, mi abogado lleva meses engañándole para que no se centrara en otras cosas. Mi padre hizo varias inversiones a mi nombre y hasta que el divorcio no fuese definitivo y hubiese pasado un tiempo para que no pueda reclamar nada, todo ha permanecido en secreto.

—¿Estabais en bienes gananciales? —me pregunta Bob.

—No, mi padre puso sus propias condiciones para acceder a la boda, le dio un puesto a Juan en el bufete de la familia a cambio de que hubiese separación de bienes, pero de haber salido a la luz cuando no debía... bueno, se le da de maravilla ser un incordio.

—¿Y cuánto hay en realidad en la cuenta? —me pregunta Liam con curiosidad.

—Cerca de dos millones de euros, creo, la verdad es que no estoy segura.

Los dos me miran con los ojos como platos.

—¿Eres millonaria? —me pregunta Liam y sonrío.

—¡Joder! ¿y por qué has pasado por todo lo de inmigración? ¡los ricos nos encantan!

Me echo a reír y salimos del hotel, caminamos hasta la camioneta de Liam.

—Tengo dinero, sí, no puedo decir cuánto porque no lo sé, no me encargo de esas cosas, tengo varias acciones de empresas que pasarán a mis hijos cuando yo no esté y tengo varias propiedades alquiladas que me generan beneficios. Juan siempre pensó que tenía un fida y comiso que me había dejado mi padre y se creía que vivía de eso, nunca se lo conté porque así me lo pidió mi padre, estaba claro que sabía lo que hacía —les miro a los dos —me gusta trabajar en el vivero y tener una vida normal, no quiero salir en la prensa y no quiero tener un trato especial, solo quiero ser libre.

—Liam, con esta chica te ha tocado el premio gordo.

—Totalmente de acuerdo.

Nos despedimos y volvemos al rancho en silencio. No es incómodo, pero tampoco es cómodo.

—¿Te ha molestado que no te contase que soy una rica heredera?

—¿Qué? —me mira y niega con la cabeza—. No, para nada —entrelaza sus dedos con los míos y me besa la muñeca —tu dinero es tuyo, yo soy feliz con mi rancho, lo único que quiero de ti es tu cuerpo, tu mente, tu corazón y tu alma y no en ese orden.

Sonrío y apoyo la cabeza en su hombro.

—Hugo y Enzo no saben nada de todo esto —le confieso.

—No creo que se enfaden mucho por el hecho de ser ricos tan jóvenes, la verdad.

—¿Crees que se habrán matado entre los cuatro? —le pregunto de broma pero rezando para que no sea verdad.

—No, dejé a varios hombres pendientes de ellos, no tienes de qué preocuparte.

Por desgracia, cuando llegamos al rancho me preocupo y mucho. Los cuatro están borrachos como cubas jugando a los dardos con una diana que han colgado detrás de los establos.

Jim se acerca con una sonrisa.

—Ya son amigos —nos anuncia como si acabase de hacer un descubrimiento científico.

—Ya lo veo.

En cuanto pongo un pie en casa, el agotamiento se apodera de mí y no puedo evitar bostezar. Liam me coge en brazos haciéndome reír y me lleva a nuestra habitación.

—¿Sabes? —me pregunta tumbándose en la cama, se tumba a mi lado—. Ahora que tenemos cuatro hijos, vamos a tener que aprovechar todas las oportunidades que tengamos para estar solos.

Sonrío cuando empieza a quitarse la hebilla del pantalón.

—Creo que tienes mucha razón, vaquero.

En cuanto se baja los pantalones, comienza a desabrocharse la camisa pero yo tengo otros planes. Antes de que pueda reaccionar, estoy sobre él y me introduzco su miembro en la boca.

—Joder, Juls —jadea casi sin aire.

Ni me molesto en responder, sobra decir que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo porque nunca lo he hecho, pero si él puede hacérmelo a mí, no veo por qué no puede ser al revés.

Enreda sus manos en mi melena y guía los movimientos de mi cabeza, poco a poco voy aprendiendo lo que le gusta y lo que le excita hasta dejarlo al borde del abismo y no hay que explicar que me aprovecho todo lo que puedo y más.

Al cabo de unos minutos, me lanza sobre la cama y me arranca la camisa haciendo que todos los botones salten.

—Mi turno, preciosa.

\*\*\*

Me siento en el césped y observo el horizonte.

Hoy la actividad en el rancho es un poco diferente, es el día de Acción de gracias y todo el mundo está contento y con ganas de celebrarlo. La verdad es que se lo toman muy en serio. Los americanos para estas cosas son muy intensos.

Podría decirse que hoy hace frío, aunque en realidad hay diez grados, pero ni siquiera eso le quita belleza a este lugar. El anochecer en este punto del rancho es una auténtica delicia. Como es festivo nacional, hoy no he trabajado y he podido cabalgar todo lo que he querido y más, me ha costado coger el ritmo, porque no hacía equitación desde que era niña, pero de la mano de Liam no creo que haya algo que no consiga.

—Mamá, ¿molestamos?

Me giro para mirar a mis hijos y niego con la cabeza.

—Esto es precioso —anuncia Enzo sentándose a mi lado.

En estas semanas se han producido varios cambios en nuestras vidas, Dylan y Jayden están ayudando a Enzo y Hugo a encontrar su lugar en la sociedad. Por el momento ha resultado que Hugo tiene un don en la cocina y Enzo disfruta con las plantas tanto como yo. Claro que también le encanta estar con los animales y para sorpresa de todos, Jayden y él se han vuelto inseparables.

Al final, los cuatro se han mudado a la casa de huéspedes para disgusto de Susan que ya se veía como una hotelera de éxito, aunque no entiendo por qué, la verdad, ella con su trabajo aquí como veterinaria es muy feliz.

—¿Os sentís a gusto? —les pregunto y ambos asienten.

—No está siendo fácil, porque bueno... es como ir a la deriva, a veces me siento como si hubiésemos invadido a los Anderson —me río porque les entiendo—. Mamá.

Ambos se giran para mirarme a la cara y me pongo nerviosa.

—Queríamos pedirte perdón.

—No es...

—Sí que lo es —me corta Enzo—. Yo he sido el peor de los dos. Nunca he dejado de quererte, mamá. Te lo prometo, sé que he sido un cabronazo y que me he portado fatal contigo, que te he hecho llorar muchas veces y sé que no se arregla así, pero quiero pedirte perdón.

—Cariño...

—Yo también —empieza Hugo—. Por no darme cuenta antes de lo que pasaba, por no haber sabido gestionarlo mejor y por... bueno, por todo —mira a su alrededor—. No me extraña que no quisieras volver a Madrid, nada puede competir con esto y nada puede competir con los Anderson, sé que amas a Liam y que quieres a Dylan y a Jayden como a nosotros —juro que

hago lo que puedo para no llorar—, así que Enzo y yo queremos hacerte una pregunta y queremos que sepas que respondas lo que respondas, lo aceptaremos y te seguiremos queriendo toda la vida.

—Me estáis asustando...

—Mamá —Enzo toma la palabra—. No queremos ser un estorbo en tu nueva vida, aquí has empezado de nuevo. Con ellos. Así que si crees que serías más feliz si nosotros nos vamos, estamos dispuestos a hacerlo.

Cojo aire profundamente y les cojo de las manos.

—Os habéis vuelto locos si pensáis que os voy a dejar ir —les acaricio sus preciosas caras—. Os quiero muchísimo y sí, es cierto que amo a Liam de una forma irracional —bromeo —y que quiero a Dylan y a Jayden como a vosotros, pero eso no es problema, porque vosotros sois y siempre seréis mis hijos, nadie puede desbancaros de ahí y yo sería inmensamente feliz si os quedáis a mi lado.

Los tres nos tumbamos en la hierba fría y suspiramos a la vez.

—Sí que me hubiese enfadado contigo —miro a Enzo—. Hubiese respetado tu decisión, porque bastante daño te hemos hecho ya, pero me hubiese enfadado contigo.

Nos cogemos de las manos y respiro profundamente. Aquí y ahora, es un momento perfecto.

—Deberíamos volver a casa, ya lo tendrán todo listo para la cena —comento.

—Se han vuelto locos —Hugo me mira—. Hay comida para dar de comer a un ejército.

Emprendemos el camino de vuelta, cada uno sobre su montura. Mis hijos no habían subido nunca a un caballo, pero Dylan y Jayden son unos profesores magníficos.

Dejamos a los caballos en los establos y tras cepillarlos y darles una golosina, nos dirigimos a casa. Como somos los únicos que no somos americanos, no entendemos tanta parafernalia, así que nos han echado sin contemplaciones, solo nos han pedido que a la hora de la cena, estemos presentables.

Así que los chicos se quedan en la casa de huéspedes y yo voy a la casa principal. Hay que ducharse, vestirse como para una celebración en una iglesia y maquillarse y peinarse como si estuviésemos en los Óscar.

Nada más salir de la ducha, veo a Liam sentado en la cama.

—Hola, cariño.

Me acerco y le beso en los labios.

—Tengo un regalo para ti —sonrío y le vuelvo a besar —ven.

Coge mi mano y me lleva frente al espejo de cuerpo entero que hay en un rincón. Se coloca detrás de mí y me pone un colgante precioso de oro blanco. Es una pieza delicada y elegante, dos corazones entrelazados, uno ligeramente más grande que el otro y adornado con pequeños diamantes, el corazón más pequeño está tan pulido que podría reflejarme en él.

—Es precioso.

—Somos nosotros, tú y yo —cuando termina de abrocharlo, me besa en el cuello—. Quiero hacerte una promesa —nos miramos a través del espejo—, te daré romanticismo, pasión, complicidad, lealtad, fidelidad, compañerismo, comprensión y todo el amor que siento por ti.

Quiero que siempre tengas presente que eres el amor de mi vida, la mujer por la que he esperado todos estos años.

Los ojos se me empuñan y me rodea con sus brazos.

—Te hago la misma promesa —respondo con un nudo enorme en la garganta—. No he sabido lo que era amar a alguien hasta que te he conocido.

Unos minutos después, cuando he terminado de vestirme, me pongo los tacones y Liam me sonríe.

—Estás preciosa —me agarra por las caderas y me besa en el cuello —¿preparada para tu primer Acción de gracias?

—Y ansiosa, tengo mucho que agradecer.

Caminamos de la mano y así entramos en el comedor que se ha dispuesto con todas las galas, mantel blanco pero con bordados de calabazas y espigas de trigo. Sobre la mesa todo un festín, está el típico pavo de piel crujiente, el puré de patatas, salsa de arándanos rojos, salsa gravy, mazorcas de maíz, guarnición de judías verdes, calabaza y boniato, zanahorias y coles de Bruselas asadas, gratinados de varios tipos y de postre, Martha se ha esmerado, hay tarta de manzana, de nueces y de calabaza. Sin duda alguna es todo un festín.

En la enorme mesa están nuestros cuatro hijos, Sandra y Henry que por supuesto no podían faltar, Susan, Martha y varios de los trabajadores del rancho que no tienen familia cerca.

Disfrutamos de la cena entre risas, bromas y sobre todo paz. Es una sensación tan cálida y placentera que siento que tengo el corazón a rebosar de alegría. Observo a los chicos riendo unos con otros y miro a Sandra, ella me guiña un ojo y me sonríe.

Hace unos días hablamos por teléfono —algo que hacemos habitualmente—, y me dijo que estaba encantada con el hecho de que todo se hubiese resuelto por fin. Que Enzo y Hugo habían congeniado con Dylan y Jayden pese al desastroso comienzo y que se sentía muy feliz por poder adoptar a dos hijos más. Y la verdad, les tratan como si lo fueran y me siento muy muy agradecida por ello.

Susan me hace un gesto y le muestro el colgante, me levanta el pulgar y me sonrojo. Ella, traviesa, me envía un beso sonoro que nos hace reír a las dos. Está encantada de tener a dos hombres más que la ayuden con el trabajo de veterinaria y es la que más tiempo pasa con Hugo y Enzo.

En ese instante, Martha se levanta a por los postres, pero Liam también y le pide que se siente.

—Este año es más especial que los anteriores, no desprecio ninguno porque la vida ha sido muy buena conmigo y con mi familia —todos sonreímos—, pero este año me ha traído al amor de mi vida, a la mujer que hace que mi corazón bombee con fuerza.

Las mujeres suspiramos y los hombres le tiran pequeñas migas de pan entre risas. Liam me mira y se me eriza la piel.

—Te quiero, no es un secreto para nadie —todos se ríen, menos yo que me estoy derritiendo —como ya te he dicho más veces, ya no somos unos niños y sé lo que quiero —pone una rodilla en el suelo y juro que se me va a salir el corazón por la boca —te quiero a ti, siempre, a mi lado. Quiero nuestra familia, nuestros cuatro hijos, mi ex mujer y amiga, mi amigo Henry, a Martha, a

mi hermana Susan... a todos los que hacen de este rancho, un hogar. ¿Quieres casarte conmigo?

Abre una pequeña cajita roja y dentro hay un anillo de compromiso precioso. Sencillo, elegante, perfecto.

—Sí —susurro y me lanzo al suelo para abrazarle con todas mis fuerzas —claro que sí.

—¿Esta es la razón correcta? —me pregunta con una sonrisa.

—Esta es la única razón correcta. Te quiero, Liam.

Me pone el anillo y me ayuda a ponerme en pie, cuando miro a los demás, todos tienen una copa de champán en la mano y la alzan brindando por nosotros.

Así que sí, tengo muchísimos motivos para dar las gracias.

## Epílogo

2 años después...

—Juls.

Me giro y como siempre, suspiro al ver a Liam. Llevamos un año casados y vamos a otra boda, la de nuestro hijo Dylan, que una noche que salió con sus hermanos, conoció a una chica y se enamoró de forma fulminante. Sam es justo lo que él necesita. Desde que se conocieron no se han separado.

—Estás nervioso —me acerco y le coloco bien la pajarita—, Dylan ya es mayor, cariño.

—Ya.

Liam adora a Samantha, pero cuando anunciaron su boda se quedó pálido y lleva dos días atacado de los nervios. Creo que no terminaba de hacerse a la idea de que los chicos en algún momento podrían volar del nido, solo que los nuestros parecen ser reacios a hacerlo ya que Dylan ha hecho un anexo a la casa de huéspedes y ahí vive con Sam desde hace seis meses.

Hugo nos dio la sorpresa al poco de que Liam se declarase y pidió trabajo en el restaurante donde trabaja mi antigua compañera de casa. Vicky y él congeniaron tan bien que viven juntos en la casa de ella, él lleva el restaurante y ella se dedica a lo que le apasiona que es el diseño gráfico, pero vienen a cenar varias noches a la semana, lo cual agradezco mucho, la verdad.

Jayden ha empezado a salir con un chico encantador y guapísimo un par de años más joven que él y que trabaja conmigo en el vivero. Decir que se les ve felices es quedarse corta. Enzo y Jayden siguen siendo inseparables, pese a que cada dos por tres recuerdan aquella horrible pelea entre ellos que me sigue poniendo nerviosa.

Enzo aún no tiene pareja y dice que no tiene prisa, se está sacando la carrera de veterinaria y aunque entre semana vive en el campus, los fines de semana los pasa aquí y es el ayudante de Susan.

—Me tiemblan las manos.

Me río de mi fuerte, sexy y salvaje marido y le beso en los labios.

—Todo irá bien, apenas va a cambiar nada, seguirán viviendo en el rancho, le verás todos los días.

—Sí, eso lo sé —me agarra de las caderas y me pega a su cuerpo—. Prométeme que no te irás nunca, que siempre estarás conmigo.

—Mi amor, cada día a tu lado es como empezar de nuevo, ¿cómo podría irme si te quiero más que a nada? Si a tu lado estoy viviendo la mayor y mejor aventura de mi vida, dime, ¿cómo

podría renunciar a eso?

—Te quiero, Juls.

Cogidos de la mano nos dirigimos a la salida, nos subimos a la camioneta de Liam y emprendemos el camino hacia la iglesia donde se van a casar Dylan y Samantha. Por parte de ella solo viene su madre y su hermana. Sus padres se divorciaron cuando ellas eran niñas y no tienen trato con él desde hace años. Y no tienen a nadie más. Ni falta que les hace, la verdad, porque si hay alguien valiente, fuerte y capaz, son ellas. Tres mujeres que han estado solas toda la vida y que son personas maravillosas.

Al entrar en la iglesia, Liam se tensa y me aprieta más fuerte la mano, le devuelvo el apretón para que sepa que estoy con él a cada paso del camino, como nos prometimos y como hemos hecho desde que nos conocimos.

Aún no hay nadie sentado y saludamos a unos y a otros. Hugo y Vicky se acercan y les abrazo con cariño, también a Jayden y a su novio, Luca, un italiano que vino de intercambio y que no creo que se vaya.

Saludamos a Kim y a Nora, la hermana y la madre de Sam, que están hechas un flan, pero cuando veo a Dylan en el altar, no puedo evitar acercarme a él con los brazos abiertos.

Se refugia enseguida en ellos y le abrazo con todas mis fuerzas.

—Joder, Juls, estoy temblando, ¿cómo hizo esto mi padre?

—Con whisky —Liam le entrega una petaca y Dylan le da un trago—. Estoy contigo hijo, siempre.

—Lo sé, papá, pero... joder...

—Ya.

Ambos se miran y no puedo evitar reírme. Son iguales.

—Todo va a ir bien, quieres a Sam y ella te quiere a ti, créeme, todo irá bien.

Sandra y Henry entran en ese momento, claramente nerviosos.

—El vuelo se retrasó, pensé que me daba un infarto —abrazo a su hijo con todas sus fuerzas—. Oh, Dios... dije que no iba a llorar... —le entrego un pañuelo y me sonrío agradecida—. Mi niño se casa —le enmarca el rostro con las manos —te quiero hijo, vas a hacer muy feliz a Sam.

Henry le dedica también unas palabras y Hugo se nos acerca.

—Es la hora —nos avisa y todos nos sentamos en los bancos.

Samantha entra del brazo de Jayden, que como no podía ser de otra manera, es el padrino de Dylan.

Ha sido la boda más bonita, dulce y tierna de la historia. Los votos de ambos han estado llenos de amor en cada palabra y ver cómo se miraban ha sido mágico. Durante toda la ceremonia, he estado agarrada al brazo de Liam y no he dejado de llorar. Sandra está igual que yo.

Durante el banquete se hacen varios brindis y las risas están aseguradas.

Para sorpresa de todos, cuando Sam lanza el ramo, es Vicky quien lo coge y Hugo, la coge

por la cintura y la besa en los labios.

No tengo palabras para expresar lo feliz que me siento al ver que todos aquellos a los que quiero están felices y contentos.

Liam me saca a bailar y veo en sus ojos que se siente igual que yo, pletórico de felicidad, orgullo y amor por nuestra familia.

—Eres feliz —le digo antes de besarle.

—Por supuesto que lo soy, tengo al amor de mi vida en mis brazos, mi hijo acaba de casarse con la mujer a la que ama, la vida nos trata bien.

—La vida nos trata de maravilla, vaquero.

En ese momento, Dylan hace sonar una copa y todos le prestamos atención.

—Gracias a todos por venir y compartir este día tan importante para nosotros —coge la mano de Sam y le besa los nudillos, ella se sonroja. Son adorables—. Solo quería deciros que me siento muy afortunado por haber encontrado a la mujer de mi vida y decirles a mi... —mira a Nora —lo siento, lo de suegra me suena fatal —todos nos reímos —a mi nueva madre, ¡y ya van tres! —volvemos a reír—. Que tu hija es el centro de mi universo y que tú y Kim formáis parte de esta familia. De mi madre —hace una pausa —biológica—, nos hace reír de nuevo, algunas entre lágrimas —he aprendido que el matrimonio solo es el comienzo, que ser una familia es mucho más que eso, ha estado a cada paso del camino a mi lado, de ella he aprendido a no rendirme nunca, te quiero mamá —Sandra levanta su copa y se limpia las lágrimas—. De mi padre he aprendido que cuando el corazón elige, no hay fuerza en este mundo que lo pare, sé que siempre ha querido a mi madre, pero a mi madre adoptiva la ama de la misma forma que yo amo a Sam, papá —Liam aprieta la mandíbula con fuerza —gracias por enseñarme a ser un hombre con la suficiente fuerza para proteger a los que quiero, la suficiente nobleza para hacer las cosas bien aunque no sea lo más fácil y el suficiente corazón como para poder decir abiertamente lo que siento sin temer lo que siento —Liam asiente con la cabeza incapaz de decir nada —de mi madre adoptiva —me mira y sonríe—. ¿Pensaste qué ibas a librarte? —reímos y le lanzo un beso —he aprendido a ser generoso, compasivo y una lección muy dura, que si alguien te quiere debes dejarlo volar, para que cuando vuelva a ti, sea por un amor sincero y sin coacciones —levanta la copa—. Gracias Juls, gracias por darnos tanto.

—Joder, D, ¡a ver quién supera eso! —protesta Jayden haciéndonos reír a carcajadas.

—Yo quiero decir algo también —Sam mira a Dylan y le besa en la mandíbula—. Nosotras siempre hemos estado solas, mi madre, lo siento, yo solo tengo una —todos reímos—, es la que ha hecho de padre, de madre, de abuela, de abuelo... de mejor amiga... en fin, de todo —Nora traga con fuerza y su hija pequeña la abraza—, pero tengo que decir que el día que conocí a Dylan, fue el más feliz de mi vida y ni en mis mejores sueños pensé en tener una familia como esta, ahora tengo tres hermanos —Jayden, Hugo y Enzo alzan las copas y le lanzan besos y silbidos que nos hacen reír —tengo a tres... lo siento, me cuesta decir madres, pero que tal, ¿madres suplentes?

—Lo que tú quieras, cariño —le grita Sandra y Susan y yo aplaudimos.

—Y tengo padre —mira a Liam y este aprieta la mandíbula de nuevo—. Aunque ahora parezca que quiere matar a alguien —todos soltamos una carcajada—. Es el hombre más bueno y generoso del mundo, me abrió sin dudar las puertas de su hogar y de su corazón, así que... ¿yo también te puedo dar las gracias?

—No.

Todos rompemos a reír y Sam se acerca a Liam que la coge entre sus brazos con fuerza.

Mi vaquero es mucho vaquero y tiene una capacidad de expresarse que hace que me tiemble el corazón, pero esas palabras tan bonitas, tan dulces y tiernas son solo para mí. Aunque a los demás no les hace falta que les diga nada, con sus gestos les demuestra cada día que se dejará la piel por ellos.

El baile comienza y Dylan y Sam nos deleitan con una canción muy romántica, poco a poco nos vamos uniendo a ellos en la pista de baile y disfrutamos de una velada inolvidable.

\*\*\*

LIAM

Me acerco caminando hasta el punto en el que sé que voy a encontrarla. Juls ha hecho de ese punto exacto un lugar especial porque cuando necesita pensar, coger aire o simplemente asimilar algo, viene aquí y observa el atardecer. Y yo la observo a ella, siempre lo he hecho, por eso sé siempre dónde encontrarla.

Llevamos poco más de un año casados pero siento que la he esperado toda mi vida, a veces me gustaría que ambos fuésemos más jóvenes para tener nuestros propios hijos, durante un par de meses pensamos que se había creado el milagro y que Juls estaba embarazada, pero fue solo una falsa alarma que me dejó un sabor agri dulce en la boca. Sé que en el fondo a ella también, aunque la aterraba la idea de volver a pasar por ello.

Como siempre me dice cuando me pongo nostálgico: cariño, tenemos cuatro hijos que dan guerra como si fuesen diez, ¿de verdad quieres otro?

Juls siempre me hace reír y siempre me toca el corazón de esa forma que solo ha hecho ella. A su lado me vuelvo algodón de azúcar. Que tiene cojones, toda la vida teniendo una reputación de tío duro e implacable y llega mi española y me vuelve un jodido oso de peluche. Las bromas que he aguantado de nuestros hijos y de los trabajadores del rancho han sido constantes desde que la conocí, finjo que me molestan, pero en el fondo no me importan lo más mínimo porque es cierto, vivo por y para mi mujer.

Hace un par de meses que Dylan y Sam se han casado y no han querido irse de viaje de luna de miel, dicen que son felices aquí y la verdad, no puedo negárselo porque a mí me pasa igual. De vez en cuando Juls y yo nos cogemos un par de días libres en Dallas, Austin o Houston para estar completamente solos, pero somos felices aquí.

La observo recostarse en la hierba, con el sol cayendo sobre ella. Es un jodido espectáculo. Y cada día que pasa le doy gracias a Dios por haberla puesto en mi camino, casi la pierdo una vez y pensé que perdía la cabeza.

Afortunadamente recuperé el juicio y fui a buscarla para confesarle todo lo que sentía. Cuando su ex marido apareció aquí, sentí miedo de verdad pero de otro tipo, es un sinvergüenza y un delincuente, las últimas noticias que tenemos de él es que está en busca y captura por la Interpol. Al parecer se ha dedicado al timo piramidal en varios países europeos, pero el más afectado fue España. Sea como sea, por aquí no ha vuelto a aparecer y más le vale que no lo haga.

—Vaquero, te oigo pensar —sonríó al oírla.

—Estaba admirando las vistas.

Me siento a su lado y se apoya en mi pecho. Ese simple gesto hace que mi corazón se desboque.

—Te quiero, Juls.

Me besa en la garganta y mete la mano bajo mi camisa.

—Te amo, Liam —me acaricia con suavidad y se me tensan todos los músculos —¿eres feliz?

—Más de lo que jamás pude imaginar, ¿y tú?

De repente se sube a horcajadas sobre mí y me da un beso que hace que se me licue hasta el cerebro.

—Empezar de nuevo fue la mejor idea que he tenido nunca, porque me trajo hasta aquí, con el hombre de mi vida, creo que te amaba antes de conocerte.

Si no estuviese sentado, me habría puesto de rodillas.

—Me has dado la familia con la que siempre he soñado, el amor más puro y sincero, me has enseñado lo que es la pasión y el amor de verdad, ¿me preguntas si soy feliz? No existen palabras para describir cómo me siento a tu lado.

—Joder, Juls.

Tira de mi camisa, abre los botones y me la quita del todo para acariciarme los hombros.

—Sigues teniendo un cuerpo que me pone a cien —le subo la falda hasta la cintura y sonrío.

—¿Se te ha olvidado ponerte bragas? —le acaricio el culo con descaro, me encanta su cuerpo.

—No, he decidido que cuando vayamos a estar solos no me las pondré, siempre me las rompes.

Suelto una carcajada y la beso enredando una mano en su melena suelta. Después me quito el cinto porque ella nunca lo consigue y en cuanto libera mi miembro, se sienta encima clavándosela entera.

—Joder, Juls —gruño—. ¿En qué demonios estabas pensando?

—En ti, mi salvaje vaquero.

Cuando nuestras respiraciones se tranquilizan, la ayudo a vestirse y después me visto yo, vamos caminando de la mano y ella lleva en la otra las riendas de la yegua con la que suele salir a cabalgar, como si le hiciese falta, todos los caballos del rancho la siguen como perros falderos. Más o menos como yo, como a menudo me recuerdan los chicos.

—¿Qué te ha traído aquí hoy? —le pregunto con curiosidad.

—Nada en especial —me sonrío y juro que rivaliza con el sol—. Todo, es que soy feliz, Liam, tan feliz que a veces me parece que estoy viviendo un sueño.

La pellizco en el culo y suelta un grito que es de lo más sexy.

—¡Oye!

—Es para que veas que no es un sueño —le guiño un ojo y se echa a reír.

Es el sonido más bonito del mundo.

—Sigues siendo un salvaje.

—Pues claro.

De repente la cojo en brazos y empiezo a dar vueltas con ella en el aire. Su risa llena el ambiente y hace que mi corazón salte de felicidad.

Nos dirigimos de regreso al rancho, el sol ya se oculta, tiñendo el cielo de tonos naranjas y púrpuras. Mientras caminamos, Juls se apoya en mi hombro, su cercanía es un consuelo constante. Desde que llegó a mi vida ha sido mi refugio, mi fuerza, mi hogar.

Al llegar, los chicos están terminando de preparar la cena. Es una rutina que han elegido ellos y no voy a negar que me hace feliz, sobre todo desde que Martha sufrió el ictus y poco después nos dejó. El vacío que ha dejado en nuestros corazones siempre estará ahí. Sin embargo, si algo sabe un granjero como yo, es que la vida sigue, los golpes te enseñan y te hacen más fuerte, así que hay que levantarse y continuar viviendo. Y es lo que hacemos.

Dylan y Sam están en la cocina, riendo y bromeando mientras cocinan. Hugo y Vicky están en el porche, charlando y disfrutando de una copa de vino. Jayden y Luca están colocando la mesa en el jardín, con sus sonrisas cómplices y sus miradas llenas de ternura. Enzo y su fiel compañero de cuatro patas, Max, un perro al que rescató hace unos meses, están junto al fuego, rodeados por los libros de veterinaria de Enzo.

Me detengo un momento para observar a nuestra familia, cada uno en su propio mundo pero unidos por un amor inquebrantable. Juls me aprieta la mano y me sonríe, como si supiera exactamente en qué estoy pensando.

—¿No es increíble? —le digo, mirando a nuestros hijos y sus parejas—. Todo lo que hemos logrado juntos.

—Lo es —responde ella, con una mirada llena de amor—. Y todo gracias a ti.

—No, gracias a nosotros —corrijo, abrazándola más fuerte—. Este es nuestro hogar, nuestra familia, y no podría ser más perfecto.

La cena es, como siempre, divertida. Al final de la noche, con el estómago lleno, nos reunimos todos en el salón, frente a la chimenea. Es otra de las nuevas rutinas que han implantado los chicos y que nos encanta, claro, nos sentamos un rato para hablar, para contarnos el día a día. Después, cada uno se va a su propia casa, aunque todas estén dentro de los terrenos del rancho.

—Tengo algo para ti, Juls —digo en cuanto traspasamos la puerta de nuestra habitación, saco una caja de terciopelo del cajón de la cómoda. La miro a los ojos, viendo la sorpresa y la curiosidad en ellos—. Esto es para ti.

Ella toma la caja con cuidado y la abre. Dentro, una pulsera de oro blanco con varios colgantes. Sus ojos se llenan de lágrimas al verla.

—Liam... es preciosa —susurra, tocando la delicada pluma con los dedos—. ¿Qué significan?

—El árbol de la vida representa nuestro crecimiento, nuestra conexión con lo que nos rodea. La pluma simboliza la libertad, cómo nuestro amor nos ha dado la libertad de ser nosotros mismos. La rosa simboliza el amor y la pasión que siento por ti y la belleza que posees.

Juls se lanza a mis brazos, sus lágrimas son de felicidad pura. La abrazo con fuerza, sintiendo

una vez más lo afortunado que soy por tenerla en mi vida.

—Te amo, Liam —dice, con la voz quebrada por la emoción—. Gracias por todo.

—Yo también te amo, Juls —respondo, besándola suavemente—. Y siempre lo haré.

Nos quedamos abrazados, en el más estricto silencio de nuestra habitación. La noche avanza, pero para nosotros, es solo el comienzo de un nuevo capítulo.

Miro a Juls, con la pulsera en su muñeca colgando con gracia y sé que lo que tenemos es algo verdaderamente especial. Algo que ni el tiempo ni la distancia podrán cambiar. Porque nuestro amor es eterno, y siempre será así.

—¿Estás lista para lo que venga? —le pregunto, acariciando su rostro.

—Siempre —responde ella, sonriendo—. Mientras estés a mi lado, lo estoy.

Nos abrazamos, dejándonos llevar por el momento, sabiendo que, sin importar lo que el futuro nos depare, lo enfrentaremos juntos. Porque eso es lo que somos: dos almas que se encontraron en medio del caos y encontraron la paz en el amor.

Y mientras la noche se convierte en un nuevo día, sueño con todo lo que está por venir. Porque sé, en el fondo de mi corazón, que lo mejor aún está por llegar.

Y así, con el amor de mi vida en mis brazos, me dejo llevar por el sueño, sabiendo que cada día a su lado es una bendición, y que juntos, podemos conquistar cualquier cosa. Porque nuestro amor no conoce límites, y siempre, siempre, nos llevará a lugares nuevos y maravillosos.

Como cada noche, la ayudo a desnudarse entre besos y caricias. Es uno de los mejores momentos del día, la intimidad que compartimos es revitalizante.

—¿Sabes? —digo, deteniéndome un momento para mirarla a los ojos—. Nunca pensé que podría ser tan feliz. Pero contigo, todo es posible.

Juls sonrío y me besa, sus labios suaves y cálidos contra los míos.

—Yo también me siento así, Liam. No puedo imaginar mi vida sin ti.

Una vez que ambos estamos desnudos, nos metemos en la cama y la abrazo contra mi corazón.

Nos quedamos así, abrazados y en silencio, dejando que el momento hable por sí mismo. Porque a veces, no hacen falta palabras para expresar lo que el corazón ya sabe.

La vida es un viaje, y sé que, con Juls a mi lado, ese viaje será increíblemente hermoso. Juntos, enfrentaremos cualquier cosa que venga, y sé que, pase lo que pase, nuestro amor será eterno.

Y así, con el amor de mi vida en mis brazos, me dejo llevar por el sueño, sabiendo que, mientras estemos juntos, todo es posible. Porque nuestro amor no conoce límites, y siempre, siempre, nos llevará a lugares nuevos y maravillosos.

Porque con Juls a mi lado, cada día es una nueva aventura, y no puedo esperar a ver lo que el futuro nos tiene reservado.

El final de un capítulo, y el comienzo de uno nuevo.

Y sé, sin duda alguna, que será increíble.

FIN

## Agradecimientos

Esta, siempre es la parte más difícil de todo el libro, al menos, para mí. Por eso quiero decir que si no menciono a alguien no es porque no lo tenga en cuenta, sino porque a veces, dar nombres y apellidos queda demasiado extenso.

Quiero expresar mi más profundo agradecimiento a las personas que han hecho posible este viaje literario:

A mi marido, hay mucho que se puede decir y poco que sea para todos los públicos, ❖❖ Gracias, por ser, por estar. Por los días de silencio y las noches de charla y por todo lo de entre medias.

A mis hijos, Sergio y Alejandro, por ser mi inspiración diaria. Me enseñáis el verdadero significado de la creatividad y la resiliencia. Gracias por las sonrisas, los abrazos y por llenar mi vida de alegría y propósito.

A mis queridas amigas, mis chicas de siempre (Olga, Conchi, Mamen, Debbie, Elena, Marilú, Marikilla, Domi y Susi), que repartidas por el país e incluso al otro lado del Atlántico, siempre están ahí para apoyarme, darme ánimos y para alegrarme el día. Unas mujeres valientes, dulces, cariñosas, amables, inteligentes y fuertes que han sido mi sostén a lo largo de este viaje. Muchas veces sin siquiera saberlo. Gracias por vuestras palabras de aliento, por escucharme cuando necesitaba desahogarme y por siempre estar ahí, celebrando cada avance y consolándome en cada retroceso. Vuestra amistad es un tesoro que valoro inmensamente.

A mis fieles lectoras, quienes han seguido cada una de mis historias con entusiasmo y cariño. Gracias por su apoyo constante, sus valiosas opiniones y por creer en mi trabajo. Vosotr@s sois la razón por la que sigo escribiendo, y vuestro entusiasmo es la chispa que mantiene viva mi pasión por la escritura.

Gracias a todos, de corazón, por ser parte de este viaje. Sin todos vosotr@s, esta novela no sería posible.

Con todo mi cariño,

Alexia Seris.